
Hasta que el
DIVORCIO
nos
SEPARE
G.R. OLIVEIRA

HASTA QUE EL DIVORCIO NOS SEPARE

1ª EDICIÓN
(2025)

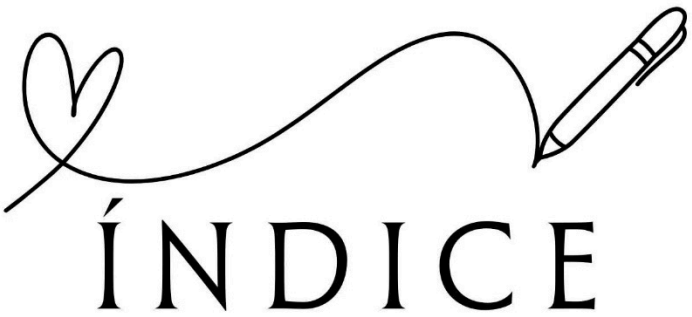
Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

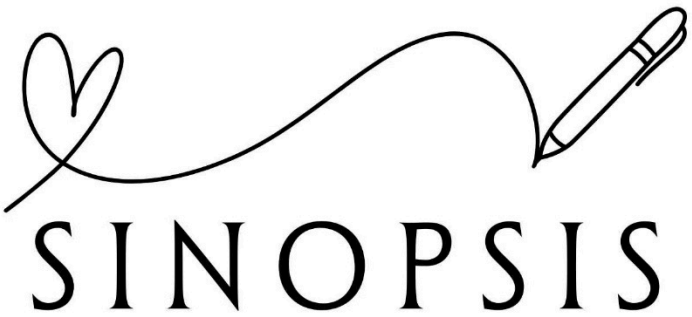
SUMÁRIO



ÍNDICE
SINOPSIS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53

CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
EPÍLOGO



DIFERENCIA DE EDAD + PROTAGONISTA FRÍO Y POSESIVO + JEFE Y EMPLEADA + MATRIMONIO POR CONTRATO + EMBARAZO INESPERADO + CONVIVENCIA FORZADA + SLOW BURN + LOS OPUESTOS SE ATRAEN + GRUMPY X SUNSHINE

DAMIEN BLACKWOOD

Toda mi vida ha girado en torno al poder y al control. Soy el CEO de un imperio, un hombre que construyó su existencia sobre la disciplina y la frialdad, y cuya ambición me ha conducido a una decisión que nunca imaginé tomar: **un matrimonio por contrato.**

Rafaela solo debía ser una pieza más en mi tablero, parte de un plan para consolidar mi posición y expandir mis negocios. Un medio para alcanzar un fin. **Pero acabó convirtiéndose en el inicio de algo que ya no puedo dominar.**

Ahora estoy atrapado en un dilema: **continuar con el plan que me trajo hasta aquí o arriesgarlo todo por ella.**

RAFAELA ALBUQUERQUE

Mi vida ha sido una sucesión de golpes que me han enseñado a desconfiar de las personas. Que me robara la persona a quien amaba me dejó hecha pedazos, pero también me hizo luchar.

Cuando Damien Blackwood entró en mi vida con su contrato, vi en él una oportunidad de levantarme, de recuperar algo que creía perdido: **seguridad**. Lo que no esperaba era sentirme atraída por él, y mucho menos descubrir al hombre oculto tras esa coraza de hielo.

Estar a su lado es como caminar al borde de un precipicio. **Ahora estamos atrapados en un acuerdo que jamás debió significar nada, pero que podría destruir quiénes somos realmente.**

Damien Blackwood tiene el poder de protegerme de todo, menos de él mismo…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO.



CAPÍTULO 1

«Hay personas que entran en nuestras vidas como un huracán silencioso y, cuando nos damos cuenta, ya estamos en medio de la tormenta».

RAFAELA ALBUQUERQUE

Respiré hondo al salir del ascensor en la vigésimo quinta planta de *Blackwood Tech.*

La vista del mar en Río de Janeiro a través de la pared de cristal del pasillo era impresionante, con el sol reflejándose en el agua y las

montañas al fondo pareciendo proteger la ciudad como guardianas silenciosas.

Por un instante, pensé en detenerme para contemplar el paisaje; sin embargo, el sonido de pasos apresurados y teléfonos sonando en la distancia me devolvió a la realidad.

El nerviosismo y la emoción se mezclaban en mí como una tormenta silenciosa. Apreté mi bolso con fuerza, como si pudiera darme algo de estabilidad mientras caminaba por el suelo impecablemente pulido hacia la recepción.

La mujer elegante que me esperaba llevaba una americana ajustada y exhibía una sonrisa profesional, aunque algo distante.

—Buenos días. Debes de ser Rafaela Albuquerque, nuestra nueva desarrolladora júnior —dijo con voz firme pero acogedora—. Soy Rebecca, voy a enseñarte tu nuevo entorno de trabajo.

—Buenos días. Sí, soy Rafaela —respondí con una sonrisa nerviosa, ajustándome las gafas que insistían en resbalar.

Ella empezó a caminar y yo la seguí, intentando mantener la calma mientras mi mente registraba cada detalle del lugar.

La oficina era un espectáculo de diseño moderno y minimalista, con paredes acristaladas que permitían la entrada abundante de luz natural. Puestos de trabajo espaciosos y bien organizados se alineaban en filas perfectamente planificadas. Sillas ergonómicas y grandes pantallas daban al ambiente un aire futurista.

Al fondo había una cafetería con muebles de madera clara y una barra de café que parecía sacada de una revista de arquitectura. Un suave aroma a café recién hecho flotaba en el aire, mezclándose con murmullos de conversaciones y el teclear apresurado.

Rebecca se volvió hacia mí mientras cruzábamos un amplio espacio con numerosos puestos de trabajo.

—Como puedes ver, nuestra oficina es muy dinámica. Tenemos varios equipos trabajando en distintos proyectos. Voy a presentarte al equipo de desarrollo.

Simplemente asentí, intentando asimilar todo lo que me rodeaba sin parecer impresionada.

Era imposible.

Todo aquí gritaba eficiencia y modernidad, algo muy distinto al pequeño despacho donde trabajaba antes.

Rebecca se detuvo junto a una mesa en la que dos hombres y una mujer estaban concentrados frente a sus ordenadores.

—Chicos, ella es Rafaela Albuquerque, nuestra nueva desarrolladora. Va a trabajar con vosotros en el proyecto de integración de sistemas.

Los tres levantaron la vista a la vez, y noté que mi rostro se calentaba.

—¡Bienvenida, Rafaela! —saludó la mujer, una morena de pelo corto y sonrisa amable—. Yo soy Bianca, y ellos son Gustavo y Rodrigo.

—¡Hola, Rafaela! —dijeron los dos hombres al unísono, haciendo un breve gesto antes de regresar rápidamente a sus pantallas, como si la programación no pudiera esperar.

—Encantada de conoceros —dije, intentando sonar segura mientras ajustaba la correa del bolso en el hombro.

Bianca sonrió, pareciendo notar mi nerviosismo.

—Tranquila, te acostumbrarás rápido. Aquí todo es bastante relajado, mientras el jefe no esté cerca.

Me guiñó un ojo, y reí suavemente, sin saber exactamente qué responder.

Rebecca volvió a dirigirse a mí.

—Voy a enseñarte tu mesa.

La seguí hasta un puesto cercano a la ventana. Mi ordenador estaba perfectamente montado, y junto al monitor había una pequeña planta, una suculenta que parecía recién colocada allí.

—Esta es tu mesa. Espero que estés cómoda. Si necesitas algo, puedes hablar conmigo o con cualquiera del equipo.

—Gracias.

Ella se alejó, y yo me senté, soltando un suspiro de alivio. La grandeza del lugar aún me impresionaba, pero la amabilidad de la gente y la atmósfera vibrante comenzaban a tranquilizarme.

Esto es solo el principio, solo necesito encontrar mi ritmo.



CAPÍTULO 2

«Hay presencias que no necesitan palabras para dominar una habitación; simplemente están ahí y lo llenan todo con su esencia.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Me desperté a la mañana siguiente con una mezcla de ansiedad y emoción.

Mi primer día en Blackwood Tech había sido intenso, y sabía que el segundo no sería muy diferente. Quería estar preparada para

cualquier cosa que pudiera surgir.

Al llegar a la oficina, fui directamente a mi mesa y empecé a revisar el código que había escrito el día anterior. Quería asegurarme de que todo estuviera perfecto antes de que llegase Sarah, la jefa del equipo.

Estaba tan concentrada en mi trabajo que apenas me di cuenta cuando ella se acercó.

—Buenos días, Rafaela. ¿Cómo estás hoy? —me preguntó con una sonrisa.

—Buenos días, Sarah. Estoy bien.

—Perfecto. Tienes una reunión dentro de una hora para dar la bienvenida a los nuevos empleados. Asistirá el dueño de la empresa, Damien Blackwood, y la presencia de todos los nuevos integrantes es obligatoria.

Sentí cómo se me aceleraba el corazón al oír su nombre.

¿Quién no había escuchado hablar de aquel hombre?

Las noticias sobre el CEO de Blackwood Tech eran constantes, especialmente en los portales de negocios y en las revistas del corazón.

Yo misma había leído múltiples artículos sobre su éxito en el mundo tecnológico y, claro, visto algunas fotos —todas ellas estratégicamente capturadas para resaltar la figura imponente que era.

"Famoso" se quedaba corto para describir a Damien. A sus treinta y nueve años, además de ser uno de los empresarios más influyentes del país, era objetivo constante de paparazzi y revistas que adoraban exaltar su impecable estilo y su vida personal... o más bien, la falta de ella.

Recordé especialmente una foto: él vestido con traje negro, parado frente a un coche de lujo, con el cabello perfectamente peinado hacia atrás, la expresión seria y los ojos clavados en la cámara, como si supiera exactamente el impacto que causaba.

Moreno, alto, con hombros anchos capaces de llenar cualquier espacio donde estuviera. Sus ojos —lo recordaba bien— eran oscuros e intensos, como si analizaran hasta el más mínimo detalle de lo que tenían delante.

Aparté la mirada rápidamente al darme cuenta de que Sarah todavía estaba frente a mí.

—Entendido —respondí, rezando para que mi voz no sonara tan extraña como la oía en mi cabeza.

Ella sonrió antes de alejarse, dejándome nuevamente sola con mis pensamientos y con una creciente sensación de nerviosismo.

Es solo una reunión de bienvenida, Rafaela. Ni siquiera se fijará en ti.

Pero aun así, la idea de estar en el mismo espacio que él me ponía inquieta. Nunca había visto personalmente a Damien Blackwood, pero era como si su imagen —esa figura imponente, casi inaccesible— ya viviera en la mente de todos los que trabajábamos allí.

El tiempo pasó más rápido de lo que esperaba, y pronto llegó la hora de la reunión.

Caminé por el pasillo en dirección a la sala de conferencias, sujetando mi carpeta contra el pecho como si fuera un escudo invisible. Mis zapatos resonaban contra el suelo brillante, y las conversaciones de mis compañeros a mi alrededor sonaban lejanas, apagadas por el latido acelerado de mi corazón.

La sala estaba casi llena cuando llegué.

Algunas personas ya estaban sentadas, otras hablaban en voz baja mientras esperaban. Elegí discretamente un asiento en una esquina, tratando de mezclarme con los demás y fingiendo no estar fuera de lugar.

Esperé.

Los minutos parecían horas mientras observaba la agitación a mi alrededor. Era imposible no notar cómo todos estaban expectantes, esperando algo —o mejor dicho, a alguien.

Y entonces, él entró.

La puerta se abrió, y el aire pareció cambiar instantáneamente, como si el propio ambiente reconociera su presencia.

Damien Blackwood no necesitaba presentaciones. Su presencia era magnética, imposible de ignorar. Avanzó hacia el centro de la sala con paso decidido, el traje oscuro cayendo impecablemente sobre su cuerpo alto y atlético.

Cada detalle parecía calculado para transmitir poder y control —desde el discreto brillo del reloj caro en su muñeca hasta la forma en que sus ojos recorrían la estancia, deteniéndose unos breves segundos en cada rostro.

Me quedé inmóvil, completamente impresionada.

Las fotos en internet no le hacían justicia. En persona, Damien era aún más imponente —un hombre que desprendía autoridad sin necesidad de decir una sola palabra. Su mirada oscura parecía fría y analítica, y su expresión seria sugería que estaba acostumbrado a ser escuchado y obedecido.

—Buenos días a todos —comenzó, con una voz profunda y segura que resonó en toda la sala.

Casi salté en la silla. Incluso su forma de hablar parecía ensayada para exigir atención.

—Antes que nada, quiero dar la bienvenida a los nuevos empleados. Desde ahora formáis parte de Blackwood Tech, una empresa que exige excelencia en todo lo que hace. Aquí, el esfuerzo y la competencia se valoran, y espero que todos estéis preparados para dar lo mejor de vosotros.

Los murmullos se detuvieron por completo. Era como si cada persona allí estuviera hipnotizada.

Especialmente las mujeres, me di cuenta. Una de ellas, sentada dos filas por delante, se arregló el pelo tres veces mientras lo miraba

con los ojos muy abiertos.

No las culpaba.

—Blackwood Tech se construyó con trabajo duro, y seguimos creciendo gracias al compromiso de todos los presentes. Bienvenidos y aprovechad bien vuestro tiempo aquí.

Hizo un breve gesto hacia uno de los directivos a su lado, señalando que había terminado de hablar. Parpadeé, dándome cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo ese tiempo.

El encuentro había durado menos de cinco minutos, pero parecía un espectáculo.

Cuando se apartó para salir de la sala, las personas comenzaron a murmurar entre ellas, como si acabaran de volver a la vida. Me permití soltar un largo suspiro nervioso, sintiendo las manos sudadas sobre la carpeta.

—No se anda con tonterías, ¿verdad? —oí una voz junto a mí.

—No, desde luego que no —respondí bajito, más para mí que para ella.

Mientras la gente comenzaba a levantarse para salir, no podía dejar de pensar en cómo aquel hombre —aquel CEO arrogante e inalcanzable— parecía capaz de gobernar el mundo con una sola mirada.



CAPÍTULO 3

«El poder no necesita alzar la voz para hacerse escuchar; reside en el silencio de una presencia que lo domina todo a su alrededor.»

DAMIEN BLACKWOOD

—Ahora no, Lívia.

Mi voz sonó firme, un aviso claro de que no estaba dispuesto a escuchar ningún asunto más. Pero, como siempre, Lívia no se dejó intimidar.

—La agenda de hoy está completa, señor Blackwood —respondió ella, sus tacones resonando sobre el suelo de mármol mientras intentaba seguir mi acelerado ritmo por el pasillo.

No disminuí el paso, manteniendo la vista fija hacia delante. Las puertas de cristal relucían bajo la luz natural que inundaba el espacio. Blackwood Tech funcionaba como un mecanismo perfecto, donde cada empleado se movía con eficiencia y precisión. Exactamente como yo exigía.

—Tiene una videoconferencia con los inversores estadounidenses a las once, almuerzo con el presidente del consejo a las dos y la reunión sobre el nuevo proyecto de integración de sistemas a las cuatro. Además… —Lívia dudó.

Me detuve en seco, girando sobre mis talones. Ella casi chocó conmigo, los ojos abiertos de par en par durante un breve segundo antes de recuperar la compostura.

Lívia era joven, apenas tendría treinta años, pero mantenía una postura firme y profesional que yo respetaba. Era alta, rubia, con el pelo siempre recogido en un moño impecable y vestía los mejores trajes que el mercado podía ofrecer.

Raramente prestaba atención a quienes trabajaban a mi alrededor, pero Lívia era una excepción. Me recordaba a mí mismo cuando tenía esa edad: decidida, eficiente y completamente entregada al trabajo.

—¿Qué más? —pregunté, sintiendo cómo mi paciencia se desvanecía como agua entre los dedos.

—Debe revisar los contratos para la adquisición del Grupo Elio. Necesitan su firma antes del final del día —completó rápidamente, extendiéndome la carpeta, como si aquello pudiese apaciguar mi humor.

—Habla con el departamento jurídico. Firmaré cuando sea imprescindible —indiqué, girándome nuevamente hacia la puerta de mi despacho—. ¿Y Lívia?

—¿Sí, señor?

—No quiero interrupciones durante las próximas horas.

Ella asintió con firmeza.

Empujé las puertas dobles de mi despacho, decidido a tener finalmente un momento de tranquilidad. Fue entonces cuando encontré

a mi amigo y socio, Miguel Santoro, cómodamente sentado en el sillón de cuero, con un vaso de whisky en la mano —esa bebida que yo guardaba únicamente para visitas.

Sonreía como si fuera el dueño del lugar, lo cual no hizo más que empeorar aún más mi humor.

—Este despacho tiene dueño, ¿lo sabías? —gruñí, cerrando la puerta con fuerza—. Odio cuando haces esto.

—Y buenos días para ti también, Damien —respondió Miguel, sin moverse ni un centímetro. Inclinó el vaso en mi dirección, con una sonrisa sarcástica bailando en sus labios—. Por cierto, este whisky es magnífico. Deberías probar un poco, quizás incluso te ayudaría a relajarte.

—¿Qué quieres, Miguel? No tengo tiempo para tus tonterías hoy.

Caminé hasta mi mesa, dejando la carpeta que me había dado Lívia sobre una esquina, mientras Miguel cruzaba las piernas con la calma de quien no tenía absolutamente nada mejor que hacer.

—Tenemos que hablar sobre la adquisición del nuevo proyecto —comenzó, finalmente abandonando su tono bromista—. El edificio del

centro de la ciudad. El contrato está casi cerrado, pero hay una cláusula que debemos revisar.

—Luego —respondí sin mirarle siquiera. Ya tenía suficientes cosas de las que preocuparme; no necesitaba otro problema más.

—¿Luego? —repitió Miguel con una risa nasal—. Ah, claro. Olvidaba que eres el hombre más ocupado de Río de Janeiro.

Levanté lentamente la vista, lanzándole una mirada de advertencia.

—¿No tienes nada mejor que hacer que estar aquí molestándome?

Miguel se encogió de hombros, como solía hacer cuando sabía que estaba sacando lo peor de mí. Ese era casi un talento suyo: desafiar mi humor ácido con sarcasmo, sin llegar nunca a traspasar del todo la línea.

—Podría marcharme ahora mismo, pero eso no te libraría de mí. Más tarde tendremos que hablarlo, te guste o no —me advirtió, poniéndose en pie con el vaso todavía en la mano—. Y por cierto, deberías prestar más atención a lo que sucede en el resto de la

compañía. Tener la agenda llena no significa que lo controles todo, lo sabes bien.

Mi mandíbula se tensó por un instante, pero no contesté. Miguel tenía la irritante habilidad de recordarme que, por más que dirigiera la empresa con mano dura, había cosas que escapaban a mi control —y eso lo detestaba profundamente.

Mientras se dirigía hacia la puerta, mis manos buscaron instintivamente los documentos que tenía en la mesa, intentando apartar la irritación.

—Te veré más tarde, Damien. No sirve de nada que intentes evitarlo —añadió desde la puerta, justo antes de salir.

Suspiré profundamente, apoyándome contra el respaldo de mi silla y frotándome los ojos por un momento.

La verdad era que Miguel tenía razón en una cosa: mi empresa había crecido hasta niveles que pocos podían imaginar.

Blackwood Tech era un imperio, un gigante que dominaba el mercado tecnológico de Brasil y expandía sus operaciones globalmente. Desde Río de Janeiro controlaba no solo un conglomerado de empresas,

sino también el ritmo de un mercado que dependía de cada innovación salida de mi equipo.

Y eso era lo único que importaba.

Mi mirada se perdió a través del amplio ventanal del despacho, donde el horizonte de Río de Janeiro se mezclaba con las luces de los edificios y los reflejos del sol sobre el mar. Mi familia había construido aquello con esfuerzo, sudor y con la absoluta certeza de que las emociones y sentimientos eran obstáculos en el camino al éxito.

Pero incluso el más sólido de los castillos tiene sus grietas.

No tenía tiempo para pensar en eso ahora. Tomé los contratos que Lívia había mencionado y me forcé a regresar al trabajo, bloqueando la persistente voz de Miguel que aún resonaba en mi cabeza.

Mi mundo estaba hecho de decisiones rápidas, números y resultados. Y nada —ni nadie— iba a interferir en eso.



CAPÍTULO 4

«A veces, lo único que necesitamos es un pequeño empujón de alguien que cree en nosotros, incluso cuando ni nosotros mismos lo hacemos.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

—¡Sabía que lo conseguirías, amiga!

La voz inconfundible de mi mejor amiga, Débora Tavares, resonó por el pasillo justo cuando salí de la sala de reuniones. Mis hombros,

tensos tras la presentación formal y la intimidante presencia de Damien Blackwood, se relajaron ligeramente.

—¡Deb! —Sonreí, ajustando la correa del bolso en mi hombro, aún con el corazón acelerado—. Casi me matas del susto.

Ella soltó una carcajada, esa risa despreocupada y contagiosa que conocía desde nuestros tiempos en la universidad. Débora siempre reía como si el mundo no pudiera afectarla: fuerte, segura y casi desafiante.

Tenía el pelo ondulado y voluminoso, teñido de un rubio dorado que encajaba a la perfección con su estilo excéntrico: americana roja, pantalón de sastre naranja y tacones con estampado de leopardo.

La gente siempre la miraba dos veces cuando pasaba, pero a Débora nunca le había importado lo que pensaran de ella.

Era la definición exacta de «libre».

—Te ha ido genial en la entrevista, ¿a que sí? —Se detuvo frente a mí, cruzándose de brazos y observándome con una mirada orgullosa—. Te dije que ese puesto era tuyo.

—Gracias. —Mi voz sonó tímida, casi susurrante. La gratitud era real, pero como siempre, me sentía demasiado pequeña junto a su

seguridad—. Si no hubiera sido por tu recomendación...

—¡Ni hablar, Rafa! —Alzó la mano para interrumpirme—. Yo solo te di un empujoncito. Lo demás ha sido mérito tuyo. ¿Las noches en vela que pasabas estudiando código mientras yo intentaba arrastrarte para salir de copas? Pues ahora valen la pena.

Puse los ojos en blanco, aunque sonreí recordando nuestras noches universitarias. Débora y yo éramos un completo contraste entonces, igual que ahora. Ella, siempre extrovertida, sin miedo a decir lo que pensaba y riéndose en la cara de cualquier problema.

Yo, por otro lado, pasaba horas perdida entre libros y líneas de código, prefiriendo el silencio de la biblioteca al bullicio de las fiestas.

—¿Llevas en el departamento de desarrollo de sistemas… cuánto tiempo? ¿Dos años? —pregunté, más por hacer conversación que por desconocimiento.

—Dos años, dos meses y diecisiete días, pero ¿quién lleva la cuenta? —respondió, guiñando un ojo con una sonrisa—. Y es el mejor departamento de toda la empresa. El equipo es genial. Los jefes… bueno, eso ya es otra historia.

—¿Por qué será? —ironicé, pensando inevitablemente en Damien Blackwood.

Débora volvió a reír mientras me tomaba del brazo para continuar avanzando por el pasillo.

—Venga, que voy a enseñarte dónde está la cafetería. Es nuestra única salvación en días complicados. —Hizo una pausa y me miró de reojo, suavizando un poco la sonrisa—. En serio, Rafa, me alegro mucho por ti. Sé lo mucho que te merecías esto después de todo lo que ha pasado…

Noté cómo se me formaba un nudo en la garganta.

Sabía perfectamente que no se refería únicamente al trabajo, sino a todo lo que había ocurrido durante los últimos años.

—De verdad, gracias —murmuré, manteniendo la sonrisa en el rostro, aunque una punzada de tristeza atravesó mi pecho—. Espero poder estar a la altura.

—Claro que lo estarás. No me cabe duda.

Su seguridad me hizo querer creer también a mí. Sin embargo, como un relámpago en medio de un día despejado, la memoria volvió

sin aviso: el rostro de mi exnovio, sus mentiras, los meses de desesperación al descubrir que había huido con el dinero que habíamos ahorrado juntos.

Las deudas, las llamadas insistentes, y esa sensación terrible de haber sido la persona más ingenua del mundo.

Mis pasos se ralentizaron, y Débora lo notó enseguida.

—Eh, no pongas esa cara. —Su voz perdió ligereza, volviéndose más seria—. Vas a superar todo eso, Rafa. Te lo prometo. Eres una de las personas más fuertes y determinadas que conozco.

—A veces no estoy tan segura… —admití en voz baja, apretando nerviosamente las manos.

Débora se detuvo y me sujetó por los hombros, obligándome a mirarla directamente.

—Escúchame bien. Él no ha ganado. Lo que hizo fue imperdonable, pero aquí estás ahora. Trabajando en la mayor empresa tecnológica del país, ganando tu propio dinero y levantándote de nuevo. Él no te robó quién eres.

Tragué con dificultad, sintiendo el ligero ardor en mis ojos.

—Gracias, amiga. De verdad.

Ella me abrazó rápidamente, con esa fuerza reconfortante que solo las mejores amigas saben transmitir. Al separarnos, volvió a sonreír con ligereza.

—Ahora vamos a tomar café, porque en serio, necesito cafeína para aguantar a mi jefe.

Seguimos avanzando por el pasillo, y por un instante sentí que el peso de mis preocupaciones se aligeraba ligeramente.

Débora tenía razón: había conseguido esta oportunidad por méritos propios. A pesar de todas las caídas, seguía en pie. Y esta vez, no permitiría que nadie volviera a derribarme.

Solo necesitaba recordarlo cada día a partir de hoy.



CAPÍTULO 5

«El verdadero peso del poder no reside en las grandes decisiones, sino en esos pequeños compromisos de los que no podemos escapar.»

DAMIEN BLACKWOOD

—Esto es una auténtica tontería y creo que lo sabes perfectamente, Enrico.

Mi voz sonó más áspera de lo habitual, reverberando por el silencioso despacho. Me recliné en la silla, tamborileando con los dedos

sobre la mesa en un ritmo irritado. Enrico, sin embargo, permanecía firme delante de mí, imperturbable, como si no acabara de escuchar la frase más evidente del día.

—No es ninguna tontería, señor Blackwood —respondió él con esa calma casi cínica que me hacía querer mandarlo muy lejos—. Es una tradición. Y, como usted mismo suele decir, las tradiciones no se rompen.

Cerré los ojos un segundo, intentando reunir paciencia.
Enrico tenía el irritante talento de recordarme mis propias palabras, especialmente cuando sabía que no podría rebatirle.

—Una tradición —repetí con desgana, volviendo a mirarle—. ¿Y qué me aporta exactamente esta tradición, aparte de una hora perdida de mi vida?

No mostró señal alguna de incomodidad. Esa era una de las cualidades que admiraba y odiaba a partes iguales en Enrico.

Treinta y cinco años, organizado hasta la médula, impecable con ese maldito traje hecho a medida que llevaba como una armadura. Su cabello oscuro siempre perfectamente peinado, y aquella mirada fría y calculadora que me recordaba… bueno, a mí mismo.

—Sabe perfectamente lo que aporta esta tradición —continuó, ignorando deliberadamente mi sarcasmo—. La cena sirve para mostrar cercanía, acerca a los nuevos empleados con la dirección, humaniza su imagen y hace que los equipos se sientan valorados. Eso mejora el ambiente laboral y…

—¿Humaniza? —interrumpí con una risa seca—. Enrico, a mí no me pagan para parecer humano. Me pagan para que esta empresa funcione, y eso es lo que hago.

—Aun así, es necesario —insistió él, como si no hubiera escuchado mi perfecto argumento.

Mi paciencia, ya limitada, comenzaba a agotarse. Me levanté y caminé hasta la ventana.

La vista exterior era la misma de siempre: Río de Janeiro, vibrante y caótica, extendiéndose ante mis ojos. Allá abajo, el mundo giraba porque yo hacía que girase.

No había espacio para distracciones. Pero aquí estaba yo, obligado a desperdiciar mi tiempo con una cena absurda.

—Haz el sorteo mañana —dije finalmente, girando sobre mis talones para encararle—. Quiero resolver esto cuanto antes y quitarme

de encima esta maldita obligación.

—Perfecto, señor. Me ocuparé mañana mismo.

—Estupendo. Ahora sal. Tengo cosas más importantes que hacer.

Enrico vaciló un segundo, como si quisiera decir algo más, pero se contuvo.

—Como usted ordene —accedió, mostrando esa irritante media sonrisa mientras caminaba hacia la puerta.

La puerta se cerró con un suave clic y, por fin, volvió el silencio.

Odiaba que me contradijeran.

Más aún, odiaba cuando en el fondo sabía que la otra persona tenía razón. No era la cena en sí, sino la imagen que debía mantener.

Damien Blackwood no era simplemente un CEO; era el rostro mismo de Blackwood Tech. Solo mi nombre tenía peso suficiente para abrir puertas y cerrar negocios.

La empresa no había llegado hasta donde estaba con sonrisas y palmaditas en la espalda. Había llegado con trabajo duro, decisiones difíciles y un liderazgo que no cedía ante sentimentalismos.

Y, pese a todo, aquí estaba yo: rehén de una tradición demasiado insignificante para un hombre que controlaba todo.

—Una hora —murmuré para mí mismo, pasándome una mano por el rostro—. Una hora y se acabó.

Volví a mi escritorio y me senté, dejando que mis ojos recorrieran los contratos acumulados. Números, informes, decisiones pendientes… Eso sí era importante. Trabajo, resultados y control absoluto.

Nada más que eso.



—Hijo, has venido. —La voz de mi padre resonó apenas crucé la puerta del amplio salón.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté directamente, sin rodeos, mientras caminaba hacia donde estaba sentado.

Era extraño que mi padre, James Blackwood, me llamara con tanta urgencia, y más raro aún si no era por algo realmente importante.

El salón aún conservaba aquel aire tradicional de la familia Blackwood: muebles de madera oscura, enormes cuadros en las paredes, una chimenea antigua que jamás se encendía, pese al ocasional frío del invierno carioca.

Aquel lugar siempre me producía la misma sensación: una mezcla de recuerdos de infancia y el peso de las expectativas que habían puesto sobre mis hombros desde niño.

Y, para completar la escena, allí estaba mi abuelo.

Charles Blackwood, con sus ochenta y cinco años, sentado en su sillón favorito como un rey en su trono particular. Su cabello, casi completamente blanco, estaba perfectamente peinado, y sus ojos severos conservaban toda su intensidad pese a la edad.

A su lado, mi padre parecía casi joven, a pesar de sus sesenta y un años bien vividos y las arrugas que revelaban el paso del tiempo.

—Damien, puntual como siempre —dijo la voz grave de mi abuelo en cuanto me acerqué.

No sonrió. Charles Blackwood no era un hombre dado a sonrisas, y yo había heredado eso de él.

—¿A qué viene esta reunión? —crucé los brazos, sin preocuparme en ocultar mi irritación—. Tengo cosas que hacer.

—Siéntate, muchacho —ordenó mi abuelo, ignorando mi tono seco—. Lo que tengo que decir no se resuelve de pie.

Reprimí un suspiro, pero obedecí. Me hundí en el sofá de cuero, con la sensación de que aquello no terminaría nada bien.

—Estoy esperando —solté, mirándole fijamente.

Él se inclinó hacia delante, apoyándose en el bastón de madera que siempre llevaba, como si poseer aquel objeto lo hiciera aún más autoritario.

—Ha llegado la hora de que te cases, Damien.

Aquellas palabras cortaron el aire como una cuchilla afilada. Por un segundo pensé que había escuchado mal, pero su expresión confirmó que no era ninguna broma de mal gusto.

—¿Qué? —fruncí el ceño, incrédulo.

—Lo has oído perfectamente. Para asumir el resto del imperio familiar necesitas casarte —continuó él con la misma calma con la que hablaría del tiempo.

Una carcajada irónica escapó de mi boca antes de poder controlarme.

—El imperio familiar ya está bajo mi control. No necesito un matrimonio para gestionar lo que yo mismo he construido.

—No es suficiente —replicó mi abuelo, con una mirada tan fría como siempre—. No quiero que solo gestiones lo que tienes ahora. Quiero que lo tengas todo, Damien. Las empresas internacionales, los contratos privados, los activos que aún siguen bajo mi nombre. Solo te lo cederé cuando tengas esposa.

Me incliné hacia delante, sin dar crédito.

—Eso es absurdo. Mi prioridad es el trabajo. Mi vida es el trabajo. Hijos, esposa… nada de eso está en mis planes, y usted lo sabe.

—Ese es justamente el problema —intervino mi padre por primera vez, observándome con un aire casi compasivo, como si viera algo más allá de lo que yo estaba diciendo—. Yo también pensaba así, hijo. Y fue el mayor error que cometí hasta conocer a tu madre.

—Katherine ha sido lo mejor que le ha pasado en la vida —añadió mi abuelo, mirando a mi padre con algo que parecía una aprobación poco habitual en él.

Y yo odiaba los sentimentalismos.

Como si la sola mención de su nombre la hubiera invocado, mi madre entró en el salón en ese momento, llevando una bandeja con una expresión suave y acogedora.

—¿Alguien me ha llamado? —sonrió mientras dejaba la bandeja en la mesita del centro.

Su delicado perfume se extendió por la habitación mientras caminaba hacia mí.

—Hola, mamá —murmuré, sintiendo el calor de su abrazo lateral.

Mi madre, Katherine Blackwood, era la antítesis de los hombres de aquella casa. Mientras nosotros parecíamos hechos de hormigón y acero, ella era el corazón que había mantenido todo unido durante años.

—Me alegra que hayas venido, hijo —dijo con evidente cariño en la mirada.

—Al parecer era una invitación imposible de rechazar —mascullé, dirigiendo una mirada significativa a mi abuelo.

Ella no comentó nada, solo apretó suavemente mi hombro antes de apartarse.

—Tienen razón, Damien —retomó mi padre, como si la presencia de mi madre hubiera calmado lo suficiente el ambiente—. Pasamos tanto tiempo centrados en lo que creíamos importante, que olvidamos todo lo demás. Una familia no te quita el enfoque, hijo. Te da algo a lo que volver al final del día.

Bufé, pasándome una mano por el cabello. Aquella conversación se estaba saliendo por completo de control.

—Eso pudo haberles funcionado a vosotros, pero conmigo es diferente —repliqué intentando mantener la calma—. Blackwood Tech es mi máxima prioridad. Siempre lo ha sido. No necesito a nadie más que a mí mismo.

—Lo pensarás mejor, sé que eres ambicioso y quieres el control absoluto de todo, incluidos mis bienes —dijo mi abuelo, con voz más firme que cualquier otra cosa.

Alcé los ojos para mirarle, a punto de responder, pero aquella mirada implacable me silenció.

—Pensarlo no significa aceptarlo —respondí con frialdad.

—Siempre has sido inteligente, nieto mío. Sabrás qué hacer —afirmó él, recostándose nuevamente en su sillón, como si aquello diera por terminada la conversación.

Un silencio denso se instaló en la sala, pero las palabras de mi abuelo resonaban en mi mente como un eco persistente.

Matrimonio. Familia.

Era como si estuviesen hablándome en otro idioma. Mi vida siempre había sido trabajo, y nada ni nadie tenía derecho a interferir en eso.

—Lo pensaré —murmuré finalmente, solo para poner fin a aquella tortura.

Mi abuelo asintió satisfecho, mientras mi padre simplemente me observaba con una mirada demasiado comprensiva para mi gusto.

Me levanté, ajustándome la chaqueta y dirigiéndome hacia la puerta.

—¿Algo más? —pregunté, seco.

—No, por ahora.

Cuando salía, mi madre susurró algo que apenas alcancé a escuchar:

—A veces, las cosas que más resistimos son las que más necesitamos, hijo.

Fingí no oírla.

No necesitaba consejos ni lecciones. Necesitaba una solución inmediata a aquello. Y si dependiera de mí, el viejo Charles Blackwood tendría que ceder.

¿Casarme? Eso no formaba parte de mi plan.

Ni ahora, ni nunca.



CAPÍTULO 6

«El destino tiene una forma peculiar de elegir a las personas correctas en los momentos menos indicados.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

—¿A qué viene tanto alboroto en la oficina?

Levanté la vista del monitor por primera vez en horas, frunciendo el ceño mientras las voces a mi alrededor parecían cobrar vida propia.

El departamento de desarrollo, que normalmente era un santuario silencioso de clics de teclado y murmullos contenidos, ahora

parecía más bien un patio de colegio.

Bianca, mi compañera de mesa, dejó lo que estaba haciendo y giró la silla para mirarme con una sonrisa traviesa. Su pelo corto y perfectamente cortado se balanceó con el movimiento.

—¿De verdad que todavía no te has enterado del sorteo de la cena con Damien Blackwood?

Mi estómago dio un vuelco al escuchar aquel nombre.

—¿Una cena con quién? —pregunté, subiéndome las gafas y mirándola con el ceño fruncido.

—Ay, Rafa, de verdad que vives en las nubes —respondió divertida, cruzando los brazos sobre la mesa—. Es una tradición aquí en la empresa. Todos los nuevos empleados participan en un sorteo para una cena con nuestro ilustrísimo CEO, Damien Blackwood.

—¿Una cena… con él? —Mi voz sonó más alta de lo que pretendía, y sentí cómo el calor subía rápidamente a mis mejillas. Intenté disimular ajustándome las gafas—. Pero… ¿por qué?

—Dicen que es una especie de bienvenida, ¿sabes? Un gesto para mostrar que valora los nuevos talentos. Dicho así suena hasta bonito,

pero personalmente creo que es puro marketing para mejorar la imagen de la empresa.

—¿Y a la gente realmente le gusta eso? —pregunté, echando un vistazo a mi alrededor para ver rostros emocionados y sonrisas entusiasmadas.

—Ay, Rafa, no tienes ni idea —Bianca sacudió la cabeza, riendo bajito—. Ese hombre es todo un espectáculo, incluso con ese aire arrogante que tiene. En serio, apenas habla, pero aquí todos babean por él.

—¿«Babean»? —repetí, incrédula.

—Exactamente eso, babean —enfatizó ella—. ¿No has visto sus fotos en internet? Damien Blackwood en carne y hueso es toda una experiencia. Alto, moreno, con esa mirada que te atraviesa por completo… Ya sabes, el típico hombre al que todo el mundo quiere admirar, pero nadie se atreve a acercarse.

Tragué saliva con dificultad, recordando perfectamente cómo era. No necesitaba haber visto muchas fotos para saberlo: Damien Blackwood era de esas personas capaces de apoderarse de cualquier espacio con su sola presencia.

—En fin, dentro de nada anunciarán quién es el afortunado o afortunada —Bianca hizo comillas con los dedos y volvió a girar su silla hacia el monitor—. Lo pondrán en la pantalla grande aquí en el departamento.

Le sonreí débilmente y regresé al trabajo, o al menos lo intenté.

El bullicio no disminuyó ni lo más mínimo. Las personas susurraban, miraban sus móviles e intercambiaban apuestas sobre quién podría ganar.

«No es asunto mío», me repetí, haciendo clic en la línea de código que tenía abierta en la pantalla. Pero conforme pasaban los minutos, mi concentración se esfumaba junto con la calma del departamento.

El sonido de los teclados poco a poco fue sustituido por pasos, voces emocionadas y un movimiento que parecía confluir hacia el centro de la sala.

Miré por encima del monitor y me quedé paralizada. La pantalla grande, que normalmente mostraba gráficos de progreso y anuncios internos, ahora enseñaba a una mujer elegante y sonriente frente a una urna transparente repleta de papeles doblados.

Mi corazón comenzó a latir más rápido, aunque no entendía exactamente por qué.

—¡Muy bien, chicos! —dijo la mujer en la pantalla con un tono animado que me recordó al presentador de un sorteo televisivo—. Como todos sabéis, hoy celebraremos el tradicional sorteo de la cena con el señor Damien Blackwood, una oportunidad para que nuestro CEO dé la bienvenida personalmente a los nuevos talentos de la empresa.

Bianca, que ahora estaba de pie, se inclinó hacia mi mesa.

—¡Mira, mira! ¡Es ahora! —Parecía más entusiasmada que nadie.

—¿Esto va en serio? —murmuré, sintiendo cómo mi rostro ardía.

—¡Shhh! Que van a sacar el nombre.

Sentí cómo se me secaba la boca y crucé los brazos intentando aparentar indiferencia. Después de todo, las probabilidades eran mínimas.

—¡Vamos allá! —continuó la mujer, metiendo la mano en la urna y removiendo los papeles con una teatralidad exagerada.

Toda la sala contuvo la respiración.

—El afortunado o afortunada es… —desdobló el papel y lo leyó con expresión de sorpresa—: ¡Rafaela Albuquerque!

Sentí cómo el mundo se detenía por un instante. Los sonidos a mi alrededor se apagaron, como si alguien hubiera echado una manta sobre todo. Mi mente tardó varios segundos en procesar lo que acababa de suceder.

—No puede ser… —susurré, casi inaudible.

—¡Rafa! ¡Eres tú! —Bianca casi gritó, aplaudiendo a mi lado como si acabara de ganar la lotería—. ¡No me lo puedo creer!

Otros compañeros me lanzaron miradas animadas y quizás algo envidiosas. Algunas sonrisas falsas aparecieron aquí y allá, pero yo no podía reaccionar. Tenía las manos sudorosas, y una oleada de sorpresa me hizo hundirme aún más en la silla.

—Tiene que haber algún error —dije, más para mí misma que para Bianca.

—¡Ningún error! —Ella rio, claramente disfrutando de mi expresión atónita—. ¡Te ha tocado a ti! ¡Vas a cenar con el jefazo!

«¿Por qué precisamente yo?», pensé sintiendo un escalofrío en la espalda.

Yo no era precisamente el tipo de persona que llamaba la atención, mucho menos alguien capaz de manejar a CEOs arrogantes y dominantes.

El corazón se me aceleró aún más. Esto no podía estar pasando.

—¡Enhorabuena, Rafa! —escuché una voz lejana.

Todavía en estado de shock, solo pude murmurar:

—Estoy perdida.

Y, por primera vez en todo el día, Bianca no pudo contener una sonora carcajada.



CAPÍTULO 7

«A veces, la obligación nos pone en el camino de personas con las que jamás habríamos imaginado cruzarnos.»

DAMIEN BLACKWOOD

—El sorteo ya se ha realizado, y la ganadora se llama Rafaela Albuquerque. Es programadora, tiene 26 años, y…

—Me importa poco quién es o su edad —le interrumpí nuevamente, ajustándome el reloj de la muñeca. Lo último que

necesitaba era perder el tiempo con detalles irrelevantes sobre una desconocida que el sistema había elegido—. Apúntalo para el viernes a las nueve de la noche.

—Señor, ¿no sería mejor confirmar primero su disponibilidad? —Enrico intentó argumentar, con voz baja pero aún audible.

Solté el bolígrafo sobre los documentos con un golpe seco y levanté la mirada hacia él.

—¿Me estás diciendo esto en serio? —le corté, entrecerrando los ojos. Mi voz sonó fría y afilada, como el chasquido de un látigo en el silencio del despacho—. Confírmalo tú mismo, pero el viernes a las nueve, en el Bravura —ordené, refiriéndome al restaurante más exclusivo y caro de Río de Janeiro, un lugar donde el ambiente era discreto, el servicio impecable, y la gente pagaba precisamente para que no la molestaran—. Y no es una sugerencia, Enrico.

Él se detuvo, sosteniendo la carpeta de cuero en las manos, como si hubiese cometido un error gravísimo.

Enrico era competente —impecable, en realidad—, pero a veces olvidaba que no había espacio para objeciones o preguntas cuando se trataba de mis órdenes.

—Entendido —respondió resignado, anotando algo en su tablet con dedos ágiles.

—Y organiza un coche para recogerla. Que estén en su casa media hora antes. No tolero retrasos —añadí, reclinándome en la silla y frotándome el mentón—. Si llega tarde, estás despedido.

Enrico me miró por un segundo, incrédulo, antes de volver a concentrarse en sus notas. Sabía perfectamente que yo no estaba bromeando. Nunca bromeaba.

—Señor…

—¿Has terminado ya? —interrumpí, dejando escapar la irritación en mis palabras—. Si tienes algo más que decir, guárdalo para después. Tengo trabajo que hacer.

—Me encargaré ahora mismo.

—Perfecto. Sal.

Obedeció sin más argumentos, cerrando la puerta al salir. El silencio habitual volvió a mi despacho, y solté un breve suspiro de irritación.

Una cena.

Como si necesitara perder el tiempo en algo así. Era una tradición absurda, pero como le gustaba repetir a mi viejo abuelo, las tradiciones no se rompen.

Eché un vistazo a la pila de contratos sobre mi escritorio, aunque las palabras parecían mezclarse frente a mis ojos. Por un segundo me sorprendí imaginando el rostro de aquella Rafaela Albuquerque.

El nombre era común, nada destacable, y probablemente era como los demás empleados que veía cada día: discretos, enfocados en sus tareas, nada memorables.

Mi mente volvió a la cena. No sería más que una hora en mi calendario, pero la idea de tener que sonreír y escuchar a una desconocida me resultaba tan molesta como aquella reunión impuesta por mi abuelo.

Aun así, era mejor solucionar esto cuanto antes que tener a Enrico recordándome constantemente la famosa «importancia de las relaciones humanas».

Regresé al trabajo, concentrándome en las cifras y los datos que proyectaba la pantalla. Allí, entre gráficos de crecimiento y balances

millonarios, estaba mi verdadero reino. Y nada —ni una cena con una programadora escogida al azar— iba a distraerme de ello.

El viernes llegaría pronto, y aquella tontería estaría zanjada.

RAFAELA ALBUQUERQUE

—Todavía no puedo creer que vayas a cenar con Damien Blackwood, amiga.

Débora estaba visiblemente emocionada, sus ojos brillaban de entusiasmo mientras se inclinaba hacia delante, con las manos cerradas en puños, como si estuviera a punto de ponerse a aplaudir.

El ritmo de nuestra comida en la cafetería de la empresa era rápido, pero a ella no parecía importarle. La idea de que yo fuera a cenar con él resultaba más emocionante que cualquier plato que tuviéramos delante.

—Creo que yo tampoco —comenté con sinceridad, removiendo distraídamente la comida con el tenedor, pero sin llevarme nada a la boca.
Intentaba por todos los medios no parecer tan incómoda como realmente me sentía.

—¿Cómo que «yo tampoco»? ¡Esto es algo muy grande, Rafa! Vas a cenar con el mismísimo CEO de Blackwood Tech, ¡el hombre que es un icono aquí en Río! Todo el mundo babea por él y ahora tú, de la noche a

la mañana, vas a compartir mesa con él. —Soltó una risita nerviosa, casi en un estado de euforia, como si estuviera viviendo la situación por mí.

Yo sonreí sin demasiada convicción, continuando con el juego de mover la comida en el plato. No me atrevía a admitir lo incómoda que me sentía con todo aquello. No era exactamente lo que esperaba vivir en mi primer mes de trabajo.

—Te entiendo, pero sinceramente no estoy tan ilusionada —confesé, dejando el tenedor sobre el plato—. Soy nueva aquí, aún estoy tratando de adaptarme. Ya sabes, al trabajo, al equipo… Solo quiero trabajar tranquila, sin llamar tanto la atención. Ahora siento que todos los focos están sobre mí y que todo el mundo me mira raro, como si fuera la atracción del día. Todo por ese sorteo de esta mañana, ¿no?

Débora me observó durante un momento, y noté cómo su entusiasmo disminuía un poco, intentando ponerse en mi lugar.

Ella no entendía mi timidez y siempre insistía en que yo debería ser más atrevida, aunque para mí no era algo sencillo.

—Rafa, no le des tantas vueltas —dijo finalmente, poniendo su mano sobre la mía—. Solo será una hora, y ni siquiera necesitas preocuparte por impresionarlo. Basta con que seas tú misma. Seguro

que consigues hablar con él de forma natural, sin forzar nada. Además, eres inteligente, imposible que no lo note. Lo harás genial, estoy segura.

La miré, intentando asimilar sus palabras.

Ella tenía razón, al menos en parte. No necesitaba hacer otra cosa más que ser yo misma, pero lo que realmente me incomodaba era la presión de estar a la altura de las expectativas.

Damien Blackwood era de esas personas cuya sola presencia causaba impacto, y no sabía si podría mantener la calma frente a él.

—Eso espero —murmuré, sintiendo un peso sobre los hombros —. Pero no sé si estoy preparada para esto. No quería convertirme en el centro de atención tan pronto.

Débora sonrió y me dio un suave golpecito en la mano.

—Eres más que capaz, Rafa. No lo olvides. Sé que no te gusta presumir, pero tu inteligencia habla por sí sola. No hay manera de que él no lo note.

Quería creer en sus palabras, pero en el fondo aún me sentía insegura. No estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones, y el hecho

de que ahora todos me miraran como «la afortunada» de algo que ni siquiera había elegido aumentaba considerablemente mi ansiedad.

—Solo quiero saldar mis deudas y vivir tranquila —confesé, bajando la vista hacia el plato mientras sentía cómo la presión me apretaba el pecho—. No quiero que me vean como un «proyecto» o algo así, ¿entiendes?

Débora respiró hondo, como sopesando lo que había dicho, pero enseguida volvió a sonreír.

—Todo saldrá bien, estoy segura. Y más aún, lo vas a hacer muchísimo mejor de lo que imaginas. Damien Blackwood no es más que otro hombre con mucho ego al que gestionar. No es tan diferente de nosotras. Será una experiencia más, y lo mejor de todo: te divertirás, aunque solo sea un poco.

Siempre que me sentía agobiada, Débora conseguía hacerme ver las cosas desde otra perspectiva, aunque a veces me costara.

—Ya veremos, ¿no? —comenté dando un sorbo a mi vaso de agua —. Solo espero que no me haga sentir aún más incómoda de lo que ya estoy.

Ella negó suavemente con la cabeza, regalándome una sonrisa confiada.

—Será solo una hora. Pasará rápido y al final verás que no ha sido para tanto. Y después… tendrás una historia increíble para contar.

Aquello no era más que un pequeño obstáculo, pero sabía que debía afrontarlo. No podía permitir que mi timidez y mi inseguridad me impidieran aprovechar las oportunidades que se me presentaban.

—Creo que tienes razón —admití, sintiendo cómo cierta ligereza invadía mi pecho—. Intentaré no darle tantas vueltas.

Débora sonrió, satisfecha.

—¡Esa es la actitud! Ahora vamos a volver al trabajo, porque sé que allí también vas a arrasar. Al fin y al cabo, para eso estás aquí.

Esta vez le devolví una sonrisa más auténtica, y aunque la ansiedad aún permanecía, comencé a sentirme un poco más preparada para lo que estaba por venir.

Fuera lo que fuese, estaba decidida a dar lo mejor de mí, como siempre había hecho.



CAPÍTULO 8

«A veces, las conexiones más inesperadas nacen de una incomodidad compartida.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Me miré en el espejo, ajustando por última vez el bajo del vestido azul marino que había elegido. La tela era sencilla, pero caía bien sobre mi cuerpo, resaltando mi cintura sin excesos.

No era nada demasiado llamativo, justo lo necesario para parecer elegante y apropiado, sin dar la impresión de que me había esforzado

demasiado.

Llevaba el cabello recogido en un moño bajo, con algunos mechones rebeldes que simplemente no había podido controlar, por mucho que lo intentara.

Las gafas graduadas eran, como siempre, mi accesorio imprescindible. Había escogido una montura dorada y fina para combinarla con los pendientes discretos que llevaba, intentando darle al conjunto un toque sofisticado.

Aun así, por más que me arreglara, no conseguía librarme de aquella sensación de incomodidad.

Suspiré profundamente mientras observaba mi reflejo.

Me costaba creer que estuviese preparándome para una cena con Damien Blackwood. No parecía real, ni siquiera después de haber escuchado durante toda una semana los comentarios emocionados de mis compañeros acerca del sorteo.

La semana había transcurrido relativamente bien. Había logrado concentrarme en el trabajo, avanzar con el código del proyecto en el que estaba implicada, e incluso empezaba a sentirme más cómoda con el equipo.

Pero ahora, toda esa tranquilidad parecía haberse evaporado, sustituida por una ansiedad asfixiante.

No quería asistir a aquella cena.

Prefería quedarme en casa, en pijama, viendo alguna serie tonta con un bol de palomitas a mi lado. En cambio, estaba a punto de entrar en uno de los restaurantes más caros de la ciudad para cenar con un hombre que desprendía poder y autoridad como si formaran parte de su esencia.

Cogí mi bolso y bajé las escaleras del edificio. Nada más salir, el coche ya me esperaba, tal y como me habían prometido. Era un sedán negro brillante, con un chófer uniformado junto a la puerta trasera, que rápidamente abrió para mí.

—Buenas noches, señorita Rafaela —saludó con una sonrisa educada.

—Buenas noches —murmuré, intentando disimular mis nervios.

El trayecto hasta el restaurante fue más corto de lo que esperaba, pero cada minuto se me hizo eterno.

Miraba por la ventana, viendo pasar las luces de la ciudad como manchas borrosas mientras trataba de controlar mi respiración.
Sentía el corazón latiendo en mi garganta, y con cada giro aumentaba la sensación de que iba camino de una audiencia en lugar de una cena.

Cuando el coche se detuvo frente al restaurante, necesité un momento antes de salir. El Bravura era aún más impresionante de lo que había imaginado. Una fachada moderna, con cristales que reflejaban las luces nocturnas y un aire de exclusividad que hacía que mi estómago se revolviera.

Al entrar, una hostess me recibió de inmediato, confirmando mi reserva con una sonrisa profesional.

—El señor Blackwood ya la está esperando. Por aquí, por favor.

La seguí a través del salón, notando las miradas curiosas de otros clientes, o quizá solo era mi imaginación. Cada paso parecía más pesado, y la ansiedad me hacía desear ser invisible.

Y entonces lo vi.

Damien Blackwood estaba sentado en una mesa apartada, junto a una de las grandes ventanas que ofrecían unas vistas espectaculares de la ciudad. Él no solo estaba allí; dominaba el espacio a su alrededor,

como si cada rincón del restaurante se hubiera diseñado para acoger su presencia.

Por supuesto, estaba impecable. Traje negro, corbata perfectamente alineada y esa mirada que parecía ver más de lo que debía. Cuando sus ojos se posaron en mí, sentí que mi corazón se aceleraba aún más.

Me observaba atentamente, evaluando cada detalle: el vestido, las gafas, cada uno de mis movimientos.

—Rafaela Albuquerque —dijo con voz profunda y controlada. No se levantó, simplemente señaló con un gesto el asiento frente a él—. Siéntese, por favor.

Tragué saliva, intentando recomponerme. Las manos me temblaban ligeramente mientras sujetaba la silla para sentarme, ajustando mi postura para aparentar una seguridad que no sentía.

—Gracias, señor Blackwood —respondí, mi voz más baja de lo que hubiera querido.

Él solo me observó sin responder enseguida, como si estuviera esperando algo más de mí. La cena acababa de comenzar, pero ya

parecía ser el desafío más intimidante al que me había enfrentado en mucho tiempo.

—Aquí puede llamarme Damien, simplemente.

—Vale —asentí, sintiendo cómo el calor me subía por las mejillas.

Su mirada seguía fija en mí, tan intensa que parecía querer descifrarme capa a capa, como si cada movimiento, cada expresión mía fuera un enigma que necesitaba resolver.

Aquella atención me incomodaba, pero también despertaba en mí una silenciosa curiosidad.

El silencio entre nosotros era casi tangible, pero él fue el primero en romperlo.

—Entonces, Rafaela… —comenzó, su voz baja y controlada— dígame, ¿cómo está yendo el trabajo hasta ahora? ¿Era lo que esperaba?

Mi mente viajó rápidamente a mis primeros días en la empresa. Recordé la ansiedad que sentía intentando adaptarme, cómo cada línea de código parecía una prueba para demostrar que merecía estar allí.

—Está siendo bueno, sí —respondí vacilante pero sincera—. Es un desafío, pero me gusta. El equipo tiene mucho talento, y me siento

motivada a aprender cada día más. Creo que está siendo incluso mejor de lo que esperaba.

Él asintió ligeramente, aunque su mirada seguía clavada en mí, como buscando algo más allá de mis palabras.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia delante.

Tragué saliva, apretando nerviosamente las manos bajo la mesa. Era más observador de lo que había imaginado, y eso no ayudaba precisamente a reducir mi ansiedad.

—Es solo que… —comencé, ajustándome las gafas en un gesto nervioso— soy tímida. Prefiero pasar desapercibida, y esto… —hice un gesto con la mano, indicando la situación— no es precisamente donde me siento cómoda. Me gusta más analizar código frente al ordenador o… ver series.

Una sonrisa casi imperceptible apareció en su rostro, como si se estuviera divirtiendo con mi respuesta, aunque no de forma cruel.

—¿No quería estar aquí conmigo? —preguntó directamente, sus ojos oscuros clavados en los míos.

Su pregunta me tomó por sorpresa, pero al mismo tiempo me dio un instante de claridad. Respiré hondo y, por primera vez en toda la noche, reuní el valor para mirarle de frente.

—No —respondí con sinceridad.

Su sonrisa se volvió ligeramente sarcástica, aunque no menos intrigante.

—Entonces estamos en paz. Yo tampoco.

Parpadeé sorprendida, y por un instante me permití relajarme un poco. Su confesión inesperada trajo un extraño alivio, como si aquel detalle nos situara al mismo nivel.

—Entiendo.

—Bueno, ya que estamos atrapados aquí durante una hora, aprovechémoslo —continuó, recostándose en la silla, con su postura aún impecable—. Y si quiere permanecer en silencio, no me opondré. Yo también sé apreciar el silencio cuando hace falta.

No pude evitar soltar una pequeña risa, que escapó antes de que pudiera contenerla.

—Eso es casi alentador —comenté con un tono algo más relajado.

—No suelo ser alentador —respondió serio, aunque un brillo irónico asomaba en sus ojos.

Poco a poco, sentí cómo disminuía la tensión en mis hombros. Parecía menos amenazante ahora, menos inalcanzable.

—Comencemos por algo sencillo —dijo mientras colocaba la servilleta sobre su regazo—. Cuénteme algo que le guste hacer, además de programar.

Y así, por primera vez en toda la noche, sentí que podría responder sin preocuparme por ser juzgada. Seguramente aquella cena pasaría más rápido de lo que había imaginado.



CAPÍTULO 9

«Algunas conversaciones tienen el poder de convertir una obligación en algo inesperadamente revelador.»

DAMIEN BLACKWOOD

Yo realmente no tenía ganas de estar en una cena que no iba a aportarme absolutamente nada, pero tener frente a mí a alguien que no se esforzaba en impresionarme y que respondía con sinceridad a todo lo que le preguntaba, hacía que la experiencia fuera distinta.

Rafaela Albuquerque parecía no tener la menor idea del impacto que provocaba. Era discreta, tímida, pero había una fuerza silenciosa en su mirada.

Algo que, por algún motivo, no conseguía ignorar.

Mientras ella se ajustaba las gafas de forma casi inconsciente, observé algo curioso: no necesitaba hacer nada especial para captar la atención. El vestido azul marino, sencillo, el cabello recogido en un moño despreocupado y la montura dorada de las gafas creaban una armonía que parecía espontánea, pero resultaba absolutamente perfecta.

Mi análisis fue interrumpido cuando ella tomó la carta y recorrió las opciones con una seriedad casi cómica.

—Creo que pediré el risotto de setas —dijo finalmente, mirándome como si esperara mi aprobación.

—Buena elección —afirmé, manteniendo un tono neutro, aunque una parte de mí comenzaba a disfrutar de la ligera tensión que ella desprendía.

Hice mi pedido, y poco después llegaron los platos. La comida estaba impecable, como siempre en el Bravura, pero, para mi sorpresa,

estaba mucho más interesado en la persona que tenía delante que en la cena en sí misma.

Rafaela empezó a hablar, comentando el restaurante y la presentación de los platos. Su voz era suave, pero adquiría un ritmo animado cuando se permitía relajarse.

—Es la primera vez que vengo a un lugar tan sofisticado —admitió, mirando alrededor—. Normalmente, mis cenas suelen ser más prácticas, ¿sabes?

Me sorprendí prestando más atención de la habitual, algo raro en mí. No era el tipo de conversación que solía mantener, pero había en ella una naturalidad que resultaba casi reconfortante.

—¿Y qué sueles cenar? —pregunté, más por curiosidad que por un verdadero interés gastronómico.

—Oh, cualquier cosa que sea rápida y fácil de preparar. Pasta con queso, a veces una pizza congelada… esas cosas —rió suavemente, algo avergonzada por su propia sencillez.

—¿Y tu familia? —pregunté, cambiando el tono hacia algo más serio.

La transformación en su rostro fue inmediata. Su sonrisa desapareció y algo más profundo y triste ocupó su mirada.

—No tengo familia. Mis padres murieron en un accidente de coche cuando tenía cinco años —dijo, bajando los ojos hacia el plato—. Tampoco tenían familiares vivos, así que crecí en orfanatos hasta los dieciséis años. A partir de ahí, decidí salir adelante sola. Estudié con becas y trabajé en todo lo que encontraba para mantenerme.

Ella alzó la vista, y el peso de su historia me golpeó con fuerza. Rara vez me interesaban las historias ajenas, pero la suya tenía algo diferente.

—Lamento escuchar eso.

—Gracias, pero no hace falta —respondió con una fuerza que me sorprendió—. Nadie luchó por mí. Tuve que hacerlo yo misma, y estoy orgullosa de eso, de la persona en la que me he convertido.

Había algo crudo y auténtico en aquella frase.

No buscaba victimizarse ni impresionarme; simplemente era un hecho, una verdad que llevaba consigo y que la había moldeado.

Por primera vez en toda la noche, sentí que algo se movía en mi interior. Algo que no había reconocido en mucho tiempo. No era admiración exactamente, sino un instinto protector, como si una parte de mí quisiera asegurarse de que, de algún modo, ella ya no tuviera que luchar sola.

La observé un instante y mis impresiones sobre ella comenzaron a cambiar. Rafaela Albuquerque, con toda su timidez y sencillez, era mucho más de lo que aparentaba.

—¿Es impresión mía o no te gusta hablar sobre tu pasado? —pregunté, observándola atentamente.

Ella dudó, bajando la vista hacia el vaso de agua que sujetaba. Rafaela tenía una manera peculiar de reaccionar cuando se sentía presionada. No era solo timidez; era como si estuviera decidiendo, en tiempo real, cuánto estaba dispuesta a compartir.

—En realidad, no me gusta hablar de mí —respondió finalmente, con una sonrisa contenida—. No me considero interesante.

Levanté una ceja, intrigado.

—Pero lo eres, Rafaela.

Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Quizá fuera su expresión vulnerable, o el hecho de que durante la última hora ella hubiera sido completamente sincera y genuina. Fuera lo que fuese, algo en mí encontraba aquello profundamente interesante.

Ella se sonrojó inmediatamente y llevó la mano instintivamente para ajustarse las gafas. Era el tipo de reacción que habría pasado inadvertida para la mayoría, pero para mí fue imposible de ignorar.

—Gracias, pero no sé si estoy de acuerdo —murmuró, con voz baja.

—Yo no lo estoy. Y teniendo en cuenta que soy conocido por evaluar a las personas objetivamente, diría que mi criterio es bastante fiable —repliqué con un leve tono provocador, observando cómo ella se movía inquieta en su silla, nerviosa, pero también algo más cómoda.

—Estás haciendo que me ponga más nerviosa —admitió, sonriendo un poco más ahora.

—Entonces cambiemos eso. —Me incliné ligeramente hacia delante—. ¿Quieres saber algo sobre mí? Pregunta lo que quieras.

Se mordió ligeramente el labio inferior, pensativa por un momento, antes de responder con algo cuya sencillez me sorprendió.

—Lo que tú quieras contarme —dijo, mirándome directamente con una honestidad que me impulsó a querer responderle con sinceridad.

—Bueno, nací aquí en Río, pero pasé gran parte de mi juventud en Estados Unidos, estudiando. Mi familia tiene raíces escocesas e inglesas; mis tatarabuelos llegaron a Brasil y se quedaron aquí —comencé, observándola mientras escuchaba atentamente, inclinada hacia delante con los codos apoyados en la mesa—. Mis padres siempre fueron muy exigentes. Y mi abuelo, ni te cuento. Crecí con la idea de que el éxito era una obligación, no una opción.

—Suena intenso —comentó ella, algo insegura.

—Lo fue —admití sin rodeos—. Pero funcionó. Construimos Blackwood Tech sobre esa base, y nunca me he arrepentido. El trabajo es lo que me impulsa, lo que me define.

Ella no respondió de inmediato, pero su mirada parecía evaluarme, como si intentara comprender más allá de mis palabras. Era una sensación incómoda, pero interesante a la vez.

No fui consciente del momento en que empecé a hablar más sobre la empresa, sobre los desafíos de dirigir un imperio e incluso sobre algunas frustraciones que nunca había admitido ante nadie.

Ella, por su parte, hacía preguntas precisas, intercalando comentarios que revelaban su perspectiva práctica y optimista.

Cuando miré el reloj, noté algo inesperado: había pasado ya más de una hora desde el comienzo de la cena.

—Parece que nuestro tiempo se ha terminado —comenté, ajustando el reloj en mi muñeca y reclinándome en la silla.

—Ha pasado rápido —dijo ella, ajustándose las gafas nuevamente.

—Sí, muy rápido —coincidí, aunque aquello me incomodaba en cierto modo. Normalmente no me importaba el paso del tiempo, pero con ella, una hora parecía demasiado poco.

Me levanté, cogiendo mi chaqueta y haciendo una señal al camarero. Después de pagar la cuenta, la acompañé hasta la salida, manteniendo mi habitual postura controlada.

Esperé a que subiera al coche y después entré en el mío, dirigiéndome hacia mi mansión. Sin embargo, una parte de mí sabía que, aunque esa cena pudiera parecer sencilla, algo en ella había cambiado la forma en que la veía.



CAPÍTULO 10

«La confianza es un lujo que pocos pueden permitirse.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

El lunes intenté pasar desapercibida en el trabajo, pero todas las miradas se posaban sobre mí, lo que me hizo sentir bastante incómoda.

Mientras caminaba por el pasillo hacia el ascensor, era imposible ignorar los murmullos que surgían desde todas las direcciones.

Sabía perfectamente por qué.

La cena con Damien no había pasado desapercibida y, al parecer, toda la plantilla de Blackwood Tech estaba interesada en saber cómo había ido.

—Parece que te has convertido en toda una celebridad, ¿eh? —bromeó Débora cuando se acercó a mí, con una sonrisa divertida.

—Qué celebridad ni qué historias —murmuré, ajustándome las gafas—. No entiendo por qué a todos les interesa tanto.

Ella rio, pulsando el botón del ascensor mientras me lanzaba una mirada comprensiva.

—Tranquila, Rafa. En una semana encontrarán otro tema del que cotillear. Estas cosas se olvidan pronto.

Yo no lo tenía tan claro, pero preferí no discutir. Cuando por fin llegamos a la cafetería, escogimos una mesa apartada, intentando alejarnos del bullicio más intenso.

—Bueno… cuéntame. ¿Qué tal la cena con el jefe supremo? —preguntó, apoyando la barbilla en las manos mientras me miraba con curiosidad en los ojos.

Suspiré, sabiendo que no me dejaría escapar sin contarle algo.

—Fue interesante —comencé, removiendo distraídamente la comida en el plato—. Durante unos minutos, hasta parecía humano y no un semidiós.

Ella arqueó una ceja, visiblemente intrigada.

—¿Humano? Vaya, eso parece todo un logro.

—Sí, pero no sé si fue buena idea hablarle tanto de mí. —Hice una pausa, dudando—. Terminé contándole cosas que muy poca gente sabe… sobre mi vida, mi infancia.

Débora ladeó la cabeza, suavizando su expresión.

—Rafa, así eres tú: auténtica. No lo veo como algo negativo. Quizá se haya dado cuenta de que no eres como todos los demás que intentan impresionarle.

Negué con la cabeza, sin estar del todo convencida.

—Solo que ahora siento que todos me están analizando.

—Quizá él quiera otra cita para escuchar más sobre tu fascinante vida.

—No fue una cita, amiga. Fue una obligación —repliqué, esforzándome para no reír ante su provocación.

—Nunca se sabe —comentó con una sonrisa traviesa—. A veces, las obligaciones se convierten en algo mucho más interesante.

—Lo dudo muchísimo —murmuré, pero la sonrisa que se me escapó indicaba claramente que, en el fondo, sus palabras no parecían tan absurdas.

Débora cambió la conversación hacia temas más ligeros, aunque seguía sintiendo la incómoda sensación de estar bajo el foco de atención.

Probablemente solo fueran imaginaciones mías, pero al mismo tiempo, algo me decía que aquella cena con Damien Blackwood no sería tan fácil de olvidar… ni para mí ni para él.

DAMIEN BLACKWOOD

Después de una reunión de dos horas, salí de la sala de conferencias con la mente aún sumergida en las cifras y proyecciones que acabábamos de repasar.

Miguel me acompañaba mientras hablaba sobre la expansión internacional de Blackwood Tech, algo que llevábamos discutiendo meses, pero que por fin parecía tomar forma.

—Si conseguimos cerrar ese contrato con los inversores asiáticos, daremos un salto significativo en infraestructura —comentó, ajustándose la chaqueta mientras caminaba a mi lado—. Es el paso más lógico.

—Estoy de acuerdo, pero quiero que revisen los términos una vez más. No me gustan los vacíos en los contratos. Y asegúrate de que comprendan que no estamos en condiciones de negociar concesiones innecesarias.

Miguel asintió, sin sorprenderse. Conocía perfectamente mi estilo.

—Siempre tan meticuloso. Por eso estamos donde estamos —comentó, con una ligera sonrisa en los labios.

Entramos en mi despacho, y él siguió hablando sobre los plazos y los ajustes necesarios con el equipo jurídico. Escuché atentamente, haciendo anotaciones de vez en cuando o asintiendo brevemente con la cabeza.

El trabajo era la única cosa que tenía sentido para mí, la única que seguía reglas claras.

Cuando se levantó para irse, ajustándose la corbata, me lanzó una mirada curiosa.

—Por cierto, ¿qué tal fue la cena?

Alcé la vista del documento que estaba revisando y lo observé por un instante. Miguel no era del tipo que hacía preguntas sin un propósito, así que sabía que esperaba algo.

—Fue interesante —respondí, regresando la mirada al papel frente a mí.

Miguel arqueó una ceja, visiblemente sorprendido.

—¿Interesante? Viniendo de ti, eso es casi un elogio.

—No exageres —repliqué, negando con la cabeza para evitar que continuara con el tema—. Ahora vete, tengo más cosas que hacer.

Él se rio suavemente, negando con la cabeza mientras se dirigía hacia la puerta.

—Hasta tú tendrás que admitir algún día que tienes vida más allá del trabajo, Damien.

—No cuentes con ello —contesté, sin levantar la mirada.

Tan pronto salió, el silencio volvió a llenar el despacho, y me recosté en la silla. Sin embargo, a pesar de la pila de documentos frente a mí, mi mente no lograba concentrarse del todo en el trabajo.

La imagen de Rafaela Albuquerque flotaba en mi mente como una sombra.

Por algún motivo, no era el tipo de persona que se olvidara fácilmente. Su sinceridad, su historia, e incluso la incomodidad genuina que mostró durante la cena resultaban intrigantes. Aun así, mi naturaleza desconfiada me impedía aceptar aquello de forma tan sencilla.

Cogí el teléfono y marqué un número que rara vez utilizaba, pero que siempre estaba disponible para mí.

—Necesito que investigues a alguien —dije en cuanto descolgó, sin rodeos.

—¿A quién? —respondió la voz al otro lado, neutra pero atenta.

—Rafaela Albuquerque. Programadora, trabaja aquí, en Blackwood Tech. Quiero todo lo que puedas encontrar sobre ella.

—¿Algún detalle concreto en el que deba centrarme?

—Infancia, vida personal, cualquier cosa que pueda indicar algo fuera de lo común.

—Entendido. Me pongo con ello ahora mismo.

Colgué sin añadir más explicaciones, reclinándome de nuevo en la silla.
Confiar en las personas nunca había sido mi punto fuerte. Y aunque Rafaela no había hecho nada para levantar sospechas evidentes, era mejor prevenir que lamentar.

Para mí, la transparencia solo existía cuando se confirmaba con hechos. Y hasta que no tuviera la certeza absoluta de que sus palabras

no eran más que una historia sencilla y verdadera, no habría espacio para interpretaciones ni sentimientos.

Así era como yo funcionaba.



CAPÍTULO 11

«El pasado tiene la cruel costumbre de aparecer cuando menos te lo esperas, exigiendo un precio que jamás imaginaste tener que pagar.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Estaba contenta con la oportunidad en la empresa y con la posibilidad de crecer profesionalmente en un lugar que parecía ofrecer tanto.

La rutina comenzaba a cobrar sentido, y por primera vez en mucho tiempo, sentía un pequeño rayo de esperanza, como si las cosas pudieran por fin arreglarse.

Sin embargo, aquella sensación de alivio no duró demasiado.

El autobús se detuvo cerca de mi parada, y bajé con la mochila a la espalda, observando las calles tranquilas del barrio.

Era tarde, pero aún se percibía un ligero movimiento de gente regresando del trabajo. Caminé hacia mi edificio, intentando ignorar el cansancio que hacía que mis hombros pesaran más de lo habitual.

Al girar la esquina, vi a un hombre parado en la acera frente a mi portal. Estaba apoyado en una farola, con una gorra que ocultaba parcialmente su rostro, pero su postura era tensa, casi predatoria. Algo en la manera en que me miró hizo que el pánico comenzara a ascender por mi pecho.

Sin pensarlo dos veces, intenté dar media vuelta fingiendo que había olvidado algo, pero sus pasos firmes resonaron detrás de mí antes de que pudiera alejarme.

—Eh, chica —su voz era baja, pero llevaba una firmeza que hizo que me congelara en el sitio—, no hagas tonterías. Solo quiero hablar

contigo.

El corazón se me aceleró y las manos empezaron a temblarme mientras apretaba con fuerza las correas de la mochila.

—No sé qué quieres, pero… —empecé, intentando sonar decidida, aunque mi voz salió débil, casi inaudible.

Él dio un paso hacia delante, acortando la distancia entre nosotros.

—No grites. No montes una escena. Solo escucha, ¿vale? —dijo ahora más bajo, pero con la misma amenaza en su tono.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo cómo el corazón me latía desenfrenado en el pecho.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté, con la garganta completamente cerrada.

—Creo que lo sabes perfectamente —respondió él, ladeando ligeramente la cabeza, como si me estuviera examinando—. Mi jefe se está impacientando, ¿sabes? Llevamos meses buscando al tal Gustavo Moreira, y parece que se lo ha tragado la tierra.

Sentí cómo el mundo se tambaleaba al escuchar aquel nombre: Gustavo. El nombre que intentaba borrar de mi memoria, pero que parecía perseguirme como un fantasma.

—Escucha, yo no tengo nada que ver con él. No sé dónde está.

El hombre rio, una risa corta y amarga que hizo que me estremeciera.

—Eso ya lo sé. Por eso mi jefe pensó que tú podrías ayudarnos. Y cuando digo ayudar, me refiero a pagar lo que él debe.

—¿Pagar? —mi voz tembló y di un paso hacia atrás intentando mantener cierta distancia—. ¡No tengo dinero!

—No tengo tiempo para tus excusas, chica. —Cruzó los brazos y entrecerró los ojos con desdén—. Gustavo desapareció con cien mil reales, y alguien tiene que pagar, aunque sea su exnovia. A mi jefe no le importa quién. Quiere el dinero, y punto.

Negué con la cabeza, intentando procesar lo que decía, pero sentía como si el suelo se abriese bajo mis pies.

—¡Yo no tengo ese dinero! —exclamé, con la voz quebrada por la desesperación.

Él dio otro paso adelante, demasiado cerca para mi gusto, adoptando un tono más autoritario.

—Pues más te vale encontrarlo. Tienes un mes. Si no pagas… —Hizo una pausa, inclinándose hacia mí, el rostro parcialmente oculto por la sombra de la gorra—. Lo pagarás con tu vida.

Mis piernas amenazaron con fallar. Todo mi cuerpo temblaba, pero, de alguna manera, conseguí balbucear:

—No sé cómo voy a conseguir esa cantidad.

—Tú verás cómo lo haces. No quiero excusas, solo quiero el dinero —dijo fríamente antes de girarse y desaparecer por la calle oscura.

Me quedé allí, inmóvil durante unos segundos, incapaz de respirar, de moverme o de pensar. Sus palabras resonaban en mi cabeza como una advertencia clara de que, por mucho que intentara huir del pasado, este siempre encontraría la manera de alcanzarme.



Me encerré en casa, temblando, con el corazón todavía latiendo con fuerza en el pecho y la mente dando vueltas en un torbellino de pensamientos.

Tenía la visión borrosa por las lágrimas que insistían en caer, y no podía pensar en otra cosa más que en las palabras amenazantes de aquel hombre.

Con las manos temblorosas cogí el teléfono y marqué el número de Débora. En aquel momento, ella era mi única opción. Cuando contestó, su voz alegre me sorprendió, contrastando profundamente con mi estado.

—¿Rafa? ¿Estás bien?

—Amiga… —mi voz salió rota, casi un susurro, antes de comenzar a sollozar por el teléfono.

—Rafaela, ¿qué ha pasado? —el cambio en su tono fue inmediato, cargado ahora de preocupación—. Por favor, dime algo, me estás poniendo nerviosa.

Respiré hondo, intentando recuperar el control, pero las palabras salieron atropelladas, llenas de desesperación.

—Un hombre… me abordó cerca de casa. Me dijo que Gustavo… —la voz se me quebró, y un sollozo escapó de mi garganta.

—¿Qué dijo sobre ese desgraciado? —interrumpió Débora con firmeza, como tratando de anclarme.

—Ha desaparecido… y dejó una deuda enorme. ¡Cien mil reales, Débora! —exclamé, con las lágrimas brotando con más fuerza—. Ahora vienen detrás de mí porque no consiguen encontrarlo a él. Piensan que yo debo pagar.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, y supuse que ella estaba procesándolo todo. Finalmente, volvió a hablar con una voz más controlada, aunque con un evidente matiz de rabia.

—Siempre supe que ese Gustavo era un cabrón, pero esto... Rafa, ¿estás segura ahora mismo? ¿Te ha hecho daño?

—No, pero me dio un mes para pagar o me harán algo —la última parte salió en un susurro, como si decirlo en voz alta lo hiciera aún más real.

—Tranquila, amiga, tranquila. Vamos a solucionarlo. No vas a pasar por esto sola, ¿me oyes?

—No sé qué hacer. No tengo ese dinero. Él me robó todo lo que tenía antes de desaparecer, y ahora parece que pidió más dinero prestado. Quizá para jugar... Era adicto, ¿recuerdas?

—Claro que recuerdo, y recuerdo también cómo intentaste ayudarle cuando ni siquiera lo merecía. Pero ahora no tienes que cargar con su culpa. Él te hizo esto, Rafa. Fue él, no tú.

—¿Pero cómo voy a pagar esa cantidad? —me tembló la voz—. Solo quería trabajar, empezar de nuevo… y ahora esto.

Débora respiró profundamente, como si intentara absorber parte de mi dolor.

—Primero necesitas respirar. Un paso a la vez. No vamos a permitir que te pase nada, ¿entendido? Mañana hablaremos con alguien, buscaremos opciones. Quizá incluso un abogado, no sé.

—¿Un abogado? Débora, esto no es solo una deuda, es una amenaza.

—Lo sé, amiga. Pero no estás sola. Yo te voy a ayudar. Algo se nos ocurrirá. Ahora mismo, cierra bien las puertas, intenta descansar y mañana actuamos. Eres fuerte, Rafa. Siempre lo has sido.

Aunque la desesperación aún latía dentro de mí, sus palabras me trajeron algo de alivio.

Débora tenía razón: necesitaba recomponerme.

Pero el miedo seguía allí, como una sombra que no conseguía apartar.

—Gracias —murmuré, tratando de controlar la respiración.

—No me las des. Ahora ve, date una ducha, intenta calmarte, y si me necesitas, llámame otra vez. Encontraremos una solución.

Colgué el teléfono y me senté en el sofá, abrazando mis rodillas.

Por más que Débora estuviera a mi lado, la sensación de estar sola en esa situación era abrumadora.

El peso de aquella deuda, de la amenaza y de mi pasado parecía más fuerte que nunca. Y no podía dejar de preguntarme: ¿hasta cuándo

me perseguiría todo esto?



CAPÍTULO 12

«Algunas decisiones no nacen del corazón, sino de la implacable necesidad de mantener el control.»

DAMIEN BLACKWOOD

Analizando los documentos que tenía delante, todo parecía mucho más complicado de lo que debería ser. Informes, contratos, cifras que exigían una precisión absoluta.

Mi despacho era mi fortaleza, un lugar en el que el mundo exterior no podía interferir, donde controlaba hasta el último detalle.

Sin embargo, mi concentración se vio interrumpida por el sonido de la puerta al abrirse, sin previo aviso ni anuncio.

Levanté la mirada y, para mi sorpresa, vi a mi padre parado en la entrada. Rara vez aparecía sin cita previa o sin tener un asunto estrictamente necesario.

—¿Papá? —pregunté, arqueando una ceja—. Me sorprende verte aquí. Puedes sentarte.

Entró lentamente, como si estuviera evaluando cada rincón de mi despacho antes de acomodarse en la silla frente a mí.

—Realmente no has cambiado nada —comentó con una leve sonrisa, echando un vistazo alrededor. Sus ojos se posaron sobre la estantería perfectamente organizada junto al escritorio—. Libros alineados por tamaño, objetos perfectamente centrados… todo milimétricamente colocado.

—Eso se llama eficiencia —respondí cruzando los brazos y recostándome en la silla—. Ahora dime, ¿qué te trae por aquí? No sueles hacer visitas casuales.

Suspiró, abandonando su tono distendido, y se acomodó mejor en la silla.

—Se trata de tu abuelo.

Guardé silencio durante unos segundos, esperando que continuase, aunque parecía medir cuidadosamente sus palabras.

—¿Qué ocurre con mi abuelo?

—Lo del matrimonio iba en serio, Damien. No fue un capricho ni una simple provocación.

—Eso ya lo sabía. Él nunca dice nada sin tener un propósito detrás. ¿Algo más?

Mi padre me observó con una mirada cargada de algo poco habitual en sus visitas: preocupación.

—Tu abuelo está enfermo, Damien. Alzheimer.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace algunos meses. Prefirió mantenerlo en secreto, pero la situación ha empeorado últimamente. Por eso hizo aquella petición. Quiere asegurarse de que lo heredes todo, pero sobre todo, quiere marcharse en paz.

Entrelacé los dedos sobre la mesa, manteniendo la expresión bajo control, aunque mi mente empezaba a trabajar rápidamente.

Mi abuelo siempre había sido una figura imponente, alguien que parecía indestructible. La idea de verlo vulnerable resultaba desconcertante.

—¿Así que quiere que me case para cumplir esa condición y satisfacer su sentido del deber?

Mi padre asintió lentamente.

—Es más que eso, Damien. Quiere asegurarse de que el legado familiar queda en buenas manos. Y sí, quiere que te cases. Él piensa que sólo así estarás realmente preparado para asumirlo todo con responsabilidad.

—¿Responsabilidad? —repetí, dejando escapar una sonrisa irónica—. Ya gestiono el imperio de la familia. Nunca ha sido un problema para mí.

—Él cree que casarte te aportará equilibrio. Una manera de garantizar que no vivas únicamente para el trabajo.

—Lo que quiere es que viva una mentira.

—No será una mentira si encuentras a alguien que entienda tu vida, hijo.

—¿De verdad cree que eso cambiará algo?

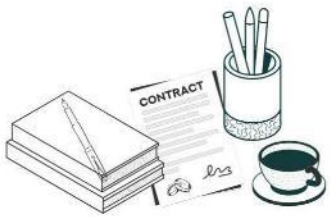
—Lo cree sinceramente. Es su deseo. Piénsalo bien. No se trata sólo de él, sino de lo que ha construido, del legado que quiere dejarte.

Mi padre se puso en pie, metiendo las manos en los bolsillos y observándome unos segundos más antes de dirigirse a la puerta.

—Sólo quiere irse sabiendo que estarás bien. Esto no es únicamente una cuestión de heredar el imperio, Damien. Es sobre quién serás tú después de hacerlo.

Y con esas palabras salió del despacho, dejando el peso de su mensaje sobre mis hombros.

La idea de casarme nunca había tenido sentido para mí, pero ahora ya no se trataba solo de un requisito empresarial: era una petición de alguien que siempre había creído en mí, incluso cuando ni yo mismo lo hacía.



Salí de la empresa con pasos decididos, concentrado en el siguiente punto de mi interminable lista de tareas.

El día había sido una sucesión de reuniones y decisiones estratégicas, y mi mente ya estaba recalculando lo que debería hacer mañana. Estaba a punto de entrar en el coche cuando el móvil vibró en mi bolsillo.

Miré la pantalla. Era el investigador.

—Habla —respondí, yendo directo al grano.

—Tengo novedades interesantes sobre Rafaela Albuquerque —dijo con la calma metódica que esperaba de él.

La mandíbula se me tensó durante un segundo.

—Continúa.

—He hecho una investigación completa, como me pediste. Todo lo que te contó es cierto. Perdió a sus padres en un accidente cuando era niña, pasó años en orfanatos y salió por su cuenta a los dieciséis. Desde entonces, se ha mantenido sola, obtuvo becas para estudiar y se

graduó con honores. No hay absolutamente nada que indique que esté intentando engañarte.

Me mantuve en silencio, escuchando atentamente, aunque mi mente ya estaba procesando cada detalle.

—Hay algo más —continuó—. He descubierto que su exnovio, Gustavo Moreira, tenía una fuerte adicción al juego. Acumuló enormes deudas antes de desaparecer, y dejó a Rafaela parte de ese problema. Ella perdió todos sus ahorros por culpa de él, y hay indicios de que algunos hombres relacionados con esas deudas están intentando cobrárselas.

Apreté el volante del coche, notando cómo un músculo de mi mandíbula se contraía.

—¿La han amenazado?

—No he podido confirmarlo directamente, pero es probable. Están presionando a cualquiera que pueda tener relación con Gustavo, y Rafaela es un objetivo evidente.

Respiré hondo, notando cómo la rabia comenzaba a bullir bajo mi fachada controlada.

—Continúa vigilando. Quiero saber inmediatamente si esos hombres vuelven a acercarse a ella. Infórmame enseguida de cualquier novedad.

—Entendido, señor Blackwood.

Colgué sin despedirme, aunque las palabras del investigador seguían resonando en mi mente.

Apoyé la cabeza contra el asiento del coche, observando el salpicadero. Ella no era como las demás personas con las que estaba acostumbrado a tratar.

No intentaba impresionarme, no le importaba mi estatus, y ahora sabía que todo lo que me había contado era verdad. Aquello debería haberme tranquilizado, pero, por alguna razón, solo empeoraba las cosas.

La idea apareció lentamente, fría y lógica, como todas las decisiones que tomaba en mi vida.

Tenía que solucionar aquello.

Ella necesitaba seguridad. Y yo necesitaba casarme.

Mi mente comenzó a trazar el plan. Un matrimonio por contrato. Un acuerdo que beneficiaría a ambos. Yo garantizaría su protección y eliminaría las amenazas.

A cambio, cumpliría con las exigencias de mi abuelo y aseguraría que el control del imperio familiar continuase en mis manos.

Nada de sentimientos ni complicaciones innecesarias. Solo un trato eficiente.

Encendí el motor del coche, una sonrisa calculada formándose en la comisura de mis labios. Todo estaba empezando a encajar. Ahora solo tenía que convencerla.

O, quizá, obligarla…



CAPÍTULO 13

«Algunas decisiones llegan sin avisar, pero tienen el poder de cambiar todo lo que creíamos saber sobre quiénes somos.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

En medio de tantos códigos y pantallas abiertas, intentaba mantener la concentración mientras mi equipo discutía cómo resolver un error irritante que nos estaba retrasando desde hacía días.

Las líneas de comandos comenzaban a cobrar sentido después de horas analizando cada detalle, y mi mente estaba sumergida en pura lógica mientras mis dedos tecleaban frenéticamente.

—Rafa, prueba esto —me sugirió uno de mis compañeros, señalando una línea específica en mi pantalla.

Asentí y ajusté el código tal como él había indicado, mientras el murmullo constante del equipo llenaba la sala.

Estábamos muy cerca de resolver el problema, y eso me aportaba un pequeño destello de satisfacción en medio de una semana que había sido de todo menos tranquila.

De repente, un silencio inusual invadió el ambiente, seguido por miradas furtivas. Levanté los ojos del monitor y vi la figura elegante de la secretaria de Damien Blackwood en la entrada de la sala.

Sus tacones resonaban con firmeza mientras se acercaba con aire autoritario.

—¿Rafaela Albuquerque? —preguntó, aunque claramente ya sabía quién era yo.

Sentí que el corazón me daba un vuelco involuntario. No era habitual que alguien de administración apareciera en nuestra planta, mucho menos para hablar conmigo.

—¿Sí? —respondí, un poco dubitativa, mientras las miradas curiosas de mis compañeros se clavaban en mí.

—El señor Blackwood quiere verla en su despacho. Ahora mismo —su voz era firme pero educada, como si estuviera acostumbrada a transmitir órdenes inapelables.

Intenté procesar lo que me decía, pero lo único que pude hacer fue mirar a mis compañeros, que intercambiaban miradas intrigadas.

—¿Ahora? —pregunté, echando una ojeada a la pantalla, donde el código aún aguardaba los últimos ajustes—. Estoy en medio de algo importante, creo que podría esperar un poco…

—Quiere verla ahora, sin retrasos —me interrumpió, en un tono que no dejaba espacio para negociaciones.

Suspiré profundamente, notando cómo la tensión se acumulaba en mi pecho.

—Pero necesito terminar esto. Estamos a punto de resolver un problema…

—Estoy segura de que entenderá lo importante que es para usted —añadió con una sonrisa profesional que no alcanzaba sus ojos—. Pero cuando Damien Blackwood dice ahora, significa que ya está llegando tarde.

Mis compañeros oscilaban entre la curiosidad y la compasión al verme arrastrada hacia algo cuyo motivo nadie podía adivinar.

—De acuerdo —murmuré, empujando mi silla hacia atrás. Cogí mi cuaderno de apuntes por impulso, aunque no sabía si realmente lo necesitaría, y seguí a la secretaria.

Mientras caminábamos por los pasillos, intenté mantener la mente ocupada con posibles razones por las que Damien Blackwood quería verme.

¿Habría cometido algún error? ¿Alguna presentación que no le había gustado?

No encontraba otra explicación lógica.

—¿Le mencionó por qué? —pregunté tímidamente, con una voz más baja de lo que pretendía.

—Él no comparte los motivos, solo transmite órdenes —respondió sin siquiera mirar atrás.

Fantástico. Un misterio más en la interminable lista que mi vida parecía estar acumulando últimamente.

Cuando finalmente llegamos a la planta directiva, el aire parecía más pesado y el silencio, más opresivo. La secretaria se detuvo frente a la imponente puerta del despacho de Damien y golpeó suavemente antes de abrir, indicándome que entrara.

Respiré profundamente, me ajusté las gafas y di un paso adelante, lista para descubrir el motivo de tanta urgencia… o al menos para enfrentar otro enigma llamado Damien Blackwood.

Una vez estuve dentro a solas, la puerta se cerró tras de mí con un clic seco.

Lo primero que percibí fue la imponencia del lugar. El despacho era amplio, con muebles elegantes y minimalistas, cada pieza estratégicamente situada, como si todo allí hubiera sido cuidadosamente calculado para transmitir poder y autoridad.

Una pared completa de cristal ofrecía una vista panorámica de la ciudad, pero la luz natural no conseguía suavizar la atmósfera opresiva que se respiraba en la habitación.

Y entonces lo vi a él.

Damien estaba de pie junto a su escritorio, examinando algunos papeles antes de alzar los ojos hacia mí.

Su mirada penetrante parecía querer descifrar mis pensamientos incluso antes de que pudiera ordenarlos. Tenía una presencia autoritaria, dominaba el ambiente sin esfuerzo alguno.

—Siéntese —me indicó, señalando la silla frente a su mesa.

Obedecí, aunque los nervios mantenían mi cuerpo tenso. No podía ignorar la fuerza que él desprendía. Era el tipo de hombre que controlaba todo a su alrededor; hasta el aire parecía obedecerle.

—Iré directo al grano —empezó él, tomando asiento tras el escritorio con las manos cruzadas sobre los documentos—. He investigado sobre usted.

Sus palabras me cayeron como un jarro de agua fría.

—¿Cómo? —pregunté, con una voz mucho más baja de lo que pretendía.

—Quería comprobar si todo lo que me dijo en la cena era verdad —continuó, ignorando mi reacción—. Y efectivamente lo era. Sus padres, el orfanato, su lucha para llegar hasta aquí. Todo es cierto.

Me quedé paralizada. La idea de que alguien hubiera investigado mi vida y detallado mi pasado sin permiso resultaba invasiva y desconcertante.

—Eso es… —comencé, pero él me cortó.

—Necesitaba asegurarme —dijo con una voz firme que no admitía discusión—. Ahora necesito solucionar un problema, y usted es la solución más práctica.

—¿Qué clase de problema? —pregunté, sintiendo cómo la tensión aumentaba.

Él se inclinó ligeramente hacia delante, con sus ojos clavados en los míos.

—Un matrimonio falso.

Si ya estaba confusa antes, ahora mi cerebro parecía incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Un qué? —mi voz apenas salió como un susurro, e instintivamente me eché hacia atrás en la silla intentando poner distancia.

—Necesito un matrimonio que dure exactamente un año, o menos, según vayan las cosas —explicó sin la menor vacilación—. Usted recibirá 500.000 reales por ello. La mitad cuando firmemos los papeles, la otra mitad al salir el divorcio.

El shock se apoderó de mí. Lo decía con una calma inquietante, como si estuviera negociando un simple contrato empresarial.

—Está bromeando, ¿no?

—No, hablo completamente en serio —se reclinó en su silla, aún manteniendo sus ojos fijos en mí—. Sé sobre sus problemas económicos. Las deudas que dejó su ex, las amenazas a las que se enfrenta. Esto sería una solución para ambos.

Mi corazón empezó a latir con fuerza. Era una oferta surrealista, absurda. ¿Cómo podía esperar que aceptara algo así?

—¿Por qué yo? —pregunté con la voz casi quebrada.

—Porque usted es discreta, sincera y práctica. No va a convertir esto en algo más complicado de lo que tiene que ser.

Hubo un silencio incómodo mientras intentaba encontrar palabras para responder. Él me observaba paciente, pero había una determinación absoluta en su mirada.

—¿Puedo pensarlo? —pregunté, todavía aturdida.

Él mostró una leve sonrisa, aunque no resultaba tranquilizadora.

—Claro. Tiene exactamente un día para decidirse.

—¿Un día?

—Exactamente. Y esta conversación es confidencial, evidentemente.

Le sostuve la mirada, incapaz de decidir si estaba más indignada o confundida.

—¿Puedo volver al trabajo ahora? —pregunté, intentando disimular lo mucho que mi cabeza daba vueltas con aquella propuesta.

—Puede hacerlo —asintió, como si aquello fuese simplemente otra transacción ordinaria.

Me levanté de la silla con las piernas temblorosas, me coloqué las gafas y me dirigí a la puerta, sintiendo el peso de su mirada a mis espaldas.

Al salir del despacho comprendí que mi mundo acababa de cambiar de una forma que nunca habría podido imaginar.



CAPÍTULO 14

«El poder no se entrega a quien lo desea, sino a quien está dispuesto a hacer lo necesario para conquistarlo.»

DAMIEN BLACKWOOD

—Esto no va a salir bien, Damien.

—Soy yo quien decide si sale bien o no.

Acababa de contarle a Miguel mi plan, y su reacción era exactamente la que esperaba: puro escepticismo.

Sentado en la butaca frente a mí, me observaba con esa expresión divertida que no correspondía para nada con la seriedad del asunto.

—¿Un matrimonio falso? ¿Con una empleada de tu propia empresa? —Cruzó los brazos, inclinándose ligeramente hacia delante —. ¿En serio, Damien?

—Completamente en serio —respondí sin dudar, con la voz firme de siempre—. Es la solución más práctica.

Miguel soltó una risa breve, casi burlona, y negó con la cabeza.

—¿Práctica? Esto no tiene nada de práctico. Estás a punto de convertir tu vida —y la de ella— en un auténtico caos.

—Yo hago que el caos funcione, Miguel. Siempre lo he hecho.

Él levantó las cejas, claramente impresionado por mi confianza, aunque sin dejar de lado su crítica.

—Bien, entonces explícame: ¿por qué esta mujer? De entre todas las personas del mundo, ¿por qué Rafaela?

Me recosté en la silla, entrelazando los dedos sobre la mesa mientras lo observaba.

—Porque es discreta, no le interesa ni yo ni mi estatus. Es leal, según he podido observar por su trabajo, y sobre todo, necesita el dinero. Eso garantiza que aceptará el acuerdo y cumplirá con su papel sin crear problemas.

Miguel me miró en silencio, evaluando mis palabras antes de hablar nuevamente:

—¿Y estás seguro de que eso será suficiente? No estamos hablando de un proyecto empresarial. Se trata de un matrimonio, aunque sea falso.

—Lo sé. Pero no tengo otra opción. Mi abuelo está enfermo y esto es lo que me ha pedido antes de morir. Además, es la única manera de asegurarme de que el control total del imperio siga en mis manos.

—¿Así que de eso se trata? ¿Del imperio? —Me lanzó una mirada escéptica.

—Siempre se ha tratado de eso. Mi padre lo entiende, mi abuelo lo entiende, y ahora yo debo garantizar que todo permanezca en su sitio.

—¿Y si ella no acepta? —me desafió Miguel, inclinándose hacia adelante con la mirada fija en la mía.

—Aceptará —afirmé, sin dejar espacio para la duda—. No porque yo quiera, sino porque lo necesita.

—¿Y crees que podrás controlarlo todo, como siempre? —Negó con la cabeza—. Sabes que las relaciones, aunque sean falsas, tienden a salirse de control, ¿verdad?

—No cuando yo estoy al mando.

Miguel volvió a reírse, pero esta vez había algo distinto en su expresión. Quizá era consciente de que, a pesar de mi seguridad, esto suponía un riesgo mayor del que yo estaba dispuesto a admitir.

—Buena suerte, entonces —dijo levantándose y ajustándose la chaqueta—. La vas a necesitar.

—No creo en la suerte —respondí, siguiéndolo con la mirada mientras caminaba hacia la puerta.

—No crees en muchas cosas, Damien. Quizá este matrimonio cambie eso.

Salió antes de que pudiera responder, pero sus palabras se quedaron conmigo. Claro que era consciente de los riesgos, pero no había lugar para errores.

Esto era mucho más que un simple plan; era una decisión calculada, y yo siempre había garantizado que mis decisiones saliesen adelante.

Ahora solo quedaba conseguir que Rafaela aceptara.

Y no pensaba aceptar un no por respuesta.

RAFAELA ALBUQUERQUE

Trabajé de forma automática durante el resto de la tarde mientras seguía dándole vueltas a lo que Damien me había dicho.

Su propuesta seguía resonando en mi cabeza como un enigma absurdo, casi como una broma demasiado elaborada para ser cierta.

¿Un matrimonio falso? ¿Conmigo?

Debía haber algún otro motivo detrás de todo esto.

Mientras el equipo debatía sobre las próximas etapas del código, yo intentaba concentrarme, pero mis pensamientos siempre volvían a la misma pregunta: ¿por qué yo?

No tenía sentido.

Y, al mismo tiempo, tenía todo el sentido del mundo. Él sabía perfectamente cuál era mi situación económica, conocía las deudas que Gustavo había dejado. Era práctico, conveniente… pero totalmente equivocado.

—Rafa, ¿qué opinas? —me preguntó uno de mis compañeros, devolviéndome bruscamente a la realidad.

—Ah, sí, estoy de acuerdo. Probemos ese enfoque en el siguiente test —respondí, aunque apenas había escuchado de qué estaban hablando.

Ellos volvieron al trabajo, y yo respiré hondo, intentando centrarme de verdad. Al menos el código tenía sentido, al contrario de lo que estaba sucediendo en mi vida personal.

Finalmente, después de varias horas, terminamos el proyecto. La sensación de alivio se mezcló con un leve orgullo mientras observaba la pantalla, ahora libre de errores.

—Buen trabajo, equipo —dijo Sarah, nuestra jefa, al pasar junto a nuestras mesas. Se detuvo a mi lado y me dedicó una sonrisa—. Rafaela, te has adaptado muy rápido. Es impresionante, especialmente para alguien que lleva tan poco tiempo aquí.

—Gracias —respondí con una sonrisa tímida—. Pero también es mérito del equipo.

Ella asintió y se alejó, dejándome con el cálido momento de reconocimiento. Sin embargo, pese a los elogios, mi mente volvió

inmediatamente a la conversación con Damien.

Mientras organizaba mi escritorio y apagaba el ordenador, comencé a ensayar mentalmente lo que le diría mañana.

La verdad es que mi instinto me decía que rechazara su propuesta.
No tenía sentido involucrarme en algo tan complicado, incluso teniendo en cuenta el dinero.

Pero al mismo tiempo, el miedo a cómo podría reaccionar ante un «no» era palpable. Damien no parecía el tipo de hombre que aceptara negativas con facilidad.

Me coloqué las gafas otra vez y suspiré.

—Un problema más que resolver, Rafaela. Puedes hacerlo —me murmuré a mí misma mientras cogía el bolso.

Caminé hacia el ascensor, sintiendo ya el peso de otra noche en vela que se avecinaba.

¿Cómo iba a poder pensar con claridad sabiendo que el hombre más controlador que había conocido estaba esperando una respuesta que podía cambiar por completo mi vida?

Mañana tendría que reunir fuerzas para enfrentarme a él y mantener la poca sensación de control que todavía me quedaba.



CAPÍTULO 15

«Algunas batallas comienzan con palabras, pero las más difíciles son aquellas que libramos dentro de nosotros mismos.»

DAMIEN BLACKWOOD

Resolver problemas estaba en mi ADN, y hasta disfrutaba con ello… siempre que fueran problemas míos.

Estaba saliendo de mi despacho, listo para una reunión que seguramente sería más agotadora que productiva, cuando mi secretaria

apareció en la puerta con esa expresión que indicaba que mi ya saturada agenda estaba a punto de empeorar.

—Señor Blackwood, Rafaela Albuquerque quiere hablar con usted.

Me detuve en seco y le lancé una mirada que debería haber dejado claro que no era el momento adecuado.

—Ahora no, Lívia. Ya llego tarde a la reunión.

—Dice que es importante.

—Todo parece importante para quien lo pide —repliqué secamente, pero Lívia permaneció quieta, mirándome como alguien que no pensaba desistir fácilmente.

—Señor, realmente parece… nerviosa.

—Está bien. Dile que pase.

Volví a la mesa y me recosté en la silla, cruzando los brazos mientras esperaba.

Entró titubeando ligeramente, aunque con la determinación suficiente para dejar claro que traía algo planeado. Sus gafas resbalaban

ligeramente por la nariz y sujetaba el asa del bolso con tanta fuerza que revelaba su nerviosismo.

—Señor Blackwood… —comenzó con voz baja y tensa, sus ojos encontrándose con los míos apenas un instante antes de desviarse.

—Rafaela, no dispongo de mucho tiempo. ¿Qué ha decidido?

Tomó aire profundamente, reuniendo el valor para hablar.

—Yo… he pensado mucho en lo que me propuso. Sé que usted conoce mi situación, y es cierto que estoy pasando por problemas muy serios. Pero… —vaciló, como si esa palabra le pesara demasiado para pronunciarla.

—¿Pero…? —pregunté arqueando una ceja.

—No me parece correcto hacer esto por dinero —continuó con una voz ahora más firme—. No creo que esté bien casarme con alguien, aunque sea un matrimonio por contrato, por algo tan… material.

La observé detenidamente, analizando cada una de sus expresiones.

—¿Entonces me está diciendo que prefiere resolver la situación por sí sola? —pregunté, manteniendo mi tono controlado.

—Sí. Yo solo quiero trabajar, dar lo mejor de mí en la empresa y vivir mi vida tal como está. No necesito esto.

Me incliné ligeramente hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Y precisamente por eso la elegí a usted.

Durante un instante pareció desconcertada, pero enseguida negó con la cabeza.

—Aun así, no puedo aceptarlo. No quiero aceptarlo.

Me enderecé en la silla, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Yo no suelo aceptar un «no» por respuesta.

Respiró hondo, claramente intentando no dejarse intimidar.

—Con todo respeto, esto no es algo que usted pueda controlar.

—Todo es algo que puedo controlar, Rafaela —afirmé, mostrando una sonrisa fría—. Y sé que usted lo entiende perfectamente.

Se mordió el labio, como si estuviera a punto de decir algo más, pero se contuvo.

Había determinación en su mirada, pero también miedo. Era fascinante cómo trataba de mantenerse firme frente a una situación que claramente la superaba.

—Necesito que lo reconsidere —continué con voz más baja, pero igual de firme—. Piense en lo que esto puede significar para usted, para todo lo que está enfrentando. No se trata únicamente del dinero.

—Quizá para usted no lo sea. Pero para mí, es mi vida.

RAFAELA ALBUQUERQUE

—Una vida es precisamente lo que no tendrás si rechazas esta propuesta.

—¿Qué significa eso? —Mi voz salió dubitativa, pero llena de incredulidad.

Damien me miró con aquella mirada fría, casi calculadora, como si ya hubiera medido cada palabra antes de pronunciarla. Se inclinó ligeramente sobre la mesa, haciendo que su presencia pareciera aún más imponente e intimidante.

—Significa exactamente lo que parece. Si no aceptas, perderás tu trabajo aquí y créeme, difícilmente encontrarás algo mejor en tu sector.

Sentí cómo el aire se me quedaba atrapado en la garganta.
Él hablaba con la misma naturalidad con la que discutía cualquier contrato insignificante, pero el peso de sus palabras me golpeó como un puñetazo.

—¡Eso no está bien! —repliqué, intentando mantener la voz firme a pesar del miedo creciente.

—Estoy de acuerdo —cruzó los brazos sin apartar la mirada—. No está bien, pero nunca dije que jugara limpio. No he llegado donde estoy siendo un santo, Rafaela.

Lo miré, incrédula.

¿Cómo podía alguien admitir algo así con tanta tranquilidad?

—¿Entonces es esto? ¿Me estás obligando?

Él rodeó la mesa y caminó hasta detenerse justo delante de mí.

Me quedé paralizada, sintiendo el peso de su presencia, con una tensión palpable flotando en el ambiente.

Se inclinó ligeramente, acercándose lo suficiente como para que pudiera apreciar los detalles de sus intensos ojos y percibir el leve aroma amaderado de su colonia.

—Te necesito —dijo con la voz más baja, pero con una firmeza que me golpeó como una descarga eléctrica.

Las palabras murieron en mis labios antes de poder pronunciarlas. Mi cuerpo reaccionaba a su cercanía de una manera que no quería admitir.

Era como si hubiera algo en Damien Blackwood que absorbiera todo el aire de la habitación, dejándome sin aliento.

—Puede que no te guste, pero aceptarás —se enderezó y se ajustó la chaqueta con un movimiento rápido—. Porque yo no acepto un «no» como respuesta, Rafaela.

Abrí la boca para responder, pero él continuó antes de que tuviera oportunidad.

—Tengo una reunión ahora, y no pienso perder tiempo esperando tu respuesta. —Me lanzó una última mirada, suficiente para que supiera que para él el asunto ya estaba decidido—. Lo organizaré todo. Te mudarás a mi mansión esta misma semana.

Y con eso se dio la vuelta y salió del despacho, cerrando la puerta tras él.

Me quedé allí inmóvil, incapaz de moverme o siquiera pensar con claridad. Mi mente era un torbellino de indignación, miedo y algo más que no lograba identificar.

Damien Blackwood acababa de tomar el control de mi vida, y yo ni siquiera sabía cómo reaccionar.



CAPÍTULO 16

«Algunos acuerdos tienen el poder de cambiar vidas, pero es en las condiciones impuestas donde realmente se revelan las verdades.»

DAMIEN BLACKWOOD

Mi irritación era visible, llenando la sala como una tormenta a punto de estallar.

Los directores y gerentes sentados alrededor de la mesa de reuniones evitaban mirarme, algunos fijaban la vista en los documentos

frente a ellos como si pudieran esconderse detrás.

Habría resultado casi cómico si no estuviera tan furioso.

—Esto es inadmisible —dije con voz cortante como una cuchilla —. Un error de este calibre, con el impacto directo que tiene en nuestros resultados, es una clara demostración de incompetencia. Y la incompetencia no tiene cabida en Blackwood Tech.

El silencio en la sala era absoluto, salvo por el sonido nervioso de un bolígrafo girando entre los dedos de uno de los directores.

—Quiero un informe completo sobre qué ha llevado a este fallo, quién ha estado implicado y qué medidas están tomando para corregirlo. Tenéis veinticuatro horas. —Crucé los brazos, recorriendo con la mirada a cada persona alrededor de la mesa—. Y que quede claro: no habrá segundas oportunidades.

Miguel, sentado a mi lado, observaba la escena con una ligera sonrisa casi imperceptible. Podía ser mi amigo, pero no era menos exigente que yo.

—Damien tiene razón —afirmó con calma, pero con la misma autoridad—. Este proyecto es crucial para ambos negocios. Errores así

no son solo una mancha en la reputación de la empresa, son una amenaza para su futuro.

Asentí, satisfecho de que reforzara mi punto.

—¿Estamos entendidos? —pregunté mirando directamente al gerente responsable del proyecto.

Él asintió rápidamente, sudando como si estuviera en una sauna.

—Sí, señor Blackwood. Haremos lo necesario para corregir esto de inmediato.

—Perfecto. Se levanta la sesión.

Me puse en pie ajustándome la chaqueta y Miguel me siguió mientras salíamos juntos al pasillo.

—Has estado suave —comentó Miguel en tono casual, casi divertido.

—Errores así no son tolerables. Menos aún en un proyecto de esta magnitud. —Me pasé la mano por el pelo intentando tranquilizarme.

—Estoy de acuerdo. Pero quizá deberías relajarte un poco de vez en cuando. No todo el mundo resiste al «Huracán Damien».

Ambos sabíamos que mi estilo duro era parte esencial del éxito de la empresa.

Estábamos a punto de llegar al ascensor cuando algo —o más bien alguien— llamó mi atención al final del pasillo: Rafaela.

Estaba de pie, claramente preparándose para salir del trabajo, con el bolso al hombro y un cansancio evidente que no lograba disimular. Sin embargo, sus ojos brillaban con esa determinación que ya empezaba a asociar con ella.

Nuestras miradas se cruzaron, y por un instante, el mundo pareció reducirse. Noté que Miguel se detenía a mi lado, probablemente también intrigado por la escena.

—Parece que aún no ha terminado tu día —comentó en voz baja, con un tono entre curioso y provocador.

Permanecí quieto observándola mientras ella avanzaba lentamente hacia nosotros.

Su postura parecía decidida, aunque algo en su expresión revelaba que el nerviosismo seguía allí, escondido bajo esa capa de determinación.

—Os dejo a solas —anunció Miguel, lanzándome una rápida mirada antes de alejarse por el pasillo, dejándonos solos.

Cuando Rafaela finalmente se detuvo frente a mí, se ajustó las gafas sobre el rostro y sujetó el bolso con más fuerza de la necesaria.

Durante un segundo pensé en romper el silencio, pero ella fue más rápida.

—Voy a aceptar su propuesta —comenzó, con una voz firme aunque con un matiz casi defensivo—. Porque necesito el dinero con urgencia.

—Bien.

Crucé los brazos, observándola de cerca.

—Pero tengo algunas condiciones. —La duda apareció por un instante, pero continuó—: No voy a mudarme a su mansión. Y... tampoco tendremos momentos íntimos ni nada parecido.

Un leve rubor cubrió sus mejillas mientras lo decía, desviando brevemente la mirada antes de volver a encararme.

—¿Momentos íntimos? —pregunté, arqueando una ceja. No pude evitar que una ligera sonrisa asomara a mis labios, aunque era más

curiosidad que provocación.

—Sí. Quiero decir… que no habrá nada de eso. —Tomó aire profundamente intentando recomponerse—. Es solo un contrato, nada más.

—Rafaela... —empecé, pero levantó la mano, interrumpiéndome.

—Es lo mejor por ahora. Si empezamos directamente con algo más íntimo, nadie se creerá el teatro que está planeando.

—¿Y por qué cree eso?

Ella se recolocó las gafas, pareciendo más segura ahora.

—Porque no tendría sentido. Soy una empleada de su empresa. Nadie creería que, así de repente, usted y yo empezaríamos a vivir como una pareja perfecta. Parecería forzado, levantaría sospechas. La cena que tuvimos puede ser un indicio, pero estas cosas llevan tiempo. Y según tengo entendido, necesita que la gente se lo crea.

La observé con atención. Había lógica en lo que decía, y su franqueza me sorprendía.

—Entonces, ¿cuál es su sugerencia? —pregunté, cruzando los brazos.

—Que hagamos que esto parezca gradual. Una relación que se construya con el tiempo, sin prisas. Si lo hacemos más natural, nadie sospechará. —Hizo una breve pausa, como si estuviera evaluando mi reacción—. Además, no quiero arriesgarme a perder la poca normalidad que me queda en la vida.

Era más inteligente y estratégica de lo que le había dado crédito inicialmente.

—De acuerdo —acepté finalmente, asintiendo ligeramente con la cabeza—. Acepto sus condiciones.

Sus hombros se relajaron un poco, aunque en sus ojos seguía habiendo cierta cautela.

—Me encargaré de prepararlo todo —continué, ajustándome el reloj en la muñeca—. Cuando esté listo, me pondré en contacto.

Ella asintió, claramente aliviada, aunque todavía nerviosa.

—Gracias.

Algo me decía que tratar con Rafaela sería más complicado de lo que había anticipado y, por alguna razón, aquello no me incomodaba. De hecho, empezaba a parecerme interesante.



CAPÍTULO 17

«A veces, el mayor desafío no es enfrentarse al mundo, sino mantenerse fiel a uno mismo cuando todo lo que te rodea intenta cambiar quién eres.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Confieso que estaba temblando cuando salí de la empresa, y ni siquiera la brisa fresca de la tarde parecía capaz de aliviar el calor que subía por mi cuerpo.

Tenía las manos tan sudorosas que tuve que apretar con fuerza los dedos en el bolso para evitar que se me resbalara.

En cuanto vi a Débora esperándome al otro lado de la calle, su sonrisa habitual desapareció, sustituida por una expresión preocupada.

—¿Qué pasa, Rafa? —preguntó, frunciendo el ceño mientras se acercaba—. Tienes una cara… no sé, parece que hubieras visto un fantasma.

—Amiga, ¿podemos hablar? —pregunté con la voz más baja de lo que pretendía.

Miré alrededor, asegurándome de que nadie nos escuchara.

—Claro. ¿Qué ha pasado? —Cruzó los brazos, ahora aún más atenta.

—Aquí no. ¿Podemos ir a otro sitio? Necesito contarte algo.

Débora parpadeó varias veces, claramente sorprendida, pero se encogió de hombros con una sonrisa curiosa.

—Vale. ¿Vamos al Coffee Haven? Está cerca y tienen esa tarta de chocolate que me encanta.

Asentí, aliviada de que no hiciera más preguntas allí mismo. Caminamos en silencio hasta la cafetería, y Débora parecía a punto de explotar de curiosidad.

Cuando nos sentamos en una mesa apartada, lejos de cualquier otro cliente, se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—Vale. Ahora suéltalo. ¿Qué pasa? ¿Y por qué estás tan nerviosa?

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos, pero ella me interrumpió antes de que pudiera decir nada:

—No, espera —levantó una mano—. ¿Es algo ilegal? ¿Te has metido en una estafa piramidal? O… Dios mío, ¿te han despedido?

—¡No, nada de eso! —Reí a pesar de los nervios, aunque enseguida sentí nuevamente el peso de la situación.

Débora suspiró dramáticamente, echándose contra el respaldo de la silla.

—Pues por favor, Rafa, ¡habla ya! Me estás matando de curiosidad.

—Vale, pero tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

Inclinó la cabeza, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Esto se está poniendo más interesante. Lo prometo.

Tomé aire una vez más, reuniendo valor.

—Damien Blackwood me ha pedido matrimonio.

Las palabras salieron tan rápido que parecieron una única frase incomprensible.

Débora parpadeó varias veces, con la boca entreabierta, claramente intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Perdona? —levantó las cejas, completamente confundida—. No he entendido nada. Repítelo, pero despacio, que creo que mi cerebro acaba de colapsar.

Me pasé la mano por el rostro, sintiendo cómo me ardían las mejillas.

—Damien Blackwood —dije lentamente esta vez, mirándola directamente— me ha pedido matrimonio.

Débora se quedó inmóvil unos segundos antes de explotar:

—¿Cómo dices, Rafaela? ¿Me estás diciendo que tu jefe, Damien "mandón" Blackwood, te ha pedido matrimonio? ¿Esto es alguna broma?

Suspiré, apoyando los codos en la mesa y sosteniéndome la cabeza con las manos.

—No es una broma. Y hay más. Él no quiere un matrimonio de verdad. Es… un contrato.

Débora abrió aún más los ojos, pero permaneció en silencio, esperando que continuara. Así que, sin saber muy bien cómo organizar mis ideas, empecé a contarle.

—¡Espera, espera! —interrumpió, gesticulando como si intentara atrapar algo en el aire—. ¿Me estás diciendo que Damien Blackwood, el Damien Blackwood, quiere que finjas ser su esposa? ¿Esto es como un capítulo de una serie que me he perdido?

Suspiré, ya arrepentida de haberlo mencionado, pero necesitaba desahogarme con alguien.

—Lo necesita para garantizar la herencia de su abuelo —mi voz salió apresurada, casi como si tuviera que convencerme a mí misma—. Su abuelo quiere que se case antes de cederle el control del imperio.

Débora parpadeó, incrédula, y luego alzó las manos al cielo.

—Claro, porque eso tiene todo el sentido del mundo. ¿Quién necesita amor cuando hay dinero de por medio, verdad? —soltó, con sarcasmo destilando en cada palabra.

—Amiga… —intenté sonar seria, aunque no pude contener una risa nerviosa.

—Vale, calma. —Respiró hondo y puso las manos en la mesa, como quien se prepara para analizar un caso importante—. ¿Y tú qué ganas con esto? Quiero decir, aparte de un marido ficticio con complejo de dios.

Bajé la mirada, girando nerviosamente el anillo que llevaba en el dedo.

—Dinero. Mucho dinero —mi voz casi fue un susurro—. Lo necesito, Débora. No quiero seguir viviendo con el fantasma de lo que mi ex me hizo, y mucho menos con gente llamando a mi puerta para cobrarme deudas que no son mías.

Débora abrió la boca para responder, pero entonces paró y se llevó la mano a la frente dramáticamente.

—¡Madre mía, Rafa! —rio, negando con la cabeza—. Esto es tan surrealista que ni siquiera sé por dónde empezar. Pero oye, hay algo que deberías considerar aquí.

—¿El qué? —pregunté, ya preparada para alguna broma.

—Que podrías terminar enamorándote de él.

Solté una risa, lanzando un suspiro cargado.

—Por favor, amiga. ¿Yo, enamorada de Damien Blackwood? Eso es tan probable como que yo acabe siendo la CEO de su empresa.

—¡Te lo digo en serio! —replicó, apuntándome con el dedo—. Vas a vivir cerca de él, convivirás con él. Es guapo, inteligente, poderoso. Y está clarísimo que tú eres una mujer increíble.

—Débora, soy solo una chica normal. Ni lo bastante guapa ni sofisticada para alguien como él.

Ella entornó los ojos, claramente ofendida por mi respuesta.

—Rafaela Albuquerque, ¡deja de decir tonterías! Eres preciosa, inteligente, talentosa y tienes un corazón enorme. Él debería estar de rodillas agradeciendo que hayas aceptado semejante locura.

Sonreí, pero enseguida sacudí la cabeza, apartando cualquier pensamiento sobre eso.

—Da igual. Él no me ve así, y yo tampoco lo veo a él de esa manera.

—Claro. —Cruzó los brazos, dedicándome una mirada escéptica.

—Quiero saber qué piensas de todo esto.

Tomó aire profundamente, dejando a un lado la provocación.

—Creo que es arriesgado, Rafa. Pero por lo visto no tienes muchas opciones ahora mismo. Solo… mantén los ojos abiertos. Damien Blackwood puede ser muy atractivo, pero también peligroso, sobre todo si empiezas a sentir algo que él no espera. Y Rafa —continuó con un tono más serio—, recuerda quién eres en todo esto. No permitas que te convierta en alguien que no reconozcas. Sé inteligente, como siempre has sido, y nunca agaches la cabeza, ni siquiera ante Damien Blackwood.

Asentí lentamente, absorbiendo cada palabra.

Era justo el consejo que necesitaba escuchar en aquel momento, aunque no fuera tan reconfortante como esperaba.

—Gracias —mi voz sonó suave, pero sincera.

—Siempre, amiga. —Sonrió, estrechando mi mano sobre la mesa —. Ahora ve y demuéstrale quién es Rafaela Albuquerque.



CAPÍTULO 18

«Hay momentos en los que la vida no nos ofrece opciones, tan solo caminos que nos empujan hacia lo desconocido.»

DAMIEN BLACKWOOD

Normalmente no dedicaba tiempo a revisar currículums, ni mucho menos a analizar con detalle las características de las personas que trabajaban para mí.

Para eso ya existía un equipo cualificado que hacía exactamente lo que necesitaba, sin que yo tuviera que implicarme en esos detalles.

Pero ahora, aquí estaba yo, con el currículum de Rafaela Albuquerque abierto en la pantalla del ordenador, examinando cada línea como si estuviera intentando descifrar un código secreto.

Observé atentamente el documento, descubriendo varios puntos que llamaron especialmente mi atención.

Su licenciatura en Ciencias de la Computación no era particularmente excepcional, pero los proyectos mencionados a continuación revelaban mucho más de ella que las simples palabras impresas.

Un sistema integrado de gestión que había desarrollado para una ONG con recursos extremadamente limitados, prácticamente sin presupuesto, mostraba una creatividad impresionante.

No solo funcionaba a la perfección, sino que además tenía una estética sorprendentemente bien lograda.

Otro proyecto destacaba su participación en el desarrollo de un software de seguridad interna para pequeñas empresas. Incluso con

equipos reducidos, había conseguido optimizar su rendimiento en un plazo que muchos habrían considerado irreal.

—Interesante… —murmuré, inclinándome un poco más hacia la pantalla.

También había anotaciones sobre certificaciones reconocidas internacionalmente, obtenidas a lo largo de los últimos años; algunas de ellas mientras lidiaba con el desastre financiero provocado por su exnovio.

Eso decía mucho de su resiliencia y de su capacidad para mantenerse centrada en medio del caos.

Sin embargo, lo que más me llamó la atención fueron esos pequeños detalles que no estaban explícitos en el currículum, pero que se intuían claramente entre líneas en su trayectoria profesional.

Rafaela parecía tener un potencial inmenso, aunque aún no hubiese aprendido a reconocer plenamente su propio valor.

Probablemente fuera demasiado tímida para exponerse públicamente, o incluso insegura como para exigir lo que realmente merecía.

Vacilé un instante, intentando imaginar cómo encajaría en ese plan que ahora dominaba mi mente.

El matrimonio por contrato no era solo una solución práctica para mí; también podría ser una oportunidad para que ella rompiera definitivamente las cadenas del pasado.

Y aun así, la idea de implicarla en este juego, sabiendo que había mucho más que explorar en su personalidad y talento, me hacía reflexionar más de lo habitual.

Aparté la silla hacia atrás y crucé los brazos mientras contemplaba la pantalla. Rafaela Albuquerque era más que un rostro más entre la multitud de Blackwood Tech.

Era alguien capaz de sorprenderme de formas que aún no alcanzaba a prever.

Y yo no solía impresionarme fácilmente.

Cerré el archivo y volví a centrarme en la mesa, donde otros documentos esperaban mi atención.

El trabajo siempre ocupaba el primer lugar, pero mi mente insistía en regresar a ella y a los próximos pasos que tendría que dar

respecto al contrato.

Las condiciones básicas ya estaban claras, pero aún había muchos detalles por ajustar antes de ponerlo todo en marcha.

RAFAELA ALBUQUERQUE

Hasta las personas de mi departamento me miraban ahora de forma distinta, no sabía si por miedo o por intentar entender qué quería Damien conmigo.

Primero fue aquella cena, luego me llamó a su despacho. Evidentemente, en la cabeza de todo el mundo, algo estaba pasando.

Y efectivamente, algo pasaba.

Respiré hondo y fingí concentración absoluta en la pantalla del ordenador frente a mí. El código en el que trabajaba requería atención, pero mi mente insistía en dispersarse.

Las líneas de comandos parecían bailar en el monitor mientras recordaba los últimos días, intentando comprender cómo mi vida había podido ponerse patas arriba tan rápidamente.

—¿Rafaela? —La voz de Sarah, mi jefa, me sacó del trance.

Levanté la mirada rápidamente. Estaba de pie junto a mi escritorio, con una tablet en la mano y una expresión que oscilaba entre

seriedad y amabilidad.

—¡Ah, sí! —Me enderecé en la silla, intentando parecer más atenta—. Hola, Sarah.

—Necesito que revises estos parámetros en el código del sistema financiero. Parece que hay algo desajustado, pero no logro dar con el fallo.

Me pasó la tablet, y la acepté con un movimiento afirmativo.

—Claro, ahora mismo le echo un vistazo.

—Gracias. Por cierto, estás haciendo un buen trabajo aquí, ¿lo sabías? —Me regaló una sonrisa breve pero sincera—. Sigue así.

—Gracias —respondí, intentando ignorar el calor que subía hacia mis mejillas.

Sarah se alejó, y centré mi atención en la tablet unos minutos, analizando el código que había mencionado. Era algo sencillo de arreglar, así que pronto volví a mis propias tareas. Al menos, hasta que el móvil vibró junto al teclado.

Desbloqueé la pantalla distraídamente, esperando encontrar algún mensaje de Débora o quizás una notificación de alguna

aplicación, pero el nombre en la parte superior del mensaje hizo que mi corazón diera un vuelco.

Número desconocido:

«Estaré en tu casa a las 20:00. Prepárate. Cenaremos fuera.»

Simple, directo y sin posibilidad alguna de discusión. Muy típico de Damien Blackwood.

Mi cuerpo se tensó, y durante unos segundos solo pude mirar el mensaje fijamente. Era evidente que había conseguido mi número a través de algún registro interno de la empresa, porque yo definitivamente no se lo había dado.

«Cenaremos fuera». Ni siquiera un «¿Te parece bien?» o un «¿Tienes otros planes?».

No. Era simplemente una orden.

Suspiré profundamente, notando cómo se formaba un nudo en mi estómago. Traté de apartar esos pensamientos y volver al trabajo, pero la idea de pasar otra noche junto a Damien, enfrentándome a su mirada intensa y sus palabras cargadas de control, hacía que la cabeza me palpitara con fuerza.

Estaba entrando en un mundo que no comprendía del todo y que, siendo sincera, me asustaba.

Lo peor era que, en el fondo, una pequeña parte de mí sentía curiosidad por descubrir qué más tenía planeado. Pero esa curiosidad venía acompañada por un temor tan grande que apenas podía respirar con normalidad.

Sin alternativas, guardé el móvil en el bolsillo y regresé al código. Necesitaba terminarlo todo antes de enfrentar otra noche que, con toda seguridad, sería cualquier cosa menos previsible.



CAPÍTULO 19

«Algunas conversaciones tienen el poder de revelar secretos que ni siquiera sabíamos que guardábamos.»

DAMIEN BLACKWOOD

Rafaela tenía razón.

El mundo necesitaba creer que, de alguna forma, algo había empezado a surgir entre nosotros.

No es que me importase realmente lo que pensaran, pero mi familia y el círculo social en el que nos movíamos serían cruciales para

el éxito de este plan.

Recostado contra el asiento del coche, observaba la entrada de su casa mientras esperaba. El motor ronroneaba suavemente, pero mi mente estaba inquieta, analizando cada posible escenario y cómo gestionaría todo aquello para no dejar ningún cabo suelto.

Cuando la puerta principal se abrió, toda mi atención se fijó en ella. Rafaela bajó los escalones con pasos vacilantes pero decididos, y su visión me pilló desprevenido.

Llevaba un vestido sencillo pero elegantemente ceñido, negro, que resaltaba perfectamente el tono de su piel morena. El cabello estaba recogido de forma práctica, con solo algunos mechones sueltos alrededor del rostro, y las gafas de montura delicada seguían siendo su sello distintivo. Sin embargo, el detalle que más captó mi atención fue el pintalabios rojo.

Se la veía nerviosa, acomodándose el bolso en el hombro mientras miraba hacia el coche, plenamente consciente de que la observaba.

Cuando entró y cerró la puerta, el reducido espacio del vehículo pareció reducirse aún más. Un aroma sutil a perfume llenó el interior.

Ella se giró hacia mí y, antes de que pudiera decir algo, noté el leve rubor que coloreaba sus mejillas.

—¿Lista? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí —respondió con voz suave, casi tímida.

—Perfecto. —Arranqué el coche, conduciendo por la calle silenciosa.

Esta vez había prescindido del chófer.

Había algo reconfortante en tener el control, incluso en un acto tan sencillo como conducir, especialmente en situaciones como esta.

Rafaela, como siempre, permanecía callada. Sus manos estaban entrelazadas en el regazo, y sus ojos seguían el paisaje a través de la ventanilla, aunque sabía que estaba incómoda.

—¿Va todo bien? —pregunté más por cortesía que por auténtica preocupación.

—Sí, solo estoy intentando acostumbrarme a todo esto —respondió, esbozando una pequeña sonrisa nerviosa.

El restaurante, uno de los más exclusivos de la ciudad, era conocido por su sofisticación y discreción. Cuando llegamos, el

aparcacoches le abrió la puerta a Rafaela y yo la seguí, notando cómo se acomodaba el vestido antes de entrar.

Mientras caminábamos hacia la mesa reservada, noté las miradas inevitables dirigidas hacia nosotros. Hombres como yo rara vez eran vistos en compañía de mujeres como Rafaela: de belleza discreta, natural, sin exageraciones ni ostentaciones.

Justamente eso era lo que hacía que destacara tanto.

Cuando nos sentamos, la observé un instante antes de hablar:

—Estás preciosa.

Rafaela levantó rápidamente los ojos, sorprendida, y luego los apartó, ajustándose las gafas como siempre hacía cuando estaba desconcertada.

—Gracias —murmuró casi por reflejo.

Me gustaba verla así, buscando las palabras adecuadas, sin saber exactamente cómo reaccionar.

—Estoy haciendo esto porque tienes razón —continué con voz baja pero firme—. Las personas a nuestro alrededor, mi familia, todos

necesitan creer que, después de la cena que ganaste, ha surgido algo entre nosotros. Deben comprar esta historia.

Ella asintió lentamente, pareciendo más cómoda ante una explicación lógica.

—Entiendo. Tiene sentido —admitió con voz algo más segura.

Mientras servían los platos, noté algo en lo que antes no me había fijado: la manera en que Rafaela hablaba, el cuidado al elegir sus palabras, cómo le brillaban los ojos cuando mencionaba algo que realmente le gustaba, aunque fuera brevemente.

Era diferente.

No era como la gente que habitualmente se cruzaba en mi camino, llenas de pretensiones e intereses ocultos. Había algo auténtico en ella, algo que comenzaba a atraerme de una forma inesperada.

La observaba mientras hablaba, relajándose un poco más a medida que avanzaba la noche.

No era únicamente su aspecto —el pintalabios rojo, las gafas que parecían tan características, su sonrisa contenida—; era ella en

conjunto, una mezcla de inteligencia, sencillez y fuerza que no esperaba encontrar.

—Quiero que me hables más de ti. Qué te gusta, qué te da miedo, lo que quieras contar. Necesito entender a mi futura esposa.

La palabra «esposa» aún sonaba surrealista en cualquier contexto en el que yo estuviera involucrado, y seguramente no era menos extraño para ella.

Rafaela abrió los ojos sorprendida durante un instante breve, pero enseguida su expresión se suavizó.

Tomó aire antes de hablar, jugueteando con el borde de la servilleta en su regazo.

—No sé por dónde empezar…

—Empieza por algo que te guste. —Me encogí ligeramente de hombros, acomodándome contra el respaldo mientras mantenía los ojos fijos en ella—. Cosas sencillas.

Inclinó levemente la cabeza, como considerando mi sugerencia, y comenzó con cierta timidez:

—Me gusta la naturaleza. Lugares tranquilos, con árboles, ríos… sitios donde pueda olvidarme del ritmo frenético del día a día. —Sonrió suavemente, pero con sinceridad—. Y la música. No sabría vivir sin ella.

—¿Qué tipo de música? —pregunté con auténtica curiosidad.

—Todo, siempre que tenga una buena letra. Pero, si tengo que elegir, diría pop-rock o cantautores —se ajustó las gafas con un gesto delicado, como siempre hacía cuando empezaba a sentirse cómoda.

Asentí, grabando mentalmente cada palabra.

—¿Y miedos? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia delante.

Ella vaciló un momento y su sonrisa se desdibujó.

—Supongo que mi mayor miedo es acabar sola —su voz sonó baja, pero firme.

La respuesta me pilló desprevenido, pero me limité a asentir, dejándole espacio para seguir hablando si lo deseaba. Y así lo hizo, como si estuviese liberando una carga.

—Y a veces tengo miedo de no ser suficiente. Como si, por mucho que lo intentara, siempre faltara algo.

—Eso es difícil de creer —respondí, manteniendo mi tono neutro aunque no pude disimular del todo mi expresión seria—. Ya has demostrado con creces ser más que suficiente, Rafaela.

Ella pareció sorprendida por mi respuesta, pero no dijo nada más, volviendo a juguetear con la servilleta mientras sus mejillas se teñían de un leve rubor.

Tras unos segundos de silencio, retomó la conversación cambiando a temas más ligeros: sus aficiones, los lugares que soñaba con visitar, su obsesión por los libros que combinaban romance y suspense.

Mientras hablaba, me permití algo que no había considerado hasta entonces:

Estaba fascinado. No solo por su belleza, ahora imposible de ignorar con aquel pintalabios rojo que destacaba cada palabra, sino por la manera en que su timidez desaparecía al hablar de cosas que la hacían feliz.

Apenas toqué la comida, absorto en observarla. Sus gestos delicados, el brillo en sus ojos, el modo en que su sonrisa aparecía, aunque fuese vacilante.

—¿Y tú? —Su pregunta me sacó de mis pensamientos.

—¿Qué hay de fascinante en mí? —contesté, con una sonrisa discreta.

—No lo sé... quizás deberías contármelo tú —comentó arqueando las cejas con ligera osadía, empezando a sentirse cómoda.

—No hay mucho que decir. Trabajo, trabajo y más trabajo.

—Eso no es cierto. Seguro que hay algo más.

—Me gusta el orden, el control y los resultados. Cosas que no siempre combinan con las personas, pero que simplifican todo considerablemente.

Pareció reflexionar un instante antes de sonreír.

—Creo que puedo entenderlo.

No, ella no podía entenderlo. Nadie podía. Pero, por algún motivo, permití que lo creyera.



CAPÍTULO 20

«Algunas decisiones parecen sencillas hasta que comprendemos el peso de las consecuencias que traen consigo.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Por mucho que al inicio de la cena me sintiese inquieta estando frente a frente con Damien, había algo en su presencia que empezaba a intrigarme.

Quizá fuera su manera de hablar, con una seguridad absoluta, o tal vez la forma en que su voz profunda parecía llenar cada rincón del espacio, captando la atención sin esfuerzo alguno.

Tenía una postura impecable, como si cada uno de sus movimientos estuviera perfectamente calculado, pero no había nada artificial en eso. Parecía ser algo innato en él: ser el centro del universo sin siquiera intentarlo.

Mientras respondía con naturalidad a una pregunta sencilla del camarero, me sorprendí al descubrir lo fácil que resultaba querer saber más sobre Damien Blackwood.

Había algo en él que resultaba irresistible, incluso para alguien como yo, que era plenamente consciente de que pertenecíamos a mundos completamente diferentes.

No debería estar pensando en eso.

No debería estar fijándome tanto en él. Y sin embargo, no conseguía evitarlo.

Mi mente volvía una y otra vez al modo tan casual, casi despreocupado, con el que me había dicho al principio de la velada que estaba preciosa.

¿Sería verdad? ¿O simplemente formaba parte del plan?

Mi reacción habitual era rechazar cualquier cumplido, pero, por alguna razón, esas palabras se habían quedado grabadas en mí. Creo que, en el fondo, deseaba creerlas.

—Estás demasiado pensativa —dijo él, interrumpiendo mis pensamientos.

Levanté rápidamente la mirada, sintiendo cómo se encendían mis mejillas. Él me observaba con aquella expresión analítica capaz de ver más allá de lo evidente.

—Solo estaba pensando en lo rápido que ha cambiado todo —mentí, o quizás era solo una media verdad.

Damien arqueó una ceja, pero no insistió. En lugar de eso, tomó un sorbo del vino en su copa, como si estuviera reflexionando sobre algo.

Decidí aprovechar aquel pequeño momento de relajación para intentar conversar sobre algo que no estuviera relacionado con el trabajo o con este extraño acuerdo que estábamos sellando.

—¿Y tú? —empecé, esforzándome por sonar tranquila—. Cuando no estás dirigiendo un imperio, ¿qué te gusta hacer?

—Creo que ya conoces la respuesta. El trabajo ocupa prácticamente todo mi tiempo —hizo una pausa, clavando sus ojos en mí como si quisiera evaluar mi reacción—. Pero cuando tengo un momento, disfruto de cosas sencillas. Leer, por ejemplo. Dar un buen paseo, degustar un buen vino…

—¿Leer? —pregunté sorprendida, inclinándome ligeramente hacia delante—. Nunca te habría imaginado leyendo algo que no fuera un informe financiero.

—Sorprendente, ¿verdad? —Sonrió, y por primera vez parecía más humano, menos la figura autoritaria a la que estaba acostumbrada —. Me gustan las historias que desafían mi visión del mundo. Biografías, ficción… depende del día.

Sonreí involuntariamente. Me resultaba fascinante descubrir esas pequeñas capas ocultas en él.

—¿Y tú? ¿Cuál ha sido el último libro que has leído? —preguntó, devolviendo el interés.

—Oh, seguramente nada tan sofisticado como lo que lees tú. Probablemente algo más ligero, alguna novela policiaca. Me gusta leer cosas que me enganchen, pero que no requieran demasiado esfuerzo.

La conversación fluyó con más naturalidad después de aquello.

Él reveló pequeños detalles sobre sí mismo: sus viajes, las culturas que le fascinaban e incluso el hecho de preferir una vida sencilla lejos de los focos mediáticos, algo que parecía contradecir la imagen poderosa que solía mostrar.

No debería sentirme tan cómoda, pero lo cierto era que disfrutaba escuchando su voz y descubriendo ese lado suyo tan poco habitual, al menos para mí.

Había un aura irresistible en Damien Blackwood, una mezcla de misterio y absoluto control que hacía que quisiera entenderlo mejor, aun sabiendo que no debía.

Sin embargo, mientras él hablaba y yo observaba sus gestos, una pregunta permanecía constante en mi mente: ¿acaso me estaba empezando a gustar escucharlo más de lo debido?



La cena finalmente llegó a su fin.

Cuando Damien me acompañó hacia la salida del restaurante, sentí cómo las miradas curiosas, quizá incluso juzgadoras, de los pocos presentes nos seguían.

Debería haberme acostumbrado ya a la atención que él atraía, pero lo cierto es que todavía me sentía una pieza fuera de lugar en un juego cuyas reglas no acababa de entender.

Él me abrió la puerta del coche y esperó a que entrara antes de rodear el vehículo y sentarse al volante. El silencio que se instaló entre nosotros no era incómodo, pero estaba cargado de cosas no dichas.

Lo observé de reojo varias veces, fijándome en cómo sus manos firmes sujetaban el volante, en cómo sus ojos, centrados en la carretera, reflejaban las luces de la ciudad.

Parecía tener el control absoluto, como siempre, y quizá eso era precisamente lo que tanto me atraía y al mismo tiempo me incomodaba.

Al llegar a mi casa, aparcó y salió del coche antes de que pudiera despedirme. Bajé rápidamente para darle las gracias, pero me quedé atrapada en su mirada.

Damien estaba junto a la puerta del vehículo, mirándome con tal intensidad que sentí que las piernas me fallaban. Era una mirada penetrante, como si estuviera intentando descifrar algo en mí, o tal vez anhelando algo que ni siquiera yo sabía que podía ofrecerle.

—Buenas noches, Rafaela. —Su voz salió baja, casi un susurro, pero cargada de una profundidad que hacía sospechar que había algo más tras aquellas palabras.

—Buenas noches… —respondí con vacilación, apenas audible.

Antes de que pudiera moverme, sacó el móvil del bolsillo, escribió algo rápidamente y me lo mostró.

—Mira el tuyo —ordenó con su habitual tono autoritario.

Obedecí, desbloqueando la pantalla para ver una notificación bancaria. Acababa de recibir una transferencia con la cantidad acordada en el contrato.

El corazón casi se me paró al ver todos aquellos ceros en la pantalla. Durante unos segundos fui incapaz de hablar, incapaz de apartar la mirada de la cifra.

—¿Ya lo… has enviado? —balbuceé, alzando la vista hacia él.

—Soy un hombre de palabra, Rafaela. El acuerdo ha comenzado. —Su voz era directa, aunque había algo más allí, algo que no lograba descifrar.

Todavía seguía aturdida cuando añadió:

—En cuanto a tus deudas, si quieres, puedo ocuparme ahora mismo de ellas. No quiero que nada comprometa lo que estamos haciendo.

El peso de sus palabras cayó sobre mí.

Sabía perfectamente que no bromeaba. Damien Blackwood era el tipo de hombre capaz de resolver problemas, sin importar cómo. Pero no quería delegarle eso a él, por muy tentador que resultara.

—No. —Respiré hondo, reuniendo valor para enfrentar su mirada—. Es algo que debo resolver yo misma. Son mis decisiones, mis consecuencias.

Él frunció ligeramente el ceño, claramente insatisfecho con mi respuesta, pero, sorprendentemente, no insistió.

—Como quieras —respondió con una mezcla de irritación y aceptación, dando un paso atrás para indicar que nuestro encuentro había terminado—. Pronto te informaré sobre los siguientes pasos.

—Gracias… por todo —fue lo único que conseguí decir antes de darme la vuelta y dirigirme hacia la puerta de casa.

Nada más entrar, cerré tras de mí y me apoyé contra la puerta, tratando de asimilar todo lo ocurrido.

El contrato, el dinero, la forma en que Damien me había mirado. Y sobre todo, cómo me sentía respecto a él.

Debería concentrarme en lo que significaba aquel acuerdo, en lo que estaba por venir, pero lo único que mi mente hacía era regresar una y otra vez a Damien.

A los momentos en el coche, a las conversaciones durante la cena, al modo en que me miraba como si yo fuera algo más que una pieza en su plan.

Suspiré, frustrada conmigo misma. No podía permitir que esto fuera más allá de lo que ya era. Y aun así, no dejaba de rondarme la misma pregunta: ¿por qué parecía tan difícil ignorarle?



CAPÍTULO 21

«A veces, el destino nos pone en situaciones que nunca pedimos, pero que pueden cambiarlo todo.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Los días fueron pasando, y ya casi llevaba un mes trabajando en Blackwood Tech.

Durante ese tiempo, apenas había visto a Damien. Me enteré de que había estado de viaje, pero regresaría esta misma semana.

Aquella información me provocó sentimientos encontrados: una parte de mí se sentía aliviada por la distancia, mientras que otra, más confusa, parecía desear su presencia.

Algo que prefería no admitir ni siquiera ante mí misma.

Mientras caminaba de vuelta a casa, mi mente hervía con todo lo que había sucedido durante el último mes.

Mi vida se había convertido en un torbellino de acontecimientos que jamás habría imaginado: una cena con Damien Blackwood, una absurda propuesta de matrimonio por contrato y, por supuesto, la sombra constante de las deudas dejadas por mi exnovio.

Era como estar viviendo el guion de una película, aunque se trataba precisamente del tipo de drama en el que preferiría no tener el papel protagonista.

Para mi frustración, Damien ocupaba gran parte de mis pensamientos.

La manera en que me miraba, como intentando descifrar algo que ni yo misma comprendía. Las conversaciones durante aquella cena, aquellos pequeños momentos en los que parecía más humano, casi vulnerable…

No tenía ningún sentido que él me intrigase tanto. Al fin y al cabo, Damien era un hombre acostumbrado a dominar el mundo. ¿Y yo? Bueno, yo solo era Rafaela, tratando de sobrevivir.

Llegué a casa agotada, pero decidida a tener una noche tranquila. Sin embargo, nada más acercarme a la puerta, sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda.

Él estaba allí.

El hombre que me había asustado semanas atrás aguardaba en la sombra del edificio, apoyado en la pared como si estuviera esperando mi llegada.

Respiré profundamente, intentando controlar el pánico que comenzaba a extenderse por todo mi cuerpo.

—Buenas noches, señorita Rafaela —dijo con un tono sarcástico que hizo que se me erizara la piel.

Vacilé, pero sabía que era imposible evitar esa conversación. Se acercó lentamente, y comprendí que no tenía dónde escapar.

—Se te acaba el tiempo —continuó él, con una voz cargada de amenaza—. Tu querido exnovio no ha pagado nada. Ni un solo céntimo.

—Yo… pagaré mañana mismo —respondí, intentando sonar segura aunque sintiendo cómo mi voz temblaba ligeramente—. Solo necesito un número de cuenta para hacer la transferencia.

Entrecerró los ojos, evaluando si decía la verdad o no. Tras un momento tenso, sacó un papel doblado del bolsillo y me lo entregó.

—Espero que estés diciendo la verdad, porque, si no es así, la próxima vez no seré tan educado.

Se alejó lentamente, pero no sin antes dirigirme una última mirada que parecía prometer problemas si no cumplía lo prometido. Me quedé allí paralizada, tratando de respirar con normalidad, hasta que desapareció en la oscuridad de la calle. Solo entonces abrí la puerta con manos temblorosas y entré rápidamente, cerrándola con firmeza tras de mí.

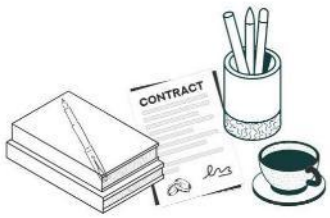
Mi cuerpo seguía temblando mientras me apoyaba contra la pared, sujetando aquel trozo de papel como si fuera lo único capaz de mantenerme en pie.

Sabía que estaba al límite, pero ahora, con el dinero de Damien, podría resolver aquello de una vez por todas. Aun así, el miedo

persistía. Y quizás también un poco de vergüenza por verme atrapada en un problema así.

Subí al apartamento y me dejé caer en el sofá, todavía tratando de procesar lo ocurrido. Mi mente oscilaba entre el susto que acababa de vivir y los recuerdos de los últimos días, especialmente los momentos compartidos con Damien.

Necesitaba una solución urgente para aquel caos, pero en el fondo, no estaba segura de estar preparada para afrontar todo lo que eso implicaba.



En el ascensor de camino a mi planta, mi mente estaba absorta revisando mentalmente el código que debía corregir antes de que terminase el día.

Sin embargo, mis pensamientos se interrumpieron abruptamente cuando, al abrirse las puertas en la planta inferior, Damien entró.

Estaba impecable, como siempre, vestido con un traje gris que parecía hecho a medida para resaltar su postura confiada e imponente.

—Rafaela —me saludó con un breve gesto de cabeza mientras se colocaba a mi lado, dominando por completo el reducido espacio del ascensor con su sola presencia.

—Señor Blackwood —respondí rápidamente, ajustándome las gafas en un gesto automático provocado por los nervios.

Él no perdió ni un instante y fue directo al grano, como de costumbre.

—Esta noche iremos a casa de mi familia —su voz era firme, como si solo estuviera informándome de un hecho inevitable.

—¿Qué? —alcé las cejas al tiempo que mi corazón se aceleraba—. ¿Pero por qué? —La pregunta escapó de mis labios antes de que pudiese contenerla.

Me miró fijamente, sus ojos estudiando mi reacción como si calculara exactamente cuánto tiempo necesitaría para procesar aquella

noticia.

—Tengo que presentarte a mis padres. Es el siguiente paso para darle credibilidad a nuestro plan —dijo como si fuese evidente, aunque a mí todo aquello me parecía que avanzaba demasiado rápido.

—Entiendo —murmuré, intentando asimilar la idea—. ¿Y ellos saben algo de lo que estás planeando?

Damien esbozó una sonrisa ladeada, de esas que hacían que pareciera que él sabía perfectamente lo que estaba haciendo mientras los demás simplemente tratábamos de seguirle el ritmo.

—Sabrán lo necesario. Lo que yo quiera que sepan.

Asentí lentamente, aunque la ansiedad ya empezaba a crecer dentro de mí. Antes de poder formular alguna objeción o siquiera una pregunta coherente, el ascensor continuó subiendo.

Decidí probar con un tema más ligero, quizá para aliviar un poco la tensión palpable entre nosotros.

—¿Qué tal tu viaje? —pregunté, vacilante, intentando sonar casual.

Me miró durante un breve instante, como si evaluara si merecía la pena contestar.

—Productivo —respondió con brevedad, propio de alguien poco dado a compartir más información de la imprescindible—. ¿Y tu semana? —añadió, sorprendiéndome con su pregunta.

—Normal. Trabajo, códigos, reuniones... nada fuera de lo habitual. —Sonreí incómoda, percibiendo que la conversación fluía mejor de lo esperado.

Sin embargo, antes de que pudiera disfrutar de ese breve momento, el ascensor se detuvo nuevamente y entró un grupo de compañeros.

El ya escaso espacio quedó completamente abarrotado, y cualquier atisbo de privacidad entre Damien y yo desapareció.

Los segundos restantes hasta llegar a mi planta se hicieron eternos. Cuando por fin se detuvo el ascensor, salí rápidamente, girándome solo para dirigirle una última mirada.

—Nos vemos esta noche, Rafaela —dijo con calma, pero algo en su expresión indicaba claramente que era consciente del efecto que ejercía sobre mí.

Asentí sin atreverme a responder en voz alta, y me dirigí directamente hacia mi mesa. Por mucho que intentaba concentrarme en el trabajo, una sola frase resonaba insistentemente en mi cabeza:

«Esta noche iremos a casa de mi familia».



CAPÍTULO 22

«Algunas batallas no se libran con armas, sino con palabras, y con las personas que menos esperamos tener a nuestro lado.»

DAMIEN BLACKWOOD

Había llegado el momento de iniciar definitivamente el próximo capítulo de mi vida.

Mientras me ajustaba la corbata en el reflejo del cristal de mi despacho, envié un mensaje rápido desde el móvil:

«Pasaré por tu casa a las 20:00. Prepárate.»

Sin dar opción a respuestas, bloqueé la pantalla y dirigí de nuevo mi atención a los documentos que tenía delante.

En pocos minutos comenzaba una reunión importante con los directivos, pero mi mente ya estaba proyectando el futuro; un futuro donde cada paso estaría calculado, cada movimiento sería estratégico.

Y ahora, con Rafaela Albuquerque a mi lado —o, al menos, cumpliendo el papel necesario— tenía claro que avanzaba en la dirección correcta.

Cada planta de aquel edificio, cada contrato firmado, era el testimonio de quién era yo realmente: un hombre que jamás aceptaba una derrota.

Y el próximo movimiento sería aún mayor.

El matrimonio con Rafaela no era solamente una solución a la presión familiar o una manera de complacer a mi abuelo.

Era una jugada estratégica.

Una alianza que consolidaría mi posición, no solo dentro del imperio que había construido, sino también dentro de aquellos que aún estaban por venir.

—Ella será crucial para esto —susurré en voz baja, como si estuviera confiando un secreto a la ciudad que se extendía bajo mis pies.

Rafaela era diferente. Tímida, indecisa, completamente fuera de mi círculo habitual y, precisamente por eso, perfecta. Nadie pondría en duda la autenticidad de algo que parecía tan improbable.

Y aunque ella no fuera consciente, su actitud —la honestidad en sus ojos, esa resistencia a aceptar lo que para mí era tan evidente— era justamente lo que lo hacía todo más convincente.

Confiaba en que las cosas saldrían bien. No porque creyese en el destino o en algo tan ingenuo como la suerte, sino porque yo siempre conseguía que salieran bien. Eso era precisamente lo que me diferenciaba del resto.

El interfono anunció la llegada de los directivos, y me preparé para la reunión con la determinación habitual. Pero, en un rincón de mi mente, una pequeña parte de mí ya estaba anticipando la noche.

Rafaela quizá aún no lo comprendiera, pero acababa de entrar en un juego mucho más grande de lo que podía imaginar. Y, como en cualquier juego en el que participaba, yo estaba decidido a ganar.



Percibí la inquietud en la mirada de Rafaela cuando la vi entrar en el coche.

Apretaba el bolso con tanta fuerza que parecía que aquel pequeño objeto pudiera servirle de escudo contra lo que fuera que estuviese por venir.

—No tienes por qué estar nerviosa. Solo es una cena familiar. Nada más —dije con un tono firme, aunque controlado.

Ella soltó una risa nerviosa, casi inaudible.

—¿Solo una cena familiar? ¿Con tu familia? —Me miró con los ojos muy abiertos tras sus gafas—. Eso es cualquier cosa menos

tranquilizador.

Solté una breve carcajada, algo poco habitual en mí.

—Les caerás bien, créeme.

Ella desvió la vista hacia la ventanilla, claramente todavía incómoda. No insistí más. Sabía que no tenía precisamente el tacto necesario para aliviar tensiones, pero estaba convencido de que pronto se daría cuenta de que tenía la situación bajo control.

Al llegar a casa de mi padre, un edificio clásico de arquitectura imponente, noté que Rafaela se ponía aún más tensa. Sus dedos tamborileaban contra el bolso en un intento inútil por calmarse. Aparqué el coche y me giré hacia ella.

—Recuerda: sé tú misma —le dije antes de bajar y rodear el vehículo para abrirle la puerta.

Ella salió despacio, sus ojos recorriendo cada detalle de la entrada como si estuviera a punto de entrar en una zona de guerra. Caminamos juntos hacia la puerta principal, donde nos recibió un mayordomo que nos condujo al salón principal.

Nada más vernos, mi padre y mi abuelo se quedaron paralizados por un instante, intercambiando miradas sorprendidas mientras yo guiaba a Rafaela hacia ellos.

—He decidido pasar un momento para saludar —mi voz sonaba relajada, aunque segura—. Y ya de paso, presentaros a Rafaela.

La mirada inquisidora de mi abuelo se posó inmediatamente sobre ella.

—¿Rafaela? —Extendió la mano hacia ella, pero era evidente que estaba analizando hasta el mínimo detalle.

—Sí. —Apreté suavemente el hombro de Rafaela en un gesto tranquilizador y continué—: Rafaela ganó el sorteo de la empresa hace unas semanas. Desde entonces hemos empezado a salir. —Hablaba de manera deliberadamente casual, midiendo bien cada palabra—. Es inteligente, trabajadora, y nos llevamos realmente bien.

Rafaela sonrió tímidamente, sin saber muy bien cómo reaccionar. Mi abuelo arqueó una ceja, pero pareció relajarse un poco al escuchar mis palabras. Mi padre, en cambio, permanecía callado, observando con atención.

—¿Y qué te está pareciendo todo esto? —preguntó mi abuelo, claramente intentando medir la sinceridad de Rafaela.

—Ha sido inesperado, pero está siendo una experiencia interesante —respondió ella, con cierto titubeo pero también con una firmeza que me sorprendió.

Aproveché el momento para añadir algún elogio más.

—Lo que más admiro de Rafaela es que no se impresiona fácilmente. Es auténtica, y eso es precisamente lo que me ha conquistado. —Sabía que cada palabra debía sonar genuina, y, para mi propia sorpresa, me di cuenta de que no estaba mintiendo.

Mi abuelo, que rara vez mostraba entusiasmo por algo, parecía complacido.

—Hm. Interesante. Muy interesante.

Noté un brillo en sus ojos, una mezcla de curiosidad y satisfacción. Parecía estar creyéndose la historia, y eso ya era la mitad de la batalla ganada.

Rafaela, por su parte, se veía visiblemente aliviada al comprobar que la reacción era positiva. Aun así, yo podía notar en pequeños

detalles —en la manera en que apretaba las manos o evitaba el contacto visual prolongado— que seguía sintiéndose incómoda.

No podía culparla. Después de todo, aquello era solo el principio de algo mucho más grande.



CAPÍTULO 23

«Hay momentos en los que la línea que separa la realidad de la ficción se vuelve tan fina que hasta el corazón comienza a creer en la mentira.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Damien sabía fingir muy bien.

Mientras lo observaba interactuar con sus padres en el amplio salón, me di cuenta de lo fácil que era para él pasar de esa actitud amable a la frialdad calculadora que normalmente mostraba.

Reía con absoluta convicción, contaba anécdotas triviales como si fuese alguien sencillo, casi cercano, y hablaba de nosotros —de ese «nosotros»— con una naturalidad que me desconcertaba por completo.

Todo aquello estaba meticulosamente orquestado para parecer genuino, y lo peor era que funcionaba.

Tenía que admitirlo: Damien Blackwood era un maestro del engaño.

Cuando finalmente se puso en pie y anunció que debíamos marcharnos, agradeciendo la hospitalidad de sus padres con una elegante reverencia, respiré aliviada.

No es que hubiese resultado especialmente difícil estar allí, pero toda aquella puesta en escena era agotadora.

Era como participar en una obra de teatro donde las palabras que salían de mi boca no eran realmente mías, sino líneas de un guion que apenas lograba seguir.

Durante el trayecto hacia mi casa, el silencio entre nosotros fue cómodo, aunque cargado de pensamientos no expresados.

Él conducía con la precisión propia de alguien que disfrutaba teniendo el control, y yo lo observaba discretamente, intentando descifrar su expresión.
No lo conseguí.

Cuando aparcamos frente a mi edificio, salió del coche y abrió la puerta para mí, algo que me sorprendió. Caminó conmigo hasta la entrada, sus pasos firmes resonando en el suelo como si el mundo que nos rodeaba fuese completamente insignificante.

—Has hecho bien tu papel esta noche —comenté, sintiendo la necesidad de romper aquel silencio—. Casi parecía que te caía bien de verdad.

Él se detuvo abruptamente y me miró fijamente con aquellos ojos que parecían capaces de atravesar cualquier máscara que yo pudiera intentar ponerme. Una sonrisa lenta, casi peligrosa, apareció en la comisura de sus labios antes de responder.

—Algunas cosas no son fingidas, Rafaela.

Mi corazón dio un vuelco inesperado, y antes de poder reaccionar, él dio un paso adelante, reduciendo aún más la distancia entre nosotros.

Su mano tocó suavemente mi rostro, sus dedos trazando un camino delicado desde mi mejilla hasta detenerse junto a mi mandíbula. Mi cuerpo entero se congeló, mientras el corazón aceleraba por cuenta propia.

Damien inclinó ligeramente la cabeza y, con una voz baja y firme, susurró con posesividad junto a mi oído:

—Ahora eres mía. Y quiero que todos lo sepan.

Me quedé sin respiración. Debería haber dicho algo, apartarme, protestar, pero no fui capaz. Sus ojos oscuros estaban tan cerca de los míos que resultaba imposible pensar con claridad.

Y entonces se acercó aún más, sus labios rozando brevemente los míos en un beso rápido que bastó para incendiar cada centímetro de mi cuerpo.

Antes de que pudiera asimilar lo ocurrido, retrocedió un paso, contemplándome con esa expresión llena de control y cierta satisfacción.

—Buenas noches, Rafaela.

Se giró y caminó hacia el coche sin mirar atrás, dejándome allí, confusa y —para mi sorpresa— deseando algo más.



Me quedé aturdida durante varios minutos.

Nada más cerrar la puerta detrás de mí, dejé el bolso sobre el sofá y me dejé caer en la butaca del salón, intentando comprender qué acababa de suceder.

Mi mente insistía en regresar una y otra vez al contacto firme de Damien en mi rostro, al sonido grave de su voz cuando dijo que yo era suya, y a aquel breve beso que parecía haber puesto patas arriba todas mis certezas.

¿Por qué había hecho aquello si nadie de su familia estaba cerca para presenciar la escena?

La actuación ya había terminado por esa noche, y aun así, él se comportó como si… como si aquello hubiese sido real.

Me llevé las manos al rostro intentando apartar esos pensamientos. Fue inútil.

Cogí el móvil y, sin pensarlo dos veces, marqué el número de Débora. Necesitaba hablar con alguien antes de que mi cabeza crease escenarios todavía más enredados.

—Amiga, ¿qué pasa? —respondió Débora con un ligero tono preocupado que enseguida transformó en esa voz bromista tan típica suya—. ¿Acaso el jefe te ha despedido al descubrir que te has comido todos los bombones de la sala de descanso?

—Débora, ¡esto va en serio! —protesté, aunque no pude evitar sonreír a pesar del caos mental que tenía encima—. Necesito contarte algo. ¿Puedes hablar ahora?

—¡Claro! —contestó rápidamente—. Espera que me acomode en el sofá, porque noto que me vas a soltar una bomba. Venga, dispara.

Respiré profundamente intentando ordenar las palabras. No era fácil explicar algo que ni siquiera yo comprendía del todo.

—Damien… Hoy me ha llevado a conocer a su familia.

—¿En serio? ¿Has conocido a los Blackwood? Madre mía, ¿cómo son? ¿Tan ricos y aterradores como él?

—¡Débora, céntrate! —refunfuñé, notando cómo me ardían las mejillas—. El problema no fue ese. Lo complicado vino después.

—Uy, ahora sí que me interesa. ¿Después cómo? ¿Intentó despedirte por no haber sonreído lo suficiente al abuelo?

—¡No! Me trajo de vuelta a casa y antes de irse… me dijo que algunas cosas no eran fingidas y me besó.

Silencio. Por un instante creí que la llamada se había cortado, pero entonces Débora lanzó un grito ahogado:

—¿QUE HIZO QUÉ? Rafaela, ¿me estás diciendo que Damien Blackwood, el jefe frío y autoritario, te ha besado?

—Fue solo un beso rápido…

—Sí, claro. Un beso rápido que te ha dejado hecha un manojo de nervios. ¿Y qué hiciste tú? ¿Cómo fue? ¿Besa bien?

—¡No lo sé! Me quedé paralizada, nada más. Y ahora mismo no sé qué pensar.

—Está clarísimo, amiga. —Su voz se suavizó, pero conservaba ese tono divertido que solo Débora sabía utilizar en situaciones críticas—. Él te está mirando con otros ojos, y tú estás empezando a hacer lo mismo.

—No es eso… es decir, no puede ser eso. Es mi jefe, y todo esto es solo un contrato, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Pero los contratos no anulan la química, Rafa.

Suspiré, sintiendo cómo se aceleraba mi corazón al recordar la mirada de Damien fija en la mía, su tacto firme, aquel beso.

—¿Qué hago ahora?

—Primero, deja de torturarte. Y segundo, aprovecha la situación. Eres guapa, inteligente, y ese hombre claramente está sintiendo algo por ti. Si no fuese así, jamás habría hecho algo fuera del guion.

Débora tenía razón, pero el miedo a involucrarme y acabar sufriendo era aún más fuerte.

—Débora, estamos hablando de Damien Blackwood. Él vive en un mundo que no tiene nada que ver con el mío.

—¿Y qué? —replicó—. ¿Quién ha dicho que el amor entienda de fronteras, Rafa? Puede que él tenga la necesidad de controlarlo todo, pero si hay algo que no puede controlar son sus propios sentimientos. Y, sinceramente, creo que tú eres la única capaz de volver loco a ese hombre.

Solté una risa nerviosa, sin saber cómo enfrentarme a todo aquello.

—Lo único que quiero es terminar este contrato y seguir con mi vida.

—Claro, claro —asintió Débora con un sarcasmo ligero—. Vamos a fingir que realmente te crees eso. Pero recuerda algo, Rafaela: lo único que no puedes controlar es lo que sientes.

Al colgar, me quedé sentada en el sofá durante un buen rato, intentando aclarar mis ideas. Débora tenía una forma peculiar de dar consejos, pero quizás esta vez llevaba razón.



CAPÍTULO 24

«Manipular las piezas en el tablero de la vida es sencillo; el verdadero desafío es prever cuándo la partida puede volverse en tu contra.»

DAMIEN BLACKWOOD

—Entonces… ¿sabías que los fotógrafos os estaban siguiendo y por eso la besaste tan rápido?

—Exactamente. Mis guardaespaldas me avisaron.

Miguel me miraba con esa expresión tan suya: una mezcla de incredulidad e irritación, como si fuese incapaz de asimilar todas las capas de lo que acababa de confesarle.

—Estás manipulando toda la situación, Damien. ¿No crees que te estás pasando de la raya?

Solté una breve carcajada, girando la silla hacia la imponente vista de la ciudad que se extendía más allá de los ventanales de mi despacho.

—No existen límites en el juego al que yo juego. Tú eso lo sabes mejor que nadie.

—¿Hablas en serio? —Miguel cruzó los brazos, reclinándose contra el respaldo de la silla—. Has presentado a Rafaela a tu familia, la has elogiado delante de todos, le has sujetado la cara como si fuese algo real… ¿Y todo para qué? ¿Un simple espectáculo para la prensa?

Me giré para mirarlo directamente, mi tono firme.

—Exacto. Cada movimiento está calculado. Los fotógrafos estaban allí porque yo quise que estuviesen. Mi familia cree que estoy empezando algo serio, y los medios reforzarán esa idea.

Miguel se pasó una mano por el rostro en un gesto claramente frustrado.

—¿Y Rafaela sabe que la estás utilizando de esta manera?

—Ella está recibiendo su compensación, ¿no es así? —repliqué sin titubear—. Tenemos un acuerdo. Este matrimonio es una transacción. Ella necesita el dinero y yo la necesito a ella para aparentar ser el hombre que mi abuelo quiere que sea. Ambos salimos beneficiados.

—Puede que ella no lo vea así —contraatacó—. Quizá está interpretando que esos gestos, esas palabras, significan algo más.

Solté una carcajada breve, seca.

—Ella sabe perfectamente que es solo un contrato. Si lo interpreta de otra manera, ese ya no es mi problema.

—Eres increíble. —Miguel negó con la cabeza, apretando los ojos con incredulidad—. Estás usando a una mujer que está en una posición vulnerable, y encima crees que todo está justificado solo porque firmasteis un acuerdo.

Mi paciencia empezaba a agotarse. Me levanté de la silla, apoyando ambas manos sobre la mesa.

—No vengas a darme lecciones morales. No he sido yo quien ha impuesto esta farsa. Ha surgido por mi familia, por las circunstancias. No me gusta perder, Miguel, y no voy a permitir que una cláusula absurda me quite lo que me pertenece.

—Estás tan obsesionado con ganar que ni siquiera te das cuenta de lo que puedes estar perdiendo.

Lo miré fijamente durante unos segundos, notando cómo mi expresión se endurecía.

—Ella sabe lo necesario. Y más allá de eso, no me importa. Todo esto es un juego, y yo soy el mejor jugador.

—Espero que el tablero no termine girándose en tu contra.

Lo observé salir del despacho, mientras mi mente ya empezaba a calcular los siguientes pasos. Cada movimiento debía ser perfecto. Al final, todos saldrían beneficiados. Especialmente yo.



Odiaba salir de mi despacho para resolver cualquier asunto personalmente, pero cuando las incompetencias comenzaban a interferir en mis planes, era necesario poner las cosas en orden.

Caminé hasta el departamento en cuestión, preparando mentalmente los puntos que iba a abordar, hasta que algo inesperado capturó mi atención.

En medio del departamento, Rafaela Albuquerque estaba riendo. Pero no era una sonrisa educada o tímida, sino una risa genuina que hacía brillar sus ojos tras las gafas.

Estaba conversando con un compañero de trabajo, un tipo cualquiera que parecía encantado de ser el motivo de aquella expresión. Mi mandíbula se tensó al instante, y sentí una rabia casi irracional extenderse por todo mi cuerpo.

Ella nunca reía así conmigo.

Yo, Damien Blackwood, no debería preocuparme por eso. Pero sí que me importaba. Y mucho. Porque, en mi mente, Rafaela era mía.

Respiré profundamente, ajusté mi postura y atravesé el lugar con pasos decididos. En cuanto algunos empleados notaron mi presencia, las conversaciones se apagaron al instante, y varias miradas cautelosas se dirigieron hacia mí.

Pasé junto a Rafaela sin darle demasiada atención aparente, pero sentí claramente cómo sus ojos me siguieron brevemente antes de volver a lo que estaba haciendo.

Sarah, la responsable del departamento, se acercó rápidamente, visiblemente incómoda por mi presencia.

—Señor Blackwood, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó con el tono precavido de quien sabía que una respuesta equivocada podía costarle el empleo.

Expliqué el problema con brevedad y precisión, haciendo algunas exigencias claras mientras observaba discretamente el movimiento a mi alrededor.

Mi voz sonaba firme, autoritaria, como siempre. Sin embargo, durante cada breve pausa, mi mirada terminaba posándose

inevitablemente sobre Rafaela.

Ella no me observaba todo el tiempo, pero cuando lo hacía, había algo en su expresión que me desconcertaba. Quizá fuese curiosidad, o incluso incomodidad. Pero eso era lo de menos.

Lo que verdaderamente importaba era que había regalado aquella sonrisa a otro hombre, y eso me estaba consumiendo por dentro.

Terminé mi conversación con Sarah y salí del departamento con la misma determinación con la que había entrado. Pero la imagen de Rafaela riéndose con alguien que no era yo permanecía en mi mente como una herida abierta.

Yo, que siempre mantenía todo y a todos bajo control, estaba experimentando algo que no debería sentir. Algo que odiaba reconocer.

Es mía, pensé mientras regresaba a mi despacho, con el ánimo todavía más sombrío que antes.



CAPÍTULO 25

«A veces, la batalla más grande que libramos es contra la expectativa de ser solamente aquello que los demás ven en nosotros.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Me gustaba mi nuevo equipo de trabajo, aunque casi siempre me mantuviese tímida y reservada. Tenían un humor ligero y relajado que hacía que las horas de programación fueran mucho más llevaderas.

Rodrigo, en especial, tenía la habilidad de arrancarme risas incluso en los momentos más tensos con sus chistes absurdos, y eso me encantaba, aunque a veces no lo demostrase demasiado.

—¡Rafa, tienes que vivir más! —me dijo después de una de sus bromas sobre códigos que nadie más entendería fuera de allí.

Sonreí, negando con la cabeza, pero volví enseguida a concentrarme en las líneas que estaba escribiendo.

Era un alivio, la verdad, poder reír un poco. Aquella mañana había comenzado con una enorme carga desapareciendo por fin de mis hombros. Tras meses de angustia, había conseguido saldar las deudas que mi exnovio me había dejado.

No era fácil admitir que me había usado y engañado, pero aquella sensación de libertad financiera era algo que no experimentaba desde hacía demasiado tiempo.

Por primera vez en mucho tiempo, podía respirar tranquila.

Concentrada en el trabajo, ajustaba unas cuantas líneas de código intentando no pensar en el caos que había sido mi vida hasta entonces.

Pero justo en ese instante, mi móvil vibró junto al teclado. Miré la pantalla y sentí un pequeño vuelco en el estómago. Damien.

El mensaje era simple, directo y absolutamente típico de él:

«En mi despacho. Ahora».

Suspiré. No podía ignorarlo.

Sin saber bien qué esperar, me levanté de la silla intentando aparentar confianza, aunque por dentro sentía esa mezcla de inquietud y curiosidad.

Damien Blackwood nunca llamaba a nadie a su despacho sin un motivo claro, y por el tono, no parecía algo trivial.

Cuando llegué, la puerta estaba entreabierta. Llamé suavemente antes de entrar, y él levantó la vista de la mesa donde revisaba unos documentos.

Su mirada era distinta esta vez, más intensa, como si algo estuviese hirviendo bajo aquella fachada controlada.

—¿Hay algún problema? —pregunté, sonando más calmada de lo que realmente me sentía.

Él no contestó enseguida.

Cerró la carpeta que tenía delante con un movimiento calculado y apoyó los codos sobre la mesa, fijando sus ojos en los míos.

Entonces habló, sin rodeos, sin dudas, con una voz cargada de autoridad:

—A partir de ahora, Rafaela, tienes prohibido reírte o tocar a cualquier otro hombre. ¿Lo has entendido?

Me quedé paralizada. Mi mente trataba de procesar lo que acababa de escuchar, pero la intensidad de su mirada me dejó sin palabras.

Era como si cada parte de mí hubiese quedado congelada bajo aquella orden autoritaria que, a la vez, me irritaba y me intimidaba.

—Eso es una locura, Damien.

—No. Eso se llama posesión. Y yo no pierdo lo que es mío.

Mi corazón se aceleró y las manos comenzaron a sudarme al recordar claramente el momento en el departamento horas antes. Me

vino a la mente aquella mirada que me lanzó al entrar y verme conversando y riendo con Rodrigo.

La tensión en sus hombros, el leve fruncir de sus cejas. En aquel momento pensé que solo sería irritación casual, algo relacionado con el trabajo, pero ahora entendía que era algo más profundo.

Algo posesivo, casi inaceptable.

—¿Me estás diciendo que quieres prohibirme hasta sonreír?

—No me molesta tu sonrisa, Rafaela. Lo que me molesta es hacia quién la diriges.

—Damien, eso no tiene sentido. Solo estaba siendo educada.

—La educación no incluye reírte con otros hombres delante de mí. No soy un hombre al que le guste compartir.

—¡Pero eso es irracional!

—Irracional es que yo tenga que explicarte algo que debería ser obvio. Ahora me perteneces, Rafaela, y no voy a tolerar que nadie crea que puede tener siquiera una mínima parte de ti.

—Solo estaba charlando —intenté justificarme, mi voz frágil, pero firme lo suficiente para expresar mi indignación.

—No me interesa —me interrumpió con una expresión implacable—. Pronto estaremos casados. La prensa ya lo sabe.

Abrí la boca, pero ninguna palabra salió inmediatamente. Traté de asimilar lo que me decía, pero solo logré articular la pregunta más evidente:

—¿Qué quieres decir con que la prensa ya lo sabe?

Él se recostó en la silla, cruzando los brazos mientras me miraba como si tuviese todo bajo control, como siempre.

—Nos fotografiaron frente a tu casa. El beso fue suficiente para alimentar las especulaciones.

Sentí cómo el estómago se me hundía. Cada palabra era un cruel recordatorio de lo atrapada que estaba en algo que parecía escapar cada vez más a mi control.

Intenté recomponerme, pero el dolor de la comprensión comenzó a expandirse en mi pecho.

—¿Me besaste… solo por eso? —pregunté, con la voz baja, casi un susurro.

No dudó ni un instante en responder:

—Sí. Era necesario.

Su respuesta directa me atravesó como una cuchilla.
Parpadeé rápidamente, intentando procesar lo que acababa de admitir.

Por un momento, aquella noche, había creído que había algo más. Que quizás él me había visto de otro modo, que deseaba algo más allá del acuerdo.
Sin embargo, todo era parte de su plan. Parte de una mentira.

—Entiendo —asentí, intentando sonar indiferente, aunque mi voz tembló ligeramente al final.

—Eso es todo. Puedes irte.

Sus ojos volvieron a centrarse en los documentos frente a él, como si yo hubiese dejado de existir. Como si aquello fuese solo una tarea más en su lista del día.

Me di media vuelta y salí, aguantando las lágrimas que amenazaban con caer. En cuanto crucé la puerta y me vi sola en el

pasillo, dejé escapar el aire de mis pulmones.

El dolor en el pecho era más intenso de lo que esperaba. No solo por la mentira, sino por la realización de que, durante un instante, había creído realmente en lo imposible.

Regresé a mi departamento con los pasos más pesados que nunca, hundiéndome más en mis pensamientos con cada uno de ellos.

Sus palabras resonaban en mi mente, recordándome que yo era solo una pieza más en su juego.

Y, por primera vez, sentí que empezaba a perderme en aquel tablero.



CAPÍTULO 26

«A veces hace falta un caos absoluto para poder ver con claridad quiénes somos y qué es lo que realmente queremos.»

DAMIEN BLACKWOOD

Ya había oscurecido fuera cuando finalmente me obligué a detenerme un momento.

La pila de contratos e informes delante de mí no requería únicamente una lectura superficial, sino también una concentración

que, sorprendentemente, no era capaz de ofrecer en ese instante. Mi mente estaba en otro lugar. Con otra persona.

Rafaela.

La imagen de ella saliendo antes de mi despacho seguía nítida y perturbadora en mi memoria. Su mirada… había algo en aquellos ojos que me incomodaba profundamente.

¿Tristeza, tal vez? ¿Inseguridad? No importaba.

No debía importarme.

Sin embargo, ese malestar permanecía ahí, como un peso invisible e incómodo. Ella no entendía que todo lo que yo hacía tenía un propósito mayor. Y sí, quizás aquel beso había provocado parte de esa confusión.

El trabajo era mi refugio. Siempre lo había sido. Y nada ni nadie debía interferir en eso. Pero antes de poder sumergirme nuevamente en los números y las proyecciones, el teléfono sobre mi mesa vibró.

—¿Señor Blackwood? —era la voz eficiente de Enrico, siempre tan directo como de costumbre—. Ya tenemos la confirmación. Todo está listo. Solo falta decidir el momento exacto para las publicaciones.

Esto tenía que hacerse. Formaba parte del plan, y yo no dudaba jamás cuando se trataba de asegurar resultados.

—Mañana por la mañana —respondí seco, sin espacio para réplicas.

—Entendido. Lo programaré con las plataformas para asegurarme de que todo salga según lo previsto.

—Perfecto. Eso es todo.

Colgué el teléfono y me recosté en la silla.

El mundo necesitaba saber lo nuestro. Aunque realmente no existiera un «nosotros», la narrativa era imprescindible. A la prensa le encantaba una historia de romance improbable, y a mi abuelo todavía más.

Sin embargo, mientras contemplaba el silencio absoluto que reinaba en mi despacho, la sombra de aquella mirada triste de Rafaela volvió a perseguirme.

Durante un breve instante, algo parecido al arrepentimiento cruzó mi mente, aunque desapareció tan rápido como había llegado.

No tenía tiempo para preocuparme por los sentimientos de otras personas. Especialmente cuando los míos propios permanecían cuidadosamente encerrados en un lugar donde nadie pudiera alcanzarlos.

Volví a fijarme en los papeles que tenía delante, obligando a mi mente a concentrarse. Mañana todo empezaría a cambiar, y Rafaela tendría que acostumbrarse al papel que le había tocado desempeñar.

Ella había aceptado entrar en este juego, y ahora ya no había vuelta atrás.

RAFAELA ALBUQUERQUE

Ya me habían utilizado una vez, y me prometí a mí misma que no volvería a suceder, pero allí estaba otra vez, exactamente en la misma situación.

Trabajaba en modo automático, mientras la conversación con Damien resonaba en mi cabeza como una película que se repite una y otra vez.

Con cada línea de código que escribía, volvía a repasar mentalmente cada una de sus palabras. La seguridad con la que afirmó que todo era parte del plan, que aquel beso era necesario…

¿Cómo había podido ser tan ingenua?

Una vez más, me había dejado llevar por una ilusión, aunque solo hubiese durado unos segundos.

—¿Rafaela? —La voz de mi jefa me devolvió a la realidad—. ¿Tienes listo el código?

—Sí, solo estoy revisando algunos detalles —respondí, ajustándome las gafas y esforzándome por concentrarme.

El trabajo era mi único refugio, y en ese momento lo necesitaba desesperadamente. Sin embargo, el peso de las palabras de Damien me seguía como una sombra.

Cuando finalmente el reloj marcó el fin de la jornada, me levanté con un suspiro agotado.

Antes de salir, apareció Débora, tan llena de energía como siempre.

—¿Lista? Vámonos juntas —dijo, colgándose el bolso al hombro.

Asentí, sin demasiado entusiasmo, y salimos juntas del edificio.

Mientras caminábamos, Débora me observaba de reojo con una expresión llena de curiosidad. No tardé mucho en contarle lo que había ocurrido con Damien, y cómo el beso… no había significado lo que yo había pensado.

—Vale, ahora cuéntamelo todo bien —empezó ella, directa como siempre—. ¿Cómo descubriste exactamente que ese beso era una farsa? ¿Y cómo lo llevas?

La miré, pensando en cómo expresar aquello con palabras.

—Él me lo dijo. Así de simple. Dijo que era necesario, que formaba parte de su plan.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, levantando dramáticamente las manos al cielo—. ¡Qué tío! Será muy guapo, pero ¡menuda cara!

Sonreí débilmente.

—Sí, pero yo acepté esto, ¿recuerdas? Sabía que no había sentimientos de por medio, y aun así…

—Y aun así, algo sentiste, ¿verdad? —preguntó ella, ahora con un tono más suave.

Respiré profundamente, desviando la mirada hacia la acera.

—Durante un momento, sí.

Débora se detuvo y me sujetó del brazo, obligándome a mirarla a los ojos.

—¿Sabes qué vamos a hacer? Vamos a olvidarnos de ese tío durante unas horas. Iremos a tu casa, veremos una peli, comeremos algo rico y fingiremos que él no existe.

—No sé, Débora…

—Rafaela, lo harás y punto.

Terminé riendo ante su insistencia y acepté, aunque con cierta reticencia.

Cuando llegamos a casa, ella fue directamente a la cocina, sacando palomitas y refrescos como si fuera la dueña del lugar.

Elegimos una comedia romántica —sí, lo sé, bastante irónico— y nos dejamos caer en el sofá.

—¿Ves? Esto es lo que necesitas, amiga. Un poco de diversión. ¡Y palomitas! —dijo, lanzándose un puñado de palomitas a la boca.

Mientras la película avanzaba y Débora hacía comentarios divertidos, sentí que, por un breve instante, mis problemas desaparecían.

Era agradable reír, olvidarme de todo y tener a alguien como ella a mi lado.

—Gracias por estar aquí —le susurré con sinceridad, mirándola.

—Siempre, Rafa. Ahora come palomitas y deja de pensar en millonarios mandones.



CAPÍTULO 27

«Algunos contratos se firman sobre papel; otros, en el corazón, aunque aún no te hayas dado cuenta.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

No dormí demasiado bien aquella noche. Todavía resonaban en mi mente las palabras de Damien.

Él tenía la increíble capacidad de hacer que me hirviese la sangre y, al mismo tiempo, dejarme completamente confundida. Damien era

una tormenta que jamás había pedido, pero en la que, de algún modo, ahora me veía atrapada.

Después de colocarme bien los últimos mechones de pelo, me puse las gafas, cogí el bolso y salí de casa. El aire fresco de la mañana debería haberme ayudado a despejar mis pensamientos, pero al bajar a la calle, un coche negro y lujoso aparcado frente a mi portal captó mi atención.

Intenté fingir que no me importaba, ignorando por completo el vehículo mientras caminaba, pero la ventanilla oscura bajó, revelando a un chófer uniformado que salió rápidamente, bloqueando mi camino.

—¿Señorita Rafaela Albuquerque? —preguntó con voz firme, aunque educada.

Me detuve, frunciendo el ceño.

—¿Sí? —respondí cautelosa.

Él sacó una identificación del bolsillo y me la mostró brevemente.

—Tengo órdenes del señor Damien Blackwood de llevarla al trabajo todas las mañanas y recogerla al finalizar la jornada. Es una petición personal suya.

El corazón casi se me salió del pecho. ¿Petición? Eso sonaba más bien como una orden.

Suspiré profundamente, consciente de que aquello formaba parte de su plan.

Un «toque de realidad» para alimentar la narrativa de la pareja perfecta. Pero eso me irritaba aún más.

¿No bastaba con utilizarme? ¿Ahora tenía que controlar también cómo llegaba al trabajo?

—Está bien —acepté finalmente, entrando en el coche, sabiendo que negarme solo generaría más problemas.

El chófer asintió respetuosamente antes de arrancar.

El trayecto fue tranquilo, aunque yo sentía un nudo en el estómago. Al entrar en la empresa, noté enseguida que algo era distinto.

La gente me miraba de manera extraña, como si me hubiese convertido en una celebridad de la noche a la mañana. Había una mezcla de curiosidad y respeto en sus miradas, e incluso las sonrisas de mis compañeros parecían exageradas.

Por un instante, estuve tentada de preguntar si algo iba mal, pero preferí fingir que no notaba nada.

Me senté en mi puesto, intentando concentrarme en el código que debía terminar. Pero el enfoque no duró demasiado. Mi móvil vibró, mostrando un mensaje de Débora.

«¡Rafa, ¿has visto esto?! ¡Estás en todas las portadas de periódicos y webs! ¡El beso! ¡Vosotros dos estáis por todas partes!»

Sentí cómo todo mi cuerpo se paralizaba.

Eso explicaba las miradas. Las manos me temblaban al abrir uno de los enlaces que me había enviado. Allí estaba yo, capturada en un momento que debería haber sido íntimo, con Damien sosteniendo mi rostro de forma tan convincente que hasta yo misma había creído en aquella farsa.

El titular era exagerado: «¿El magnate Damien Blackwood ha encontrado por fin el amor?».

Respiré hondo, intentando alejar el pánico que amenazaba con invadirme. Necesitaba recomponerme. Me levanté y caminé hacia el ascensor, buscando algún lugar donde poder respirar.

Dentro del ascensor, volví a abrir el móvil y leí los comentarios. Algunos nos alababan como pareja; otros mostraban escepticismo, preguntándose cómo alguien como yo había podido «conquistar» a Damien Blackwood.

Aquello me hacía sentir expuesta, como si toda mi vida estuviera siendo analizada bajo un microscopio.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera noté cuando alguien entró en el ascensor detrás de mí.

—Parece que ahora eres el centro de atención.

Aquella voz grave y familiar casi hizo que se me cayera el móvil.

Me giré lentamente y me encontré cara a cara con Damien, de pie allí, imponente como siempre, con una leve sonrisa en los labios, como si estuviera disfrutando de aquella situación.

—¿Ahora también me sigues? —intenté sonar casual, aunque mis nervios eran evidentes.

—No necesito seguir a nadie. —Cruzó los brazos, mirándome fijamente—. Todo esto forma parte del plan, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo —respondí, intentando mantener la compostura—. Pero podrías haberme avisado antes de los fotógrafos. Y sobre esto. —Señalé el titular que aún tenía abierto en mi móvil.

Él se encogió de hombros como si aquello fuese el menor de sus problemas.

—No lo creí necesario. Todo está saliendo según lo previsto.

Su indiferencia me irritaba más de lo que debería.

—¿De verdad crees que debería sentirme cómoda siendo un objeto en tu juego? —repliqué, elevando la voz más de lo pretendido.

Él se acercó, reduciendo el espacio entre nosotros.

—Rafaela, esto es más que un juego. Es un contrato. Y hasta donde yo sé, aceptaste los términos. Así que sí, espero que sigas haciendo tu parte.

La intensidad de su mirada era casi asfixiante. Durante un segundo quise replicar, pero sabía que él no iba a dar su brazo a torcer.

—Entiendo.

—No sabía que tenías mi nombre guardado en tu móvil como «Mandón».

—¿Por qué será? —repliqué sarcástica.

Él rio ligeramente.

—Aprovecha la fama —añadió con un tono irónico—. Es un pequeño precio a pagar por lo que vas a conseguir. Y ya que estás aquí, ven a mi despacho, necesitas firmar algo.

—¿Firmar? —pregunté, intentando disimular mis nervios mientras lo seguía hasta su despacho.

Él no contestó inmediatamente, abrió la puerta y me hizo pasar.

Cada detalle de aquel lugar parecía gritar perfección y control, exactamente como él. Damien tomó una carpeta negra sobre la mesa, la abrió y colocó los documentos frente a mí.

—El contrato matrimonial. Debería haberse resuelto antes, pero como las fotos solo salieron hoy, esperé al momento adecuado —explicó con la naturalidad de quien habla de un simple acuerdo comercial.

Miré los papeles y un nudo se formó en mi garganta. Todo parecía mucho más real ahora. Él notó mi vacilación y se acercó, apoyando las manos sobre la mesa e inclinándose hacia mí.

—¿Vas a echarte atrás? —preguntó con aquella voz baja y cortante que hacía que cualquier respuesta pareciera insuficiente.

Respiré profundamente, intentando ignorar el calor que desprendía su cercanía y el hecho de que mi corazón latiera descontrolado.

—No. Dije que lo haría, así que lo haré.

Cogí el bolígrafo y firmé, aunque mis dedos temblaban ligeramente. Cuando terminé, levanté la vista hacia él, esperando alguna reacción.

Damien recogió los papeles, cerró la carpeta con su habitual precisión y sonrió, con una sonrisa que no tenía nada de reconfortante.

—Excelente. Ahora, sobre este mes: pasarás algunas noches en mi mansión, empezando hoy. Luego, te mudarás definitivamente.

—¿Hoy? —repetí sorprendida—. Damien, no tengo ropa ni nada preparado para eso.

—Ya lo he solucionado. He comprado todo lo que necesitas. Tienes un vestidor completo esperándote, hecho a medida.

Sus palabras resonaban en mi cabeza. Era como si hubiese planeado cada detalle de mi vida sin consultarme siquiera.

—¿Has comprado… todo? —pregunté casi sin creerlo.

Damien dio otro paso hacia mí, eliminando toda distancia.

Su presencia era asfixiante en el mejor y peor sentido. Un escalofrío recorrió mi piel.

—¿Por qué necesitas controlarlo todo? —pregunté, alzando la voz más de lo que esperaba.

Él ladeó la cabeza con una sonrisa aún más provocativa.

—Porque soy Damien Blackwood. Y el control es lo único que garantiza que el mundo funcione exactamente como yo deseo.

Sus palabras me dejaron sin respuesta.

No había cómo argumentar contra alguien que imponía sus propias reglas.

—Espero que estés preparada para el próximo capítulo de tu vida, Rafaela. —Se apartó, dejando que asimilara todo sola—. Nos vemos en la mansión.



CAPÍTULO 28

«Hay momentos en los que la vida no pregunta si estamos preparados; simplemente nos lanza al caos y espera que sobrevivamos.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Trabajé de manera automática, ignorando las conversaciones a mi alrededor, las risas de mis compañeros e incluso las miradas curiosas.

Mi mente seguía atrapada en aquel instante en que Damien, con ese tono autoritario y la firmeza de su mirada, dejó muy claro que el control siempre sería suyo.

Era asfixiante. Y al mismo tiempo, intrigante.

Por mucho que intentara convencerme a mí misma de que aquello solo era un contrato, una transacción ventajosa para ambos, una parte de mí no podía ignorar las implicaciones que había detrás.

El beso calculado, las palabras frías, aquel vestidor preparado antes incluso de que yo hubiese aceptado. Estaba moldeando mi vida como si fuera tan solo una extensión más de sus negocios.

Cuando acabó mi jornada, recogí mis cosas y salí. La noche empezaba a caer, y el coche negro que me había recogido por la mañana estaba aparcado en el mismo sitio.

Suspiré antes de entrar, consciente de que aquello era solo el inicio de un largo camino. El conductor, tan formal como siempre, abrió la puerta para mí y, en cuestión de minutos, el vehículo arrancó. Pero esta vez no se dirigió hacia mi casa.

Intenté mantener la calma, aunque mis manos apretaban con fuerza la tela del bolso sobre mi regazo. Cuando el coche finalmente se

detuvo, la vista frente a mí me dejó sin palabras.

La mansión de Damien era inmensa, un monumento al lujo y a la imponencia.

La alta verja de hierro forjado se abrió lentamente, revelando un largo camino empedrado, flanqueado por un césped perfectamente cuidado.

Una fuente en el centro proyectaba chorros elegantes que reflejaban la iluminación estratégica del jardín. Árboles cuidadosamente podados rodeaban la propiedad y, a la izquierda, una enorme piscina resplandecía bajo la luz de la luna, rodeada por tumbonas de diseño moderno.

Al salir del coche, un guarda de seguridad me condujo hasta la entrada principal.

Las altas puertas de madera maciza se abrieron, mostrando un vestíbulo impresionante. El suelo era de mármol blanco pulido y una inmensa lámpara de araña iluminaba el lugar con una luz suave y sofisticada.

Las paredes tenían tonos neutros, adornadas con cuadros de artistas reconocidos y nichos con esculturas minimalistas.

—Señorita Albuquerque, sígame por favor —dijo una mujer uniformada, probablemente el ama de llaves.

Mientras caminaba, atravesamos un salón con sofás de cuero gris, una moderna chimenea y una estantería repleta de libros meticulosamente organizados.

El aroma del ambiente era una mezcla agradable de madera, cuero y un toque cítrico que supuse sería la esencia personal de Damien.

Me llevaron por un pasillo con suelo de madera oscura hasta una habitación que parecía sacada de una revista de diseño. Una cama enorme con sábanas blancas impecables y un cabecero tapizado en gris claro dominaba el dormitorio.

El suelo estaba cubierto por una alfombra suave, había butacas cómodas cerca de un ventanal con vistas increíbles al jardín, y un tocador con un espejo iluminado. Pero lo que realmente me dejó sin palabras fue el vestidor.

Al abrir la puerta, descubrí un espacio del tamaño de mi antiguo apartamento. Ropa cuidadosamente colocada en perchas doradas llenaba los armarios, mientras cajones perfectamente organizados

guardaban desde delicada lencería hasta accesorios como bolsos de marcas exclusivas y discretas joyas. Zapatos de todo tipo estaban perfectamente alineados en estantes iluminados.

Todo era exactamente de mi estilo, como si alguien hubiese descifrado mi alma y la hubiese convertido en prendas de vestir.

Tomé un vestido floral sencillo y acaricié el tejido suave.

Era exactamente algo que yo elegiría. ¿Cómo podía Damien saber eso? ¿Cómo había conseguido ser tan preciso?

Mientras observaba el lugar, una sensación extraña comenzó a invadirme. Era una mezcla de fascinación e incomodidad. Había planeado todo con tanta anticipación que resultaba imposible pensar que yo aún tuviese algún control sobre mi propia vida.

Me senté en la butaca junto a la cama y apoyé la cabeza entre las manos, intentando aclarar mis pensamientos. Todo parecía surrealista, como si hubiese sido transportada a una realidad paralela.

Damien Blackwood era peligroso.

No solo por cómo manipulaba las situaciones, sino por la manera en que, poco a poco, estaba empezando a adueñarse de mi mente. Y

también de mi corazón.

DAMIEN BLACKWOOD

—Por lo visto has conseguido lo que querías.

La voz de Miguel me devolvió a la realidad, interrumpiendo la concentración que mantenía sobre los documentos que tenía delante.

Estaba sentado en la butaca de mi despacho con aire despreocupado, aunque con esa mirada que indicaba que estaba a punto de lanzar una de sus habituales observaciones.

—Todavía no.

—Ah, ¿vas a decirme que no estás satisfecho con las portadas de periódicos y webs? —continuó, agitando el móvil con una mano—. «Damien Blackwood finalmente tiene pareja». Esto ya parece una telenovela.

Le miré, dejando caer el bolígrafo sobre la mesa.

—La prensa solo está haciendo su trabajo, nada más.

Miguel sonrió, pero había cierta seriedad en su voz cuando habló de nuevo:

—¿Y Rafaela? ¿También está haciendo su trabajo? ¿O acaso has olvidado que para ella esto no es solo un juego?

Noté cómo se tensaba mi mandíbula durante un instante. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Ella sabe perfectamente en qué se ha metido —repliqué con firmeza—. Ambos salimos beneficiados de esto.

—¿De verdad crees que lo sabe? —Miguel arqueó una ceja, desafiándome—. Cuidado, Damien. Eres muy bueno controlándolo todo, pero las personas no son un negocio más.

Ignoré su provocación, centrándome en el reloj.

—Tengo que irme.

Él se encogió de hombros y se puso de pie con aquella sonrisa irritante aún en su rostro.

—Solo te recuerdo que no todo se puede comprar.

Unos minutos después, dejé atrás el trabajo y me dirigí a casa. Cuando entré en la mansión, el silencio era casi absoluto, salvo por el sonido del agua de una de las piscinas exteriores.

Entonces la vi.

Rafaela estaba de pie junto a la piscina, con la mirada perdida. Las luces reflejadas sobre el agua iluminaban suavemente su rostro, y había algo en ella que parecía diferente.

—¿Está todo en orden? —pregunté acercándome.

Ella se giró, visiblemente sorprendida, pero recuperó la compostura enseguida.

—Sí, todo perfecto. La ropa, la habitación… no tenías que haberte molestado tanto.

—Lo he hecho porque quería y porque lo mereces —respondí con franqueza.

Ella soltó una pequeña risa, aunque había cierta melancolía en su expresión.

—Sí, claro. Siempre haces lo que quieres, ¿verdad?

—Siempre.

Me acerqué aún más, hasta quedar a pocos centímetros de ella. Un mechón de pelo rebelde caía sobre su rostro, y lo aparté suavemente, rozando apenas su mejilla.

—Ahora mismo no hay nadie mirando para que hagas esto, Damien —dijo ella casi en un susurro.

—Esta vez lo estoy haciendo porque me apetece —respondí con voz firme.

Ella abrió la boca para replicar, pero no encontró las palabras. Antes de que pudiese decir algo, continué, mirándola directamente a los ojos:

—Sé que no tienes a nadie que cuide de ti, Rafaela. Por eso voy a ser yo quien lo haga. Voy a cuidar de ti, darte todo lo que desees.

Vi cómo titubeaba su mirada. Algo en su interior parecía desmoronarse, y durante un breve instante, dio la impresión de que no sabía cómo reaccionar.

—Damien…

—No tienes que decir nada —interrumpí, con la voz cargada de una emoción que ni yo mismo lograba entender—. Solo acepta esto y cumple con tu parte del contrato, y ambos saldremos ganando.



CAPÍTULO 29

«Algunas conexiones empiezan de una forma tan inesperada que ni siquiera somos conscientes del impacto que tendrán en nuestras vidas.»

DAMIEN BLACKWOOD

Ayer Rafaela durmió en mi mansión, y hoy llevaría algunas de sus cosas allí. Pensar en eso durante el trabajo era algo poco común en mí, pero últimamente parecía inevitable.

No era la clase de hombre que se distraía con facilidad, sin embargo, Rafaela se estaba convirtiendo en una excepción incómoda.

—Está todo listo para la reunión, señor Blackwood —anunció mi secretaria con su habitual eficiencia.

Asentí brevemente, ajustándome la americana antes de salir del despacho y dirigirme hacia la sala de reuniones.

Al abrir la puerta, todos los directores ya estaban presentes, esperándome. Me senté en la cabecera, como siempre, dejando claro quién mandaba allí.

—Comencemos.

La reunión giraba en torno al plan para un nuevo proyecto de expansión internacional. Cada detalle se examinaba minuciosamente, desde el presupuesto hasta los posibles impactos en nuestras operaciones locales.

No aceptaba nada menos que la perfección, y ante cada error señalado, dejaba patente mi descontento.

—Esto está mal planteado —interrumpí en un momento dado, lanzando una de las hojas sobre la mesa—. Quiero una proyección

realista, no un cuento de hadas.

El responsable del área asintió incómodo, visiblemente nervioso.

Ese no era mi problema, al menos hasta que se convertía en un problema para mí.

La discusión continuó, haciendo que el tiempo pareciese avanzar demasiado despacio. Cuando por fin terminó la reunión, miré el reloj y comprobé que ya pasaban de las ocho de la tarde.

—Quiero las revisiones sobre mi mesa mañana a primera hora — ordené antes de salir de la sala.

De vuelta en mi despacho, todavía quedaban correos electrónicos y documentos por atender. Trabajé un rato más, concentrado en resolver los asuntos más urgentes.

Cuando terminé, el edificio ya estaba silencioso, casi vacío. Me levanté, recogí mi maletín y me dirigí al aparcamiento.

Al llegar a casa, lo primero que vi fue la luz del salón encendida. Rafaela estaba allí, probablemente organizando sus cosas en la habitación que había preparado para ella.

Un pensamiento fugaz cruzó mi mente: la estaba obligando a vivir una vida que no había elegido.

Al entrar en el salón principal de la mansión, mis pasos resonaron en el silencio.

Entonces la vi.

Rafaela estaba sentada en el sofá, con las piernas cruzadas, entretenida con el móvil, como si toda aquella mansión no fuera ninguna novedad para ella.

—¿Has traído lo que necesitabas?

Levantó la vista, ligeramente dubitativa.

—Sí, ya están en el dormitorio. Pero esta noche me voy a casa —dijo, ajustándose las gafas.

Asentí brevemente. No era como si fuera a impedírselo.

—Está bien.

Ella permaneció en silencio durante un instante, pero luego preguntó casi casualmente:

—¿Has cenado algo?

Tardé un momento en procesar su pregunta. La verdad era que ni siquiera me había acordado de comer.

—No desde la comida. La reunión se alargó más de cinco horas.

Ella frunció ligeramente el ceño, pareciendo molesta.

—He preparado la cena —anunció con voz tranquila pero firme —. Hablé con el personal y pedí permiso para usar la cocina. Terminé hace poco. Si quieres, ya está lista.

La idea de Rafaela cocinando en mi casa era surrealista, pero antes de que pudiera responder, se levantó.

—Ven conmigo.

La seguí hasta el comedor, donde la mesa ya estaba preparada. El aroma era reconfortante y, para mi sorpresa, había preparado un plato que me encantaba: risotto de limón con pollo a la plancha.

—¿Cómo sabías que esto me gusta? —pregunté mientras me sentaba, observando cada detalle perfectamente dispuesto.

Ella sonrió ligeramente.

—No lo sabía. Solo pensé que algo ligero estaría bien después de un día largo.

Probé la comida y el sabor era impecable. Acabé el plato más rápido de lo esperado, y ella me observó con curiosidad.

—¿Y bien? —preguntó, recolocándose las gafas.

—Está excelente —admití, algo poco habitual en mí—. Cocinas realmente bien.

Ella se ruborizó ligeramente, distrayéndome durante unos segundos.

Conversamos un poco más sobre la cena y, poco a poco, la conversación fue cambiando. Rafaela empezó a hablarme sobre su día, de manera relajada, y sin darme cuenta, yo estaba prestando atención a cada una de sus palabras.

Mientras hablaba, noté detalles que antes me habrían parecido insignificantes: la forma en que le brillaban los ojos al describir algo que le entusiasmaba, la sutileza de su sonrisa cuando se relajaba.

Era fácil quedarme mirándola durante más tiempo del habitual, algo que no solía sucederme con nadie. Por un instante, me pregunté si tener a Rafaela cerca sería tan negativo como había imaginado.

Al terminar la cena, ella empezó a levantarse para recoger, pero la detuve.

—Deja que se ocupe el personal.

Ella dudó, pero finalmente accedió.

Mientras se alejaba, algo en mi interior supo que la compañía de Rafaela aportaría algo diferente a mi rutina. Solo tenía que descubrir exactamente qué.



CAPÍTULO 30

«A veces, el silencio de alguien grita más verdades que mil palabras dichas en voz alta.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Durante la cena, lo observaba atentamente, tratando de entender aquel enigma llamado Damien Blackwood.

Había algo en él que no encajaba del todo en ese molde rígido y frío que tanto insistía en mostrar. Entre sus palabras cortantes y su

tono autoritario, asomaba un rastro de humanidad que parecía ocultar deliberadamente, como un secreto que ni siquiera él quería reconocer.

Mientras terminábamos la comida, no pude contener la pregunta que me rondaba desde que toda esta locura había comenzado.

—¿Cuáles son los siguientes pasos? —Mi voz sonó insegura, aunque lo suficientemente firme como para que supiera que necesitaba respuestas.

Damien dejó el cubierto tranquilamente y se reclinó en su silla, analizándome con aquella mirada intensa capaz de desnudar el alma.

—A final de mes formalizaremos el matrimonio. Un evento sencillo, pero suficiente para convencer a quien tiene que creerlo. Después de eso, vivirás aquí definitivamente y seguiremos el plan previsto: apariciones públicas, momentos juntos frente a cámaras estratégicamente colocadas y, por supuesto, la fachada de una pareja feliz. Eso es todo lo que importa.

Asentí lentamente, asimilando cada palabra. Lo hacía sonar todo tan calculado, tan frío.

—¿Estás seguro de esto? —me atreví a preguntar, entrelazando las manos con nerviosismo.

—Completamente —respondió sin dudar.

—¿Y estás seguro de querer hacerlo conmigo? —continué, notando cómo mi voz titubeaba ligeramente—. Podrías tener a cualquier mujer, Damien. Literalmente a cualquiera.

Se inclinó ligeramente hacia delante, como si quisiera asegurarse de que sus palabras quedasen grabadas en mi mente.

—Te he escogido a ti, Rafaela. No porque fueras la opción más evidente, sino porque eras la correcta. Eres inteligente, decidida y, a pesar de todo el caos que te rodea, intentas ver lo mejor en las personas. Eso es raro. Por eso voy a cuidar de ti, no solo por el plan, sino porque mereces tener a alguien que te proteja. Aunque ese alguien sea yo.

Sus palabras me afectaron de un modo que no esperaba. Aunque todo estuviera envuelto en un acuerdo, algo en el tono de su voz parecía genuino, como si realmente creyese lo que estaba diciendo.

Respiré hondo, intentando controlar la confusión que había generado en mí. Antes de que pudiera decir nada más, se levantó y miró hacia la ventana.

—Está lloviendo fuerte. Será mejor que te quedes aquí esta noche.

—No sé… —empecé a decir, pero me interrumpió con una mirada decidida.

—Rafaela, no discutas. Es lo mejor para tu seguridad. Haré que preparen tu habitación.

Tras unos segundos de duda, asentí. La tormenta que rugía fuera parecía reflejar perfectamente el torbellino que sentía en mi interior.

Mientras él se alejaba para organizarlo todo, permanecí sentada, preguntándome cómo alguien podía ser tan complejo.

Damien Blackwood era una contradicción constante, y yo me encontraba justo en el centro de su tormenta.



Este lugar era enorme, pero aun así se me antojaba pequeño cuando mis pensamientos giraban constantemente en torno a Damien.

Tumbada en la enorme cama que él había preparado para mí, observé el alto techo, buscando una calma que no llegaba. Mi corazón estaba inquieto, latiendo con un ritmo desconocido para mí.

Intenté cerrar los ojos, pero las imágenes de él aparecían una y otra vez en mi mente, dejándome aún más despierta. Damien era un enigma que no estaba segura de querer descifrar. Y lo peor era que sentía que, de alguna forma, él estaba haciendo exactamente lo mismo conmigo.

Me incorporé, tratando de apartar aquellas ideas de mi cabeza. Descalza, recorrí lentamente el largo pasillo hacia la cocina. Quizás un poco de agua me ayudase a calmar los nervios.

Al acercarme a la entrada, me detuve bruscamente. Damien estaba allí. Y no llevaba camisa.

La respiración se me cortó al verlo de espaldas, apoyado contra la encimera con una botella de agua en la mano. Él no parecía haber notado mi presencia, así que permanecí inmóvil, como si observarlo así fuese algún tipo de delito.

Su físico era impresionante. Hombros anchos, brazos fuertes y un abdomen tan definido que parecía sacado de una escultura renacentista.

Pero lo que realmente captó mi atención fueron los tatuajes que recorrían su piel cuando se giró. Un león rugiendo cubría gran parte de su pecho, con detalles intrincados que bajaban por el brazo derecho, formando un diseño que recordaba a un patrón tribal. En la espalda, un par de alas negras se extendían majestuosas, como si llevara sobre ellas el peso del mundo.

No conseguía apartar la vista, pero no era únicamente por su cuerpo. Había algo distinto en su postura, algo diferente a lo habitual.

Parecía sumido en sus pensamientos, con la mirada perdida en un punto invisible frente a él. Su rostro, normalmente tan controlado y decidido, se veía más relajado, casi vulnerable.

Era como si la máscara de Damien Blackwood hubiese caído durante un breve instante.

Pensé en acercarme, preguntarle si se encontraba bien, pero dudé. Él era un hombre que construía murallas a su alrededor, y quizá invadir aquel momento habría sido un error.

Aun así, no pude evitar preguntarme qué podía tenerlo tan pensativo.

¿Sufriría insomnio? ¿Estaría preocupado por algo? ¿O sería simplemente el peso de ser quien era?

Antes de que pudiera notar mi presencia, me di media vuelta y regresé a mi habitación. Volví a tumbarme en la cama, tratando en vano de borrar su imagen. Pero era imposible.

La visión de aquellos tatuajes, la vulnerabilidad reflejada en su rostro, incluso la fortaleza que desprendía cuando pensaba que nadie lo observaba… todo eso se había quedado grabado en mi mente.

Cerré los ojos, pero el último pensamiento que tuve antes de quedarme dormida fue él: Damien Blackwood.

El hombre al que empezaba a ver más allá de la fachada. Y eso, por alguna razón, me asustaba más que cualquier otra cosa.



CAPÍTULO 31

«A veces, los juegos más peligrosos son aquellos en los que no tienes claro si llevas las riendas o eres tú quien está siendo controlado.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Si antes podía hablar con normalidad con alguien más que con Débora, ahora parecía que la gente me evitaba, o quizá simplemente me tenían miedo.

Era una sensación extraña.

Los murmullos en las redes sociales, las miradas en los pasillos y hasta en el comedor de la empresa dejaban claro que yo era el centro de atención, algo que me agobiaba enormemente.

Me senté en una de las mesas más apartadas del comedor con mi amiga, intentando aparentar indiferencia, mientras sentía el peso de todas aquellas miradas sobre mí.

—Me miran como si fuera famosa —suspiré, apartando la bandeja sin demasiado apetito.

Débora arqueó una ceja y dio un sorbo a su zumo.

—No todos los días alguien de nuestro equipo se convierte en noticia. «Posible romance entre el CEO multimillonario y la misteriosa empleada» —dramatizó, gesticulando teatralmente como si fuese una presentadora de programas del corazón—. Y la verdad, tienes un aire muy misterioso. Deberías sonreír más; eso confunde mucho a los haters.

Puse los ojos en blanco, pero una punzada de incomodidad me recorrió por dentro.

La prensa había exagerado demasiado. Las noticias iban desde el clásico «pareja improbable» hasta especulaciones sobre cómo una

empleada del departamento informático había conseguido conquistar al frío e inaccesible Damien Blackwood.

Si supiesen la verdad…

—No ayudas —murmuré, mirando mi comida sin ganas.

—Vale, perdona. Mira el lado positivo: al menos las deudas ya están pagadas. Y para ser justas, ni siquiera deberías haber sido tú la que pagara aquello. Trata de sacarle algún beneficio a esta situación, amiga. No sirve de nada sufrir en vano.

Tenía razón, pero pensar en ello todavía me hacía sentir incómoda. Necesitaba cambiar de tema antes de hundirme otra vez en la angustia del contrato.

—Ayer vi a Damien pensativo en la cocina. Y estaba sin camiseta.

Al instante, Débora se atragantó con el zumo y comenzó a reírse de tal manera que deseé no haber dicho nada.

—¿Sin camiseta? Rafaela, amiga, tú le estás prestando demasiada atención a ese hombre. ¿Me vas a decir que no te fijaste en nada más?

—Tiene algunos tatuajes —admití, encogiéndome de hombros.

—¿Algunos? ¿Qué tipo? ¿El nombre de una ex? ¿Uno tribal de esos genéricos?

—No. Son tatuajes serios. Líneas precisas, símbolos… —Mi voz bajó al darme cuenta de lo mucho que me estaba exponiendo—. No sé explicarlo muy bien, pero encajan con él.

—¿Y él encaja contigo? —preguntó ella, alzando las cejas con una sonrisa provocadora.

—¡Débora! —fingí indignación, aunque seguramente tenía las mejillas sonrojadas.

—Solo digo que si tienes que convivir con él, podrías aprovecharte un poco del cuerpazo que tiene ese hombre. —Me guiñó un ojo con tal descaro que no pude contener una carcajada.

Tras la risa, volvió la melancolía como una ola. Suspiré, apoyando la barbilla en las manos.

—Él es un enigma para mí. Está claro que el trabajo es lo más importante en su vida. Yo solo estoy en medio de todo esto, como una pieza en un juego que él mismo ha creado.

Pareció estar a punto de contestar, pero al final se calló, como si supiera que no necesitaba más provocaciones, solo un hombro sobre el que apoyarme.

Me quedé en silencio, pensando en cómo mi vida había dado un vuelco completo.

Los titulares en la prensa, el contrato, la convivencia con Damien… y la extraña sensación de que quizá había muchas más capas en él de las que dejaba ver.

DAMIEN BLACKWOOD

—¿Y ahora qué viene? —preguntó Miguel, recostándose en la silla frente a mí con esa expresión suya que mezclaba curiosidad y escepticismo.

Me detuve un instante, girando el bolígrafo entre los dedos antes de responder. Su pregunta no era inesperada, pero aun así necesité una fracción de segundo para procesarla.

—Nos casaremos. Sin escándalos ni celebraciones, solo lo justo para que todo parezca legítimo —respondí con voz firme, aunque desprovista de emoción.

Miguel arqueó una ceja, visiblemente sorprendido.

—¿Este mismo mes?

Asentí, sin apartar la mirada.

—Cuanto antes, mejor. No permitiré que la presión o las dudas de nadie interfieran en mis planes.

—No parece muy propio de ti implicarte tanto en algo que, al fin y al cabo, es mera conveniencia.

—No tiene nada que ver con lo que sea propio o no. Esto va de control. Y controlar todas las empresas familiares es mi prioridad absoluta. Eso es lo que realmente importa.

Mientras pronunciaba esas palabras, algo en mí dudó por un instante.
Una incomodidad, casi imperceptible, pero suficiente para hacerme reflexionar.

En mi mente apareció la imagen de Rafaela, el sonido de su risa, aquella mirada suya intentando parecer fuerte mientras algo en su expresión se quebraba.

¿Por qué demonios eso me perturbaba tanto?

Sacudí la cabeza, alejando aquel pensamiento. No tenía tiempo para distracciones sentimentales.

—Sé que eres un hombre de objetivos —comentó Miguel con un tono casi casual—, pero a veces me pregunto si eres consciente del impacto que estas decisiones tienen sobre las personas involucradas.

—No me preocupan los impactos, me preocupan los resultados —repliqué, más fríamente de lo que pretendía—. Y ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer.

Soltó una pequeña carcajada mientras se levantaba de la silla.

—Eres increíble, Damien.

—Necesito que revises los documentos de la fusión. Te contactaré más tarde —dije dando la conversación por terminada y volviendo a centrarme en la pila de papeles que tenía sobre la mesa.

Miguel se encogió de hombros y salió, dejándome a solas con mis pensamientos.

Cerré los ojos por un momento, intentando concentrarme. Rafaela estaba haciendo que todo aquello resultara más complicado de lo necesario.

No sabía si era esa fragilidad disfrazada de fuerza o la manera en la que parecía mirarme, como si pudiese ver más allá incluso cuando yo hacía todo lo posible por mantener mis barreras intactas.

Volví a sacudir la cabeza. No importaba. No podía importar. La prioridad era el control, nada más.



CAPÍTULO 32

«Hay momentos en los que la libertad deja de ser un derecho y se convierte en una elección, y no siempre la más sencilla.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Hacía casi dos semanas que no veía a Damien en persona y no dejaba de preguntarme cuál sería el motivo que lo mantenía tan distante.

Como era de esperar, los medios habían convertido las noticias sobre nuestro supuesto romance en un auténtico espectáculo, explotando fotos, rumores e incluso especulaciones absurdas sobre una posible boda.

Sabía perfectamente que todo aquello formaba parte del juego, pero su silencio era una incógnita que empezaba a inquietarme.

Pasé el día intentando concentrarme en el trabajo, sumergida en el código que debía entregar antes de finalizar la tarde.

De algún modo, el ritmo frenético de la programación me ayudaba a mantener mi mente alejada de todo lo relacionado con Damien Blackwood, aunque inevitablemente, él seguía invadiendo mis pensamientos.

Sus palabras, su presencia imponente e incluso el recuerdo de aquel breve beso, que ahora sabía perfectamente que no había significado nada para él.

Mientras terminaba una línea de código, mi móvil vibró sobre la mesa. Un mensaje.

Tomé el teléfono y sentí que el corazón se me aceleraba al ver quién era el remitente: Mandón.

«Ven a mi despacho inmediatamente.»

Suspiré, dejando el móvil a un lado e intentando calmarme.

Por mucho que intentase prepararme, estar frente a él nunca era sencillo. Cogí mi blazer, me ajusté las gafas y me dirigí hacia su despacho. Golpeé suavemente la puerta y escuché su voz autoritaria desde el otro lado.

—Adelante.

Abrí despacio la puerta y lo encontré sentado tras la enorme mesa de madera oscura. Me observaba con esa mirada que siempre parecía capaz de descifrar cada pensamiento que intentaba ocultar.

—Siéntate —dijo, señalando la silla frente a él.

Obedecí, sintiendo cómo el aire de la sala se espesaba con su presencia. Antes de que pudiera preguntar el motivo de aquella llamada, colocó un grueso sobre delante de mí.

—Necesito que leas esto y firmes —dijo con frialdad, cruzando los brazos mientras se recostaba en su silla—. Es el segundo contrato

que debes firmar. Se trata del matrimonio propiamente dicho, además de algunas cosas que he añadido.

Abrí el sobre con manos temblorosas y saqué las páginas para empezar a leer.

Las primeras cláusulas eran exactamente lo que había esperado: matrimonio por contrato, duración de un año, confidencialidad, dinero. Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura, mis ojos se abrieron como platos.

—¿Qué...? —susurré, incapaz de completar la frase.

Entre las cláusulas había exigencias que me dejaron atónita: no podría tocar a ningún otro hombre, no podría salir de casa sin su autorización, debería estar disponible para eventos siempre que él lo solicitase y, lo más increíble, debía dormir en la misma cama que él.

Levanté la vista hacia él. Damien permanecía impasible, con los ojos clavados en mí, como si esperara pacientemente mi reacción.

—¿Esto va en serio? —logré preguntar, aunque mi voz sonó mucho más débil de lo que pretendía.

No respondió de inmediato; tan solo inclinó ligeramente la cabeza, estudiando mi expresión. Mi corazón latía con tal fuerza que parecía resonar en el silencioso despacho.

—¿Te parece que estoy bromeando? —Su voz era baja, pero cortante.

—Esto es ridículo. —Crucé los brazos, intentando mostrar más firmeza de la que realmente sentía.

—¿De verdad crees que puedes seguir actuando como si fueses libre, Rafaela? —Arqueó una ceja, inclinándose hacia adelante, con las manos firmemente apoyadas en la mesa.

—Damien, soy libre —respondí, aunque mi voz tembló ligeramente.

—Ya no. Desde el momento en que aceptaste este contrato, me perteneces, y yo no comparto lo que es mío.

La intensidad de aquellas palabras me dejó la garganta seca.

Respiré profundamente, tratando de recuperar la compostura que él parecía destrozar en segundos.

—No puedes esperar que simplemente obedezca cada orden absurda que me des —me levanté, pero él permaneció sentado, completamente en control de la situación.

—No lo espero, Rafaela. Lo exijo —su voz era fría, como si estuviese exponiendo una verdad incuestionable.

—¿Y si te digo que no? —lo desafié, aunque sabía perfectamente que él era el tipo de hombre que no aceptaba negativas.

Una media sonrisa apareció en sus labios, carente de humor, cargada de peligro.

—Entonces tendré que recordarte por qué soy el hombre que nunca acepta un «no».

—Esto es chantaje.

—No. Esto es poder. Y todavía no has entendido cómo funciona cuando estás a mi lado. —Se puso en pie y su altura resultaba aún más imponente ahora, como una sombra que amenazaba con devorarme.

—Pensaba que teníamos un contrato profesional.

—Lo tenemos. Pero, por lo visto, aún no has comprendido las condiciones.

—¿Qué condiciones? —pregunté, sabiendo que no me iba a gustar la respuesta.

Rodeó la mesa, deteniéndose tan cerca que su presencia resultaba asfixiante.

—Que durante un año soy el único hombre en tu vida. —Me sujetó suavemente la barbilla, obligándome a mirarlo.

—Estás confundiendo las cosas. No soy tu propiedad. —Mi voz temblaba, pero resistí.

—No confundo nada, Rafaela. Y si sigues actuando como si no fueras mía, quizá necesites un recordatorio más claro. —Soltó mi rostro, aunque todavía sentía su mano sobre mi piel como una marca invisible.

El silencio que siguió fue tan denso como sus palabras.

Quería gritar, golpear la mesa, hacer cualquier cosa para romper aquella tensión insoportable. En lugar de eso, tomé el bolígrafo que descansaba sobre la mesa y firmé el contrato con dedos temblorosos.

—Perfecto. —Él tomó el contrato y examinó las firmas—. Mañana a las diez, en el registro civil. Será algo discreto.

Damien se apartó, regresando a su silla como si no hubiese sucedido nada. Y yo, aún con el corazón desbocado, salí del despacho sin saber si estaba más furiosa o más alterada.



CAPÍTULO 33

«Los matrimonios de conveniencia son como contratos: empiezan siendo fríos, pero a veces acaban ardiendo.»

DAMIEN BLACKWOOD

Nada cambiaría en mi vida con este matrimonio.

Me había prometido a mí mismo que seguiría adelante con el plan sin permitir que esto interfiriese en mis objetivos.

Pero mientras caminaba por el largo pasillo de la mansión de mi padre, ya podía sentir el peso de las miradas y la curiosidad que

vendrían con el anuncio.

Al entrar en el salón, todos estaban reunidos. Mi padre, mi abuelo y mi madre charlaban en lo que parecía más una reunión informal de negocios que un almuerzo familiar.

—Tengo un anuncio que hacer —comencé, directo al grano. Mi tono seco silenció la sala. Todos me observaron con atención—. Mañana voy a casarme. Será una ceremonia discreta.

La reacción fue inmediata.

Mi madre se llevó la mano a la boca, sorprendida. Mi padre frunció el ceño, mientras que mi abuelo, con sus ojos experimentados, parecía ya saber que había algo más detrás de mi declaración.

—¿Casarte? ¿Así, de repente? —preguntó mi padre, ajustándose las gafas.

—Ya iba siendo hora, ¿no crees? —respondí con una sonrisa forzada.

Pero fue mi abuelo quien intervino. Su voz grave cortó el silencio:

—Damien, quiero hablar contigo a solas.

Asentí y lo seguí hasta el despacho.

Cerró la puerta detrás de nosotros, y el sonido resonó en la lujosa estancia llena de historia. Se sentó en su sillón de cuero y me hizo un gesto para que hiciera lo mismo.

—¿Así que vas a hacerlo realmente? —comenzó, examinando cada rasgo de mi rostro.

—Voy a cumplir con las condiciones, como acordamos —respondí sin titubear.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los codos sobre la mesa.

—¿Y amas a esa mujer?

—No. —Mi respuesta fue firme y carente de emoción.

Mi abuelo dejó escapar una risa suave.

—Eso pensaba. Siempre has sido muy bueno ocultando tus sentimientos. Pero déjame decirte una cosa, Damien: la convivencia lo cambia todo. Este matrimonio fingido, como crees que es, dará sus frutos.

—¿Frutos? —Fruncí el ceño, sin entender hacia dónde quería llegar.

—Sí. Puede que termines amando a esa mujer. Y créeme, cuando menos te lo esperes, estarás atrapado en ese «acuerdo» de una forma que ni todo el control del mundo podrá deshacer.

Negué con la cabeza, incrédulo.

—Eso no va a ocurrir.

—Ya veremos. —Sonrió enigmático—. ¿Vas a cumplir tu parte del trato?

—Sí.

—Entonces yo cumpliré la mía.

La conversación terminó con aquel tono desafiante que solo mi abuelo era capaz de imponer.

Mientras salía del despacho, tuve la sensación de que, por mucho que quisiera mantener todo bajo control, había algo en su voz que me dejaba inquieto.

Como si él supiera algo que yo aún desconocía.



Quería terminar con aquello cuanto antes, y por lo visto, Rafaela también.

En el registro civil, el ambiente era frío e impersonal, con paredes blancas y muebles funcionales, como si todo allí existiera exclusivamente para resolver burocracia.

Rafaela estaba sentada a mi lado, pero su postura revelaba claramente que prefería estar en cualquier otro lugar. Su mirada parecía perdida, fija en algún punto invisible frente a ella.

—¿Estás bien? —le pregunté, rompiendo el silencio.

Ella parpadeó un par de veces antes de mirarme, como si hubiese recordado dónde estaba.

—Sí... todo bien —respondió, aunque su tono indicaba justo lo contrario.

No insistí.

Era evidente que prefería mantenerse a la defensiva, y yo no tenía ni tiempo ni paciencia para lidiar con aquello ahora. Cuando el funcionario pronunció nuestros nombres, nos levantamos juntos y caminamos hacia la mesa donde nos esperaban los documentos.

El matrimonio sobre el papel fue rápido. Firmas intercambiadas, pocas palabras dichas y la formalidad concluida. Mientras observaba cómo la pluma se deslizaba por el papel bajo su mano, sentí algo incómodo en mi interior.

—A partir de hoy vivirás conmigo en la mansión y cumplirás el contrato —le dije cuando ya estábamos fuera, lejos de las miradas indiscretas del registro.

Ella respiró profundamente y cruzó los brazos, como si intentara protegerse de mí.

—Es solo por un año, ¿verdad? —preguntó, con un matiz discreto, pero evidente, de esperanza en su voz.

Me detuve un momento, midiendo cuidadosamente mis palabras.

—Quizás sea menos, dependiendo de cómo evolucionen las cosas.

—De acuerdo.

El alivio en su rostro fue inmediato, pero aquella sonrisa breve y casi imperceptible me afectó de una manera inesperada. Fue como si, en ese preciso instante, ella me viera como el villano de esta historia, y quizá tuviese razón.

Por un instante, me sorprendí cuestionándome si eso era realmente lo que quería ser. Pero rápidamente aparté esa debilidad de mi mente. Todo formaba parte de un plan mayor, y no podía permitirme dudar ahora de mis propios métodos.

—Ya está todo arreglado —concluí, observando cómo asentía, una vez más resignada ante aquella realidad.

—Entonces...

—Hasta que el divorcio nos separe —afirmé, y ella continuó mirándome un instante más antes de asentir.

—Hasta que el divorcio nos separe —repitió sin apartar sus ojos de los míos.

Cuando subí al coche, junto a ella, sentí cómo el silencio tenso se instalaba entre nosotros. Rafaela miraba por la ventana, pensativa, mientras yo me aferraba firmemente a mis objetivos.



CAPÍTULO 34

«A veces, la línea entre lo que aceptamos y lo que soportamos es tan fina que solo nos damos cuenta cuando ya la hemos cruzado.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

—Ya está hecho, amiga —suspiré, apoyando el codo sobre la mesa y descansando la barbilla en la mano.

Mi voz salió más baja de lo que pretendía, cargada de una mezcla de alivio e incertidumbre. Débora abrió mucho los ojos, inclinándose

hacia adelante en la silla como si acabase de confesarle el mayor secreto del universo.

—¿Y cómo te sientes? —preguntó, con esa voz entre preocupada y curiosa que utilizaba cuando algo se salía completamente de lo habitual.

Tardé algunos segundos en responder.

¿Cómo me sentía?

Esa era una excelente pregunta.

Desde el instante en que firmé aquel papel, parecía que mi vida había sido absorbida por un torbellino que apenas lograba asimilar.

—No lo sé. Creo que aún estoy intentando entender todo esto. Es surrealista. Ayer era solo la programadora que quería pasar desapercibida y llegar tranquila a fin de mes. Hoy... bueno, hoy soy la esposa de Damien Blackwood. Al menos sobre el papel.

Débora dejó escapar una risita, aunque había algo cálido en su mirada, como si intentara aliviar mi confusión.

—Rafa, necesitas respirar. Las cosas ya están en marcha, no tiene sentido torturarte.

—No es tan sencillo. Lo único que me gustaría es no tener que soportar miradas curiosas ni cuchicheos a mis espaldas.

Ella negó con la cabeza y puso la mano sobre la mía, ofreciéndome un refugio momentáneo.

—Y aún puedes hacerlo. La gente siempre va a hablar, amiga. Pero, ¿a quién le importa? Has hecho lo que tenías que hacer. Ahora céntrate en lo importante. En tu trabajo, en lo que realmente te gusta hacer. Ignora lo demás.

Me quedé mirándola un instante, asimilando sus palabras.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo. Y deja ya de preocuparte por la opinión de los demás. Tú ya vales mucho más que toda esa gente que pierde el tiempo ocupándose de vidas ajenas.

Asentí, sintiendo cómo una parte del peso que llevaba sobre los hombros desaparecía.

—Gracias. Necesitaba escuchar eso.

Ella me guiñó un ojo y sonrió con picardía.

—Para eso estamos las amigas, ¿no? Ahora ve y arrasa con ese código. El mundo puede esperar.

Con una última sonrisa, regresé a mi mesa. Intenté concentrarme en las líneas de código que parpadeaban en la pantalla, aunque seguía resonando en mi mente el eco de las palabras de Débora.

Era hora de dejar atrás los comentarios y las miradas, y centrarme en lo que realmente importaba.

Sin embargo, mientras trabajaba, una parte de mí no lograba olvidar el peso del contrato que había firmado y, aún más, al hombre que ahora formaba parte de mi vida, aunque fuese de manera calculada y temporal.



Al salir de Blackwood Tech, me di cuenta de que el coche ya estaba esperándome. Ese mismo vehículo lujoso que se había

convertido en una constante en los últimos días.

Suspiré, consciente de que aquella rutina formaría parte de mi vida a partir de ahora.

Cuando subí, el chófer me saludó con la formalidad habitual, y el coche empezó a moverse, aunque esta vez sin el destino reconfortante de mi antigua casa. Me dirigía hacia la mansión. Ese lugar inmenso que, a partir de ahora, sería mi hogar, aunque todavía no lograse sentir que pertenecía realmente allí.

Al llegar, la puerta principal se abrió automáticamente, dejando a la vista el largo camino hasta la entrada. La piscina brillaba bajo la luz del atardecer, y cada rincón del lugar gritaba lujo de una manera casi intimidante.

Bajé del coche y caminé lentamente por el césped, observando cada detalle: los árboles altos, las flores perfectamente colocadas, la imponente estructura de la mansión. Cada paso parecía pesar más que el anterior.

Este era ahora mi hogar.

¿Llegaría algún día a acostumbrarme realmente a esto?

Entré por la puerta principal, que fue abierta por uno de los empleados antes siquiera de que pudiese tocar el pomo.

Resultaba difícil imaginar que alguien pudiera vivir en un lugar así, y ahora, irónicamente, esa persona era yo.

Decidí caminar un poco, explorar, intentar encontrar algún rincón donde sentirme cómoda.

Pasé por un salón con sofás que parecían sacados de una revista, una cocina moderna equipada como la de un restaurante de lujo, hasta llegar a un pasillo que conducía hacia las habitaciones. Todo parecía impersonal, como si la casa fuese un decorado y no un verdadero hogar.

Tras un rato, escuché el sonido de un coche entrando en la propiedad. Damien había llegado.

Volví al recibidor, encontrándomelo justo cuando atravesaba la puerta. Su mirada se cruzó con la mía, firme y llena de determinación, como siempre.

—Tenemos que hablar —dijo sin rodeos, señalando uno de los sofás.

—De acuerdo.

Me senté, preparándome para lo que viniera.

Él permaneció de pie, como queriendo marcar autoridad.

—Quiero dejar algunas cosas claras. Aquí dentro puedes hacer lo que quieras, Rafaela, siempre y cuando no incumplas lo estipulado en el contrato. —Miró a su alrededor, como asegurándose de que nadie pudiera escucharnos—. Tendrás seguridad, pero no estarán visibles. No quiero que te sientas agobiada, pero es necesario que estén cerca para garantizar tu protección, especialmente ahora.

Asentí, intentando asimilar todo lo que decía. Parecía lógico, pero aun así, la sensación de estar vigilada constantemente me resultaba incómoda.

—Y cuando todos sepan del matrimonio —continuó—, tendrás que acompañarme a eventos. Querrán conocer a mi esposa, y tendrás que estar a la altura de las expectativas.

—Entendido.

Sabía perfectamente que eso formaba parte del acuerdo.

Hubo una pausa. Reuní valor para preguntar algo que me había estado incomodando desde que firmé el contrato:

—¿Por qué tenemos que dormir en la misma cama? —Sentí cómo mis mejillas ardían tras pronunciar aquella pregunta.

Damien entrecerró ligeramente los ojos antes de sentarse en el sillón frente a mí.

—Mucha gente trabaja aquí. No puedo permitir que ninguno de ellos sospeche que esto es un matrimonio por contrato. Lo que suceda dentro de estos muros debe parecer real. Para todos.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras.

Tenía sentido, por supuesto, pero eso hacía las cosas todavía más complicadas. Le observé durante unos segundos, fijándome en los rasgos marcados de su rostro, en la forma en la que parecía estar siempre al mando de todo.

Por mucho que quisiera resistirme, era imposible negar la fuerza que desprendía, ese aura de control y poder.

Finalmente asentí. Estaba dispuesta a colaborar, aunque algo en mi interior me decía que convivir con Damien Blackwood iba a ser mucho más desafiante de lo que había previsto.



CAPÍTULO 35

«Algunas verdades se dicen en silencio, en el breve espacio de una mirada.»

DAMIEN BLACKWOOD

Podía ver claramente la incomodidad reflejada en el rostro de Rafaela desde el momento en que llegó a la mansión, y ahora, mientras cenábamos, aquello parecía todavía más evidente.

Ella mantenía la mirada baja, removiendo la comida con el tenedor como si estuviese más interesada en reorganizarla en el plato

que en comer realmente.

El silencio entre nosotros era casi opresivo, contrastando de forma llamativa con el ruido suave de los cubiertos y el leve susurro de las cortinas agitadas por el viento.

—¿Estás bien? —pregunté, rompiendo finalmente el silencio.

Ella levantó brevemente los ojos, como si la hubiese sorprendido desprevenida, pero enseguida volvió a fijar la vista en su plato.

—Sí, estoy bien —respondió, aunque su voz carecía de la convicción necesaria para convencerme.

Decidí no insistir más por el momento.

Terminé de cenar mientras ella continuaba jugando con la comida, y luego me levanté, dirigiéndome hacia el salón. Unos minutos después, escuché cómo arrastraba su silla.

—¿Damien? —llamó con voz algo vacilante—. Necesito pedirte un favor. —Su tono era serio, pero sus ojos reflejaban una vulnerabilidad que no había visto hasta entonces.

—¿Qué clase de favor?

—Sé que esto es un contrato y que tú tienes tu forma particular de manejarlo todo, pero… —se detuvo un instante, respiró hondo y continuó—. ¿Sería posible que… intentáramos hablar como personas normales mientras estamos aquí? Sobre cualquier cosa. Sé que tú probablemente no lo necesitas, pero para mí… —dudó nuevamente, como si las palabras fueran difíciles de pronunciar—. Pasé demasiado tiempo sola en orfanatos y no quiero acostumbrarme a esa soledad otra vez.

Había algo en su voz, algo tan sincero que tocó una fibra que ni siquiera sabía que existía en mí.

—Mientras estemos juntos, no estarás sola. Y sobre todo, nadie va a hacerte daño. Yo me encargaré de eso.

Ella me observó un momento, como si buscase alguna fisura o duda en lo que acababa de decir, pero no la encontró.

Finalmente, una tímida sonrisa se formó en sus labios, y asintió ligeramente.

—Gracias. Creo que eso facilitará las cosas.

—Podemos intentarlo —concedí, cruzando los brazos—. Pero no esperes grandes conversaciones filosóficas.

Ella soltó una breve risa, ligera y fugaz. Durante un instante, me pregunté si me estaba metiendo en algo que ni todo el control del mundo podría resolver.



Después de una ducha fría, salí del baño con la toalla aún alrededor del cuello, dejando pequeñas gotas resbalar por mi pecho.

La habitación estaba sumida en una penumbra suave, iluminada únicamente por la lámpara de la mesilla del rincón. Rafaela ya estaba acostada, con las gafas sobre la mesita, pero tenía la mirada fija en el techo, como perdida en sus pensamientos.

Caminé directamente hacia el otro extremo de la habitación, listo para coger una camisa del armario.

—Tus tatuajes… —empezó, con cierta duda—. ¿Tienen algún significado?

Cogí una camisa blanca, la miré antes de ponérmela.

—Algunos, sí. —Me senté en el sillón cercano a la cama—. Este del brazo, por ejemplo, representa un momento difícil. Algo que tuve que superar por mi cuenta. —Levanté ligeramente el brazo, señalando el dibujo de un águila en pleno vuelo—. Un recordatorio de que, al final, nadie hará por ti lo que solo tú puedes hacer.

Ella se giró ligeramente en la cama, apoyando la barbilla en la mano, con los ojos brillando de curiosidad.

—¿Y el del pecho? —Señaló hacia el sutil contorno que asomaba bajo la toalla.

—Un lobo. Representa fuerza, liderazgo. Aunque, para ser sincero, creo que me lo hice para recordarme que, a pesar de todo, aún soy humano.

Guardó silencio por un momento, absorbiendo mis palabras. Después preguntó con curiosidad, pero sin invadir:

—¿Siempre quisiste ser… esto? ¿Un hombre tan controlador, rodeado de poder?

—No exactamente. Pero aprendí desde muy joven que, si no controlas las cosas, ellas te controlan a ti. Y me niego a permitir que eso suceda.

Rafaela sonrió levemente, pero había algo en sus ojos, como si lograra leer más allá de lo que yo estaba dispuesto a mostrar.

—¿Y tú? —pregunté, cambiando el enfoque—. ¿Siempre quisiste ser programadora?

—No exactamente. Quería ser profesora, ¿sabes? Me encanta enseñar. Pero la vida me llevó por otros caminos, y aquí estoy.

—Aún puedes hacerlo. Enseñar, quiero decir.

—Quizás. —Pareció considerarlo por un instante antes de cambiar de tema—. ¿Por qué no disfrutas más de esta mansión? Parece que pasas más tiempo en el trabajo que aquí.

Suspiré ligeramente, cruzando los brazos.

—Porque este lugar, aunque cómodo, está pensado para el descanso, y no suelo tener mucho tiempo para descansar.

Ella permaneció en silencio, respetando el peso de mi respuesta, aunque su expresión no reflejaba juicio, sino comprensión.

La conversación continuó. Le pregunté sobre los lugares que le gustaría visitar, sobre los sueños que aún guardaba, y poco a poco noté cómo la barrera entre nosotros comenzaba a disolverse.

Ella también parecía más cómoda, incluso dejó escapar algunas risas que me hicieron querer escucharla más a menudo.

—Deberías reírte más así —solté, sin pensar, acomodándome en el sillón.

Ella se sonrojó ligeramente, pero no apartó la mirada.

—Y tú deberías mostrar más ese lado humano que tanto escondes.

Cuando finalmente ella acomodó la almohada y se dispuso a dormir, me levanté, fui hacia la cama y apagué la lámpara.

—Buenas noches, Rafaela.

—Buenas noches, Damien.

Mientras salía de la penumbra y avanzaba hacia mi lado de la cama, me di cuenta de algo: era la primera vez en mucho tiempo que no

me sentía solo en mi propia casa.



CAPÍTULO 36

«Algunas verdades permanecen ocultas hasta que las miradas adecuadas las sacan a la luz.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Me había prometido a mí misma que no iba a mirar las noticias ni preocuparme por lo que la gente dijera sobre nosotros.

Pero lo cierto era que, desde que todo empezó, me sentía como en una montaña rusa emocional. Y allí, en medio de la pausa del trabajo, con Damien frente a mí, no tenía ni idea de cómo reaccionar.

Él estaba impecable, como siempre; la corbata ligeramente aflojada y esos ojos penetrantes analizándome. Sentí cómo se me revolvía el estómago.

—Rafaela —dijo con voz baja y controlada—, tienes que relajarte. Se nota demasiado que estás nerviosa y eso no ayuda en absoluto.

—Para ti es fácil decirlo —murmuré, mirando alrededor y notando las miradas furtivas de algunos compañeros—. La gente puede pensar que todo esto es mentira.

Él inclinó ligeramente la cabeza, como si valorara mi preocupación, aunque la leve sonrisa en sus labios indicaba que ya tenía preparada la respuesta.

—Entonces vamos a darles algo en lo que creer.

—¿Y cómo hacemos eso? —Mi voz estuvo a punto de fallar, pero mantuve la mirada firme en él, tratando de parecer más segura de lo que realmente estaba.

—Muy sencillo. Yo haré que parezcas la mujer más deseada del mundo, y tú fingirás que también me deseas.

Sus palabras quedaron flotando entre nosotros, provocando un escalofrío que recorrió toda mi espalda.

Antes de que pudiese formular alguna respuesta, Damien dio un paso adelante, reduciendo la distancia entre nosotros casi hasta el punto de resultar intimidante. Sus dedos, firmes pero sorprendentemente suaves, tomaron un mechón de mi cabello y lo apartaron delicadamente de mi rostro.

—Necesitas concentrarte en mí, no en ellos —dijo con voz tranquila, casi en un susurro, pero cargada de autoridad.

Eso hice exactamente.

En el instante en que mis ojos se encontraron con los suyos, todas las conversaciones que nos rodeaban desaparecieron.

Era plenamente consciente de que aquello no era más que una actuación, que cada movimiento suyo estaba calculado para mantener la fachada. Pero en ese momento, fue agradable sentirme deseada. Fue agradable creer, aunque solo durante unos segundos, que entre nosotros había algo más.

Me quedé observándolo, tratando de ignorar que mi corazón latía más rápido de lo que debería.

—Esto no va a ser fácil —murmuré, con la voz más baja de lo que pretendía.

Él sonrió, con esa sonrisa enigmática que siempre parecía ocultar algún secreto.

—Nada que merezca la pena es fácil, Rafaela. —Dejó caer suavemente el mechón de mi cabello, sin apartar sus ojos de mí—. Ahora vuelve al trabajo. Tenemos que seguir engañando al mundo.

Asentí, tratando de recuperar la respiración mientras él se alejaba, dejándome atrás una mezcla de sensaciones que no sabía cómo gestionar.

Incluso sabiendo que todo formaba parte del juego, había una parte de mí que deseaba que no fuese así.



—Madre mía, acabo de presenciar una escena digna de película romántica de sobremesa…

—Por favor… —refunfuñé, poniendo los ojos en blanco mientras empujaba el plato hacia delante.

—Perdona, pero si eso era fingido, Damien finge muy bien. En serio, si no supiera la verdad, me lo habría tragado enterito. —Se encogió de hombros con una sonrisa pícara—. Estabais tan convincentes que casi grito: «¡Bésala ya de una vez!».

Noté que mis mejillas ardían inmediatamente. Débora siempre hablaba con tanta naturalidad de esas cosas que me dejaba sin palabras.

—No fue para tanto —traté de minimizar, encogiéndome de hombros.

—¡Claro que sí! Casi saco las palomitas —dijo riéndose y señalándome con el tenedor—. Pero escucha, Rafa, Damien parece del tipo de hombre capaz de cualquier cosa para conseguir lo que quiere.

Mi mano se quedó suspendida en el aire. Débora siempre tenía el don de poner frente a mí justo aquellos pensamientos que intentaba evitar.

—Quizá tengas razón. —Mi voz salió más débil de lo previsto. Miré al plato, jugando distraídamente con la comida—. Tiene esa fuerza… No sé cómo explicarlo. Parece que nada puede detenerle.

Débora arqueó una ceja con una expresión divertida.

—¿Y si lo que quiere es a ti? —soltó aquella bomba con toda la naturalidad del mundo.

Me atraganté con el agua que estaba bebiendo y empecé a toser, levantando la mano para que parase, aunque era imposible ocultar la sonrisa nerviosa.

—Débora, basta ya. Eso nunca va a pasar —respondí rápidamente, tratando de sonar convincente, aunque mi mente no dejaba de revivir los últimos encuentros con Damien. Su mirada intensa, sus palabras firmes, la forma en que parecía leerme con tanta facilidad…

—Nunca digas nunca, Rafa. —Apoyó el mentón en la mano, observándome con aquella mirada traviesa—. Eres guapa, inteligente, y por mucho que te cueste admitirlo, estás a su nivel. ¿Quién sabe? Quizá él ya se haya dado cuenta.

—Yo… no lo creo —dije dubitativa.

La idea de que Damien pudiera verme como algo más que un simple acuerdo parecía improbable, casi absurda. Pero Débora ya había sembrado la duda.

Ella soltó una risita ligera y continuó comiendo, como quien acaba de lanzar una granada y espera tranquilamente el resultado de la explosión.

Me quedé callada, pero sus palabras seguían resonando en mi cabeza. «Guapa e inteligente». Palabras sencillas, pero tan alejadas de cómo me veía yo a mí misma.

¿Y si… quizá… tuviese razón?

Aparté ese pensamiento rápidamente.

Esto era un teatro, un contrato, nada más. Pero por mucho que me lo repitiese, no lograba olvidar la forma en que Damien me había mirado en los últimos días.

—¿Y los demás? ¿También nos miraron mucho? —pregunté con cierta inseguridad, apartando la vista de Débora. Mi voz salió más baja de lo que pretendía, casi como si temiese escuchar la respuesta.

Ella arqueó una ceja con una sonrisa traviesa en los labios, dejó el tenedor y se inclinó sobre la mesa como quien está a punto de revelar un gran secreto.

—Fue como si el rey y la reina de la empresa hubiesen bajado de su trono para honrarnos con su presencia.

Puse los ojos en blanco, pero ella continuó antes de que pudiera interrumpirla:

—En serio. Algunos estaban sorprendidos, otros claramente envidiosos… pero ¿la mayoría? La mayoría parecía convencida. Como si realmente fuerais… ya sabes, una pareja.

Tragué saliva.

Esa era exactamente la intención de Damien, ¿no? Hacer que todos creyesen que estábamos juntos de verdad. Pero oírlo así, comprobar que la gente se lo estaba creyendo, resultaba desconcertante.

—Es teatro, Débora —intenté mantener firme la voz, como si decirlo en voz alta bastara para convencerme—. La gente solo ve lo que él quiere que vean.

—¿Y qué quieres tú que vean, Rafa? —preguntó, mirándome con una seriedad inesperada.

Abrí la boca para responder, pero no salió nada. Porque no tenía la menor idea. ¿Qué quería que viese la gente? ¿Que solo era una pieza en el juego de Damien? ¿O que quizás, por un breve instante, había disfrutado la idea de ser vista como algo más?

Débora no me dio tiempo a profundizar más en esos pensamientos.

—Déjame preguntarte algo más. —Volvió a inclinarse hacia delante, con los ojos brillantes de curiosidad—. Cuando te mira así, con esa intensidad… ¿de verdad crees que solo es una actuación?

Sentí que el corazón daba un incómodo vuelco en mi pecho. Él era imposible de ignorar, pero también imposible de descifrar.

—No lo sé —fue todo lo que conseguí decir. Mi voz casi se quebró y Débora se dio cuenta al instante.

Ella sonrió ligeramente y negó con la cabeza.

—Ya lo descubrirás, Rafa. Y cuando lo hagas, quiero ser la primera en enterarme.



CAPÍTULO 37

«Algunas verdades empiezan a tomar forma en el silencio, justo allí donde las mentiras parecían sentirse cómodas.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

—Esta noche saldremos a cenar fuera.

Esa fue la primera frase que escuché de Damien nada más poner un pie en la mansión, aún quitándome el bolso del hombro. Su voz

firme y directa, como siempre, no dejaba espacio para preguntas. Sin embargo, me atreví a cuestionarlo:

—¿Así, de repente? —Me ajusté las gafas intentando disimular el nerviosismo que siempre me invadía cuando él tomaba decisiones tan inesperadas—. ¿Por qué?

Él me miró cruzándose de brazos mientras se apoyaba contra la pared más cercana. Su mirada era tan intensa como engañosamente relajada su postura.

—Voy a encontrarme con alguien allí, pero esa persona no sabe que acudiré. —Una media sonrisa curvó sus labios, aunque no llegó hasta sus ojos—. Quiero que parezca una coincidencia.

—¿Y quién es esa persona tan importante? —pregunté, con la curiosidad desbordándome, aunque sabía que probablemente no respondería.

—No necesitas saberlo ahora. Solo ponte algo adecuado. Saldremos pronto. —Se despegó de la pared y caminó hacia las escaleras, dando por terminada la conversación sin permitirme más preguntas.

Suspiré, incapaz de entender ni la mitad de lo que estaba sucediendo. Damien Blackwood siempre parecía ir diez pasos por delante del resto del mundo, y yo debía conformarme con las pocas migajas de información que decidiera ofrecerme.

Subí a la habitación y entré directamente al vestidor, aún sin creer del todo la cantidad de ropa que había dispuesto para mí.

Escogí un vestido negro ajustado, de tirantes finos y escote discreto pero elegante, en forma de V. El tejido se ceñía a mi cuerpo sin resultar vulgar, y su largo hasta las rodillas aportaba la sofisticación necesaria para cualquier evento al que asistiera Damien. Lo combiné con unos tacones plateados de tacón bajo y rematé con un suave labial rojo, intentando no aparentar que me había esforzado demasiado.

Cuando bajé, él ya estaba esperando cerca de la puerta. Llevaba un traje oscuro perfectamente entallado, una camisa blanca sin corbata que le confería un aspecto casual e impecable al mismo tiempo.

En cuanto me vio, recorrió mi cuerpo con la mirada, evaluándome lentamente.

—Estás preciosa. —Su voz fue más baja de lo habitual, casi ronca, y durante un instante, tuve la sensación de que hablaba más consigo

mismo que conmigo.

Sentí cómo mis mejillas se encendían y noté el calor extendiéndose hasta las orejas.

—Gracias —respondí tímidamente, casi en un susurro.

—Vamos. No me gusta llegar tarde. —Me abrió la puerta con un gesto tan natural que parecía formar parte de él, aunque nunca hubiera imaginado a Damien como alguien atento a ese tipo de detalles.

El trayecto hasta el restaurante transcurrió en silencio. Él permanecía concentrado, probablemente en su misterioso plan, mientras yo intentaba adivinar quién sería la persona que tanto le interesaba ver.

Al llegar, descubrí que el lugar era incluso más lujoso de lo que había imaginado. Un amplio salón decorado con lámparas de cristal, mesas impecablemente preparadas y una música suave llenando el ambiente.

Era de esos sitios donde la gente acude para ser vista, y por la expresión de Damien, él lo sabía perfectamente.

Nada más entrar, noté cómo varias miradas se giraban discretamente hacia nosotros.

Damien tomó mi mano, algo que no esperaba, y me guio hasta una mesa reservada en una esquina, estratégicamente situada para poder observar gran parte del salón.

—Damien, ¿a quién hemos venido a ver exactamente? —pregunté en voz baja, aún tratando de procesarlo todo.

Él se inclinó ligeramente hacia mí, con una sonrisa calculada.

—Solo confía en mí —susurró en tono de orden, aunque había algo extrañamente tranquilizador en su mirada—. Y recuerda, Rafaela, esta noche somos la pareja más convincente de este lugar.

Asentí, intentando ignorar el peso que implicaba la palabra «pareja», aunque solo fuera teatro. El ambiente que nos rodeaba parecía más imponente aún con la atención que generábamos.

Antes de que pudiera centrarme en la comida o en la conversación con Damien, una pareja se acercó a nuestra mesa, reclamando nuestra atención.

—¡Damien Blackwood, qué coincidencia encontrarte aquí! —dijo el hombre con voz firme y un leve acento extranjero. Tenía el pelo canoso perfectamente peinado y un traje que gritaba exclusividad.

A su lado, una mujer rubia, elegante e impecable, sonrió con familiaridad.

—No me puedo creer que vengas a cenar aquí sin avisarnos, Damien —bromeó, cruzando los brazos con falsa desaprobación.

Damien se levantó enseguida, manteniendo su habitual aura de autoridad.

—Alessandro, Isabella, qué agradable sorpresa. —Les tendió la mano para saludarlos antes de hacer un gesto hacia mí—. Permitidme presentaros a mi esposa, Rafaela.

La palabra «esposa» me pilló desprevenida, como siempre, y sentí que las mejillas me ardían. Me levanté automáticamente, dedicándoles una sonrisa educada.

—Encantada de conoceros —logré decir, aunque mi voz sonó más tímida de lo que pretendía.

—El placer es nuestro, Rafaela —respondió Isabella, examinándome con una mirada amistosa pero atenta, mientras Alessandro parecía sinceramente impresionado.

—No sabía que Damien se había casado. ¡Qué noticia más maravillosa! —comentó Alessandro, sonriente—. Tenéis que cenar con nosotros. Venid, nuestra mesa es lo bastante grande.

Antes de que pudiera inventar alguna excusa, Damien respondió:

—Nos encantaría. —Tomó mi mano y me condujo hacia la mesa de la pareja.

La conversación fluyó fácilmente. Alessandro resultó ser un magnate de la construcción, conocido por sus proyectos exclusivos alrededor del mundo, mientras que Isabella era una reputada diseñadora de interiores.

La dinámica entre ambos era curiosa, llena de comentarios ingeniosos y risas cómplices, aunque fue Damien quien captó toda mi atención. Poco a poco empezó a incluirme en la charla, rompiendo el hielo.

—Rafaela es programadora. Extraordinariamente talentosa, de hecho. Tiene una habilidad única para resolver problemas —comentó

mirándome de reojo, reforzando sus palabras.

—¿Programadora? ¡Qué interesante! —Isabella parecía realmente intrigada—. Debe ser fascinante. ¿Cómo entraste en ese mundo?

Les hablé brevemente sobre mi trayectoria, intentando mantener un tono ligero, pero me sorprendió descubrir que estaban realmente interesados.

Conforme avanzaba la cena, fui relajándome más, y mi timidez inicial dio paso a un discreto entusiasmo.

Damien mantenía su mano apoyada casualmente sobre el respaldo de mi silla y, de vez en cuando, su toque rozaba mi hombro sutilmente.

Era como un recordatorio silencioso de que estábamos juntos en aquello. Cuando se inclinó para alcanzar algo sobre la mesa, su brazo rozó el mío, enviando un escalofrío inesperado por mi espalda.

—También es increíblemente observadora —añadió Damien, su voz cargada de admiración mientras me miraba—. Es una de las cosas que más me impresionan de ella.

Me quedé sorprendida, casi dejando caer el tenedor.

—Estás exagerando —murmuré, sintiendo cómo el calor subía a mi rostro.

—No exagero —sonrió con esa sonrisa hecha a medida para desarmar a cualquiera—. Subestimas el impacto que causas en los demás. Ya te lo dije una vez.

Isabella suspiró, apoyando el codo sobre la mesa.

—Damien, eres un hombre con suerte. Rafaela, espero que seas consciente de ello.

Negué suavemente, riendo por lo bajo, pero aquellas palabras sumadas al elogio de Damien crearon una confusión de sentimientos en mí.

Por primera vez, aunque solo por un instante, una pequeña parte de mí deseó que aquello fuera real. O quizá, simplemente, el teatro resultaba mucho más convincente de lo que había imaginado.



CAPÍTULO 38

«Algunas líneas, una vez cruzadas, ya no tienen vuelta atrás; y a veces, es justo eso lo que necesitamos para encontrarnos a nosotros mismos.»

DAMIEN BLACKWOOD

Me gustaba escuchar la voz de Rafaela, y especialmente la forma en que hablaba sobre sí misma y su trabajo. Cada palabra suya parecía tener peso, una verdad única que yo no podía ignorar.

La observaba atentamente mientras conversaba con el matrimonio formado por Alessandro e Isabella Marelli. Su risa era ligera y natural, el tipo de risa capaz de hacer creer incluso a los más cínicos que aún existía algo genuino en este mundo.

La manera en que gesticulaba, cómo sus ojos brillaban cuando hablaba de cualquier tema, hacía que no pareciese estar representando ningún papel. En aquel momento era exactamente quien debía ser: una mujer interesante, cautivadora y, sobre todo, convincente.

Sabía perfectamente que Alessandro no era un hombre fácil de impresionar. Su influencia en el ámbito empresarial y en la comunicación era enorme, y jamás se cortaba a la hora de mostrar abiertamente si alguien no le gustaba.

Sin embargo, al ver cómo él y su esposa dirigían sonrisas sinceras hacia Rafaela, tuve la certeza de que había acertado plenamente al traerla conmigo esa noche.

—Tu esposa es encantadora, Damien —comentó Isabella con una sonrisa cálida—. Tienes mucha suerte.

—Totalmente de acuerdo —respondí sin dudarlo, con voz firme.

Miré a Rafaela y algo en su expresión me dijo que empezaba a creerse su propia actuación.

Al finalizar la cena, Alessandro me estrechó la mano con fuerza, como acostumbraba a hacer, pero esta vez había algo distinto en su gesto.

—Esta semana pasaré por tu empresa para hablar de aquellos proyectos pendientes —anunció con tono casual, pero serio.

—Te estaré esperando —respondí con seguridad.

Durante el camino de regreso a casa, Rafaela miraba por la ventanilla del coche, visiblemente absorta en sus pensamientos. No tardó mucho en girarse hacia mí, con voz algo insegura pero curiosa:

—¿Lo hice bien? Quiero decir, ¿conseguiste lo que pretendías?

Sonreí ligeramente, manteniendo la vista fija en la carretera.

—Más que bien. Has estado excelente. —Había sinceridad en mi voz, y no fingía—. Realmente has superado mis expectativas.

Cuando llegamos a la mansión, Rafaela dudó antes de bajar del coche, como si aún tuviera algo en mente. En cuanto entramos, no tardó en preguntar:

—¿Quién es realmente Alessandro?

Me dirigí hacia el bar y me serví un whisky antes de responder:

—Alessandro Marelli no es solo un empresario. Es una de las figuras más influyentes en el sector de la comunicación en este país. Tener su confianza implica tener credibilidad, algo imprescindible si queremos que todo el mundo compre nuestra historia.

Ella asintió lentamente, procesando la información con la mirada de alguien que intenta encajar todas las piezas de un puzzle.

—No mentí cuando dije que estuviste excelente hoy. Estoy orgulloso de tu actuación, Rafaela.

El rubor que subió hasta sus mejillas fue imposible de ignorar. Desvió la mirada y se ajustó las gafas, algo que hacía siempre que se sentía incómoda.

—¿Qué pasará… si un día tenemos que besarnos de verdad? —preguntó en voz baja, casi susurrando.

Toda mi atención se dirigió hacia ella. Crucé los brazos, observándola un instante antes de responder:

—Simplemente te besaré —dije como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Cómo sería? —La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera contenerla, haciéndome sonreír.

Me acerqué lentamente, deteniéndome a pocos centímetros de ella. No retrocedió, pero noté cómo su cuerpo se tensaba, sus ojos buscando en los míos una respuesta que aún no había dado.

—¿Quieres saber cómo sería? —susurré, con voz baja y provocadora. Antes de que pudiera responder, llevé la mano suavemente hasta su rostro, apartando un mechón de cabello—. Puedo demostrártelo, si quieres.

Ella no respondió, pero su respiración se aceleró ligeramente y sus labios se entreabrieron apenas.

Eso fue suficiente para mí.

Me incliné y capturé sus labios con los míos.

Quería demostrarle que, aunque para el mundo estuviésemos fingiendo, en ese instante no había actuación alguna. Mis manos bajaron hasta su cintura, acercándola suavemente hacia mí. Sentí cómo

sus manos vacilantes se apoyaban en mi pecho, encendiendo algo dentro de mí.

Había algo en la forma en que respondía al beso, como si estuviera dejando caer lentamente todas las barreras que aún intentaba mantener. No era solo química, era algo más profundo, algo que aún no llegaba a entender por completo.

Su inseguridad inicial dio paso a una entrega tímida pero auténtica. Sus manos, antes vacilantes, ahora sostenían ligeramente mis brazos, como si necesitara aferrarse a algo estable, como si yo fuese el único punto fijo en un mundo inestable.

No era algo planeado, ni una actuación.

Éramos simplemente nosotros dos, en el silencio de la mansión, alejados de las cámaras, de las miradas ajenas, del teatro. Mi cuerpo reaccionaba a su cercanía de una manera que hacía mucho que no experimentaba.

Rafaela no era solo la mujer que había firmado un contrato conmigo. Era algo más… algo que me desafiaba y atraía al mismo tiempo.

Cuando finalmente nos separamos, nos quedamos mirándonos, como buscando respuestas en el rostro del otro. Nuestras caras aún estaban muy cerca. Ella parecía confundida, vulnerable, pero no apartó sus ojos de los míos.

—Damien… —empezó, pero su voz se quebró ligeramente.

Se mordió el labio inferior, un gesto que parecía tanto un intento por contener sus pensamientos como por reunir valor para continuar.

—No digas nada —la interrumpí con más calma de la que pretendía. Mi mano aún descansaba en su rostro, acariciando lentamente su mejilla con el pulgar—. No necesitamos explicar esto.

Asintió despacio, aunque el conflicto en sus ojos era evidente. Dio un paso atrás, rompiendo el contacto visual, y se ajustó nerviosamente las gafas, tratando de esconder su inquietud.

—Esto… ¿ha sido solo práctica? —intentó sonar casual, pero su voz tembló ligeramente, revelando su confusión.

—Tal vez —respondí inclinando ligeramente la cabeza—. O quizás era algo que simplemente debía pasar.

Ella me observó en silencio, intentando descifrar el significado oculto de mis palabras. Cuando finalmente habló, su voz sonó más firme, aunque todavía insegura:

—Damien, no quiero complicar esto más de lo que ya está. Este contrato ya es bastante complicado por sí solo.

—Complicado, pero necesario. Y eso es exactamente lo que espero de ti…



CAPÍTULO 39

«A veces, las palabras que no decimos pesan más que cualquier promesa pronunciada en voz alta.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Fantasear con un hombre que jamás se fijaría en ti en circunstancias normales era algo que me negaba a hacer. Pero después de aquel beso con Damien, mi mente parecía una película rebobinada, volviendo siempre al mismo punto.

Estaba tumbada, intentando hundirme en la suavidad de la almohada, pero el recuerdo insistía en atormentarme.

¿Cómo podía haberme gustado tanto?

Mi piel aún conservaba el calor de su tacto, y mis labios, la presión exacta de aquel beso. Me giré en la cama por tercera vez, buscando una posición que lograra distraerme.

Nada funcionaba.

—Esto no significa nada, Rafaela —murmuré para mí misma—. Es un contrato. Un acuerdo. No puede significar nada.

Pero la verdad era que estaba completamente aturdida. Y no era solo por el beso en sí; era la manera en la que me había mirado, como si hubiese visto algo más allá de la mujer que yo pensaba ser.

El problema era que yo no quería ver nada especial en Damien Blackwood. Necesitaba una excusa, una razón lógica para apartar aquel momento de mi mente. Pero no la encontraba.

Suspiré profundamente, contemplando el techo. Pensé en mi pasado, en lo limitada que era mi experiencia con las relaciones.

De hecho, Damien era apenas el segundo hombre que cruzaba esa barrera en mi vida.

El primero había sido mi exnovio. Y mira dónde me había llevado aquello: una relación basada en mentiras y, al final, un robo que casi me hunde económicamente.

Damien era diferente.

No solo porque él no necesitaba robarme nada, sino porque era arrollador. Exudaba poder de una manera que hacía reaccionar a mi cuerpo, incluso contra mi voluntad.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando escuché la puerta abrirse. Me incorporé demasiado deprisa, sorprendida y respirando agitadamente.

Damien entró en la habitación con paso seguro, llenando cada rincón con su presencia. Vestía una camiseta oscura y unos pantalones cortos.

Resultaba casi desconcertante verlo así, tan normal.

—Todavía estás despierta —dijo, observándome con una mirada que parecía atravesarme.

—Me está costando dormir —murmuré, intentando sonar más tranquila de lo que realmente estaba.

No respondió enseguida.

Se acercó al otro lado de la cama, ajustando sus almohadas. La idea de compartir cama con él aún hacía que quisiera cavar un agujero y desaparecer.

—No tienes que sentirte mal por el beso —dijo de repente, con voz baja pero firme—. Lo hice porque quise, Rafaela. No formaba parte de la actuación, no estaba planeado.

Mis ojos saltaron hacia él, sorprendida por la sinceridad de su tono. Antes de que pudiese procesar una respuesta, continuó:

—No intentes justificar lo que pasó. Simplemente acéptalo y… —vaciló durante un segundo, como si evaluara las palabras siguientes— …confía en que jamás voy a obligarte a hacer algo que no quieras.

Asentí lentamente, intentando comprender el significado oculto detrás de sus palabras. Cuando pensé que la conversación había terminado, volvió a sorprenderme:

—¿Te resulta demasiado extraño dormir en la misma cama con alguien que apenas conoces?

La pregunta fue tan directa que no pude evitar responder con la verdad.

—Sí. Es nuevo para mí.

El silencio se prolongó varios segundos hasta que comprendí lo que había dicho. Lo miré con los ojos muy abiertos, pero ya era demasiado tarde.

—¿Nuevo? —repitió Damien arqueando una ceja. Su expresión mezclaba curiosidad con algo más que no fui capaz de identificar.

Suspiré, consciente de que ya no podía echarme atrás.

—Sí. Es solo la segunda vez que ocurre.

Él inclinó ligeramente la cabeza, como procesando aquella información.

—Entonces, el único hombre antes que yo fue…

—Mi exnovio —terminé rápidamente, intentando dar por cerrado el tema.

Notaba cómo ardían mis mejillas, sin saber si era por la vergüenza o por la intensidad de la mirada de Damien.

Su expresión era indescifrable y no añadió nada más. Simplemente se acomodó en la cama y apagó la lámpara de su lado, sumergiendo la habitación en penumbra.

Mi mente, sin embargo, seguía siendo un caos.

Damien Blackwood no era solo un hombre: era una fuerza de la naturaleza, y yo no tenía ni idea de cómo lidiar con eso.

DAMIEN BLACKWOOD

Escuchar aquello, y sobre todo de aquella forma, fue como vislumbrar la parte más frágil de Rafaela, esa que ella siempre intentaba ocultar.

La observaba tumbada en la cama, con el rostro parcialmente iluminado por la luz tenue. Tenía los ojos fijos en algún punto indefinido del techo, pero su cuerpo permanecía tenso, como si cada palabra pronunciada aún resonase en su mente.

Con cada detalle que compartía sobre su exnovio, sentía cómo una rabia absurda crecía dentro de mí.

—Me aislaba, ¿sabes? —comenzó Rafaela con voz baja, como si estuviera confesando un secreto que llevaba mucho tiempo enterrado —. Me hacía sentir que nunca era suficiente. Y cuando me di cuenta... ya no tenía el control ni siquiera sobre mi propia vida. No se trataba solo del dinero que me quitó —continuó con voz temblorosa—. Me arrebató la confianza. Hizo que dudara de cada decisión que tomaba, de cada

relación que intentaba establecer. Todo giraba siempre alrededor de él, de lo que él necesitaba. Y yo... simplemente obedecía.

Me quedé inmóvil, tratando de asimilar lo que acababa de oír. Sabía de sus deudas, sí, pero la profundidad del control que aquel hombre había ejercido sobre ella me dejó furioso.

No era solo rabia; era una mezcla de indignación y una necesidad casi visceral de protegerla.

—Rafaela —mi voz salió más grave de lo que pretendía—, ningún hombre volverá a hacerte eso. Al menos mientras estés conmigo.

Giró lentamente la cabeza hacia mí, sus ojos brillantes reflejaban incredulidad y lo que parecía ser alivio. Pero también miedo. Un miedo profundo que me golpeó como un puñetazo en el estómago.

—¿Y cuando esto termine, Damien? ¿Cuando este contrato acabe? ¿Quién me protegerá entonces? —La pregunta fue directa, pero no había reproche en ella, solo una verdad descarnada que no podía ignorar.

La observé durante unos segundos que me parecieron eternos, sus palabras resonando en mi cabeza. ¿Qué podía decirle? ¿Que esto nunca acabaría?

—Confía en mí —le dije con voz firme—. Nadie va a ponerte un dedo encima. Ni ahora, ni nunca.

Soltó un suspiro profundo, aunque no parecía completamente convencida. Podía ver en su rostro que aquel miedo seguía allí, como una sombra que la perseguía constantemente.

Y por un instante sentí una punzada de culpa.

¿Era posible que toda esta actuación estuviera únicamente reforzando los traumas que ella ya tenía?

—Damien… —dudó un instante, escogiendo cuidadosamente sus palabras—, es difícil confiar en alguien después de todo lo que ha pasado. Pero voy a intentarlo.

Quise decirle algo más, quizás algo reconfortante, pero permanecí en silencio. Mis ojos recorrieron su rostro, estudiando cada detalle: sus ojos cansados, la delicada línea de sus labios, esa expresión vulnerable que rara vez dejaba entrever.

Durante un breve instante sentí un impulso casi incontrolable de abrazarla, de sostenerla contra mí y prometerle que todo iría bien. Pero no lo hice.

No estaba seguro de si actuaba así para protegerla o si necesitaba demostrarme a mí mismo que aún conservaba el control. Quizás ambas cosas.

Ella se movió ligeramente, subiendo un poco más la manta, como si quisiera protegerse de la intensidad con la que la miraba.

—Buenas noches, Damien —dijo finalmente, con un tono que dejaba claro que la conversación había terminado.

—Buenas noches, Rafaela.

Apagué la lámpara, pero permanecí despierto, con la mirada perdida en el techo. Su miedo, sus palabras, todo aquello seguía repitiéndose una y otra vez en mi mente.



CAPÍTULO 40

«Algunas personas llegan a tu vida para poner a prueba tus límites; otras, para derribarlos por completo.»

DAMIEN BLACKWOOD

—Si no te conociera tan bien, diría que tu encuentro con Alessandro en ese restaurante fue pura casualidad —comentó Miguel mientras caminábamos juntos por el pasillo que conducía a la sala de reuniones.

Su tono era tranquilo, pero en él había ese destello provocador que solo un viejo amigo podía permitirse usar conmigo sin consecuencias.

—¿Algún artículo? —pregunté, desviando brevemente mis ojos hacia él.

—Todavía no, solo algunas fotos —respondió con una sonrisa de lado—. Pero suficiente para mantener a la gente hablando sobre ti y Rafaela. Parece que tu plan funciona perfectamente.

Asentí con un gesto breve, manteniendo una expresión impasible, aunque sabía que Miguel evaluaba mi reacción. Siempre había sido bueno en eso. Tal vez fuera el único capaz de ver más allá de la fachada que había construido durante años.

—El plan va mucho más allá de eso —empecé a decir mientras ajustaba mi corbata al acercarnos a la puerta—. Necesito involucrar a Alessandro por completo. Él tiene los contactos adecuados en los medios de comunicación. No se trata simplemente de titulares favorables; se trata de credibilidad, de colocar a la empresa en un nivel al que nadie más pueda acceder.

—¿Crees que Alessandro se implicará tanto? No es precisamente conocido por comprometerse fácilmente.

Me detuve un segundo, mirándolo fijamente.

—Lo hará. Todo el mundo tiene un precio, y yo conozco el suyo.

Miguel soltó una breve carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Eres un auténtico maestro moviendo las piezas del tablero, Damien. Solo espero que estés preparado para las consecuencias si alguna pieza se sale de su lugar.

—Nada se sale de su lugar mientras yo esté al mando —repliqué con firmeza, empujando la puerta de la sala de reuniones.

La reunión empezó como tantas otras: gráficos, proyecciones, números diseccionados y estrategias debatidas. Mi atención, como siempre, estaba centrada en los detalles, pero hoy parecía haber algo diferente.

Por mucho que intentase concentrarme, mis pensamientos volvían continuamente hacia Rafaela.

Recordé su expresión la noche anterior, sus palabras sobre protección, el miedo que aún arrastraba consigo.

Era una contradicción andante: lo bastante fuerte como para enfrentarse a todo lo que la vida le había lanzado, pero al mismo tiempo arrastraba heridas que parecían imposibles de curar.

Y, por algún motivo, me descubrí deseando ser la persona que se asegurara de que nadie más pudiera hacerle daño.

—¿Damien, qué opinas tú? —Una voz me devolvió a la realidad.

Era uno de los directivos, esperando mi aprobación sobre algo que claramente no había escuchado.

—Revisad las cifras y presentadme algo más sólido en la próxima reunión —respondí automáticamente, sin revelar la mínima vacilación. Daba igual dónde estuviese mi mente; nadie lo notaría jamás.

Al salir de la sala, Miguel me siguió en silencio unos minutos antes de finalmente romper el silencio.

—Estabas pensando en ella, ¿verdad? —preguntó, cruzando los brazos mientras esperaba mi reacción.

—No sé de qué hablas —repliqué, manteniendo un tono controlado.

—Claro que lo sabes. Se te nota en la cara, Damien.

—Es irrelevante —lo interrumpí, con una frialdad mayor de la necesaria—. Ella forma parte del plan, nada más.

—Ten cuidado. A veces los planes más elaborados tienen la costumbre de salirse de control cuando involucran a personas reales.

No respondí.

Tenía razón, y ese era precisamente el problema. Durante los últimos días, Rafaela había invadido mi mente de formas que no estaba preparado para afrontar. Eso no formaba parte del plan.

Mientras regresaba a mi despacho, sus palabras permanecieron en mi cabeza.

Rafaela representaba un riesgo.

Era fuerte y vulnerable al mismo tiempo, algo que me atraía de una manera que no quería admitir. La línea entre lo real y lo fingido empezaba a difuminarse, y eso era algo que no podía permitirme.

Necesitaba tener control.

El control era lo que me había llevado hasta aquí, lo que me mantenía en la cima. Y ahora, una sola mujer amenazaba con poner todo eso en peligro.

Dejé escapar un pesado suspiro y me senté en el sillón de cuero de mi despacho.

El plan era claro, y no podía dejar que las emociones interfirieran. Sin embargo, al mirar por el enorme ventanal hacia la ciudad, me di cuenta de que Rafaela era el único factor que escapaba a mi control.

Y justo cuando pensaba en ella, el Universo decidió traerla hasta mí.

—¿Damien? —Su voz sonó vacilante, pero con la firmeza suficiente para hacerme alzar la mirada.

Estaba parada en la puerta, con la mano todavía en el pomo. Llevaba una blusa sencilla de tejido ligero que realzaba sus hombros delicados, y unos vaqueros que abrazaban sutilmente sus curvas. Tenía el pelo suelto, cayendo en ondas oscuras sobre sus hombros, y las gafas le daban ese aire inteligente que siempre lograba desarmarme.

No era la primera vez que la veía así, pero por alguna razón hoy parecía diferente. Más hermosa.

—Necesito hablar contigo —continuó, cerrando la puerta tras ella y acercándose.

Me levanté, cruzando los brazos mientras la observaba.

—¿Sobre qué?

Vaciló un instante, como si estuviera reuniendo valor para decir lo que pensaba. Respiró hondo y finalmente habló:

—Después del trabajo voy a dar un paseo por la playa. Hace tiempo que no lo hago y... es algo que me gusta. Necesito respirar aire fresco, tiempo para mí misma.

Me quedé en silencio unos instantes, analizando cada una de sus palabras. Había algo en su voz que sonaba casi como si pidiera permiso, pero también como una declaración de independencia.

Lo necesitaba, y yo lo entendía.

Pero imaginarla sola en la playa, expuesta, despertaba en mí una incomodidad difícil de ignorar.

—¿Me estás pidiendo permiso? —pregunté arqueando una ceja, con un tono ligeramente provocador.

—Pensé que debería avisarte, teniendo en cuenta… —hizo un leve gesto, buscando la palabra correcta— todo esto. El acuerdo. Nosotros.

Asentí, manteniendo mi mirada fija en ella.

—No voy a prohibirte hacer algo que te gusta, Rafaela. No soy ese tipo de hombre —hice una breve pausa, observando su reacción—. Solo necesito que me avises. La seguridad es importante, aunque ahora mismo no lo veas así.

Ella pareció relajarse ligeramente, pero en sus ojos aún quedaban dudas.

—Gracias por entenderlo —agradeció con sinceridad—. No es que vaya muy lejos, solo necesito sentir la arena en los pies, ¿sabes?

No lo sabía.

Hacía años, quizá décadas, que no hacía algo tan sencillo como pasear por la playa sin un objetivo claro. En mi mundo todo tenía una razón, un propósito. Pero ella… Rafaela aportaba una frescura especial a todo, simplemente siendo ella misma.

Di un paso hacia ella, inclinando ligeramente la cabeza para observarla mejor.

—Rafaela… sabes que no tienes que justificar cada cosa que haces, ¿verdad?

Ella se quedó quieta, sus ojos clavados en los míos, y por primera vez percibí algo distinto en su manera de mirarme. Era como si intentara descifrar algo más allá de la fachada que yo mantenía.

—Lo sé —respondió casi en un susurro—. Pero a veces siento que necesito hacerlo… No contigo, exactamente, sino con todo esto. —Movió vagamente la mano refiriéndose al espacio a nuestro alrededor, a la mansión, al contrato, al mundo que ahora compartíamos.

Hubo un silencio breve hasta que ella sonrió levemente y añadió:

—Prometo avisarte antes de hacer cualquier cosa. Sin sorpresas, ¿vale?

Asentí.

—Es todo lo que pido.

Cuando se giró para marcharse, mi voz la detuvo:

—Rafaela. —Ella me miró por encima del hombro—. Estás preciosa hoy. Y todos los días —añadí sin dudar.

Sus mejillas se encendieron al instante, desviando la mirada visiblemente desconcertada.

—Gracias.

Era extraño verla así, tan vulnerable pero genuina.

Y mientras salía del despacho, dejando atrás su suave perfume, comprendí que lo único más desconcertante que el efecto que ella provocaba en mí era descubrir que, por primera vez, no quería luchar contra él.



CAPÍTULO 41

«A veces, la mirada de una persona puede decir todo aquello que las palabras jamás se atreverían a revelar.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Mientras caminaba por la arena suave de la playa de Leblon, intentaba alejar los pensamientos que llevaban todo el día atormentándome.

El mar se extendía ante mí, tranquilo y constante, con el reflejo dorado del atardecer bailando sobre las olas suaves. El viento jugaba

con mi pelo, y el sonido rítmico de las olas rompiendo en la orilla era casi terapéutico.

Casi.

Resultaba difícil desconectar del todo. A pesar del escenario perfecto, mi mente insistía en divagar hacia lugares que prefería evitar: el trabajo, el contrato y, sobre todo, Damien Blackwood.

Suspiré, cruzando los brazos mientras giraba para observar el horizonte.
No tenía sentido que pensara tanto en él.

Aquel beso, aunque me había afectado profundamente, era parte de algo planeado, una simple actuación. Y sin embargo, no podía dejar de preguntarme: ¿por qué se sintió tan real? ¿Por qué mi corazón seguía acelerándose cada vez que estaba cerca?

Damien era un hombre cerrado, inaccesible. Por más que hubiera mostrado algunas pequeñas chispas de humanidad en los últimos días, seguía siendo un misterio, alguien con muros que yo jamás podría atravesar.

Quizás fuera mejor así. Necesitaba recordarme constantemente que nuestro matrimonio no era más que un contrato. Nada más.

Ya regresaba por el mismo camino cuando lo vi.

Damien, con toda su presencia imponente, avanzaba en mi dirección. Vestía una camisa blanca de lino que contrastaba con su piel bronceada, con las mangas remangadas hasta los codos.

La tela ondeaba suavemente con la brisa, delineando discretamente los contornos definidos de su cuerpo. Con cada paso que daba hacia mí, sentía que mi corazón perdía el ritmo.

Mi primer instinto fue pensar que estaba allí para reprocharme algo.

Probablemente había hecho algo mal o infringido alguna regla del contrato. Me preparé mentalmente para lo que vendría, pero para mi sorpresa, se detuvo a pocos pasos y me dedicó una discreta sonrisa.

—Me pareció buena idea caminar también por la playa —dijo, como si aquello fuese lo más natural del mundo.

—¿En serio?

Parpadeé, confundida, mirando alrededor, intentando averiguar si había venido realmente por voluntad propia. Él percibió mi vacilación y arqueó una ceja, divertido.

—¿Tan sorprendida estás de verme? —preguntó con ese tono provocador que parecía ser su marca personal.

—Un poco —admití, encogiéndome de hombros—. No pensé que este tipo de planes te gustaran.

—Y definitivamente no me gustan —replicó mientras comenzaba a caminar a mi lado, y yo, casi por reflejo, lo seguí—. Pero hoy decidí hacer algo diferente.

—¿Diferente? —Mi curiosidad habló antes que mi sentido común —. ¿Es por algún fotógrafo? —pregunté con una pizca de desconfianza.

Se detuvo por un instante, girándose hacia mí con una mirada seria y penetrante.

—No. —Su voz era firme, aunque carecía de su habitual frialdad —. Simplemente quería experimentar algo que a ti te gusta hacer. Estar a tu lado y tratar de olvidarme del trabajo unos minutos.

Sus palabras me alcanzaron como una ola inesperada.
¿Estar a mi lado? Damien Blackwood, el hombre que vivía controlando cada aspecto de su existencia, ¿estaba intentando… relajarse?

Caminamos en silencio unos minutos, y me di cuenta de que él realmente estaba presente en aquel momento.

No miraba su móvil, ni mencionaba asuntos de negocios. Simplemente contemplaba el mar, absorbiendo el entorno que nos rodeaba.

—¿Lo haces muy a menudo? —preguntó repentinamente, rompiendo el silencio.

—Siempre que puedo —respondí con una leve sonrisa—. Es mi manera de recordarme que hay cosas más importantes que los problemas cotidianos.

Él asintió, pensativo, como si reflexionara sobre mis palabras.

—Quizá debería hacerlo más seguido —admitió, y aquella confesión inesperada me tomó desprevenida.

—¿Y por qué no lo haces? —me atreví a preguntar.

—Porque no tengo tiempo —respondió sin dudarlo—. Nunca lo he tenido.

Había una honestidad cruda en su respuesta, algo que hizo que empezara a verlo de otra manera. Damien no era solo aquel hombre

controlador y narcisista que creía conocer. Había capas en él, capas que tal vez comenzaba a descubrir.

Cuando finalmente regresamos al punto de partida, se detuvo y se volvió hacia mí. El viento revolvía ligeramente su cabello y, por primera vez, parecía… vulnerable.

—Gracias por esto —agradeció con un tono genuino—. Aunque no supieras que me habías invitado.



Cuando llegamos a casa, él se dirigió directamente al despacho, como solía hacer casi siempre.

Era prácticamente automático: Damien Blackwood vivía por y para su trabajo, y eso no cambiaba ni siquiera dentro de su propio hogar. Yo, en cambio, fui al salón buscando algo que me distrajese.

Escogí una película que había visto incontables veces, pero que siempre me proporcionaba una reconfortante sensación de tranquilidad. Mientras las escenas familiares pasaban por la pantalla, mi mente comenzó a divagar.

Pensaba en cómo debía haber sido la vida de Damien antes de que yo apareciese, llena únicamente de reuniones, contratos y más trabajo. Parecía incapaz de detenerse y disfrutar de un simple momento, como si temiese enfrentarse al silencio.

Me preguntaba cómo alguien podía vivir así, totalmente desconectado de cualquier cosa que no fuese su trabajo.

Tan perdida estaba en esos pensamientos, que casi no noté cuando entró en el salón. Se había quitado la chaqueta, llevaba la corbata desanudada y los primeros botones de la camisa abiertos. Tenía un aspecto menos formal, aunque seguía irradiando esa presencia que transformaba todo el ambiente.

—Realmente te gusta esto, ¿verdad? —preguntó, señalando la pantalla.

Lo miré algo sorprendida por encontrarlo allí.

—¿Esta película? —Sonreí—. Estoy viendo *Un paseo para recordar* por milésima vez, creo. Así que sí, supongo que me encanta.

Él arqueó una ceja, visiblemente escéptico.

—¿No te cansas nunca?

—No —respondí riéndome ligeramente—. Hay algo reconfortante en saber exactamente lo que va a ocurrir. Es como una pequeña pausa en medio de la incertidumbre.

Damien se acercó, sentándose en el sillón que estaba junto al sofá. Sus ojos se posaron en mí durante un instante antes de volver a mirar hacia la televisión.

—Entonces, ¿cuál es la gracia? —preguntó con un tono de genuina curiosidad.

Pensé durante unos segundos antes de responder.

—La gracia está en descubrir algo nuevo cada vez. Una frase en la que no me había fijado antes, algún detalle del escenario… Es como si, aunque ya sepa el final, siempre quedase algo por descubrir.

Él negó ligeramente con la cabeza, mientras una pequeña sonrisa asomaba en sus labios.

—Eres muy rara, Rafaela.

—Y tú muy difícil de descifrar, Damien. Estamos en paz.

Hubo un breve silencio, aunque sorprendentemente cómodo. Sus ojos volvieron a buscarme y esta vez había algo diferente en ellos. Algo que hizo que sintiera un calor inexplicable.

—¿Difícil? —repitió, con tono ligeramente provocador.

—Bastante —confirmé cruzando suavemente los brazos—. Eres como uno de esos puzles que vienen sin imagen en la caja.

—Quizá me guste mantener intrigada a la gente —comentó, inclinándose ligeramente hacia adelante en el sillón—. ¿Y tú? ¿Siempre eres así de transparente?

—No siempre —respondí, intentando sonar segura—. Pero creo que poco a poco empiezas a descifrarme.

—Eso me despierta curiosidad. A lo mejor necesito verte mil veces para entenderte.

Me reí algo nerviosa, intentando ignorar cómo su comentario había acelerado mi pulso.

—Buena suerte con eso —contesté, tratando de parecer casual.

Él se levantó, ajustándose la camisa.

—Creo que ha llegado mi hora de dormir.

Permanecí allí unos minutos más, reflexionando sobre lo que acababa de pasar. No se trataba solo de su sutil coqueteo o de las palabras que había pronunciado.

Era la manera en que empezaba a abrirse, aunque fuese casi imperceptible.

Por más que intentase recordarme que todo aquello formaba parte de un contrato, no podía negar que me sentía bien a su lado.

Más ligera. Más yo misma.

Apagué la televisión y las luces antes de dirigirme al dormitorio. Me tumbé en la cama con una pequeña sonrisa en los labios, sabiendo que, al menos aquella noche, dormiría en paz.



CAPÍTULO 42

«Hay sentimientos que empiezan en silencio, pero encuentran la manera de gritar cuando menos lo esperamos.»

DAMIEN BLACKWOOD

Mis pensamientos estaban totalmente ocupados por ella, incluso cuando intentaba apartarlos. Era como si Rafaela hubiera entrado en mi mente y se hubiera instalado permanentemente allí.

No era algo a lo que estuviese acostumbrado. Controlaba todo lo que me rodeaba, pero con ella las cosas eran diferentes, y eso me irritaba tanto como me intrigaba.

Tras la reunión, decidí acercarme al departamento donde trabajaba. No sabía exactamente qué haría al verla. Quizá un comentario casual sobre algún informe, una pequeña provocación... cualquier excusa me serviría.

Al aproximarme, noté que había un ambiente relajado. Se estaba celebrando algo pequeño, con algunas personas riendo y sujetando vasos desechables con café y refrescos.

Rafaela estaba en el centro, sonriendo ante algo que decía uno de los hombres a su lado. Su sonrisa, tan espontánea, tan radiante, hizo que algo se retorciera dentro de mí.

Pero entonces noté cómo uno de ellos la miraba. Él se inclinó ligeramente, diciendo algo que la hizo reír aún más. No había nada explícito, pero mis ojos captaron cada detalle: la cercanía, el tono casual de voz que parecía esconder algo más.

Mi mandíbula se tensó al instante. La rabia burbujeó en mi interior como un volcán a punto de estallar.

Odiaba aquello. La simple idea de que otro hombre creyese que podía acercarse así a ella me hacía hervir la sangre.

Rafaela, como si percibiese mi mirada, levantó la cabeza y nuestros ojos se encontraron desde lados opuestos del pasillo. Su sonrisa vaciló ligeramente y sus ojos se abrieron un poco más.

Lo había notado. Por supuesto que lo había notado.

Yo no era precisamente sutil cuando quería dejar claro que algo no me gustaba.

Respiré hondo y aparté la mirada, tratando de recuperar la compostura. Me acerqué a otro empleado del departamento cercano, fingiendo que estaba allí para hablar sobre algún asunto trivial, aunque mi mente seguía anclada en aquella escena.

No escuché ni la mitad de lo que decía el hombre frente a mí. Todo en lo que podía pensar era en cómo Rafaela les sonreía a ellos, como si yo no estuviera allí, como si yo no fuese… importante.

Cuando terminé la conversación, eché una última mirada en su dirección. Ahora estaba más seria, aunque seguía participando en la charla.

En el ascensor, intenté ordenar mis pensamientos. Sabía que todo esto era irracional. Rafaela tenía todo el derecho a hablar con quien quisiera, a sonreír, a ser ella misma.

Pero la sola idea de que otro hombre pudiera siquiera intentar algo con ella, aunque fuera una inocente broma, me resultaba insoportable.

Aquella situación era una farsa. Un contrato.

Algo que debía ser puramente profesional. Sin embargo, estaba más claro que nunca que mis reacciones iban mucho más allá.

Necesitaba encontrar una manera de lidiar con aquello antes de que mis emociones se escaparan por completo de mi control.

Mientras el ascensor subía hasta mi despacho, no pude evitar un pensamiento inquietante: ¿y si ya estaba perdiendo el control?

RAFAELA ALBUQUERQUE

Vi cómo me miró Damien.

No era algo que pudiera ignorarse fácilmente, y aunque intentaba concentrarme en el trabajo, aquella expresión seguía grabada en mi mente.

Había algo posesivo, casi desafiante, en la forma en que sostuvo mi mirada durante algunos segundos antes de girarse y salir del departamento.

Era como si estuviera marcando un territorio que ni siquiera era suyo.

Intenté sumergirme en el código que estaba escribiendo, dejando que cada línea de programación me sacara de los pensamientos que insistían en volver a él. Pero no era fácil.

Había algo en Damien Blackwood que hacía imposible ignorarle, incluso cuando no estaba presente.

Cuando finalmente terminé mi jornada laboral, cogí el bolso y salí de la empresa con una mezcla de alivio y ansiedad.

Caminé rápidamente por las calles, sintiendo cómo la brisa nocturna comenzaba a soplar, mientras mi mente seguía atrapada en aquella mirada.

Al llegar a casa, lancé el bolso sobre el sofá y preparé una taza de té, esperando que la bebida caliente pudiera ofrecerme algo de consuelo. Mientras la tetera silbaba, me preguntaba qué significaba exactamente aquella expresión.

¿Estaba enfadado? ¿Celoso? ¿O era simplemente su manera de lidiar con todo esto? Sabía que Damien era controlador, pero aquel contrato era, en teoría, una transacción fría y calculada. Entonces, ¿por qué a veces parecía tan… personal?

Estaba a punto de convencerme de que solo eran imaginaciones mías cuando escuché la puerta principal abrirse.

Me giré justo a tiempo para ver a Damien entrando en el salón con su habitual expresión seria, aunque sus ojos parecían diferentes. Más intensos.

—Te has marchado sin avisarme —dijo, cerrando la puerta tras de sí. Su voz era baja, pero tenía un tono que me hacía sentir como si hubiera hecho algo incorrecto.

—He terminado antes mi jornada laboral. No creí que tuviera que avisarte para volver a casa.

Él cruzó los brazos, recorriéndome con la mirada de arriba abajo, como si analizase cada palabra que acababa de decir.

—La próxima vez, avísame cuando vayas a volver antes.

Sentí cómo mi paciencia empezaba a agotarse, aunque al mismo tiempo aquella postura autoritaria me afectaba de una manera que prefería no admitir.

—¿Por qué insistes en protegerme de todo, Damien? —pregunté, intentando ocultar la vulnerabilidad en mi voz.

Él se acercó más, clavando sus ojos en los míos con tal intensidad que casi me quedé sin aire.

—Porque nadie más va a hacerlo bien.

—¿Y qué es hacerlo bien para ti? —repliqué, cruzando los brazos como si eso pudiera protegerme de la fuerza arrolladora de su

presencia.

—Asegurarme de que nadie vuelva a hacerte daño nunca más, Rafaela. Aunque para eso tenga que romper todas las reglas.

—¿No crees que estás exagerando un poco? Esto no es real.

Él inclinó ligeramente la cabeza, curvando sus labios en una sonrisa cargada de ironía.

—¿Quién ha dicho que tenga que ser real para que seas mía?

—No puedes tratarme como algo que has comprado. —Mi voz sonó más firme de lo que esperaba, pero por dentro estaba temblando.

—Y tú no puedes fingir que no disfrutas de la seguridad que te ofrezco. —Avanzó otro paso, dejando casi inexistente el espacio entre ambos—. Admitirlo no te hará más débil. Al contrario, te hará más fuerte.

—Solo soy un nombre en tu contrato. Nada más.

Él volvió a reír, pero el sonido pareció lejano, como si ocultara algo más profundo.

—Un nombre que no consigo sacarme de la cabeza. Algo que consume cada parte de mí.

—Entonces quizás deberías deshacerte de ello. —Lo miré fijamente, esperando que se apartara, pero no lo hizo.

En lugar de eso, avanzó otro paso más, acortando aún más la distancia entre nosotros.

—Tal vez no quiera hacerlo.

—Quizá deberías intentarlo, Damien —añadí, con un valor que no sabía de dónde había salido.

Él arqueó una ceja, la sonrisa regresando a sus labios, pero esta vez había algo vulnerable en ella que me hizo desear apartar la mirada y, al mismo tiempo, me mantuvo atrapada allí.

—¿Intentar deshacerme de ti? —Negó lentamente con la cabeza, casi como si la idea le divirtiese—. No sería quien soy si abandonara tan fácilmente aquello que deseo, Rafaela.

—¿Y crees que puedes desearme así, como si yo fuera una de tus empresas que puedes comprar y controlar?

Él dio otro paso hacia mí, y el calor de su cuerpo parecía invadir mi espacio.

—Tú no eres algo que pueda controlar. —Su voz sonaba más baja ahora, casi un susurro—. Eres alguien a quien protejo. Y créeme, hay una gran diferencia entre esas dos cosas.

Tragué saliva con dificultad, incapaz de responder. Él tenía una habilidad casi cruel para que sus palabras sonasen simultáneamente como promesas y amenazas.

—Quizá… —se inclinó ligeramente, con los ojos clavados en los míos, y la intensidad de aquel momento me robó la respiración—, deberías dejar de intentar entenderme a mí, y empezar a entender lo que siento por ti.

Quise replicar, decir algo que rompiera aquella tensión abrumadora. Pero no salió nada de mi boca. Solo silencio.



CAPÍTULO 43

«Hay cosas que ni siquiera la lógica más estricta puede explicar, como el caos que él provoca dentro de mí.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

—¡Venga, suéltalo ya! Sé perfectamente que cuando pones esa carita es porque algo ha pasado... —dijo Débora, apuntándome con el tenedor mientras mordía un trozo de pollo a la plancha.

Su tono divertido tenía la virtud de hacerme sentir algo más relajada, aunque sabía que no escaparía tan fácilmente de aquella

conversación.

Suspiré, removiendo la ensalada en el plato con el tenedor, sin realmente comer nada.

—No es nada, Débora. Es solo que estoy… distraída.

Ella puso los ojos en blanco de forma exagerada y se inclinó hacia adelante, apoyando el codo sobre la mesa.

—Rafa, podrás engañar a mucha gente, pero a mí no. Cuando te quedas así de callada, o es porque el sistema del trabajo ha fallado, o porque es cosa de un hombre. Y yo apostaría por la segunda opción.

Noté cómo mis mejillas ardían al instante y bajé la mirada para evitar sus ojos. Pero ella era implacable.

—¡Ajá, así que es él! El poderoso Damien Blackwood. ¿Qué ha hecho esta vez?

Respiré hondo, sabiendo que no serviría de nada intentar ocultarlo.

—Ayer discutimos.

Arqueó las cejas, claramente intrigada.

—¿Discutisteis? Eso ya empieza a parecerse a una pareja real. Cuéntamelo todo.

Miré alrededor, asegurándome de que nadie prestara atención a nuestra conversación. El comedor estaba lleno, pero parecía que todo el mundo estaba demasiado absorto en sus asuntos como para fijarse en nosotras.

—Fue al final del día. Apareció en la mansión con su habitual actitud autoritaria, diciendo que debería haberle avisado por haber llegado antes a casa. Y las cosas se calentaron.

Débora apoyó la barbilla sobre la mano, como si estuviera viendo una película.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no tenía derecho a controlarme de esa manera. Entonces me soltó que me estaba protegiendo, que nadie más podría hacerlo como él.

Parpadeó varias veces, sorprendida.

—Vaya. Parece que Damien es más complicado de lo que creíamos. ¿Y tú cómo reaccionaste?

—Intenté explicarle que no puede actuar como si yo fuera de su propiedad, pero él… —mi voz se quebró, y bajé de nuevo la mirada— tiene una manera de hacer que todo parezca inevitable.

Débora guardó silencio durante unos segundos, algo poco habitual en ella. Entonces se acercó aún más a la mesa.

—Rafa, ¿puedo decirte algo?

—Lo harás igualmente.

—Tienes razón. —Se encogió de hombros—. Mira, puede que él se esté pasando de la raya, pero con ese tipo de actitud no parece que solo quiera protegerte... Creo que está empezando a gustarle de verdad, ¿entiendes?

Solté una risa corta, algo nerviosa.

—¿Damien? ¿Gustarle yo? Débora, eso no tiene ningún sentido. Él simplemente es así, controlador con todo el mundo.

Ella levantó una ceja, escéptica.

—Rafa, nadie se preocupa tanto sin motivo. Y él ya ha dado señales.

—¿Qué señales?

Mi amiga volvió a apoyar la barbilla en la mano, con una sonrisa pícara en los labios.

—Se puso celoso de que otros chicos te prestaran atención en el trabajo, ¿verdad?

Mi silencio fue suficiente respuesta para ella.

—Ajá…

—Y ahora está obsesionado con protegerte. Sabes perfectamente lo que eso significa, ¿no?

—Estás exagerando, Débora.

Ella levantó las manos, rindiéndose aparentemente.

—De acuerdo, pero déjame hacerte una pregunta…

—¿Qué?

—Aquella vez que salisteis a cenar, ¿pasó algo? —Mi breve duda fue suficiente para que se inclinara todavía más hacia mí, con los ojos brillando—. ¿Os besasteis?

—¡Débora, baja la voz! —Miré nuevamente a nuestro alrededor, sintiendo cómo ardía mi rostro, pero sabía que no podría esquivarla—.

Vale, sí, nos besamos.

Ella soltó un silbido bajo y se dejó caer contra el respaldo de la silla, como si le hubiera tocado la lotería.

—¡Rafaela Albuquerque! ¿Cómo no me lo habías contado antes?

—¡Porque no significa nada! Fue… solo una actuación.

Débora cruzó los brazos, claramente poco convencida.

—Rafa, mientes fatal cuando lo haces conmigo. Se te nota muchísimo que ese beso te afectó.

Mi mente volvió a aquel momento, y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Intenté apartar el recuerdo, pero Débora no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—Y a él también le afectó.

La miré sorprendida.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella sonrió, segura de sí misma.

—Porque conozco a hombres como él. Pueden ser controladores y arrogantes, pero cuando alguien les interesa, sus actos hablan mucho

más alto que sus palabras. Y Damien se está comportando como alguien que busca algo más que un simple contrato.

Guardé silencio mientras asimilaba lo que me decía. Débora volvió a inclinarse hacia adelante, adoptando un tono más serio.

—Rafa, tienes que decidir qué quieres. Si crees que puedes lidiar con él y con todo lo que eso implica, quizá sea hora de dejar de huir.

—¿Y si no puedo? —Mi voz sonó más baja de lo que pretendía.

—Entonces respira hondo y recuerda que eres Rafaela Albuquerque, una mujer fuerte, inteligente y preciosa. Y que, al final, es él quien debería esforzarse por ti.

Sonreí algo más aliviada.

Débora tenía una manera especial de hacerme ver las cosas desde otra perspectiva, y por un instante, la confusión que rondaba mi mente dio paso a una ligera claridad.



CAPÍTULO 44

«No siempre es el miedo lo que nos paraliza; a veces, es la sensación de estar siendo protegida por quien menos esperamos.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Creía que podría tener un fin de semana tranquilo, pero aparentemente Damien Blackwood no conocía el concepto de descanso.

Mientras me pintaba los labios, observé mi reflejo en el espejo. El vestido azul marino que había elegido era elegante, aunque discreto.

No quería llamar más la atención de lo necesario. Damien había sido muy claro: esta noche sería presentada oficialmente ante la prensa como su esposa. Aunque el evento no fuese suyo, nuestra presencia juntos sería suficiente para atraer todas las miradas.

Suspiré, ajustándome el vestido una última vez. Mis pensamientos estaban hechos un verdadero torbellino. Intentaba imaginar cómo sería: los periodistas, las preguntas, las miradas inquisidoras... y, por supuesto, Damien. Siempre Damien.

Cuando bajé las escaleras, él ya me estaba esperando en el salón. De pie cerca de la chimenea, Damien se ajustaba el puño de su impecable camisa blanca, con un traje negro que parecía hecho a medida para él. Su pelo estaba perfectamente peinado, y la expresión seria de su rostro lo hacía aún más intimidante.

Me quedé parada por un instante, contemplándolo. Él no me vio enseguida, pero cuando levantó los ojos y los clavó en mí, fue como si todo el oxígeno hubiera desaparecido de la habitación. Su mirada era intensa, casi evaluadora.

—¿Estás lista? —preguntó, con voz baja y firme, examinándome lentamente de arriba abajo.

Asentí, ajustándome las gafas con nerviosismo.

—Creo que sí.

Él se acercó a mí, quedando tan cerca que pude sentir su calor. Alcé la cabeza ligeramente, intentando descifrar aquella expresión casi suave en su rostro.

—Estás perfecta —dijo con tanta naturalidad que sentí cómo mi corazón empezaba a latir con fuerza.

No había sarcasmo ni ironía en su voz. Era simplemente la verdad.

—Gracias —respondí, desviando la mirada mientras notaba cómo mis mejillas empezaban a arder.

—Vamos. —Extendió la mano hacia mí, y tras un breve instante de duda, la tomé. Su tacto era firme, pero sorprendentemente reconfortante.

En el coche, el silencio era casi insoportable. Intenté concentrarme en cualquier otra cosa, pero mi mente insistía en volver hacia él. Damien parecía tan tranquilo, tan seguro, mientras yo sentía que el corazón iba a salírseme del pecho.

Cuando llegamos al lugar, fui engullida por una oleada de flashes y voces. Damien salió primero del coche, impecable como siempre, y me tendió la mano.

Nada más pisar la alfombra roja, noté cómo su brazo rodeaba mi cintura, sujetándome con una firmeza que no sabía si interpretar como protectora o posesiva.

Se inclinó hacia mi oído y susurró:

—Recuerda, Rafaela. Aquí no eres solo mi esposa. Eres la mujer que domina esta sala a mi lado.

Sus palabras fueron como una descarga eléctrica. Respiré profundamente, levanté la barbilla y caminé junto a él, tratando de convencerme de que, al menos por esa noche, podría ser exactamente aquello.

Durante la velada me presentaron a tantas personas que perdí la cuenta de cuántos nombres y sonrisas forzadas intenté memorizar.

Damien, por su parte, estaba impecable. Parecía dominar el ambiente con una facilidad que me intrigaba. Su encanto no era solo irresistible; era casi hipnótico.

Con cada persona que se acercaba, me presentaba con una convicción absoluta, como si nuestra historia fuera la más real y apasionada del mundo.

—Rafaela es brillante —decía con ese tono tan firme que hacía que todos le creyeran—. Inteligente, perspicaz, y además tiene un sentido del humor único.

Sentí cómo mi rostro enrojecía más veces de las que hubiese deseado. No era solamente que hablara de mí como si realmente creyese en sus palabras; era la manera en la que me miraba al decirlas, como si cada una estuviera cargada de verdad.

Una parte de mí quería creerle, pero otra insistía en recordarme que todo esto era puro teatro.

—Disculpa, necesito ir al baño —le susurré a Damien, forzando una sonrisa mientras me alejaba.

Él asintió, manteniendo sus ojos en mí un segundo más de lo necesario antes de devolver su atención al invitado frente a él.

En el baño, contemplé mi reflejo en el espejo durante varios segundos. El maquillaje estaba intacto, el vestido seguía perfecto, pero algo dentro de mí parecía estar fuera de lugar.

¿A quién estaba intentando engañar?

Esta no era mi vida. Esta no era yo. Y, sin embargo, por alguna razón, la idea de volver a mi realidad me parecía ahora mucho más difícil de lo que había imaginado.

Respiré hondo, tratando de apartar esos pensamientos, y salí. En ese mismo instante, una mano agarró con fuerza mi brazo. Me giré rápidamente, asustada, y mi corazón dejó de latir cuando vi a Gustavo, mi exnovio.

—¿Gustavo? ¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz temblorosa.

Llevaba un uniforme de camarero, pero en sus ojos había desesperación, casi frenesí.

—Necesito tu ayuda, Rafaela —dijo con voz baja, cargada de urgencia—. Me he enterado de que pagaste la deuda. Necesito más dinero. Solo una vez más.

—No puedo ayudarte, Gustavo —le respondí intentando soltarme, pero su agarre se volvió aún más fuerte.

—Me están amenazando, Rafaela. Ahora estás con un tío rico, lo sé, y puedes ayudarme. Ni siquiera notará que falta ese dinero.

—¡Suéltame! —Mi voz era un susurro aterrado. Miré alrededor buscando ayuda, pero estábamos en un rincón apartado.

—Si no me ayudas, las cosas pueden complicarse mucho —continuó, con clara amenaza en sus palabras—. Y estoy seguro de que a tu marido no le gustará saber que aún estás metida en asuntos con…

—Suéltala ahora mismo.

La voz de Damien cortó el aire como una cuchilla. Me giré para verlo parado allí, con los ojos ardiendo de rabia. Avanzó lentamente hacia Gustavo, la tensión en sus hombros era visible.

—Quita las manos de encima de ella ahora mismo. O te juro que te vas a arrepentir.

Casi no podía respirar mientras contemplaba la escena. La mirada de Damien era fría, afilada, como si estuviese calculando cada uno de sus movimientos. Y en ese preciso instante, supe que sería capaz de cualquier cosa por proteger lo que consideraba suyo, aunque fuera simplemente por un contrato.

En ese momento, ya no quedaba ninguna duda: *yo le pertenecía.*



CAPÍTULO 45

«Proteger a alguien no es solo mantenerlo a salvo; a veces consiste en demostrar que, en medio del caos, tú eres ese puerto seguro que nunca dejará que la tormenta se acerque.»

DAMIEN BLACKWOOD

—Lo voy a decir solo una vez más. —Mi voz salió firme, cada palabra cargada con una amenaza contenida—. Suéltala ahora mismo o te prometo que vas a arrepentirte de haber nacido.

Sabía perfectamente quién era aquel hombre; había hecho mis averiguaciones.

La mirada del exnovio de Rafaela se encontró con la mía, y por un instante pude ver el pánico reflejado en sus ojos. Sabía que no estaba bromeando.

Con movimientos torpes y apresurados, soltó el brazo de Rafaela y retrocedió varios pasos, murmurando algo que ni me molesté en escuchar. Luego se dio media vuelta y se marchó a toda prisa, casi tropezando en el camino.

Respiré hondo, tratando de contener la rabia que burbujeaba en mi interior como lava a punto de estallar.

Sin pensarlo demasiado, dirigí mi atención hacia ella. Rafaela estaba apoyada contra la pared, con la mirada perdida, los hombros temblando y lágrimas silenciosas resbalando por su rostro. Sentí cómo se me encogía el pecho al verla así.

—Rafaela… —di unos pasos hacia ella y le toqué suavemente el brazo—, ¿estás bien?

Negó con la cabeza sin decir nada. Sus ojos brillaban por las lágrimas y su respiración irregular mostraba claramente cuánto le

había afectado aquello. Sin dudarlo, la atraje hacia mí, envolviéndola en un abrazo firme.

—No volverá a molestarte —le susurré cerca del oído, sintiendo su fragilidad contra mí.

Por dentro, estaba furioso. ¿Cómo se atrevía aquel hombre a aparecer aquí, a amenazarla, pensando que podría irse impune? Deseaba asegurarme de que jamás volviera a acercarse a ella, pero en ese momento, Rafaela era mi única prioridad.

Ella no dijo nada, solo apoyó las manos contra mi pecho, buscando algún tipo de consuelo. La abracé con más fuerza, esperando que de algún modo sintiera que estaba a salvo.

Tras unos minutos noté cómo poco a poco comenzaba a recomponerse. Sus sollozos disminuyeron, aunque aún seguía temblando ligeramente.

—Nos vamos —anuncié, con una voz firme e inapelable.

—No, Damien —respondió, débil pero decidida—. Este evento es importante para ti. Yo… puedo aguantar. Podemos quedarnos.

—No, Rafaela. —Tomé su rostro suavemente entre mis manos, mirándola directamente a los ojos—. Ahora lo único importante eres tú. Tu seguridad, tu tranquilidad. Nada de lo que pase aquí importa más que tú.

Parpadeó varias veces, como si intentara procesar lo que acababa de decirle, y pude ver algo más en su mirada: sorpresa. Probablemente no esperaba escuchar algo así de mí.

—Vamos —insistí, deslizando mi mano hasta la suya—. Confía en mí.

Dudó un instante, pero finalmente asintió lentamente. Salimos juntos del evento, con su brazo entrelazado con el mío. Mientras caminábamos hacia la salida, no pude evitar mirar atrás una última vez, asegurándome de que aquel desgraciado no estuviese cerca.

En aquel instante, tomé una decisión silenciosa: nadie más volvería a hacerle daño. Y si eso significaba enfrentar cada sombra de su pasado, lo haría sin dudarlo ni un segundo.

RAFAELA ALBUQUERQUE

Permanecí aturdida durante todo el camino de vuelta a casa junto a Damien.

La noche había sido demasiado larga, llena de emociones y tensiones que habría preferido no revivir nunca.

Nada más entrar en la mansión, el sonido de mis pasos resonó sobre el suelo de mármol, contrastando con el absoluto silencio del lugar.

—Voy a preparar algo de comer —anunció Damien, con un tono que parecía más una orden que una amable sugerencia. Antes de que pudiera protestar, él ya se dirigía hacia la cocina.

Me quedé en el salón, sentada en el sofá, tratando de encontrar algo de consuelo, pero era imposible. Mi mente seguía atrapada en el pasado, en aquel exnovio que había reaparecido de la nada, trayendo consigo todos los recuerdos y miedos que tanto había intentado enterrar.

Gustavo siempre había tenido esa manera particular de hacerme sentir pequeña, débil, vulnerable. Y, aunque ahora tenía a Damien a mi lado, esa sensación seguía flotando en el aire, como una sombra que se resistía a desvanecerse.

Mis dedos temblaban mientras abrazaba con fuerza un cojín contra mi pecho. La seguridad que ofrecía aquella mansión parecía un contraste cruel frente al caos que se había instalado en mi corazón.

Mi mente volvió entonces al rostro de Damien durante el evento, a la forma en que reaccionó, amenazando a Gustavo sin dudarlo un solo instante. No tenía dudas de que hablaba en serio.

Pero, ¿hasta cuándo podría sostenerme en aquello?

Unos minutos después, Damien regresó al salón, llevando en equilibrio una bandeja con un plato que parecía salido directamente de un restaurante exclusivo. Era un risotto cremoso de setas, acompañado de un pequeño plato con tostadas finas.

—Come —dijo, dejando la bandeja frente a mí—. Te sentará bien.

Agradecí con un tímido gesto de cabeza, pero fui incapaz de probar bocado inmediatamente.

Él se sentó a mi lado, observándome en silencio, con esos ojos oscuros clavados en mí de una manera que me hacía sentir tanto expuesta como protegida al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

Suspiré profundamente, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en mis ojos. No quería llorar, y menos delante de él, pero parecía inevitable.

—No puedo dejar de pensar en él. En lo que ha pasado esta noche, en todo lo que me hizo antes… —Mi voz se quebró y alcé la mirada hacia Damien, esperando ver juicio en sus ojos, pero lo único que encontré en ellos fue paciencia.

—Rafaela —pronunció con voz firme, aunque no dura—, ya te lo he dicho antes y te lo repito ahora. Mientras yo esté aquí, nadie va a hacerte daño. Gustavo no volverá a acercarse a ti. Te lo aseguro.

Sus palabras sonaron como una promesa, pero eran mucho más que eso. Él creía realmente en lo que decía, como si fuera una ley que él mismo hubiese dictado y que nadie se atrevería jamás a desafiar.

—Lo dices con tanta seguridad… —susurré, negando suavemente con la cabeza.

—Porque es la verdad —replicó con calma—. Haré todo lo necesario para proteger a las personas que son importantes para mí.

Importantes.

Aquella palabra resonó en mi interior como un eco.

¿Acaso él realmente me veía así? ¿No se trataba tan solo de un contrato? ¿Un simple juego de apariencias?

Mi respiración se agitó levemente y algo en su mirada cambió, como si supiera exactamente lo que estaba pasando por mi cabeza.

—No tienes que llevar esto tú sola. Estoy aquí. Contigo.

Aquellas palabras provocaron que algo en mi interior se moviera, casi como si una parte del muro que había construido alrededor de mi corazón empezase lentamente a resquebrajarse.

Con cada momento que pasaba, era más consciente de que Damien no era solo el hombre controlador y autoritario que creía conocer. Tenía capas, complejidades que jamás habría imaginado en alguien como él.

Y sin apenas darme cuenta, estaba comenzando a enamorarme.



CAPÍTULO 46

«A veces, lo que creemos que es el destino final resulta ser solo el comienzo de algo que nunca imaginamos desear.»

DAMIEN BLACKWOOD

Aunque el tiempo que pasamos en el evento había sido breve, sus efectos ya eran claramente visibles.

Las fotos de Rafaela estaban por todas partes, acompañadas de titulares que iban desde especulaciones sobre nuestra boda hasta

análisis de la ropa que llevaba puesta.

La gente parecía obsesionada con ella, con nuestra supuesta relación, como si ese fuera el único tema de actualidad.

Me encontraba en mi despacho, sentado frente al ordenador, mirando algunas de esas noticias mientras fingía analizar informes.

La verdad era que mi mente no estaba en el trabajo. Cada vez que veía una foto suya —sonriendo, incómoda o simplemente de pie a mi lado— sentía algo que no conseguía identificar del todo.

Recordé cómo había reaccionado tras el incidente con Gustavo, la mirada asustada que intentó ocultar y la forma en que le temblaban las manos, aunque afirmaba estar bien.

No estaba bien. Y yo no conseguía dejar de pensar en eso.

El sonido de mi teléfono interrumpió mis pensamientos. Alessandro había llegado.

—Hazle pasar —le dije a mi secretaria, corrigiendo mi postura en la silla.

Pocos minutos después, Alessandro Marelli entró en mi despacho con su andar seguro y una sonrisa calculada.

Era un hombre acostumbrado a mandar, igual que yo, y nuestras conversaciones siempre tenían un aire de juego, una batalla silenciosa en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

—Damien —dijo, inclinando ligeramente la cabeza a modo de saludo mientras se sentaba en el sillón frente a mí—. He oído que tu último evento ha sido... memorable.

—Memorable es una palabra interesante. Pero no estamos aquí para hablar de eventos sociales, Alessandro. Quiero discutir los próximos pasos en los proyectos de comunicación. Y si has venido hasta aquí es porque tienes novedades.

—Por supuesto. —Se acomodó mejor, manteniendo su sonrisa, aunque sus ojos analizaban cada uno de mis movimientos—. Todo está preparado. Las bases ya están sentadas, pero necesito tu aprobación final antes de comenzar la difusión.

Revisé rápidamente los documentos que me entregó, cada detalle cuidadosamente planeado. Alessandro era meticuloso, y precisamente por eso confiaba en él para esta parte de mi estrategia.

—Está perfecto —afirmé, firmando las hojas—. Quiero que esto empiece inmediatamente. Sin fallos, Alessandro.

—¿Fallos conmigo, Damien? Nunca. —Sonrió de manera casi irónica, pero sabía que hablaba en serio.

Tras discutir algunos puntos adicionales, Alessandro se levantó para marcharse. Antes de salir, se detuvo en la puerta, mirándome con un brillo curioso en los ojos.

—Sabes, pareces diferente. —Inclinó ligeramente la cabeza, como si estudiase algo invisible—. No sabría decir exactamente qué es, pero hay algo nuevo en ti. ¿Una cierta preocupación, quizás?

—¿Preocupación? —Arqueé una ceja, desdeñoso—. Creo que no.

Él rio suavemente, encogiéndose de hombros.

—Vale. Solo era una impresión. Hasta la próxima.

¿De verdad estaba cambiando? ¿O era simplemente Rafaela, con su constante presencia, la que estaba alterando mi concentración?



Mi abuelo quería hablar conmigo y, después del trabajo, pasé por su casa.

Lo encontré en el patio, sentado en una silla de madera que parecía tan vieja como él. Tenía la mirada fija en el horizonte, con una expresión serena.

El paisaje que nos rodeaba era tranquilo, casi bucólico, pero mi mente iba a mil por hora, intentando averiguar qué querría decirme.

—Abuelo —lo llamé mientras me acercaba—. ¿Querías hablar conmigo?

Giró la cabeza lentamente y me regaló una sonrisa discreta, señalando la silla que estaba a su lado.

—Siéntate, Damien.

Mi abuelo no era precisamente de los que disfrutaban de largas conversaciones, pero el tono de su voz era distinto esta vez. Así que obedecí, cruzando los brazos mientras esperaba que comenzara a hablar.

—Ya está hecho —dijo tras un largo silencio—. He puesto todas las empresas a tu nombre. En breve recibirás los documentos para firmar y completar la transferencia.

Se me cortó la respiración por un momento.

Era esto.

Mi objetivo. El motivo por el cual había aceptado cada detalle de aquel acuerdo. Debería haber sentido euforia, pero, curiosamente, no fue así.

—¿Todo? —pregunté, intentando disimular mi desconcierto.

—Todo. Oficialmente, eres uno de los responsables de todo lo que hemos construido —hizo una pausa, volviendo su vista al paisaje—. Pero dime, ¿cómo está Rafaela?

Me sorprendió ese repentino cambio de tema, aunque algo en su expresión indicaba que esa era la verdadera razón por la cual quería verme.

—Está bien —respondí, manteniendo el tono neutro—. Adaptándose a su nueva vida.

En todas nuestras conversaciones recientes, Rafaela siempre surgía de alguna manera. Y esta vez, no pude evitarlo. Comencé a hablar.

Le conté cómo afrontaba las miradas, cómo conservaba la calma en situaciones que desconcertarían a cualquiera, y cómo, en medio de todo aquello, conseguía seguir siendo ella misma.

Mi abuelo escuchaba en silencio, con esa mirada sabia que siempre me irritaba. Cuando terminé, soltó una suave carcajada.

—Todavía creo que este matrimonio puede funcionar.

Guardé silencio, sin saber qué responder. Por primera vez, no sentí la necesidad de negarlo.

—Gracias por cumplir tu parte del acuerdo, abuelo —dije, cambiando de tema.

Volvió a reír, pero esta vez había algo diferente en su tono.

—Damien, habría transferido las empresas igualmente aunque no te hubieras casado. Este acuerdo fue más para ponerte a prueba que por cualquier otra razón. Quería saber hasta dónde serías capaz de llegar por algo que deseas.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo.

—¿Quieres decir que…?

—Que, si quieres, puedes poner fin a este matrimonio ahora mismo. Ya no hay nada que te ate a él. Pero espero que lo pienses bien antes de tomar cualquier decisión. A veces, lo que parece un simple acuerdo resulta ser una oportunidad. Y otras veces, aquello por lo que luchamos tanto no es en realidad lo que queremos.

Él lo había planeado desde el principio.

Toda esa actuación, todo ese esfuerzo… podría descartarse ahora mismo. Pero mientras reflexionaba sobre aquello, solo podía pensar en Rafaela, en su rostro, en la manera en la que me afectaba como nadie más conseguía hacerlo.

—Siempre consigues sorprenderme, abuelo —murmuré, poniéndome en pie—. Pero ahora tengo que irme.

Él simplemente sonrió, como si supiese exactamente lo que estaba pensando, y volvió a mirar hacia el horizonte mientras yo salía de la casa de mis padres con más preguntas que respuestas.



CAPÍTULO 47

«A veces, la batalla más difícil no es contra el mundo que nos rodea, sino contra esos sentimientos que insistimos en ignorar.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

1 mes después

Durante el mes siguiente tuve que «dejarme ver» bastante.

Fueron semanas intensas, llenas de eventos, cenas, reuniones con gente importante y, por supuesto, con la necesidad constante de mantener la imagen del matrimonio perfecto. Damien siempre a mi lado, siempre impecable, siempre tan convincente que, a veces, yo misma me preguntaba si él no estaba disfrutando demasiado de todo aquello.

Los flashes, las preguntas invasivas, las miradas curiosas... nada de eso era fácil para mí. Sin embargo, él siempre parecía saber qué decir y cómo protegerme de las situaciones incómodas.

No se trataba de una protección paternalista, sino algo más discreto y, de algún modo, reconfortante. Él estaba ahí, y aunque nuestro matrimonio fuera solo un contrato, había momentos en que parecía demasiado real.

En el trabajo las cosas empezaron a volver a la normalidad. La gente dejó de mirarme como si fuera un extraterrestre casado con el hombre más inaccesible del planeta.

La convivencia con Damien en la misma casa se había vuelto extrañamente natural.

Claro que había días en los que chocábamos —después de todo, él era Damien Blackwood, y ese hombre podía ser más testarudo que una roca—, pero la mayoría del tiempo todo fluía tranquilo, casi... agradable.

Durante el almuerzo con Débora no pude evitar desahogarme sobre todo aquello. Sentía que necesitaba soltar ese peso que llevaba dentro.

—Bueno, ¿y qué tal la vida con el marido? —preguntó ella, con su habitual tono provocador.

—Ya no me parece tan raro estar en la misma casa que él —confesé, apoyando el tenedor en el plato—. De hecho, la convivencia es buena. Se está mostrando… —dudé, buscando las palabras exactas—. Parece que de verdad se preocupa por mí. No sé si es parte del teatro o si es que él es así realmente.

Débora arqueó una ceja.

—¿Cómo que se preocupa? ¿Te lleva el café a la cama o simplemente evita que hagas el ridículo en los eventos?

—Nada tan cliché. Es más… —suspiré— presta atención, ¿sabes? Como si de verdad quisiera que estuviera bien. Es complicado de

explicar.

Débora se mordió el labio, pensativa.

—¿Y tú? ¿Te arrepientes de haber aceptado esta locura?

Negué lentamente con la cabeza.

—No. Al menos, cuando todo esto termine, tendré suficiente para volver a empezar mi vida desde cero. Nunca habría podido lograrlo sola.

—Hmm… —me miró como si estuviera analizando cada palabra —. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres? ¿Volver a ser libre?

La pregunta quedó flotando en el aire como una nube densa.

Por un instante fui incapaz de contestar. Era como si mi mente estuviera procesando algo que mi corazón ya sabía, pero que me negaba a admitir.

—¿Rafa? —me llamó Débora, suavizando el tono—. ¿De verdad quieres ser libre?

La miré, incapaz de articular una respuesta. Mi instinto era decir «sí», pero algo en mi interior dudó. La verdad era que, durante las

últimas semanas, la idea de alejarme de Damien había empezado a parecerme... incorrecta.

—No sé qué responderte, amiga —suspiré, moviendo nerviosamente el borde del vaso de zumo. Hasta admitirlo en voz alta resultaba extraño.

Débora inclinó la cabeza y apoyó la barbilla sobre la mano, observándome con esa mirada analítica que solo ella tenía.

—Vale, analicemos la situación. —Gesticuló como si estuviera organizando un juicio en mitad del almuerzo—. Primera cuestión: ¿eres feliz? Me refiero a ti, Rafa, no al contrato, ni a los eventos, ni a la ropa elegante. ¿Sientes, aunque sea por un segundo, que tu vida está mejor ahora que antes de que todo esto empezara?

Fruncí el ceño, pensándolo bien.

—No es tan sencillo. No quería esta situación. Yo nunca pedí estar casada con alguien que…

—¿Que es rico, atractivo y claramente está obsesionado contigo? —arqueó las cejas y sonrió, como si acabara de ganar el debate.

—¡Él no está obsesionado conmigo, Débora! —repliqué.

—Ah, claro. Y yo soy monja. —Puso los ojos en blanco dramáticamente—. Vamos a ver, Rafa. Ese hombre te mira como si fueras lo único que vale la pena en un mundo que él controla con mano de hierro. ¿Eso no es obsesión? ¿O quizás… algo más?

Desvié la mirada, sintiendo cómo el calor me subía a las mejillas.

—Él no me mira así.

—Sí lo hace. —Chasqueó los dedos delante de mi cara para llamar mi atención—. Y tú lo sabes perfectamente. Solo finges que no lo ves. Y, antes de que me cortes, te diré algo más: quizá tú tampoco estés tan indiferente como finges estar.

—No es eso. Es… complicado.

—La vida es complicada, amiga. ¿Pero sabes lo que no debería ser complicado? Tu felicidad. Te noto más ligera. Tal vez sea porque, por primera vez, alguien te ve realmente. Y no me digas que no lo notas, porque estoy segura de que sí.

—¿Ahora me estás llamando ciega? —bromeé, intentando rebajar la tensión.

—Solo digo que a veces estamos tan acostumbradas a ser infelices que ni siquiera notamos cuando nos ocurre algo bueno. —Apretó suavemente mi mano por encima de la mesa—. Así que respira hondo y piensa: ¿de verdad quieres renunciar a alguien que, con todos sus defectos, parece hacerte sentir… completa?

Tragué saliva con dificultad. Me costaba admitirlo, pero su pregunta tenía un peso que no podía ignorar.

—No sé si puedo con todo esto, Débora.

—Ah, claro, porque tú eres sencillísima, ¿no? —rió, moviendo la cabeza—. Mira, Rafa, no soy precisamente una experta en amor ni en matrimonios por contrato, pero yo en tu lugar le daría una oportunidad.

Débora siempre tenía una forma única de hacerme sentir un poco más valiente.

—¿Crees que debería intentar aclarar lo que siento?

—Creo que deberías dejar de huir de ti misma. —Guiñó un ojo, divertida—. Y, de paso, deja de huir de tu «marido». Porque, sinceramente, me parece que él se muere por alcanzarte.



CAPÍTULO 48

«A veces, conseguir todo lo que siempre has deseado solo pone al descubierto el vacío de lo que realmente importa.»

DAMIEN BLACKWOOD

Ahora era oficial: tenía todo lo que siempre había soñado.

Las empresas de la familia Blackwood estaban finalmente bajo mi control. Cada una de ellas, desde Blackwood Tech, que revolucionaba el

sector tecnológico, hasta Blackwood Finance, cuyos inversiones sustentaban buena parte del mercado inmobiliario en Brasil, eran mías.

Blackwood Construction, responsable de algunos de los mayores proyectos inmobiliarios en Río de Janeiro, e incluso Blackwood Media, una apuesta audaz en el ámbito de la comunicación, estaban ahora bajo mi liderazgo.

Debería haber sido un día de celebración y, en cierto modo, lo era. Había conseguido exactamente lo que siempre había deseado.

El peso de las promesas hechas a mi abuelo ahora se transformaba en responsabilidad.

Sin embargo, mientras observaba por el amplio ventanal de mi despacho la ciudad que parecía pequeña bajo mis pies, no conseguía apartar de mí una incómoda sensación de que faltaba algo.

—¿Cuál es el siguiente paso, jefe? —preguntó Miguel al entrar en la sala con su habitual tono desenfadado.

Él era el único que se atrevía a tratarme así, quizás porque sabía demasiado o porque era de las pocas personas a las que realmente consideraba un amigo.

Me recosté en la silla, pasándome la mano por el pelo.

—Hacer lo que siempre he hecho, Miguel. Trabajar. Hacer crecer las empresas. ¿Qué otra cosa podría ser?

Miguel se sentó en el sillón frente a mí.

—Sé que eso te define, pero venga ya, Damien. Has conseguido todo lo que querías. ¿No crees que es hora de pensar en lo que viene después? Y no hablo precisamente de negocios.

Enarqué una ceja, fingiendo no entender.

—¿Y qué otra cosa podría ser?

Él esbozó una sonrisa cínica.

—Rafaela.

Solo con escuchar su nombre sentí cómo algo se contraía en mi pecho. No era rabia, ni irritación. Era algo diferente, algo que precisamente me incomodaba porque no podía ponerle nombre.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté, manteniendo la voz bajo control.

—Sabes que ya puedes cancelarlo todo, ¿verdad? Ya no es necesario mantener ese matrimonio de fachada. El viejo lo ha puesto todo a tu nombre. Eres libre, Damien. Puedes seguir con tu vida como quieras.

Él tenía razón.

Podría haber puesto fin a toda esa farsa en el mismo instante en que mi abuelo me reveló que los papeles estaban listos, independientemente de que yo estuviese casado o no.

Pero no lo hice. Y eso me atormentaba.

—No voy a cancelarlo —respondí con firmeza.

Miguel me estudió durante unos largos segundos, como si intentase descifrar algo.

—¿Y por qué no? ¿Qué te hace seguir manteniendo esta mentira, Damien?

Podría haber dado una respuesta lógica, algo que pusiera fin a la conversación. Pero, en lugar de eso, me encontré pensando.

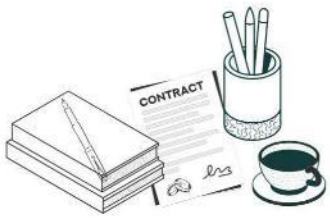
Había algo en Rafaela, algo que me hacía querer protegerla, permanecer cerca de ella incluso cuando sabía que no debería.

Quizás era su manera de enfrentarse a todo con esa mezcla de valentía y vulnerabilidad. O tal vez la forma en que ocupaba espacios en mi mente que antes solo llenaban números y contratos.

—No es asunto tuyo, Miguel —dije finalmente, zanjando la cuestión.

Él soltó una risa, levantando las manos en señal de rendición.

—Como quieras, jefe. Pero solo voy a decirte una cosa: no sirve de nada tener el mundo a tus pies si no sabes qué es lo que realmente quieres sostener en tus manos.



Al llegar a casa, el típico silencio se vio interrumpido por el sonido del televisor en el salón.

Rafaela estaba tumbada en el sofá, con las gafas ligeramente torcidas sobre el rostro mientras veía algo que parecía una comedia

romántica.

No notó mi presencia enseguida, pero cuando sus ojos se encontraron con los míos, se enderezó las gafas rápidamente y se incorporó, como si la hubiese sorprendido haciendo algo indebido.

—Hola —saludó algo incómoda, pero con una sonrisa—. ¿Qué tal el día?

—Intenso. Pero ya se acabó. —Mi respuesta fue breve, aunque no pude evitar fijarme en la manera relajada en la que se encontraba, tan distinta a mi mundo meticulosamente organizado.

Ella continuó observándome, evidentemente esperando que dijera algo más. Me tomé un instante para asimilar aquella escena, algo tan sencillo y, sin embargo, tan alejado de mi rutina.

—Quiero que te arregles. Vamos a salir —anuncié, rompiendo el silencio.

—¿Salir? —Parpadeó varias veces, intentando procesar mis palabras—. ¿Tenemos algún evento o algo que mostrar ante los medios?

—No. —Mi tono fue firme, aunque mi voz sonó más baja, casi como si fuese un secreto—. Solo quiero cenar contigo. A solas. Sin

contratos, sin apariencias. Solo tú y yo, como si fuéramos una pareja de verdad.

El silencio que siguió solo fue interrumpido por el leve murmullo del televisor. Rafaela parecía sorprendida, quizás incluso desconfiada, pero no preguntó nada más en ese momento. Sabía que ella quería más detalles, pero no se los di.

—Saldremos a las nueve. Estate lista —añadí antes de salir del salón, dejándola sola con sus pensamientos.

—Está bien.

Me duché sin prisa y me vestí, admitiendo para mí mismo que estaba más nervioso de lo habitual. Generalmente, no tenía con quién compartir mis logros, pero ahora, aunque indirectamente, podía contárselo todo a Rafaela.

O casi todo.

A las nueve en punto, estaba esperando en la entrada, comprobando la hora en mi reloj de pulsera. Cuando Rafaela apareció, mi mirada recorrió automáticamente su cuerpo.

Había elegido un vestido sencillo pero elegante, que destacaba sutilmente su belleza. Aún llevaba puestas sus gafas, algo que empezaba a encontrar extrañamente atractivo.

—Estoy lista —dijo ella con voz vacilante, aunque dejando traslucir una pizca de curiosidad.

—Y estás preciosa, como siempre. —Las palabras escaparon antes de que pudiera contenerlas, pero no me arrepentí.

Ella apartó la vista, y un ligero rubor apareció en sus mejillas. Sentí algo cambiar dentro de mí, algo que todavía no sabía identificar, pero que desde luego no formaba parte de mis planes.

Sin decir nada más, me acerqué al coche y le abrí la puerta para que entrara.

Cuando llegamos al restaurante, elegí una mesa apartada, lejos de miradas indiscretas.

Tan pronto como nos sentamos, ella preguntó por fin:

—Entonces… ¿esto es realmente solo una cena? —Sus ojos brillaban con una mezcla de nerviosismo y diversión.

—Sí. Solo una cena. —Me incliné ligeramente hacia adelante, mirándola directamente a los ojos—. Quiero saber más de ti, Rafaela. No de la mujer del contrato. *De ti.*



CAPÍTULO 49

«A veces, el silencio entre dos personas dice más que todas las palabras que podrían llegar a pronunciarse.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

«Quiero saber más sobre ti, Rafaela. No sobre la mujer del contrato. Sobre ti».

Aquella frase resonaba en mi cabeza una y otra vez.

Damien había elegido un lugar discreto, pero elegante. Era uno de esos restaurantes que desprenden exclusividad, con luces bajas, mesas

separadas entre sí y una música suave que envolvía el ambiente.

Me sentía algo fuera de lugar, aunque me esforcé por disimularlo. Él, en cambio, parecía completamente cómodo, como si aquel entorno fuera una prolongación de su vida.

Nos dirigimos hacia una mesa situada junto a un ventanal con vistas al mar. La noche estaba despejada, y la luna reflejaba sobre el agua de un modo casi hipnótico.

Mientras tomaba asiento, me di cuenta de que Damien observaba cada uno de mis movimientos, como intentando descifrar algo que aún no había dicho.

—Es bonito este lugar —comenté, tratando de romper la tensión que sentía.

—Lo es. Pero no tanto como tú —respondió con absoluta naturalidad, como si no acabara de dejarme completamente sin palabras.

Aparté la mirada y fingí concentrarme en el menú. Parecía decidido a desconcertarme aquella noche, y estaba consiguiéndolo.

—Estabas pensando en lo que te he dicho, ¿verdad? —Su voz interrumpió mis pensamientos.

Asentí lentamente, aún con la vista fija en el menú, aunque sin leer ni una sola palabra.

—¿Por qué quieres saber más sobre mí? —pregunté, finalmente reuniendo valor para mirarlo directamente.

—Porque eres importante. —Se inclinó ligeramente hacia adelante, sus ojos clavados en los míos—. No solo por lo que sucedió con la empresa, sino para mí.

Sentí cómo mi corazón daba un vuelco, aunque intenté mantener mi expresión lo más neutral posible.

¿Hablaba en serio?

Sin saber qué responder, simplemente esperé a que continuara.

—Rafaela, has traído algo que no esperaba. —Hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Un tipo de equilibrio. Eso es algo muy poco común en mi vida.

Jamás habría imaginado que alguien me describiría así, y aquella idea me hizo sentir… feliz. Mucho más de lo que quería admitir.

—Pero quiero oírlo de ti. ¿Quién es realmente Rafaela Albuquerque? —me desafió con una sonrisa ladeada.

Intenté pensar cómo comenzar, pero antes de poder responder, mis palabras salieron diferentes:

—¿Y tú qué crees que sabes sobre mí?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó, y cuando asentí, empezó—. Te gusta trabajar en silencio, aunque a veces pones música para aliviar el aburrimiento. Organizas tu código de forma casi obsesiva, aunque siempre dices que «no es perfeccionismo». Cuando estás nerviosa, giras constantemente el anillo que llevas en el dedo. Y cuando crees que nadie mira, te quitas las gafas y te frotas los ojos, como si quisieras borrar el día entero.

Abrí ligeramente la boca, incapaz de emitir ningún sonido. Él continuó con tono aún más seguro:

—Hablas mucho cuando estás cómoda, pero cuando no lo estás, te callas y observas. Te encanta resolver problemas, sobre todo los difíciles, porque eso te hace sentir en control. Eres excepcional en lo que haces, aunque jamás te atribuyes el mérito suficiente porque te

comparas demasiado. Algo que no deberías hacer, ya que todos somos únicos, incluso haciendo las mismas tareas.

Me quedé en silencio, sorprendida por aquel nivel de detalle. ¿De verdad me conocía tan bien?

—¿Cómo… sabes todo eso? —susurré, apenas creyendo lo que acababa de oír.

—Presto atención. —Se encogió de hombros como si fuese lo más natural del mundo—. Y siendo honesto, últimamente se me hace difícil no prestarte atención.

No supe qué decir. Una mezcla de calor y nerviosismo me recorrió el cuerpo, y lo único que pude hacer fue coger el vaso de agua y dar un pequeño sorbo, intentando calmar mis pensamientos.

Damien me observaba, con una leve sonrisa aún dibujada en sus labios, pero con una mirada intensa, casi hipnótica.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Vas a contarme lo que aún no sé?

Solté una risa nerviosa, negando suavemente con la cabeza.

—Después de todo eso, no estoy segura de que quede algo por contar.

—Queda mucho. —Se recostó en la silla, cruzando los brazos—. Estoy seguro de que sí. Y pienso descubrirlo.

Durante la cena, noté que Damien estaba mucho más interesado en mí de lo que jamás habría imaginado. Me hizo preguntas, algunas sencillas y otras que me obligaban a reflexionar. Y, por primera vez, sentí que aquello no era un juego.

Era auténtico.

Aunque intentaba no hacerlo evidente, no podía ignorar lo mucho que aquello significaba para mí.

—¿Siempre has sido así? —pregunté inclinándome un poco hacia adelante sobre la mesa.

—¿Así cómo? —Alzó una ceja, sonriendo provocadoramente.

—Controlador —respondí, en tono de broma, aunque había curiosidad genuina en mi pregunta.

—Solo con aquello que merece la pena controlar —contestó de inmediato, sin pestañear—. ¿Y tú, Rafaela? ¿Siempre has sido tan intrigante?

Sentí cómo mis mejillas se calentaban, e intenté disimular mi incomodidad jugando con la servilleta sobre mi regazo.

—No sé si «intrigante» sea la palabra adecuada.

—Ah, créeme que lo es. —Apoyó los codos en la mesa y se acercó un poco más—. Tienes algo que hace que cualquiera sienta curiosidad. Pareces sencilla a primera vista, pero cuanto más te miro, más quiero entenderte.

Reí suavemente, sin saber cómo reaccionar.

—Eso suena peligroso —comenté, intentando mantener un tono ligero, aunque notaba el peso de sus palabras.

—Lo peligroso sería no prestarte atención —replicó Damien, y por un instante tuve la sensación de que aquello iba más allá de un simple coqueteo. Parecía algo más profundo.

El camarero se acercó para retirar nuestros platos, interrumpiendo la conversación. Aproveché la pausa para respirar hondo, intentando organizar mis ideas. Damien tenía un don irritante para desconcertarme.

—Bueno, ya que quieres saber más sobre mí, sería justo que yo también sepa algo sobre ti —propuse, intentando recuperar cierto control en la conversación.

—Pregunta lo que quieras. —Dio un sorbo a su copa de vino con total seguridad.

—¿Qué es lo más impulsivo que has hecho en tu vida? —solté, esperando pillarlo desprevenido.

—Casarme con una programadora intrigante —respondió al instante, mirándome directamente a los ojos.

Abrí la boca, sin palabras, pero antes de que pudiera replicar, añadió:

—¿Quieres una respuesta que no te incluya a ti? No tengo.

—Eso es mentira —respondí, riendo nerviosamente mientras notaba cómo subía el calor a mi rostro.

—No. Es la verdad. —Se recostó en su silla con una sonrisa satisfecha—. Desde que entraste en mi vida, Rafaela, la impulsividad ha cobrado un nuevo significado.

Lo miré fijamente, tratando de discernir si bromeaba o hablaba en serio. Pero aquella mirada intensa, clavada en mí, no dejaba dudas. Él estaba mostrando todas sus cartas, y yo no sabía si estaba preparada para ello.

—Sabes perfectamente cómo descolocar a alguien —murmuré, cruzando los brazos.

—No lo hago intencionadamente. —Damien sonrió ligeramente —. Simplemente me haces decir cosas que normalmente guardo para mí.

La conversación se hizo más relajada, aunque el coqueteo ya era imposible de ignorar. Sentía cómo mi cuerpo reaccionaba ante cada palabra, cada mirada. Y cuando él pidió la cuenta y se levantó, ofreciéndome la mano, tuve claro que aquella noche sería imposible de olvidar.



CAPÍTULO 50

«A veces, la entrega más auténtica ocurre cuando dejamos a un lado el miedo a perder el control.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Era inevitable no fijarme en él.

Cada gesto, cada palabra, parecía cargado de un magnetismo que me desarmaba por completo.

Durante el trayecto de regreso, noté las miradas que Damien me lanzaba, aunque fingí no darme cuenta. Sin embargo, mi corazón

parecía empeñado en delatar mi nerviosismo, acelerándose cada vez más.

Al llegar, él salió del coche antes de que yo pudiera moverme y abrió la puerta para mí. Era un pequeño gesto, pero viniendo de él, parecía significativo.

Caminamos juntos hacia el salón, con un silencio cargado de algo indescriptible flotando entre nosotros. Algo que no sabía si quería alejar o abandonarme a ello por completo.

Me miró durante unos segundos, con los ojos clavados en los míos con una intensidad que me hizo temblar las piernas. Entonces, con ese tono ligeramente provocador que tanto le gustaba utilizar, Damien rompió el silencio.

—¿Te gusta este lado mío? —preguntó, con voz grave y llena de curiosidad.

Solté una risa nerviosa y aparté la vista un segundo antes de devolverle la mirada.

—Sí —admití con la voz más suave de lo que pretendía—. Parece más humano. Más real.

Una leve sonrisa apareció en sus labios, aunque sus ojos permanecían serios. Dio un paso hacia delante, reduciendo aún más la distancia que nos separaba.

—Entonces quizás deberías verlo más a menudo —sugirió con voz firme.

—Quizás tú deberías mostrarlo más —respondí, intentando sonar segura, aunque mi propia provocación solo sirvió para aumentar la electricidad entre ambos.

Antes de que pudiera pensar en qué más decir, se acercó aún más, colocando las manos firmemente sobre mi cintura, con una suavidad que hizo que se me erizara la piel. Sus ojos seguían fijos en los míos y, en ese instante, lo supe. Iba a besarme.

Y yo quería que lo hiciera.

Cuando finalmente sus labios rozaron los míos, sentí que todo se detenía. El mundo, el tiempo, las preocupaciones, todo desapareció.

El beso comenzó suave y lento, casi como una pregunta, pero rápidamente se convirtió en algo más profundo, más urgente.

Sus manos subieron hasta mi rostro, sosteniéndolo con delicadeza, mientras yo colocaba una mano en su pecho, sintiendo su respiración cada vez más acelerada.

No sabía cómo gestionar el torrente de emociones que me invadía.

Él parecía tan seguro, tan decidido, y yo me vi entregada por completo a ese instante. Cuando profundizó aún más el beso, inclinando la cabeza para intensificar el contacto, sentí que estaba cayendo, pero al mismo tiempo que me encontraba a mí misma.

Después de unos minutos, cuando se separó lentamente, sus ojos se encontraron con los míos, y supe que no podría olvidar aquella mirada fácilmente.

Parecía satisfecho, pero también serio, como si intentara comprender lo que acababa de suceder.

—Esto ha sido… —intenté decir algo, pero la voz me falló.

—Inevitable —terminó él por mí, con una sonrisa provocadora en los labios—. Y va a volver a ocurrir, Rafaela. Siempre que yo quiera. Y ahora mismo quiero más...

DAMIEN BLACKWOOD

Sus ojos me decían que ella deseaba lo mismo que yo.

Por primera vez olvidé el contrato, los acuerdos, cualquier excusa para justificar lo que estábamos a punto de hacer. No se trataba de apariencias ni de obligaciones. Era simplemente cosa de nosotros dos.

La mujer que tenía frente a mí no estaba allí por mi dinero, ni por mi poder, ni por ningún beneficio que yo pudiera ofrecerle. Rafaela estaba allí porque quería estar. Y eso me afectaba mucho más de lo que debería.

Di un paso adelante, atento a cada una de sus reacciones. Ella no apartó la mirada, pero noté cómo su respiración se aceleraba cuando acaricié su rostro. Sus labios se entreabrieron ligeramente, como si ya estuvieran esperando los míos.

—Rafaela, te deseo…

No respondió, aunque no era necesario.

Me acerqué aún más hasta que finalmente nuestras bocas se encontraron. Mis manos sujetaron suavemente su rostro, sintiendo la calidez de su piel en mis dedos.

Cada movimiento suyo parecía sincronizado con el mío, como si formáramos parte de un baile silencioso.

Cuando nos separamos por un instante, nuestras frentes todavía unidas, abrí los ojos y encontré su mirada, que brillaba con sorpresa y algo más profundo que no conseguí descifrar.

—Damien… —empezó ella, pero la interrumpí.

—No digas nada —le pedí, con voz firme pero tranquila—. Simplemente ven conmigo.

Tomé su mano y la llevé hacia el dormitorio. Estábamos a punto de cruzar una línea que lo cambiaría todo.

Cerré la puerta tras nosotros, y el clic del pestillo resonó en el silencio.

Rafaela me miró, y algo en su expresión hizo que me detuviera. Parecía vulnerable, pero al mismo tiempo irradiaba una fuerza que me atraía de una manera que ninguna otra mujer había conseguido jamás.

—¿Estás nerviosa?

Ella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior. Su indecisión dio paso a una certeza que iluminaba su mirada.

—No sé exactamente lo que siento, pero no quiero parar.

—Yo tampoco.

Me incliné hacia ella nuevamente, besándola con una intensidad que dejaba claro lo que vendría después. Este beso fue distinto a todos los anteriores.

No era solo deseo; era confianza. Una silenciosa promesa que nunca antes había hecho.

Mi mano acarició suavemente su mejilla mientras sus dedos subían, dudosos, hasta mi nuca.

Ella parecía no darse cuenta de lo fácilmente que me hacía perder el control. Rafaela era una fuerza tranquila que desmontaba cada una de mis defensas, capa a capa, sin esfuerzo alguno.

Nos tumbamos lado a lado, pero el espacio entre nosotros era inexistente. Deslicé mis dedos sobre su piel, notando su textura suave y sintiendo cómo cambiaba su respiración conforme me acercaba más.

—Eres preciosa —susurré sin pensar.

Me miró sorprendida, y una pequeña sonrisa, genuina, apareció en sus labios.

—Y tú eres… diferente de lo que imaginaba.

Alcé una ceja, divertido por su respuesta.

—¿Diferente en qué sentido?

—Todavía intento descubrirlo.

Solté una suave risa y la acerqué aún más hacia mí. No había prisas en aquel momento. Mi mirada no se apartaba de la suya mientras nuestras manos exploraban cada detalle, cada trazo que parecía nuevo y familiar al mismo tiempo.

—¿Sabes lo que me estás haciendo, Rafaela? —pregunté, con una voz más profunda de lo que pretendía.

—Quizá. —Ella sonrió, aunque su mirada seguía siendo seria—. Eres un hombre al que le gusta tener el control, Damien. Y yo soy la mujer que está aprendiendo a desafiarte.

La sonrisa que me dedicó era una mezcla de coraje y vulnerabilidad. No tenía idea de cuánto me afectaba eso.

Cuando nuestros labios volvieron a encontrarse fue diferente. Más profundo. Más intenso. Y por un instante, el mundo desapareció.

No existían contratos, obligaciones ni expectativas. Éramos solo nosotros dos, entregados a lo que sentíamos, aunque ninguno quisiera aún ponerle nombre.

La noche continuó como un secreto compartido únicamente entre los dos. Cada caricia, cada mirada era un recordatorio de que, en aquel momento, ya no había sitio para mentiras ni artificios. Solo había verdad.

Cuando finalmente nos tumbamos juntos, el silencio llenó la habitación. Rafaela descansaba sobre mi pecho, y su respiración tranquila me calmaba de un modo que nada más podía conseguir.

—¿Estás bien? —pregunté, en un tono que quizá reflejaba más preocupación de la que estaba dispuesto a admitir.

Ella levantó la cara, buscando mis ojos.

—Más de lo que esperaba estarlo.

Le acaricié el cabello, observándola en silencio. Por primera vez, no me importaba dejar que el control se me escapara entre los dedos.

Estar con Rafaela era diferente.

Era real.



CAPÍTULO 51

«Algunas decisiones no tienen vuelta atrás y, cuando menos lo esperamos, se convierten en el punto de partida de algo que jamás imaginamos desear.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Lo ocurrido parecía un sueño cada vez que recordaba la noche anterior.

Cada detalle volvía vívido a mi mente: desde el roce de sus manos hasta la manera en que me miraba, como si yo fuese la única persona

sobre la faz de la tierra.

Me resultaba difícil creer que todo aquello hubiera sucedido de verdad.

En aquel instante, Damien había dejado de ser solo una figura distante e imponente para convertirse en alguien capaz de hacerme sentir viva de un modo que ni siquiera sabía que necesitaba.

Sacudí ligeramente la cabeza, intentando apartar esos pensamientos que amenazaban con distraerme.

Estaba en el trabajo y debía concentrarme. Las pantallas del ordenador parpadeaban frente a mí, números y códigos esperando a ser resueltos.

Pero por mucho que intentara centrarme, el recuerdo de Damien volvía una y otra vez sin avisar.

—¿Rafaela? —La voz de mi jefa me devolvió bruscamente a la realidad. Alcé la vista y me encontré con su mirada curiosa—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien. Estaba concentrada en el código. —Forcé una sonrisa, esperando que resultara convincente.

Ella arqueó una ceja, pero no insistió.

—Perfecto. Tengo algunas dudas sobre el informe de la semana pasada. ¿Puedes explicarme los puntos que destacaste aquí? —señaló la pantalla del portátil, y me incliné para observar mejor.

Hice lo posible por explicar con claridad, recurriendo a detalles que normalmente me saldrían con facilidad.

Sin embargo, mi mente seguía dividida.

Damien tenía la habilidad de infiltrarse en cada rincón de mis pensamientos, por más que intentara evitarlo.

Después de un rato, mi jefa pareció satisfecha y regresó a su escritorio. Respiré hondo, volviendo al código que tenía frente a mí. Si no me concentraba, cometería algún error, y eso era lo último que necesitaba en ese momento.

Cuando finalmente llegó la hora del almuerzo, me dirigí hacia la cafetería. El aroma a comida caliente llenaba el aire, mezclándose con el sonido de conversaciones y risas.

Mis piernas parecían más pesadas de lo habitual, como si cada paso fuera una lucha contra los pensamientos que me dominaban.

—¡Rafa! —Débora me llamó desde una mesa al fondo, saludando con entusiasmo para que me acercara.

Cogí una bandeja y me serví rápidamente antes de reunirme con ella. Sentarme junto a mi amiga era una oportunidad para escapar, aunque solo fueran unos minutos, de los dilemas que se habían instalado en mi mente como una telaraña.

—¡Por fin! Ya pensaba que hoy me iba a tocar comer sola. —Sonrió, aunque enseguida su mirada se volvió curiosa—. Tienes una cara… diferente.

Me senté e intenté disimular los nervios dando un sorbo al zumo.

—¿Diferente cómo?

—No sé… como si hubieras visto un fantasma o… como si hubieras tenido una noche bastante interesante. —Débora me lanzó una mirada cargada de picardía, con los ojos brillantes, como si ya supiera todo lo que había ocurrido.

Noté cómo se me encendía el rostro mientras intentaba disimular, pero su sonrisa traviesa solo aumentó. Cruzó los brazos, esperando la confesión que sabía que no podría aguantar mucho tiempo más.

—Por favor, Débora… —susurré, intentando mantener la compostura.

—¡Ah no, Rafa! De esta no te escapas. —Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz como si conspirara conmigo—. Cuéntamelo todo. Ahora mismo.

Suspiré, intentando decidir qué contar exactamente, aunque la intensidad de su mirada era prácticamente imposible de ignorar. Débora era mi mejor amiga, y guardarme algo así me parecía injusto… y asfixiante.

—Está bien… —admití, mirando alrededor para asegurarme de que nadie más escuchaba—. Ocurrió. Anoche.

Débora soltó un gritito, tapándose la boca con ambas manos y casi saltando de la silla.

—¡¿Qué?! ¿En serio? ¿Damien y tú? ¡Lo sabía! Sabía que eso no era solo un contrato. —Su voz reflejaba una mezcla de emoción y asombro.

—¡Débora, baja la voz! —susurré, sintiendo cómo mi rostro ardía aún más—. Y no empieces con tus teorías disparatadas, por favor.

—¿Disparatadas? —se recostó en la silla, claramente disfrutando cada segundo de mi vergüenza—. Rafa, estás casada con un hombre guapísimo, rico, y ahora por fin vosotros… —hizo un gesto sugerente con las manos para completar la frase en el aire—. ¿Y pretendes que no me vuelva loca?

—No es tan sencillo —crucé los brazos sobre la mesa, intentando ordenar mis pensamientos—. Fue diferente. Él parecía… realmente enamorado.

Débora entornó los ojos, suavizando un poco su expresión.

—Ahí tienes algo que jamás pensé oír sobre Damien Blackwood.

Suspiré profundamente, notando un nudo en el pecho.

—Y precisamente eso es lo que me asusta. No tiene sentido. No debería tenerlo. Él es mi jefe, esto es solo un contrato y… —mi voz se quebró ante la acumulación de emociones.

Débora tomó mi mano sobre la mesa, adoptando un tono más serio.

—Rafa, ¿has pensado alguna vez que quizá él esté cambiando por ti? Es un hombre difícil, pero hasta los más difíciles tienen corazón. A

veces solo necesitan a alguien como tú para demostrarlo.

Negué suavemente con la cabeza, confundida.

—No lo sé. Todo esto me supera. Siento que voy a perderme en medio de algo demasiado grande.

—O quizá por fin estés encontrándote a ti misma. —Apretó cariñosamente mi mano antes de recuperar su tono más ligero—. Pero venga, sigue contando. Quiero todos los detalles. ¿Fue romántico? ¿Te sorprendió?

Solté una risita nerviosa, sintiéndome algo más relajada. Compartí algunos detalles más, mientras ella escuchaba atentamente, con los ojos brillando de curiosidad y alegría por mí.

Cuando terminé, apoyó el mentón sobre las manos y me observó con una sonrisa llena de significado.

—Rafa, mereces ser feliz. Y por lo que me has contado, Damien podría ser el hombre capaz de lograrlo. Solo piénsalo, ¿vale?

Asentí, sonriendo ligeramente.

—Lo pensaré, te lo prometo.

Pero en el fondo sabía que ya estaba pensando en él más de lo que debería.



CAPÍTULO 52

«A veces, es en el caos de los sentimientos donde encontramos el orden que más necesitamos.»

DAMIEN BLACKWOOD

Aquel sentimiento de posesión que sentía hacia Rafaela era tan poderoso como desconcertante.

Mientras el jet privado surcaba el cielo, mis ojos se perdieron en el horizonte, aunque mi mente estaba lejos, atrapada en el recuerdo de la noche anterior.

Había algo en la manera en que me miraba, en la forma en que se entregaba sin reservas, que me había impactado como ninguna otra mujer lo había hecho jamás.

Y ahora, mientras viajaba a otra ciudad, a cientos de kilómetros de distancia de ella, sentía un vacío inexplicable.

No quería estar lejos.

No de ella. Sobre todo ahora, cuando todo comenzaba a cobrar un significado que aún no terminaba de comprender.

Rafaela era como un rompecabezas, y yo, acostumbrado a resolver cualquier problema, me encontraba perdido frente a las piezas que ella representaba en mi vida.

El piloto anunció que aterrizaríamos en breve, y ajusté la corbata, intentando concentrarme en la reunión que me esperaba.

Marco Oliveira, uno de los inversores más estratégicos de mi círculo, me aguardaba. Propietario de una de las mayores redes tecnológicas emergentes del sur del país, tenía algo que yo necesitaba: acceso a mercados capaces de expandir aún más el imperio Blackwood.

En cuanto pisé tierra, Marco me recibió con un firme apretón de manos. Su presencia era tan imponente como su reputación. Alto, con el pelo canoso impecablemente peinado, era un hombre de visión y estrategia, características que respetaba profundamente.

—Damien, siempre es un placer —me dijo, indicándome con un gesto que lo acompañara hasta una sala de reuniones reservada.

—Igualmente, Marco —respondí con voz segura, aunque internamente mi mente seguía divagando, buscando respuestas a lo que me estaba ocurriendo.

Nos sentamos, y él comenzó a explicar sus planes para integrar sus empresas con las mías. Su presentación era sólida, llena de números y proyecciones que tenían todo el sentido del mundo.

Estaba completamente de acuerdo con cada punto expuesto, pero, por alguna razón, no lograba mantener el enfoque.

Los ojos de Rafaela invadían mis pensamientos. El recuerdo de su sonrisa, del sonido de su risa cuando la provocaba, de la forma en que conseguía desarmarme con una simple frase.

Era imposible ignorar el impacto que ella estaba causando en mí.

—Entonces, ¿qué te parece, Damien? —La voz de Marco me devolvió bruscamente a la realidad. Me observaba expectante, esperando mi respuesta.

—Acepto la colaboración. Tus propuestas encajan perfectamente con lo que estaba buscando. Trabajaremos juntos para hacerlas realidad.

Marco sonrió satisfecho y continuamos definiendo los detalles. Sin embargo, incluso mientras discutíamos los aspectos más importantes del acuerdo, mi mente seguía perdiéndose en ella.

Rafaela había logrado algo que nadie había conseguido antes: arrebatarme el control absoluto de mi propia mente.



Dos días habían parecido una eternidad.

Era extraño admitirlo, incluso para mí mismo, pero cuando el coche se detuvo frente a la mansión, sentí una urgencia inusual por regresar. Antes incluso de verla, algo en mi interior supo que Rafaela estaría cerca.

Y allí estaba, en una esquina del salón, sentada en el sofá con las piernas cruzadas y un libro abierto sobre el regazo. Parecía absorta en la lectura, con el ceño ligeramente fruncido por la concentración.

Algo tan simple y, al mismo tiempo, tan cautivador.

Mis ojos se vieron inevitablemente atraídos hacia los pequeños detalles: la forma en que un mechón de pelo caía despreocupadamente sobre su rostro, la camisa ligera que parecía dos tallas más grande, pero que resaltaba su delicadeza.

La manera en que las gafas se deslizaban por su nariz y ella las empujaba hacia arriba con el dedo índice cada cierto tiempo.

No solía fijarme en cosas así. Jamás. Y, sin embargo, ahí estaba yo, reparando en cada pequeño detalle suyo como si fueran algo esencial.

«¿Es esto normal?», pensé, casi irritado conmigo mismo.

No debería serlo.

Rafaela formaba parte de un acuerdo. Era una pieza de un plan. Pero entonces levantó la mirada y me vio; una sonrisa apareció inmediatamente, iluminando toda la habitación. Algo tan sencillo y a la vez devastador.

—Has llegado pronto —comentó, cerrando el libro y poniéndose de pie.

¿Pronto? Para mí, parecía que había tardado demasiado.

—No he podido retrasarlo más —respondí, mis palabras más directas de lo que pretendía—. Y, siendo sincero, te he echado de menos.

Su sonrisa vaciló por un instante, sorprendida por mi sinceridad, pero enseguida volvió con una intensidad aún mayor.

—Yo también a ti —afirmó, y el sonido de esas palabras me afectó de un modo que no podía explicar.

Me acerqué lentamente, reduciendo la distancia hasta que estuve tan próximo que podía escuchar su respiración. Mi mirada encontró la suya y, durante unos segundos, ninguno dijo nada.

Mi mano subió hasta su rostro, rozando con suavidad la calidez de su piel. Ella cerró los ojos brevemente, como disfrutando de mi tacto, y cuando volvió a abrirlos, la intensidad de su mirada me desarmó por completo.

—Damien… —comenzó a decir, pero antes de que pudiera continuar, la besé.

Fue un beso diferente a cualquier otro que hubiese experimentado antes. No había prisa, solo el deseo de estar allí, en aquel momento, con ella. Sus manos subieron hasta mis hombros, respondiendo al beso mientras su cuerpo se moldeaba al mío como si aquel fuera el lugar correcto.

Mi mano bajó suavemente hasta su cintura, acercándola un poco más. Su perfume, una mezcla delicada entre flores y un toque cítrico, parecía envolver mis sentidos.

Era algo sutil, pero suficiente para grabar aquel instante en mi memoria de una manera que sabía que jamás olvidaría.

Cuando nuestras bocas se separaron, su respiración era acelerada, igual que la mía. Mis ojos quedaron atrapados en los suyos,

donde había algo que no lograba descifrar del todo: una mezcla de sorpresa, vulnerabilidad y quizá algo más.

—No hace falta que digas nada —mi voz salió ronca, casi en un susurro, manteniendo aún la mano en su cintura, como si necesitase esa ancla para no salir del momento—. Esto no estaba planeado, Rafaela. Pero no me arrepiento.

Ella apartó brevemente la vista, mordiéndose ligeramente el labio inferior, una costumbre suya que ya había notado y que me resultaba inexplicablemente fascinante. Cuando volvió a mirarme, había incertidumbre en sus ojos, pero también un brillo de valor.

—Tienes esta manera de confundirme —sus palabras eran dubitativas, pero sinceras—. Es como si lo que creía saber de ti y de mí misma ya no tuviera sentido.

—Bienvenida a mi mundo, Rafaela. Tú estás consiguiendo lo mismo conmigo —confesé con sinceridad, pero sin la carga habitual que acompañaba mis palabras.
Con ella, todo parecía distinto, más ligero y complicado a la vez.

Sus mejillas se tiñeron de ese color rosado que aparecía siempre que decía algo capaz de descolocarla. Era una visión que me hacía

desear decir aún más cosas solo para verla ruborizarse de nuevo.

Sin pensarlo demasiado, retiré suavemente el mechón de cabello que caía sobre su rostro, colocándolo detrás de su oreja. Fue un gesto pequeño, casi insignificante, pero en ese momento parecía tener un peso que ninguno de los dos comprendía completamente.

—Esto… —empezó, mirándome como si intentara encontrar las palabras correctas— ¿esto cambia algo?

—No —respondí con calma—. Todo está exactamente como debería estar.



CAPÍTULO 53

«El corazón no siempre sabe lo que es correcto, pero nunca deja de intentar mostrarnos el camino.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Todavía tenía miedo.

Incluso durmiendo junto a alguien que, de alguna forma, prometía protección y seguridad, mi mente no me dejaba descansar. Me giré una vez más en la cama, miré hacia el techo alto y me forcé a cerrar los ojos.

Sin embargo, el sueño no llegaba.

Mi cuerpo estaba agotado, pero mi mente parecía un laberinto lleno de pensamientos que chocaban contra las paredes y regresaban siempre al mismo lugar: Damien.

Aquel matrimonio debería haber sido solo un contrato, algo para cumplir plazos y expectativas. Pero, de alguna manera, se había escapado de mi control, y no solo por él.

También por mí.

La manera en que me miraba, cómo mi piel reaccionaba ante su mínimo roce, como si él tuviese el poder de borrar cualquier inseguridad y, al mismo tiempo, despertar todas mis dudas.

Esto no era lo que había esperado, y quizás era precisamente eso lo que me confundía tanto.

Aquel mundo lujoso, hecho de cenas en lugares extravagantes y ropa cara, no parecía mío.

Nunca lo había sido.

Me sentía como una visitante en un escenario que no me pertenecía. No era algo malo, pero tampoco mío. Quizá por eso sentía

que se me encogía el corazón ante la idea de perderme aún más dentro de ese universo.

Damien lo tenía todo, pero ¿realmente había un lugar para mí? ¿Para la persona que era en realidad, sin contratos ni reglas?

Respiré profundamente, intentando calmar la tormenta en mi cabeza, y fue entonces cuando, poco a poco, el cansancio logró vencerme.



Me vi en el patio de la casa donde crecí.

Mis padres estaban allí, sonriendo como si el tiempo nunca hubiera pasado. Mi padre se encontraba sentado en el banco de madera que él mismo había construido años atrás, y mi madre estaba a su lado, regando las flores del pequeño jardín. Era una escena que hacía años que no veía, pero parecía tan real…

—Rafa, ven aquí —me llamó mi madre, y su voz sonó tan familiar, tan llena de cariño, que sentí una punzada en el corazón.

Caminé hacia ellos con las piernas ligeras, como si volviera a ser una niña pequeña. Mis pies rozaban la hierba y el viento era cálido, impregnado del aroma de flores que solo existían en aquel jardín.

—Estamos muy orgullosos de ti, hija —me dijo mi padre, con el mismo tono firme y cariñoso de siempre—. Pero recuerda: nunca olvides quién eres, aunque el mundo intente cambiarte.

Mi madre asintió con una sonrisa, aunque en sus ojos se reflejaba algo que parecía más preocupación que alegría.

—Y cuando las cosas parezcan confusas, sigue siempre a tu corazón, Rafaela. Él conoce el camino.

Quise preguntarles a qué se referían exactamente, pero antes de poder hacerlo, el sueño comenzó a desvanecerse, como arena arrastrada por el viento. Sus voces se alejaron lentamente, y me sentí regresar al dormitorio amplio y silencioso de la mansión.

Desperté con un peso en el pecho, como si aquellas palabras hubieran sido algo más que un simple sueño. Tal vez fueran una

advertencia.

Me giré en la cama y contemplé la oscuridad, con el corazón aún acelerado. «Sigue a tu corazón», pensé.

Pero ¿y si me llevaba directamente hacia algo que no estaba preparada para enfrentar?



En ese momento, mi cabeza estaba en cualquier sitio menos en el trabajo.

Pasé todo el día en automático, haciendo tareas sin apenas ser consciente de lo que hacía. Mis dedos tecleaban códigos, mis ojos revisaban líneas de programación, pero mi mente estaba lejos. Muy lejos.

Damien.

Su nombre resonaba en mi cabeza durante todo el día, como una canción que intentas olvidar pero que insiste en sonar en el fondo de tu mente. Era su forma de mirarme, como si conociera cada uno de mis secretos. Era la intensidad de su presencia, la manera en la que hacía que el mundo entero pareciera pequeño cuando estaba cerca.

Cuando el reloj anunció el fin de la jornada, supe que no podría ir directamente a casa. Cogí mi bolso, murmuré un «hasta mañana» a mis compañeros y caminé hacia la playa, como si fuera el único lugar capaz de brindarme algo de paz.

El sonido de las olas rompiendo contra la arena me recibió como un abrazo.

Me quité los zapatos y caminé descalza sobre la arena fría, dejando que el viento revolviera mi pelo.

El cielo empezaba a teñirse de tonos naranjas y rosados con la puesta de sol, y durante unos instantes me limité a observarlo, intentando olvidar la confusión que se había instalado dentro de mí.

Cuando me acerqué más al agua, cerré los ojos y respiré profundamente. Necesitaba claridad, algo que me ayudara a entender todo aquello.

—Dios, dame una señal —susurré, mi voz casi perdida entre el sonido de las olas—. No sé qué hacer.

Me froté los brazos, abrazándome a mí misma mientras sentía el peso de todas las dudas que me atormentaban.

¿Cómo debía reaccionar ante Damien?

Él parecía tan convincente, tan seguro de lo que quería… pero al mismo tiempo no podía quitarme la sensación de que, en el fondo, todo formaba parte de un plan más grande que yo aún desconocía.

—Tengo miedo —admití en voz baja, como si hablara conmigo misma—. Miedo de que me estén utilizando. Miedo de enamorarme de alguien que solo está jugando conmigo.

Damien era un hombre de negocios, un estratega. Sabía cómo convencer a cualquiera.

Sentí las lágrimas a punto de brotar, pero logré contenerlas. Aquel no era el momento para permitirme flaquear.

—Por favor, solo muéstrame el mejor camino. El que sea correcto para mí.

Permanecí allí unos minutos más, sintiendo el viento, la arena y el agua fría acariciándome los pies. Aquel era el único lugar donde sentía que aún tenía cierto control, aunque fuera un control frágil.

Cuando el sol desapareció en el horizonte y el cielo se llenó de estrellas, comencé a caminar de regreso a casa, con el corazón un poco más ligero, pero aún lleno de preguntas.

Solo necesitaba una respuesta. Cualquiera.



CAPÍTULO 54

«A veces, el mayor enemigo no está frente a nosotros, sino dentro, desafiando todo lo que creemos que es verdad.»

DAMIEN BLACKWOOD

Tras la adquisición de las empresas, tuve que multiplicarme para ponerlo todo en orden.

Mi día transcurría entre interminables reuniones, todas esenciales para alinear estrategias, delegar responsabilidades y

garantizar que el legado de mi familia permaneciese intacto... bajo mi control absoluto.

Hoy no había sido diferente.

Mi espalda protestaba mientras ajustaba la postura en la imponente silla de la sala principal de reuniones.

El ambiente, minimalista y elegante, reflejaba perfectamente mi estilo: funcional y sin distracciones. A pesar de todo, el cansancio empezaba a pesar, aunque no permitiría que nadie lo notase.

Cada mirada que se dirigiera hacia mí debía percibir autoridad y certeza.

—Señor Blackwood, el informe sobre las fusiones está terminado. —La voz de mi secretaria resonó en la sala, interrumpiendo brevemente mis pensamientos.

Asentí con un gesto para que continuara.

Mientras ella exponía la información, mi mente ya organizaba los siguientes pasos, analizando cuidadosamente cada decisión. No había margen de error.

Cuando finalmente terminó la última reunión, caminé hacia mi despacho. La jornada laboral casi había llegado a su fin, aunque para mí eso solo significaba unas cuantas horas más de trabajo en solitario.

Miguel siguió mis pasos.

—Necesitas descansar, Damien —comentó acomodándose en el sofá de cuero e ignorando mi impaciencia—. Ordenar el imperio familiar es algo impresionante, pero no eres una máquina.

Solté un suspiro discreto al sentarme frente a mi escritorio, los documentos todavía desordenados.

—Descansar es perder el tiempo cuando queda tanto por hacer. Cada minuto cuenta. Ahora que todo está a mi nombre, no puedo permitirme el lujo de relajarme.

Miguel soltó una risa suave y negó con la cabeza.

—Siempre tan pragmático. ¿Y ahora qué sigue? Ahora que lo tienes todo, ¿cuál es el gran plan?

Pasé distraídamente los dedos por los documentos frente a mí, perdiendo brevemente la mirada.

—Expandirme. Consolidar el mercado en aquellas áreas donde aún no somos líderes. Tecnología punta, infraestructuras internacionales… quiero llevar el nombre Blackwood a todos los rincones. —Hice una pausa, midiendo bien mis palabras—. Y sobre todo, demostrar que soy el único digno de llevar este legado.

Miguel me observó durante unos instantes, su expresión calculadora ocultando cualquier emoción.

—¿Y Rafaela? ¿Dónde encaja ella en todo esto?

Mi mano, que sujetaba la pluma, se detuvo en mitad de un movimiento.

La pregunta quedó suspendida en el aire como una tormenta silenciosa, cargada de significados que prefería evitar. Alcé la mirada hacia Miguel, que se había acomodado casualmente en el sofá, con los ojos clavados en mí, como esperando una confesión.

—Rafaela forma parte de lo que me ha traído hasta aquí. —Mi voz sonó más firme de lo esperado—. Y mientras esté a mi lado, voy a asegurarme de que esté protegida.

Miguel arqueó una ceja y sonrió con cinismo.

—¿Protegida? Eso suena más a posesión que a protección, Damien.

Cerré la pluma y la dejé sobre la mesa con un gesto controlado, aunque la tensión era evidente.

—Ella es mía —respondí con frialdad y decisión—. Nadie va a tocarla ni interferir en lo que estamos construyendo. Seguiré utilizándola como habíamos acordado.

Miguel se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, evaluando mis palabras con más atención de la que me habría gustado.

—Eso es peligroso, Damien. Sabes perfectamente que estás jugando con fuego.

Crucé los brazos y endurecí aún más la expresión.

—El peligro es la base de mi vida. Desde que decidí tomar el control de este imperio, todo ha sido una apuesta. Rafaela no es diferente.

Miguel dejó escapar una risa breve, carente de humor.

—¿Sabes qué es lo más interesante? Hablas como si ella fuera solo otra pieza en tu tablero, pero tu reacción dice otra cosa. Nunca antes has protegido una pieza así, Damien. Y jamás habías hablado de nadie de esa manera.

—No confundas las cosas —repliqué rápidamente, aunque sabía que mi irritación confirmaba exactamente lo que él insinuaba.

—Sabes muy bien que ahora mismo podrías dejarla libre. Las empresas ya son tuyas. El matrimonio ya no es necesario, y sabes que ella no se siente cómoda con esto. Libérala si realmente no sientes nada por ella.

—No siento nada, pero seguirá conmigo porque yo controlo su vida este año. Después ya veré qué hago.

—Contigo no hay quien pueda…

Observé cómo salía del despacho, dejando sus palabras flotando en el ambiente. Cerré los ojos por un instante y respiré profundamente.

Rafaela era mía, y eso no era negociable.

Pero entonces, ¿por qué tenía la sensación de que el verdadero peligro no era perderla frente al mundo, sino perderla frente a mí

mismo?



CAPÍTULO 55

«Algunas verdades duelen más que las mentiras, porque llevan consigo el peso de todo aquello que fingiste no ver.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Mientras caminaba por los pasillos de la empresa, mi corazón parecía latir con una expectativa que no lograba explicar.

Quizá fuese la idea de ver a Damien, de enfrentarlo o, simplemente, de escuchar algo que confirmase aquello en lo que tanto

deseaba creer.

Sin embargo, todo se desmoronó en el instante en que me detuve junto a la puerta entreabierta de su despacho.

Su voz resonó con una frialdad implacable, muy distinta a la forma en que me había tratado las últimas semanas.

—Solo deja ir a Rafaela si realmente no sientes nada por ella.
—No siento nada, pero seguirá conmigo porque este año soy yo quien controla su vida. Después ya decidiré qué hacer.

Mis pies se congelaron en el sitio, incapaces de avanzar un paso más.
Escuché toda la conversación entre él y Miguel, pero aquellas últimas palabras fueron como una puñalada; cada una cortando un pedazo de mí que, hasta entonces, había creído que entre nosotros existía algo real.

Sentí una opresión en el pecho, y con ella llegó la comprensión de que todo, absolutamente todo, podía haber sido una mentira.

Lo último que quería era que alguien me viera así, por lo que me di media vuelta rápidamente, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con escapar.

Las personas a mi alrededor parecían borrosas mientras caminaba hacia la salida, cada paso alejándome más de él y de una verdad que no quería aceptar.

Ya dentro del coche, la fuerza que fingía tener me abandonó por completo. Sentí las lágrimas deslizarse calientes por mis mejillas, acompañadas por una mezcla de rabia, vergüenza y tristeza.

Todo lo que creía estar construyendo junto a él parecía derrumbarse.

¿Cómo había podido ser tan ingenua?

El trayecto hasta mi casa nunca me había parecido tan largo. Trataba de racionalizar, de encontrar una explicación lógica a lo que había escuchado, pero ninguna razón tenía sentido.

Recordaba sus miradas intensas, nuestras conversaciones, aquellos momentos que parecían tan reales.

¿Cómo podía decir que no sentía nada? Peor aún, ¿cómo podía tratarme como una pieza desechable en un juego que ni siquiera sabía que estaba jugando?

Llegué a casa exhausta, no solo físicamente, sino emocionalmente.

Sin siquiera quitarme los zapatos, me dejé caer sobre el sofá, escondiendo el rostro entre las manos. Por un instante pensé en llamar a Débora y contárselo todo, pero la vergüenza me paralizó.

Me pasé los dedos por la cara, intentando limpiar las lágrimas que no dejaban de caer. El sabor amargo de la decepción era imposible de ignorar.

Damien había sido todo lo que nunca quise: controlador, frío, calculador. Pero, de alguna manera, también había sido todo aquello que no sabía que necesitaba.



Después de que llegara Damien, intenté ignorarle mientras pensaba en todo lo que había escuchado, pero ahora me resultaba

imposible.

Sin pensarlo mucho, me acerqué directamente hacia él:

—Sé que ahora las empresas son tuyas. Y también sé que ya no me necesitas.

Damien se detuvo, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que hacía que mi corazón latiera deprisa, aunque esta vez por rabia y frustración.

—Sé perfectamente lo que necesito, Rafaela. —Su voz era baja y controlada, aunque escondía un matiz de provocación que solo sirvió para avivar más mi enfado.

—No creo que realmente conozcas a las personas que te rodean.

—No necesito conocerlas. Necesito que me obedezcan. —Cruzó los brazos, como dando por cerrada la discusión.

Mi paciencia se agotaba rápidamente. Di un paso al frente, mis ojos enfrentando directamente los suyos.

—Quizá por eso nadie llega realmente a conocerte.

—Ya te lo he dicho, no necesito que lo hagan.

—Damien, no soy un accesorio más para tu imperio. Puedes poner fin a esto y ni siquiera hace falta que me pagues lo que queda del contrato.

—¿Quién ha dicho que lo seas? —Dio un paso hacia mí, su postura rígida y desafiante—. Eres mucho más que eso.

—Entonces, ¿por qué me tratas como si fuera una propiedad?

—Porque no sé otra manera de mantener a salvo lo que me importa.

Sus palabras me desarmaron por un instante, pero solo por un instante. Mi ira volvió rápidamente.

—No soy una posesión tuya.

—Ah, Rafaela… —soltó una risa amarga, sus ojos entrecerrados —. Pero ahora eres mi esposa. Y a efectos prácticos, eso significa que sí, me perteneces.

—Ese contrato no te da derecho a tratarme así.

—El contrato no me lo da. Pero la forma en que te miro sí.

Noté cómo ardía mi rostro, tanto por rabia como por algo más que no quería reconocer.

—¿Nunca te cansas de controlar a las personas?

—No, Rafaela. —Se acercó aún más, su voz firme—. Y precisamente por eso ahora controlo tu vida.

—En el fondo solo me estás utilizando, Damien.

—Y tú estás aprovechando lo que yo te ofrezco. —Arqueó una ceja, su rostro imperturbable—. Al final, solo somos dos egoístas jugando en el mismo tablero.

—¿Por qué tienes que ser tan frío?

—¿Frío? —Soltó una breve risa sin humor—. Si fuera frío, no estaría gastando tanto tiempo y energía contigo.

—Esto no es amor.

—Nunca he dicho que lo fuera. —Inclinó ligeramente la cabeza, sin apartar los ojos de los míos—. Pero no puedes negar que es más de lo que nadie ha hecho nunca por ti.

—Crees que me controlas, pero todavía tengo opciones.

—¿Y cuál sería tu opción ahora mismo, Rafaela? ¿Marcharte?

Sus palabras dieron en el blanco. Sabía que no podía irme, y él lo sabía también. Pero eso no hacía que el dolor fuera menos real.

—Sabes perfectamente que no puedo hacerlo.

Él dio otro paso, acortando la distancia hasta volverse asfixiante, sus ojos brillando con algo que parecía peligroso.

—Exacto. Porque ya eres más mía de lo que imaginas, y por eso yo también lo soy. Siempre.

No pude soportarlo más.

La indignación, el dolor, el peso de todo aquello hizo que retrocediera un paso.

Mis manos temblaban a los costados, pero me obligué a mantener la compostura.

—Si eso es todo lo que crees que somos, Damien, quizás realmente esté en el lugar equivocado.

Me giré antes de que él pudiera responder, pero su voz me alcanzó antes de salir de la sala.

—Estás exactamente donde debes estar, Rafaela. Y en el fondo lo sabes perfectamente. Te necesito, y no solo por el contrato, sino porque

quiero estar contigo.

Aquellas palabras resonaron en mi cabeza mientras me alejaba, pero esta vez no miré atrás.



CAPÍTULO 56

«A veces, el silencio habla más alto que cualquier grito, pero también lleva consigo las preguntas que más tememos responder.»

DAMIEN BLACKWOOD

Nunca había sido capaz de expresar mis sentimientos, principalmente porque ni siquiera creía tenerlos, pero cuando Rafaela quiso marcharse, algo dentro de mí simplemente se detuvo.

Las palabras que había pronunciado durante nuestra discusión seguían resonando en mi cabeza como un reloj que marcaba el tiempo que me quedaba antes de perderla definitivamente.

Permanecí sentado en el sofá del salón, en una penumbra silenciosa solo rota por el sonido de mi respiración, que intentaba controlar sin demasiado éxito.

Por primera vez en años, no estaba pensando en el trabajo. Pensaba en ella.

Siempre había tenido todo bajo control: mi vida, mis negocios, mis relaciones superficiales y estratégicamente calculadas. Nada escapaba a mi dominio.

Hasta que apareció Rafaela Albuquerque.

El recuerdo de su mirada, llena de rabia y dolor, me afectaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Era más que incomodidad, era un miedo creciente; la sensación de que algo importante se me escurría entre los dedos, algo imposible de sustituir con un balance financiero o una nueva adquisición.

¿Si ella quiere marcharse, debería dejarla?

La pregunta me consumía lentamente, como un veneno. Una parte de mí sabía que ahora, con todo solucionado, podía elegir liberarla. El contrato estaba cumplido, mi nombre consolidado como dueño absoluto de todas las empresas familiares.

Ella era libre. Pero solo sobre el papel.

Porque yo no quería que fuera libre de mí.

Me levanté del sofá y caminé hacia la ventana que daba al jardín. Crucé los brazos, tratando de contener el frío que parecía surgir desde dentro.

Rafaela había tocado algo en mí cuya existencia desconocía: mi vulnerabilidad.

Era desconcertante darme cuenta de que yo, Damien Blackwood, que había construido su vida sobre estrategias y lógica, estuviera perdiendo el control por culpa de ella.

Me gustaba su presencia en la casa.

Sus comentarios sarcásticos, esas manías que ya había memorizado, las risas que se le escapaban cuando olvidaba protegerse

de mí. Y, más que nada, me gustaba la idea de que ella estuviera allí porque quería, o al menos porque no tenía claro si deseaba irse.

Mi corazón, al que siempre había considerado más un órgano anatómico que un símbolo de emociones, parecía ahora cargar con un peso.

¿Era esto aquel sentimiento que siempre había ignorado?

Reconocer que sentía algo por ella era complicado.
No solo porque iba en contra de todo lo que creía, sino porque me dejaba vulnerable. Si aceptaba esto, ella tendría sobre mí un poder que nadie había tenido nunca.

Apreté los puños ante esa idea.

No puedo dejar que se marche. No quiero que se marche.

Pero ¿cómo convencerla para que se quede, cuando todo lo que ella había visto hasta ahora era mi peor versión?

RAFAELA ALBUQUERQUE

La sensación de que algo iba mal no era nueva para mí, pero esta vez parecía mucho más que una simple corazonada.

En el silencio de la habitación, las palabras de Damien continuaban resonando en mi cabeza.

Él era incapaz de ver más allá de su propia necesidad de control, como si expresar algo genuino fuera un idioma que jamás había aprendido.
Para él, todo se reducía a la posesión.

Y yo no era más que otra pieza en su tablero.

Suspiré, mirando al techo como si las respuestas estuvieran escondidas entre las sombras.

Sabía que sentía algo por él, pero ¿cómo luchar contra la certeza de que jamás sería capaz de sentir lo mismo? No de una forma que no estuviera deformada por su obsesión por mantenerlo todo bajo control.

«Esto no es amor», pensé por milésima vez.

Pero, al mismo tiempo, ¿por qué mi corazón insistía en acelerarse cada vez que él estaba cerca? ¿Por qué me importaba tanto entender lo que él sentía?

El conflicto interno me consumía, y sentía cómo la presión se acumulaba en mi cabeza, haciendo que la respiración se volviera pesada y el pecho se me apretara.

De repente, una oleada de náuseas me golpeó con fuerza. Salté de la cama, mis piernas flaqueando mientras corría hacia el baño.

El frío de las baldosas bajo mis pies no aliviaba el calor que subía por mi cuerpo.

Me apoyé en el lavabo, y el reflejo en el espejo me devolvió una imagen pálida y demacrada de mí misma. Otra oleada me alcanzó, y esta vez no pude contenerla. Me arrodillé junto al váter, sujetándome el pelo a un lado mientras mi cuerpo rechazaba todo lo que había dentro.

La sensación era horrible, pero lo peor era la profunda soledad de ese instante.

Me sentía pequeña, vulnerable y perdida. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mi rostro, no solo por el malestar físico, sino por todo lo que había estado guardando dentro de mí.

«No puedes seguir así, Rafaela», pensé mientras intentaba recuperar el control de mi respiración, agarrándome al lavabo para no caer. Me sentía exhausta, como si el peso de estar atrapada en ese ciclo interminable de emociones contradictorias estuviera drenando toda mi energía.

Sentada en el suelo del baño, apoyé la cabeza contra la pared y cerré los ojos durante un momento, buscando alguna pequeña pizca de paz.

Pero lo único que encontré fue su imagen, sus palabras, sus miradas… y la confusión que él provocaba en mi corazón.



CAPÍTULO 57

«Algunas revelaciones llegan como una sacudida, pero es en el silencio donde descubrimos su verdadero peso.»

DAMIEN BLACKWOOD

Decidí volver a la habitación, pero al entrar no vi a Rafaela en la cama. Fruncí el ceño al notar que la luz del baño estaba encendida. La puerta estaba entreabierta, pero el silencio que provenía de allí era extraño.

—¿Rafaela? —llamé, alzando la voz más de lo que pretendía.

No obtuve respuesta.

Me acerqué a la puerta y dudé apenas un segundo antes de empujarla.

Allí estaba ella, en el frío suelo, inconsciente. Su cuerpo parecía frágil, más pequeño de lo que recordaba, como si la fuerza que siempre irradiaba se hubiera esfumado por completo.

—¡Rafaela! —La desesperación se apoderó de mí mientras me arrodillaba a su lado. Toqué su rostro, sintiendo su piel fría bajo mis manos calientes—. ¡Maldita sea, Rafaela, háblame!

Ella no respondió.

Mi mente empezó a funcionar a toda velocidad, contemplando todas las posibilidades. ¿Algo que habíamos comido? ¿Un problema de salud que nunca me había mencionado?

Sin pensarlo demasiado, la cogí en brazos. Ella parecía tan ligera, tan vulnerable. Esta no era la clase de situación con la que yo estaba acostumbrado a lidiar, pero tenía algo claro: debía actuar rápido.

Me dirigí con prisa hacia el coche, intentando que el miedo no me dominara.

—Todo va a salir bien —murmuré, más para convencerme a mí mismo que a ella.

La acomodé en el asiento del copiloto y corrí hacia el lado del conductor. El motor rugió cuando arranqué hacia el hospital más cercano. Cada segundo parecía una eternidad; cada semáforo en rojo era un desafío a mi autocontrol.

No importaba lo que tuviera que hacer, llegaría allí a tiempo.

Cuando finalmente llegué al hospital, aparqué el coche de cualquier manera y salí con ella en brazos.

—¡Necesito ayuda, ahora mismo! —Mi tono autoritario no dejaba lugar a dudas.

Médicos y enfermeros acudieron corriendo con una camilla.

La recosté con cuidado, aunque sentía como si fuera mi propio pecho el que estuviera presionado contra el suelo. Uno de los médicos comenzó a hacer preguntas, pero yo solo podía pensar en asegurarme de que ella estuviera bien.

—Quiero atención inmediata —exigí—. Me da igual lo que tengan que hacer, pero ella es la prioridad absoluta.

Nadie discutió mis palabras. Rafaela fue trasladada rápidamente a otra sala, dejándome solo en aquel pasillo vacío, con las manos en los bolsillos y el corazón latiendo desbocado.

Por primera vez en mucho tiempo me sentía completamente impotente. Y mientras esperaba respuestas, una cosa quedó clara dentro de mí: perder a Rafaela jamás sería una opción.

RAFAELA ALBUQUERQUE

Me desperté sobresaltada, y al abrir los ojos descubrí que estaba en un hospital.

El pitido constante de los monitores que me rodeaban parecía resonar en mi cabeza, y el fuerte olor a alcohol y antisépticos invadió mis sentidos. Durante un momento todo parecía confuso, como si mi mente tratara de unir las piezas de un puzle cuyo principio desconocía.

Cerré los ojos, intentando recordar qué había sucedido.

El baño. La luz encendida. Mi cuerpo debilitándose hasta caer sobre el frío suelo. Después, flashes desordenados. Unos brazos fuertes rodeándome, mi cuerpo siendo levantado con una urgencia que nunca antes había sentido.

Damien. Él estaba allí. Todavía podía escuchar su voz, resonando en los límites de mi conciencia.

Cuando abrí de nuevo los ojos, giré lentamente la cabeza y allí estaba él. Sentado en un sillón junto a la cama, con los codos apoyados

en las rodillas y las manos entrelazadas, como si estuviera rezando o quizá intentando ordenar sus propios pensamientos.

Parecía exhausto, sus ojos clavados en mí con la intensidad de quien teme que, al pestañear, la persona frente a él pueda desaparecer.

Al darse cuenta de que había despertado, se levantó inmediatamente y se acercó. Su presencia dominaba el espacio, pero esta vez había algo diferente en él.

—Rafaela —pronunció mi nombre en voz baja, cargada de una intensidad que formó un nudo en mi garganta—. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

Asentí lentamente, aún procesando lo ocurrido.

—Estoy bien… creo. —Mi voz sonaba débil, casi como si viniera de otra persona.

Damien exhaló profundamente, con evidente alivio, y sin pensarlo dos veces tomó mi mano. Sus dedos, firmes y cálidos, envolvieron los míos transmitiendo una seguridad imposible de ignorar.

—Me has dado un susto enorme, ¿lo sabías? —Negó ligeramente con la cabeza, sus ojos clavados en los míos—. No pienso moverme de tu lado hasta asegurarme de que estás completamente bien.

Aquella promesa, sencilla y directa, rompió algo en mi interior. Sentí las lágrimas acumularse en mis ojos, quemando con una intensidad que no podía controlar.

Él debió de notarlo, porque apretó mi mano con más fuerza, aunque sin hacer daño, como si quisiera anclarme a ese instante.

—Damien… —intenté hablar, pero la voz se me quebró.

—Tranquila, no hace falta que digas nada ahora. —Su tono era suave, totalmente distinto al hombre autoritario y controlador al que estaba acostumbrada.

Cerré los ojos, dejando escapar una lágrima, y devolví el apretón de su mano, incapaz de expresar con palabras el alivio y la confusión que él me provocaba.

Allí, en aquella habitación de hospital, sentí que quizá podía bajar la guardia con él… aunque aún estuviese aprendiendo a entender qué significaba todo aquello.



Permanecí en el hospital casi veinticuatro horas.

Damien no hizo caso a mis intentos de minimizar la situación. Ordenó que me hicieran todas las pruebas posibles, insistiendo en que no se pasara nada por alto. Por más que intentaba discutir, él simplemente me lanzaba esa mirada autoritaria que no admitía réplica.

—Has perdido un día entero de trabajo. No hacía falta que te quedaras aquí —le dije, con una voz mucho más suave de lo que pretendía.

Él seguía sentado en el sillón junto a mi cama, con una postura rígida, pero en su expresión se mezclaban el cansancio y la preocupación.

—Me quedaré aquí hasta que salgamos juntos —respondió sin dudar, con los ojos fijos en mí—. Aunque tenga que perder una semana entera de trabajo.

La firmeza en su voz hizo que algo en mi interior se estremeciera. Damien podía ser intenso y controlador, pero aquel gesto inesperado me había cogido totalmente desprevenida. Y aunque intentara ocultarlo, eso me hizo feliz.

—No hace falta que hagas esto… —insistí, aunque sabía perfectamente que él no iba a ceder.

—Da igual lo que digas, Rafaela. Ya lo he decidido. —Cruzó los brazos, dejando claro que la conversación estaba cerrada para él.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entró el médico, sosteniendo una carpeta con una expresión tranquila.

—Buenas tardes, Rafaela. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor —contesté, ajustándome las gafas sobre la nariz —. ¿Qué han dicho las pruebas? ¿Fue solo un malestar pasajero?

El médico sonrió comprensivamente antes de mirar hacia Damien, quien ahora estaba de pie junto a mí, con los brazos cruzados como si estuviera listo para proteger al mundo entero, empezando por mí.

—Las pruebas indican que, en general, está todo bien. No hay nada grave, pero… —hizo una pausa, mirándonos a ambos—, podría haber una razón para su malestar.

—¿Qué razón? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Bueno, está usted embarazada. Enhorabuena —anunció el médico con una sonrisa que parecía ajena al impacto de sus palabras.

El silencio que siguió fue casi palpable.

Sentí como si el suelo hubiera desaparecido bajo mis pies. Mi mirada voló inmediatamente hacia Damien, que estaba completamente inmóvil. Su expresión parecía congelada en el tiempo, con los ojos muy abiertos mientras intentaba asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Embarazada? —Mi voz salió en un susurro, casi inaudible.

—Sí, así es. Según nuestras estimaciones, está en las primeras semanas. Probablemente por eso no se dio cuenta antes —explicó el médico, mirando de uno a otro, como si empezara a darse cuenta de que estábamos completamente ajenos a aquella idea.

Damien respiró profundamente, y por primera vez, vi algo parecido a la vulnerabilidad en sus ojos antes de que recuperara su

habitual postura controlada.

—Vamos a ser padres… —murmuró, casi para sí mismo, antes de volver su atención hacia mí—. Rafaela, ¿te lo imaginabas?

—¡No! —respondí rápidamente, todavía en shock—. Yo… no tenía ni idea.

El médico pareció satisfecho con nuestra reacción, como si hubiese cumplido su misión, y rápidamente nos explicó algunas recomendaciones básicas antes de salir y dejarnos solos.

Permanecimos en silencio, el ambiente pesado por todo lo que acababa de revelarse. Damien seguía de pie junto a la cama, con las manos en los bolsillos, mirándome. Su expresión era indescifrable, pero algo en sus ojos decía que intentaba encontrar las palabras adecuadas.

Se inclinó un poco más hacia mí, sus ojos encontrándose con los míos.

—Vamos a afrontar esto juntos. Pase lo que pase, no estás sola. Te lo prometo.

Y en aquel momento, por más confundida y asustada que estuviera, las palabras de Damien me aportaron un inesperado

consuelo.



CAPÍTULO 58

«El control siempre fue mi mayor arma, hasta el día en que comprendí que algunas cosas no pueden dominarse, solo conquistarse.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Funcioné en modo automático hasta regresar a la mansión. Cada pensamiento era una espiral que me arrastraba más profundamente hacia un lugar donde todo parecía difuso y aterrador.

Embarazada.

Aquella palabra aún sonaba surrealista, como si se tratara de algo que no me pertenecía. Pero la prueba, los análisis… todo lo confirmaba. Ya no estaba sola; ahora había una vida dentro de mí, y yo no tenía ni idea de cómo afrontar eso.

Al entrar en casa, el silencio parecía amplificarse, resultando casi sofocante. El corazón me latía descontrolado y sentía las lágrimas atrapadas en la garganta.

Al subir las escaleras, vi a Damien esperándome en el pasillo. Su mirada era firme, pero había algo más en ella, algo que no lograba descifrar.

Dio un paso hacia delante, sujetó mi mano con firmeza y me obligó suavemente a mirarle a los ojos.

—Rafaela —su voz sonó profunda, pero suave—, voy a cuidar de ti y de nuestro hijo. Ahora mismo esa es mi prioridad.

Sacudí la cabeza, incapaz de procesar sus palabras. El peso de aquello aún hacía que lo cuestionase todo.

—Dijiste que no querías hijos, Damien —murmuré con incredulidad—. ¿Cómo puedo creerte ahora?

Él no soltó mi mano, manteniendo sus ojos fijos en los míos, intensos como siempre.

—Sí, lo dije. Pero eso fue antes de saber que eras tú quien llevaba dentro a mi hijo. Eso lo cambia todo, Rafaela.

Desvié la mirada, tratando de escapar de aquella intensidad, de aquel hombre que siempre parecía tener todas las respuestas.

—No sé si puedo creerte. Siempre has sido tan… controlador. No es fácil olvidar todo lo que ha pasado entre nosotros, todas las mentiras.

Se acercó aún más, reduciendo prácticamente a nada el espacio que quedaba entre nosotros.

—No voy a pedirte que olvides nada. Sé que he tomado decisiones complicadas, incluso equivocadas. Pero esto… —colocó su otra mano suavemente sobre mi vientre, como para reforzar la idea de lo que ahora nos unía— esto es diferente. Voy a demostrarte día tras día que puedes confiar en mí. Solo dame otra oportunidad.

Yo quería creerle, realmente quería hacerlo.

Pero el miedo y la inseguridad eran más fuertes, manteniéndome atrapada en un lugar lleno de dudas. Sin embargo, sus ojos reflejaban

una determinación que nunca antes había visto en él.

Era como si, por primera vez, Damien se mostrara verdaderamente vulnerable.

—Solo una oportunidad más, Rafaela —repitió casi en un susurro —. Por ti. Por nuestro bebé.

Asentí, aunque no porque estuviera completamente convencida. Lo hice porque, en aquel momento, quizás era más sencillo creer en Damien que enfrentar aquel torbellino completamente sola.

DAMIEN BLACKWOOD

Jamás había deseado ni imaginado ser padre.

Era algo que evitaba incluso considerar. Mi mundo siempre había estado meticulosamente controlado, planeado hasta el último detalle. Cada movimiento, cada palabra, cada decisión formaba parte de un gran tablero donde yo imponía las reglas.

Pero ahora, por primera vez, sentía que el suelo se desmoronaba bajo mis pies.

La sangre que correría por las venas de aquel hijo sería la mía. Una parte de mí viviría más allá de lo que yo pudiera alcanzar, fuera de las murallas que construí para proteger lo que tanto había conquistado.

Era una idea grandiosa y aterradora al mismo tiempo.

Nunca había dejado espacio para lo inesperado, y aquello era la mayor sorpresa de todas. No había planeado quedarme casado con Rafaela, no nos había planeado a los dos y, desde luego, no había planeado convertirme en padre.

Pero la realidad estaba ahí, innegable.

Mientras caminaba por la casa, mi mente vagaba hasta su rostro. La manera en que ella me miró, dividida entre el miedo y la esperanza, seguía grabada profundamente en mí.

Sabía que Rafaela no confiaba en mí, y yo le había dado motivos más que suficientes para eso. Motivos que construí yo mismo con mi comportamiento, con mis palabras duras y las mentiras que pronuncié para mantenerla atrapada en mi mundo.

Y ahora, todo eso me estaba consumiendo lentamente.

Me pasé la mano por el pelo, frustrado.

Ella era tan diferente de cualquier mujer que hubiera conocido antes. No se impresionaba con mi dinero o con mi poder. No estaba conmigo por lo que pudiera ofrecerle, y eso la hacía única, pero también impredecible.

Y esa imprevisibilidad era precisamente lo que me aterraba. ¿Qué garantías tenía de que no cogería nuestras cosas —el hijo que estábamos a punto de tener— y se marcharía en cuanto nuestro contrato terminase?

No podía permitir que eso sucediera.

No quería únicamente a mi hijo conmigo. Quería a Rafaela también.

Y eso era algo nuevo para mí, incluso perturbador. Toda mi vida había girado en torno al control, y ahora debía admitir que existía algo —alguien— a quien no podía dominar ni forzar.

Respiré profundamente mientras me dejaba caer en el sillón de mi despacho.

Sabía que necesitaba cambiar.

No solo por ella, sino por nosotros. Por la familia que, pese a todos mis planes, estaba comenzando a formarse. Tenía que encontrar una manera de demostrarle que, más allá de protegerla, quería que estuviera conmigo porque ella lo deseara, y no por obligación.

El peso de aquel pensamiento era abrumador. Sin embargo, era un peso que estaba dispuesto a soportar, porque perder a Rafaela y a nuestro bebé no era una opción.

Y por primera vez me enfrenté a algo que ningún plan, ningún cálculo podía resolver: el deseo de construir algo más importante que

un imperio.

El deseo de formar una familia.



CAPÍTULO 59

«A veces, el cambio que más tememos es precisamente aquel que puede salvarnos.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

1 mes después

—¿Y cómo está el padre del año últimamente? —preguntó Débora con una sonrisa maliciosa, aunque sus ojos brillaban con una curiosidad sincera mientras cogía otro trozo de pastel del plato.

Me reí, pero se notaba el nerviosismo en mi voz. No sabía exactamente cómo responder.

—Está… diferente. Muy diferente, la verdad.

Mi amiga arqueó una ceja, desconfiada.

—¿Diferente en plan «Damien Blackwood sonriendo a la gente»? Porque si es eso, necesito pruebas.

—No es exactamente eso. —Puse los ojos en blanco y me incliné hacia delante, bajando la voz—. Está más… atento, preocupado por mí. Por el bebé. Parece que realmente le importa, de una manera que jamás habría imaginado.

—Ah, ¿entonces el gran CEO de piedra ahora es un osito de peluche? —Débora se rio, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Estoy en shock, pero necesito detalles. ¿Ya ha buscado en Google «cómo ser padre primerizo»?

La imagen de su reacción cuando le conté que estaba embarazada hizo que una sonrisa se dibujara en mis labios.

—En realidad, la que tuvo una crisis fuiste tú. Recuerdo perfectamente tu ataque de «¡Dios mío! ¿Y ahora qué?» mientras yo

intentaba asimilar la noticia.

Débora soltó una carcajada sin molestarse en negarlo.

—¡Culpa tuya! ¿A quién se le ocurre pedirme que guarde un secreto tan enorme? Pero en fin, volvamos a Damien. ¿Ya sabe cambiar pañales o sigue en plan «yo sujeto al bebé y tú haces el resto»?

Suspiré, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—Él no es exactamente de los que hablan de estas cosas, ¿sabes? Pero… noto pequeños detalles. Me pregunta varias veces al día cómo me siento. Justo ayer me trajo una infusión que alivia las náuseas. Lo investigó él solo, ¿te lo puedes creer? Eso no es nada típico de él.

Débora se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos, ahora con expresión más seria.

—¿Y qué vas a hacer tú, Rafa? Quiero decir, tenéis ese contrato tan loco con fecha de caducidad. ¿Cómo va a funcionar ahora que hay un bebé de por medio?

Se me hizo un nudo en la garganta y me encogí de hombros, observando fijamente el café frente a mí.

—No lo sé. Sé que existe una fecha límite, pero… desde que se enteró del bebé, parece que algo ha cambiado. Se está esforzando mucho. No sé cómo explicarlo, pero ahora su compañía es más fácil. Más ligera.

Débora puso su mano sobre la mía.

—¿Y tú qué quieres? Porque si él ha cambiado al saber que va a ser padre, estupendo, pero tienes que pensar en lo que sea mejor para ti y para el bebé. Puede estar diferente ahora, pero eso no significa que haya cambiado del todo.

Sus palabras se quedaron grabadas en mi mente.

¿Qué era lo que realmente quería? Una parte de mí conocía la respuesta, pero todavía no estaba preparada para admitirlo.



Nada más llegar a casa, noté que Damien estaba allí.

Era extraño verle tan temprano. Por lo general, no solía volver hasta bien entrada la noche, agotado después de enterrarse entre reuniones y contratos.

—Hoy has llegado pronto —intenté no mostrar sorpresa, aunque era difícil disimular.

Él levantó la vista de unos papeles que tenía en la mano, esbozando una media sonrisa.

—Estoy haciendo algunos cambios en la casa. Pensé que sería mejor adelantar ciertas cosas por el bebé.

Fruncí el ceño, intrigada.

—¿Cambios? ¿Qué clase de cambios?

—Convertiré una de las habitaciones de invitados en el cuarto del bebé. Ya he hablado con un equipo de diseño. Vendrán mañana para tomar las primeras medidas. —Dejó los papeles sobre la mesa y continuó con naturalidad, como si fuera algo cotidiano—. También voy a poner protecciones en las escaleras y en el jardín. Hay cosas que debemos adaptar para cuando empiece a gatear. Ah, y pensé en reforzar la seguridad general. Nunca se sabe, ¿verdad?

Me quedé impactada, incapaz de ocultar mi expresión.

—¿Has vuelto antes solo para organizar todo eso?

Se levantó y avanzó un paso hacia mí, con sus ojos clavados en los míos. Había una intensidad en su mirada que todavía no lograba descifrar del todo.

—Rafaela, últimamente pienso más en ti y en el bebé que en el trabajo.

Aquella frase me impactó como un relámpago, dejándome sin palabras. Damien, el hombre que respiraba trabajo, ¿admitiendo que algo —o alguien— era más importante que su imperio? Aquello era completamente surrealista.

Él siguió acercándose hasta quedar lo suficientemente cerca como para acariciar mi rostro. Su mano era firme, pero el contacto resultó sorprendentemente delicado, como si temiera asustarme.

—No os faltará absolutamente nada. Aunque para eso tenga que renunciar a ciertas cosas. Ahora mismo, vosotros sois lo más importante en mi vida.

Sentí cómo se me aceleraba el corazón. Algo se encendió dentro de mí, una chispa que me daba miedo reconocer. Sus ojos estaban fijos en los míos, y por un instante todo lo que nos rodeaba pareció desvanecerse.

Era como si estuviese hablándole directamente a la parte más vulnerable de mi ser, prometiendo algo que ni siquiera sabía que necesitaba escuchar.

—Damien… —comencé, pero la voz se me quebró.

No sabía qué decir. No sabía cómo procesar todo aquello.

Él se limitó a sonreír, una sonrisa poco habitual, casi tímida, y bajó lentamente la mano, aunque sin alejarse demasiado.

—No hace falta que respondas ahora. Solo quiero que sepas que estoy aquí. Y estaré aquí siempre que me necesites.

Asentí, todavía sin palabras, mientras sentía algo nuevo crecer dentro de mí.

DAMIEN BLACKWOOD

Todavía no le había contado a nadie que iba a ser padre.
Era extraño pensar que algo tan trascendental aún estuviese guardado solo para mí, como un secreto precioso.

La paternidad no estaba en mis planes, pero allí estaba, a punto de adentrarme en un territorio que jamás habría imaginado.
La idea me inquietaba y, al mismo tiempo, despertaba en mí algo nuevo; una especie de ansiedad mezclada con curiosidad.

Al otro lado del salón, Rafaela estaba sentada en el sofá, envuelta en una manta, con la vista fija en el televisor. Daban una comedia romántica cualquiera, pero yo era incapaz de concentrarme.

Toda mi atención se centraba en ella.

Sus gestos eran tan naturales, tan genuinos, que resultaba casi imposible creer que aquella mujer estuviese llevando dentro algo tan grande. Mi hijo. O hija.

Me levanté del lugar donde estaba sentado, atraído hacia ella como si no existiera otra opción. Caminé lentamente hasta el sofá y me senté a su lado. Ella me miró de reojo, con una suave sonrisa en los labios.

—¿Estás incómoda?

—No mucho. —Giró el rostro hacia mí, intrigada—. ¿Por qué lo preguntas?

Respiré hondo. Las palabras estaban en la punta de mi lengua, pero aún así dudé.

—¿Puedo…? —comencé, señalando suavemente hacia su vientre.

Ella pareció sorprendida durante un instante, pero asintió, apartando ligeramente la manta para descubrir la pequeña curva que apenas empezaba a dibujarse.

Mi mano, tan acostumbrada a firmar contratos y controlar el destino de grandes empresas, tembló ligeramente mientras la colocaba sobre su barriga. El calor de su piel conectó con algo dentro de mí.

—Creo que será niño. Aunque lo importante es que venga sano.

Ella soltó una pequeña risita.

—¿Un niño, eh? ¿Y si es una niña?

Sonreí ligeramente, mis dedos trazando un pequeño círculo sobre su vientre.

—Entonces será la niña más protegida del planeta.

Ella volvió a reír, pero enseguida adoptó una expresión seria. Sus ojos buscaron los míos, brillando con una mezcla de emoción e incertidumbre.

—No voy a viajar en los próximos meses.

Parpadeó, sorprendida.

—Las empresas son… Bueno, siempre han sido el centro de tu vida, ¿no?

Me incliné un poco más hacia ella, mi mano aún sobre su barriga.

—Ahora mismo, tú y nuestro bebé sois mi mayor prioridad. No hay nada fuera de aquí que sea más importante que lo que tengo en casa, contigo.

Durante unos segundos, el silencio dominó la habitación.

Su rostro reflejaba una mezcla de asombro y algo más profundo. Sus ojos brillaron y, por un momento, pensé que iba a echarse a llorar. Pero se limitó a asentir suavemente, colocando su mano sobre la mía, que aún reposaba sobre su vientre.

—De verdad parece que estás cambiando, Damien —murmuró, casi para sí misma.

—Quizá seas tú quien me esté cambiando —respondí con un tono más bajo, más íntimo—. Y quizá eso me guste más de lo que pensaba.



CAPÍTULO 60

«Algunas decisiones las toma el corazón, otras la razón, pero las más importantes son aquellas que nos transforman para siempre.»

RAFAELA ALBUQUERQUE

Conforme pasaban los días, empecé a notar cambios sutiles en Damien. Pequeñas cosas, como la manera en que me miraba o el interés genuino que mostraba por lo que yo tenía que decir.

No sabía exactamente lo que eso significaba, pero una parte de mí quería creer que era algo bueno.

Aquella tarde, mientras terminaba de hacer los últimos ajustes en el sistema que estaba desarrollando, escuché unos pasos firmes acercándose. Levanté la vista y lo vi en la puerta de mi despacho.

Damien estaba impecablemente vestido, como siempre, pero en su mirada había algo más; una determinación casi serena.

—Ven conmigo —dijo con voz tranquila, aunque su tono indicaba que no tenía mucha opción.

—¿Ahora? —pregunté, mirando la pantalla del ordenador como si esta pudiera salvarme.

—Sí. —Cruzó los brazos, alzando una ceja con gesto expectante.

Suspiré, apagué el ordenador, cogí mi bolso y lo seguí hasta el coche. El silencio en el trayecto fue cómodo, como si ambos estuviésemos aprovechando para asimilar aquel momento.

Él condujo hacia la zona costera, y mi corazón comenzó a acelerarse al darme cuenta de que nos dirigíamos a un lugar tranquilo, lejos del bullicio de la ciudad.

Finalmente, aparcó junto a una playa prácticamente desierta, rodeada por rocas y vegetación que daban al lugar un aire casi privado. El sonido de las olas rompiendo contra la arena era tranquilizador, casi hipnótico.

—¿Por qué me has traído aquí? —le pregunté al bajar del coche, sintiendo la brisa fresca acariciar mi rostro.

Damien se encogió de hombros y se dirigió hacia un banco de madera que parecía colocado estratégicamente para admirar la vista.

—Pensé que sería un buen sitio para hablar. Sin distracciones.

Me senté a su lado, intentando comprender qué estaba ocurriendo. Damien no era precisamente de los que buscaban momentos tranquilos. Al menos, no que yo supiera.

—¿Hablar de qué? —pregunté, intentando sonar relajada, aunque el tono revelaba mi curiosidad.

Giró la cara hacia mí, observándome atentamente con sus ojos oscuros.

—¿Qué es lo que realmente te hace feliz, Rafaela?

Me detuve a pensarlo. Era una pregunta sencilla, pero con una carga enorme.

—Supongo que… estar cerca de la gente que quiero. Sentir que soy importante para ellos, que marco la diferencia.

Asintió, como si guardara cuidadosamente cada una de mis palabras.

—¿Y qué te asusta?

—Perder eso —respondí casi sin pensar—. Perder a la gente que quiero. No ser suficiente para ellos.

Damien pareció reflexionar sobre mi respuesta, como si intentara descubrir algo sobre sí mismo a través de mí.

—¿Me tienes miedo a mí?

La pregunta me pilló por sorpresa. Le miré fijamente, tratando de descifrar la expresión en su rostro.

—No. Ya no.

Se quedó callado un instante, mirando hacia el horizonte. Luego volvió a girarse hacia mí, con una mirada más dulce de lo que nunca había visto en él.

—Sé que no soy un hombre fácil. Pero estoy intentando cambiar. Por ti. Por el bebé.

Sentí cómo se me llenaban los ojos de lágrimas, pero conseguí esbozar una leve sonrisa.

—Lo sé. Y eso significa mucho.

Damien extendió lentamente la mano, tocando la mía con cuidado, como si temiera que fuera a apartarme.

—Eres más fuerte de lo que piensas. Quiero que sepas que estoy aquí contigo. Pase lo que pase.

DAMIEN BLACKWOOD

Tenía una idea muy clara en la cabeza.

Durante semanas trabajé en secreto, pensando en cada detalle, eligiendo cada objeto con esmero.

No se trataba solo de un espacio para el bebé, sino de un símbolo, un gesto; algo que le demostrara a Rafaela que ya no estaba pensando únicamente en mí.

—Rafaela —la llamé al acercarme, ya en nuestra casa. Levantó la mirada con curiosidad—. Quiero enseñarte algo. —Extendí mi mano hacia ella.

—¿Qué es? —preguntó, frunciendo ligeramente el ceño con desconfianza, aunque dejó el libro a un lado y tomó mi mano.

—Es una sorpresa —respondí, llevándola hasta la planta de arriba.

Me siguió con pasos dubitativos. Al detenernos frente a la puerta del dormitorio junto al nuestro, sujeté el pomo, pero no lo abrí

inmediatamente.

—Durante semanas me has preguntado qué estaba pasando aquí dentro —comenté, mirándola a los ojos—. Ha llegado el momento de mostrártelo.

La habitación estaba iluminada por una luz suave, decorada en tonos blancos y grises. En el centro había una cuna de madera clara, al lado una mecedora para amamantar, y en las estanterías reposaban libros infantiles y juguetes cuidadosamente organizados.

En las paredes, un delicado papel pintado con dibujos de estrellas y nubes creaba una atmósfera cálida y acogedora.

—Damien… —murmuró ella, entrando lentamente. Su mirada recorría cada detalle y tocó la cuna con la delicadeza con la que se acaricia algo frágil—. Es increíble. ¿Todo esto lo hiciste tú?

—Cada detalle —respondí, cruzando los brazos mientras me apoyaba en el marco de la puerta para observarla—. Quería que fuera perfecto para él. Para nosotros.

Ella se volvió hacia mí, con los ojos brillantes por la emoción.

—Es precioso.

Di un paso adelante, acercándome más a ella.

—Rafaela, soy un hombre lleno de defectos. Soy controlador, mandón, y me he pasado la mayor parte de mi vida convencido de que todo debía girar en torno a mí. Pero tú… —toqué suavemente su rostro, sintiendo la calidez de su piel bajo mis dedos— tú lo cambiaste todo. Cambiaste la forma en que veo el mundo y, lo más importante, cambiaste lo que quiero para mi futuro.

Ella permaneció en silencio, sin apartar los ojos de mí.

—Estos últimos meses he comprendido que tú y el bebé sois más importantes para mí que cualquier empresa, que cualquier negocio. Y no quiero que nuestro contrato destruya lo que hemos construido juntos. No quiero que te vayas. Te quiero a mi lado, Rafaela. Quiero esta familia contigo. Solo necesito una oportunidad. Te prometo que haré todo lo posible por hacerte feliz, por ser el hombre que mereces. —Respiré hondo y sujeté sus manos entre las mías—. Mereces un matrimonio real, Rafaela. Eso es lo que quiero pedirte hoy. No por el contrato, sino porque te amo. ¿Quieres casarte conmigo de verdad?

Durante un instante que pareció eterno, ella permaneció en silencio. Finalmente, con una sonrisa cálida, asintió.

—Sí, Damien. Quiero intentarlo. Quiero quedarme contigo.

Sentí que mi pecho se llenaba de una felicidad que jamás había experimentado antes. Sin pensarlo, la atraje hacia mí, rodeándola en un abrazo fuerte y sentido.

—No voy a decepcionarte —le susurré al oído—. Te lo prometo.



EPÍLOGO

«Amar a alguien es como caminar a oscuras: nunca sabes a dónde te llevará el camino, pero confías en que, junto a la persona adecuada, encontrarás la luz.»

DAMIEN BLACKWOOD

El día parecía haber empezado incluso antes de que pudiese respirar hondo.

Habían pasado nueve meses desde que mi vida se puso patas arriba; nueve meses desde que descubrí que no solo necesitaba control y poder para vivir, sino algo mucho más grande.

Y ahora, mientras permanecía de pie frente al altar, tenía la certeza de que todo lo ocurrido hasta este instante me había llevado hasta aquí.

La música inundaba el ambiente, pero mi atención estaba completamente centrada en ella.

Rafaela caminaba hacia mí y era como si el tiempo se hubiese ralentizado exclusivamente para que pudiera fijarme en cada detalle. Su vestido blanco era sencillo pero impecable, y fluía alrededor de su cuerpo como si hubiese sido diseñado para capturar toda su esencia. Sus ojos brillaban detrás de sus gafas y la suave sonrisa en sus labios me aportaba una paz que jamás creí que sería capaz de sentir.

Observé cada pequeño gesto suyo.

La manera en la que sostenía el ramo con una mezcla de seguridad y nerviosismo. La forma en que mordía ligeramente la comisura del labio, como hacía siempre que intentaba ocultar alguna emoción.

Y, cuando finalmente se detuvo a mi lado, comprendí lo importante que era aquel instante, no solo para mí, sino para ambos.

—Estás preciosa —mi voz salió más baja de lo previsto, pero ella logró escucharme.

Mi futura esposa sonrió, y supe al instante que estaba exactamente donde debía estar.

—Y tú, como siempre, exagerando —susurró en respuesta, con ese sentido del humor tan característico suyo.

Llegó el momento de aceptarnos mutuamente y, al mirar sus ojos, no tuve ninguna duda.

No necesitaba promesas vacías ni discursos ensayados. Solo necesitaba que ella entendiera que, después de tantos errores, al fin comprendía lo que significaba amar a alguien.

—Te elijo a ti, Rafaela. Para siempre —declaré con determinación.

Ella parpadeó varias veces, intentando contener las lágrimas, y respondió:

—Y yo te elijo a ti, Damien. Hoy y todos los días.

Cuando el oficiante anunció que ya éramos marido y mujer, el sonido de los aplausos a nuestro alrededor quedó silenciado por el latir de nuestros corazones al mismo ritmo.



Más tarde, durante la celebración, me acerqué para hablar con mi abuelo.

Estaba más sereno que nunca, sentado en una silla cerca del jardín iluminado.

El ambiente que nos rodeaba desprendía una calidez familiar que durante mucho tiempo había sentido inalcanzable.

—Sabía que lo conseguirías, Damien —me dijo sonriendo, mientras giraba lentamente el vaso de whisky entre sus manos.

—Yo también —confesé, admitiendo por primera vez algo que antes me parecía imposible—. Pero no habría podido hacerlo sin Rafaela. Ella es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Él asintió lentamente, como si ya lo supiera desde hacía mucho tiempo.

—Tomaste el camino correcto. Ahora tienes todo lo que siempre quisiste y mucho más.

Le miré durante un largo instante, intentando absorber la sabiduría de sus palabras. Mi abuelo, un hombre que había construido mucho y perdido aún más, conservaba la capacidad de ver más allá de lo evidente.

—Siempre supiste que esto pasaría, ¿verdad?

Se encogió de hombros, con una sonrisa enigmática.

—Digamos que siempre vi algo en ti, Damien. Algo que tú nunca supiste ver en ti mismo. Solo necesitabas encontrar a la persona adecuada que lo sacara a la luz.

—Gracias —mi voz salió más ronca de lo que esperaba—. Por creer en mí, incluso cuando yo no lo hacía.

Él puso una mano firme sobre mi hombro y me dijo con la seriedad de quien sabe perfectamente de lo que habla:

—Haz que merezca la pena, Damien. Ellos son ahora tu prioridad.

Poco después, Miguel se acercó, con un vaso de whisky en la mano y su sonrisa burlona de siempre.

—Al final has admitido que no puedes controlarlo todo, ¿eh? —me provocó, con ese tono distendido que siempre usaba para desestabilizarme.

—Casi todo.

—Nunca imaginé verte así, Damien. No como el hombre frío y calculador de siempre, sino como alguien humano —dio un sorbo antes de añadir—. Es bueno ver que ella ha conseguido cambiarte.

Le miré un instante, considerando sus palabras. Era cierto. Rafaela había logrado lo imposible: derribar las murallas que yo tanto me enorgullecía de haber construido.

—Ella no solo me ha cambiado, me ha enseñado qué es lo verdaderamente importante —admití, algo que jamás pensé decir en voz alta.

—Entonces, no lo estropees. Tienes el mundo a tus pies, Damien, pero ahora tienes algo aún más valioso: una familia.

Era un recordatorio necesario y tenía razón. Por primera vez quería algo más que control. Quería amor. Los quería a ellos.

Y entonces apareció ella.

Rafaela venía hacia mí, sosteniendo a Gael, nuestro hijo, en brazos. Estaba más hermosa que nunca, con un brillo en los ojos que solo la maternidad podía darle.

—Mira quién ha venido a ver a su papá —dijo Rafaela, sonriendo mientras me entregaba cuidadosamente a Gael.

Tomé a mi hijo en brazos, sintiendo el peso de la responsabilidad y del amor incondicional. Miré a Rafaela y lo único que fui capaz de decir fue:

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó ella, confundida.

—Por enseñarme lo que de verdad importa —respondí, con total sinceridad en cada palabra—. Os amo más de lo que puedo expresar.

Ella tocó suavemente mi rostro, en un gesto sencillo pero lleno de significado.

—Y nosotros también te amamos, Damien. Hoy, mañana y siempre.

Mientras sostenía a Gael y miraba a Rafaela, supe que al fin tenía todo lo que necesitaba. No era poder ni control, sino una familia. Y

aquello era mucho más de lo que jamás habría podido soñar.

RAFAELA BLACKWOOD

El salón estaba decorado con elegancia, lleno de flores blancas y luces que creaban un ambiente mágico.

Mis manos temblaban ligeramente, pero la sonrisa de Débora, mi mejor amiga, lograba aliviar parte de mi ansiedad. Ella parecía incluso más emocionada que yo, algo muy típico en ella.

—¡Rafa, aún no me creo que te hayas casado antes que yo! —exclamó, secándose una lágrima que le resbalaba por la mejilla, solo para después poner los ojos en blanco en tono de broma—. ¡Y eso que yo soy la romántica de las dos! El destino debe estar riéndose de mí ahora mismo.

Me reí, sintiendo la mezcla entre emoción y esa ligereza que siempre conseguía transmitirme.

—Ya sabes que siempre se te ha dado mejor organizar bodas ajenas que la tuya propia —le piqué, y ella soltó una fuerte carcajada.

—Eso es verdad, pero nadie merece esto más que tú —dijo tomando mis manos, con los ojos brillantes—. Después de todo lo que

has pasado, Rafa… En serio, no puedo estar más feliz por ti.

—Gracias, amiga —susurré, esforzándome por contener las lágrimas—. Pero ahora te toca a ti encontrar a alguien.

—Oh, querida, ¿quién dice que estoy buscando? Ahora mismo estoy centrada en mi carrera… —empezó, pero no pudo terminar la frase sin reírse—. Vale, estoy mintiendo. Si aparece alguien rico y guapo como Damien o su socio Miguel, lo acepto sin pensármelo.

Me eché a reír, negando con la cabeza.

—Solo intenta no asustar al próximo candidato —bromeé, y ella me dio un suave empujón en el hombro antes de marcharse para unirse a los demás invitados.

Durante un momento me quedé sola en un rincón del salón, observando el movimiento a mi alrededor. Los recuerdos de los últimos nueve meses me invadieron con fuerza.

Sentía como si todo hubiese ocurrido demasiado rápido y, al mismo tiempo, cada detalle estuviera perfectamente grabado en mi memoria.

Recordé el día en que recibí la noticia de que Gustavo, mi exnovio, había sido detenido intentando robar un coche. Fue como si una sombra hubiese desaparecido de mi vida.

Y poco después supe que Damien había ido personalmente tras aquel hombre que meses atrás me amenazó, asegurándose de que terminase en prisión, al igual que el prestamista que me había acosado.

Él no tenía por qué haber hecho aquello, pero lo hizo. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí realmente segura.

Ahora seguía trabajando en lo que amaba, pero mi vida había cambiado profundamente. Damien, que antes estaba obsesionado con el trabajo, ahora encontraba tiempo para equilibrar los negocios con la familia.

Dedicaba momentos a mí y a nuestro hijo, demostrando cuánto había cambiado realmente. Damien ya no era el hombre frío y controlador que conocí.

Era mi esposo. Mi amor. Y sabía que lo amaba tanto como él me amaba a mí.

Justo en ese instante de reflexión, apareció él llevando a Gael en brazos. Mi corazón se llenó inmediatamente de calidez al verlos juntos.

—Parece que he encontrado a mi novia fugitiva —bromeó, aunque había una ternura auténtica en su voz.

—Solo aprovechaba un momento para pensar —sonreí, tomando la pequeña mano de Gael que se agitaba alegremente en el aire.

Damien puso al bebé en mis brazos y se acercó más a mí, con una intensidad en la mirada que aún me dejaba sin palabras.

—Rafaela, creo que ya lo sabes, pero lo has cambiado todo —comenzó con voz firme—. Yo era un hombre vacío, obsesionado con cosas que ahora me parecen insignificantes. Pero tú y Gael sois mi mundo.

—Damien… —intenté decir, pero él colocó suavemente un dedo sobre mis labios.

—Déjame acabar. Te amo, Rafaela. Y nunca voy a dejar de intentar ser el hombre que mereces.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, pero esta vez no eran lágrimas de tristeza ni miedo. Eran lágrimas de amor y felicidad. Le acaricié el rostro, sonriendo.

—Ya eres el hombre que merezco. Y yo también te amo, Damien.

Me atrajo hacia él en un beso cargado de promesas. Gael protestó suavemente entre nosotros, como reclamando atención, lo que nos hizo reír a los dos, aún más unidos por ese pequeño ser que había conectado para siempre nuestras vidas.

Mi vida había cambiado de maneras que jamás habría podido imaginar. Pero, mirando a Damien y a Gael, sabía que estaba exactamente donde debía estar.

Porque, al final, el amor no se trata de contratos ni promesas vacías. Se trata de elecciones.

Y nosotros elegimos amarnos cada día.

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FC6RHDG5

DIFERENCIA DE EDAD + VIUDO + PADRE SOLTERO DE GEMELOS ADORABLES Y TRAVIESOS + JEFE Y EMPLEADA + SLOW BURN + HOMBRE PROTECTOR

JULIANA ROCHA

Me enamoré de un hombre que no sabe amar. Él me miró, me deseó, me tuvo, pero jamás me escogió.

Entre madrugadas silenciosas y promesas que nunca llegaron, fui perdiéndome a mí misma intentando encontrar un espacio en su mundo. **Esperé gestos que nunca llegaron.** Aguanté ausencias que me

dolían como puñaladas. Fingí estar bien para no tener que suplicar por algo que debería surgir de forma natural: **amor.**

Fui todo lo que podía ser, pero no fue suficiente. **Ahora estoy cansada, herida,** tratando de recoger los pedazos de una mujer que solo quería ser amada de verdad. Y quizá, por primera vez, **necesito elegirme a mí misma...**

VITTORIO DEL CASTILLO

La alejé de mí. No porque no la quisiera, sino porque la deseé demasiado. Después de perder a mi esposa, me prometí a mí mismo que jamás permitiría que nadie volviera a entrar. **Que proteger a mis hijos y mantener el control sería suficiente.**

Juliana apareció con aquella sonrisa torpe, la lengua afilada y una calma que hacía demasiado tiempo que no existía en mi vida. Me devolvió las ganas de sonreír. Me hizo querer estar en casa, no solo por mis hijos, sino por ella. **Y eso me destrozó por dentro, porque sentí que estaba traicionando una promesa, como si abrir de nuevo mi corazón significase borrar el recuerdo de la mujer que un día perdí.**

Hoy, mis hijos me preguntan si volveré a amar a otra persona. Y la única respuesta es que tal vez ya lo haga. Pero quizás me haya dado cuenta demasiado tarde...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

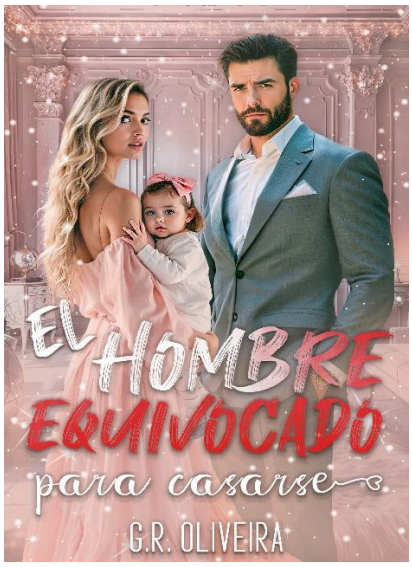
«— Yo no soy ella, Vittorio. Y tú tampoco eres el mismo de entonces. Quizá haya llegado el momento de dejar de vivir como si todavía estuvieses atrapado en aquel día.

— Simplemente no puedo.

Negué con la cabeza, dejando finalmente escapar las lágrimas, consciente de que todo lo vivido había sido en vano.

— Te amé. Y me arrepiento de cada segundo de ello. Solo... vete, Vittorio. Ya no quiero preocuparme más por ti».

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar

parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

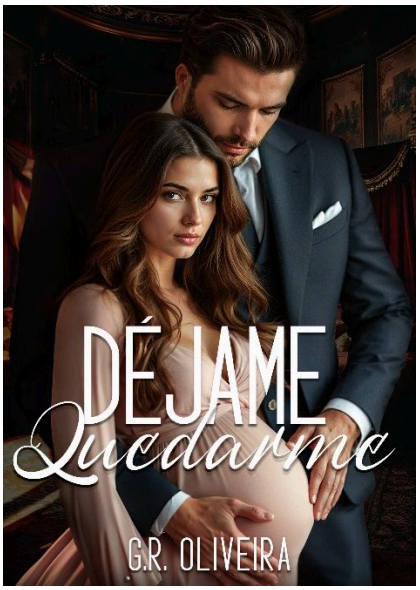
El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FBFK758J

DIFERENCIA DE EDAD + PADRE SOLTERO + VIUDO + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA

FERNANDA COSTA

Volver a empezar nunca es fácil, pero a veces es la única opción que nos queda. Florianópolis era mi oportunidad para dejar atrás el pasado, reconstruir mis sueños y, quizás, encontrar un nuevo lugar en el mundo.

Trabajar para Sebastian Blackthorn parecía solo un empleo más, hasta que él se convirtió en la pieza que faltaba en mi vida. Él es reservado, intenso, con unos ojos que ocultan mucho más de lo que las palabras pueden expresar.

A medida que nuestras vidas se entrelazan, **descubro que los muros que levantó para protegerse no son tan impenetrables como parecen**, y quizás sean tan frágiles como los míos...

SEBASTIAN BLACKTHORN

Perder a mi esposa fue como perder una parte de mí mismo. Intentar ser el padre perfecto para Margot es lo único que me mantiene en pie, aunque a veces ni siquiera eso parece suficiente para ella.

El trabajo siempre ha sido mi refugio. Controlar negocios y tomar decisiones importantes es fácil; criar a una hija mientras ignoro mi pasado, no tanto. Entonces apareció Fernanda, salvando a mi hija y trayendo un caos que no sé cómo manejar.

Nunca dejé espacio para distracciones, mucho menos para sentimientos capaces de amenazar el control que construí con tanto esfuerzo. **Pero ¿por qué está ella aquí, poniendo todo patas arriba y, aun así, haciendo que desee más?**

ELLA tiene miedo de confiar;
ÉL tiene miedo de sentir;
ELLA oculta cicatrices detrás de sonrisas;

ÉL controla todo, excepto su propio corazón.

Dos almas rotas. Un vínculo inesperado. Y una lucha por descubrir si, incluso entre los escombros, todavía es posible volver a amar.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las

próximas!

INSTAGRAM

GRUPO DO WHATSAPP

FACEBOOK